

JOSÉ VICENTE ALFARO

EL ÚLTIMO ANASAZI

*El destino de todo un pueblo
dependía de un solo co.*

Lectulandia

Siglo XII. La nación anasazi, caracterizada sobre todo por sus brillantes logros en el campo de la arquitectura y considerada como una de las civilizaciones precolombinas más importantes de América del Norte, alcanza su máximo esplendor tras varios siglos de dominio continuado sobre sus tierras. Sin embargo, en un brevísimo espacio de tiempo, todas sus ciudades fueron abandonadas y su población condenada a desaparecer. ¿Qué pudo ocurrir? ¿Qué factores desencadenaron tan aciago desenlace?

Siglo XVI. Aunque la civilización anasazi lleva largo tiempo desaparecida, Xabel, el último de sus descendientes, idea un descabellado plan para tratar de hacerla resurgir, pese a la enorme dificultad de la tarea. Xabel está convencido de ser un elegido, y, dispuesto a cumplir su cometido, emprende un incierto viaje hasta el corazón del imperio azteca para solicitar ayuda al mismísimo emperador Moctezuma...

Y omnipresente a lo largo de todo el relato, Cíbola, la mítica ciudad de oro que los anasazi ubicaron donde nadie la pudiera descubrir. Ni siquiera los conquistadores españoles dieron con ella, pese a la costosa expedición que organizaron con ese fin.

Lectulandia

José Vicente Alfaro

El último anasazi

ePub r1.0
Batillo 28.7.16

Título original: *El último anasazi*
José Vicente Alfaro, 2015

Editor digital: Batillo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Juanlu, un amigo en el camino.

PREFACIO

Un frío día de diciembre de 1888, un curtido ranchero estadounidense maldijo entre dientes cuando advirtió que unas cuantas reses de su ganado habían desaparecido, mientras las conducía a través de las mesetas de Colorado. Sin dudar, cabalgó en busca de los novillos, internándose a través de un auténtico laberinto de áridas llanuras y cañones abismales. En un momento determinado, el asombrado ranchero alcanzó a divisar desde el borde de un acantilado, en el lado opuesto del cañón y al abrigo de la pared de roca, las ruinas de una antigua ciudad construida en piedra.

El descubrimiento del ranchero animó a los arqueólogos a explorar la región y numerosos asentamientos indígenas fueron localizados, constituyendo la mejor prueba de la existencia de una avanzada civilización extinta en aquellas tierras.

El pueblo anasazi se estableció y floreció en el sudoeste de los Estados Unidos, en la región conocida como «las Cuatro Esquinas», confluencia de los actuales estados de Colorado, Nuevo México, Utah y Arizona, erigiéndose como una de las civilizaciones precolombinas más importantes de América del Norte. El desértico paisaje, de inquietante y sobrecogedora belleza, se caracteriza por sus altas mesetas, cordilleras con perfiles de sierra, profundos cañones y macizos llanos conocidos como mesas. Los ríos son escasos y ninguno de ellos es navegable.

Los anasazi practicaban la agricultura, dominaban el arte de la cerámica y la tejeduría, poseían destacados conocimientos en astronomía, y dejaron grabados incontables dibujos y petroglifos en los acantilados del desierto. Su logro más importante, no obstante, lo efectuaron en el campo de la arquitectura, llegando a construir edificaciones de piedra de hasta cinco pisos de altura, las más elevadas de Norteamérica hasta que surgieron, a finales del siglo XIX, los primeros rascacielos forjados en acero.

Pese a todo, la cultura anasazi nunca llegó a alcanzar el grado de expansión y desarrollo de otras civilizaciones coetáneas —mayas o toltecas— de la América Central.

La historia de los anasazi continúa siendo un misterio hoy en día debido a la ausencia de fuentes escritas. Durante seiscientos años poblaron aquellas tierras hasta que en el siglo XII, encontrándose en el apogeo de su civilización, esta se vino abajo casi de repente, y sus habitantes abandonaron las ciudades y se vieron obligados a emigrar. Durante su última etapa, los anasazi se instalaron en las concavidades naturales de las paredes de los cañones, donde algunos de ellos sobrevivieron hasta su desaparición definitiva a comienzos del siglo XVI.

Tras la conquista de México, los españoles organizaron una expedición al Norte encabezada por Francisco Vázquez de Coronado, con el fin de explorar los territorios

anasazi en busca de una legendaria ciudad de oro —Cíbola— de la cual habían oído hablar. No obstante, tras dos años de infructuosa búsqueda, Coronado regresó arruinado y desprestigiado, reconociendo como propio el fracaso de la expedición. Los conquistadores españoles nunca encontraron la mítica ciudad, pese a los cuantiosos testimonios que avalaban su existencia.

El conocimiento que poseemos sobre los anasazi procede fundamentalmente de los restos arqueológicos hallados en sus antiguos asentamientos abandonados, así como de la tradición oral de los indios pueblo, como los hopis, los zuñi o los tewa, a quienes hoy en día se les considera como sus descendientes.

Se ignora con qué nombre se designaban a sí mismos los anasazi, si bien en la presente novela yo me referiré a ellos como tal. El vocablo «anasazi» significa «los antiguos», y es el nombre que la tribu de los navajo le otorgó a aquel antiguo pueblo constructor de ciudades de piedra.

Se estima que el súbito y enigmático declive de la civilización anasazi no respondió a un solo motivo, sino posiblemente a un conjunto de factores interrelacionados entre sí. Pero... ¿cuáles fueron las razones que llevaron a un pueblo tan avanzado a desaparecer en un espacio de tiempo tan breve? ¿Qué les pudo ocurrir...?

INTRODUCCIÓN

*Finales del siglo XI.
Cañón del Chaco. Territorio anasazi.*

La joven anasazi dejó atrás el recinto amurallado de la ciudad y tomó un sendero que corría paralelo a la pared del cañón. La luz de la luna tendía un velo de claridad y el fulgor de numerosas hogueras se elevaba hacia el cielo. Un centinela que hacía guardia en la terraza del piso más alto la observó partir en silencio. No se inmutó porque sabía perfectamente quién era y ya se había acostumbrado a sus fugaces paseos cuando se abatía la oscuridad.

La muchacha adoraba rezar en un lugar apartado, en intimidad con la Madre Tierra, para agradecer a diario la próspera vida con que había sido bendecida: hijos sanos, un esposo entregado y una honorable posición. La noche era cálida durante aquella época del año. Su vestido de piel de ciervo ondeó al compás de la brisa y sus brazaletes de nácar y azabache tintinearón al ritmo de su grácil caminar. Escasos minutos después dejó atrás el pedregoso sendero y se adentró en una pequeña arboleda de enebros.

Los bosques cercanos habían visto reducida drásticamente su extensión a lo largo de varias décadas de tala incontrolada. ¿El motivo? La obtención de madera para la construcción y como leña para el fuego. Felizmente, aún quedaban varias hectáreas de terreno arbolado en las inmediaciones del cañón.

Aunque no era prudente que fuese sola, el sitio se hallaba muy cerca de la ciudad y no había peligro de ser asaltada por ningún enemigo. En aquel bosque había encontrado su particular santuario de paz, y llevaba meses repitiendo el mismo recorrido y realizando idéntico ritual. El viento silbó en las alturas, entre los acantilados de roca y los desérticos riscos, y un búho de ojos dorados parpadeó sobre la rama de un enebro. La muchacha no tardó en llegar a un claro coronado por una piedra y rodeado de arbustos de amaranto de color carmesí. Aquel era su lugar favorito para ponerse en armonía con su espíritu.

Largo tiempo atrás alguien había pintado en la piedra la silueta del dios de la fertilidad, *Kokopelli*, que adoptaba la forma de un flautista jorobado. La joven anasazi contempló el dibujo, iluminado por el firmamento estrellado que se filtraba entre la arboleda. El dibujo apenas se había deteriorado y todavía se hallaba en un excelente estado de conservación. La muchacha se sentó sobre la roca y aspiró la dulce fragancia que desprendían el amaranto y la artemisa. A continuación cerró los ojos y, cargada de misticismo, murmuró una oración que se fundió con el arrullo de la noche.

No había transcurrido mucho tiempo cuando alguien la abordó repentinamente por la espalda. Con una mano le tapó la boca y con la otra la asió por la cintura,

inmovilizándole los brazos. El corazón de la muchacha latió desbocado y un amago de alarido se le murió en la garganta. Asustada, trató de zafarse del individuo que la retenía, pero fue en vano porque la tenía bien sujeta. Quienquiera que fuese, se había deslizado por la espesura sin hacer el menor ruido.

—No te muevas, o te garantizo que no verás el próximo amanecer.

La voz pertenecía a un hombre joven. El tono era inequívocamente frío y desprendía un profundo odio que la exhortó a obedecer.

—Te soltaré y dejaré que te des la vuelta —añadió—. Pero si gritas, te mataré aquí mismo.

Cuando el hombre la soltó, tal como había anunciado, la muchacha estuvo tentada por un instante de echar a correr. De nada habría servido; estaba segura de que a los pocos metros la hubiese atrapado. Atenazada por el miedo, se giró hasta situarse cara a cara con su asaltante, e inconscientemente retrocedió un paso fruto del temor. El individuo ocultaba su rostro tras una máscara de *kachina*, que debía de pertenecer a una de las *kivas* de Ciudad Chaco. Era el *kachina* coyote. ¿Quién sería ese hombre y cómo se había atrevido a robar un objeto sagrado? Semejante acto de sacrilegio se castigaba con la muerte.

—Túmbate en el suelo —ordenó—. Deprisa.

—No, por favor. Te lo ruego.

Aunque el individuo no portaba ningún arma, la increíble determinación de su voz la impelió a transigir. Sus súplicas no le valieron de nada. Enseguida se le echó encima y le separó las piernas con violencia. Sintió el peso de su cuerpo y el contacto con su piel. Un harapiento taparrabos era todo cuanto el hombre llevaba encima. La joven miró en derredor deseando que alguien la salvara en el último momento, pero no vio más que las retorcidas formas de los árboles en la oscuridad. Después comenzó a sollozar e instintivamente trató de oponer resistencia. Moviéndola la cabeza a uno y otro lado y agitó los brazos en actitud defensiva.

—Si no quieres morir, será mejor que no te resistas —advirtió.

Las palabras surtieron efecto y la muchacha terminó por dejarse hacer. Deseaba conservar la vida para que sus hijos no la echaran de menos. El hombre la penetró y la embistió una y otra vez, abriéndose paso hacia el interior de su cuerpo. La joven se mordió la cara interna de la mejilla y el sabor de su propia sangre le llenó el paladar. Lágrimas de impotencia le quemaban en los ojos.

La máscara de *kachina* ocupaba todo su campo de visión. El *kachina* coyote, bordeado de plumas negras, mostraba afilados colmillos blancos pintados en el morro y unos acechantes ojos relucientes. Extrañamente, percibió que su agresor no estaba poseído por la lujuria, sino más bien por un odio enfermizo. La joven se obligó a dejar la mente en blanco, preguntándose cómo una noche tan hermosa había podido transformarse en aquella espantosa pesadilla.

Algunos minutos después, el desconocido individuo se estremeció cuando alcanzó el clímax y, complacido, se puso en pie jadeando aún por el esfuerzo. Al

principio no se movió y continuó observando a la joven a través de las dos diminutas ranuras efectuadas en la máscara de *kachina*. Los aullidos de una manada de lobos resonaron en las alturas de un cerro.

—Dijiste que me dejarías vivir —balbuceó la muchacha, temerosa de que al final el asaltante no cumpliera con su palabra.

—Y así lo haré. Tan solo una cosa más —espetó—. Dime dónde está Cíbola.

—¿Acaso no sabes que el sumo sacerdote es el único que conoce la ubicación de la ciudad sagrada? —Pero al ver que el hombre seguía aguardando su respuesta, replicó convencida—: No sé dónde está. No te miento.

El hombre la creyó y comenzó a separarse de ella. La joven suspiró aliviada. En cuanto se hubiese marchado correría hasta Ciudad Chaco y daría la voz de alarma. Aunque les llevase cierta ventaja, si una partida de guerreros partía de inmediato, muy pronto encontrarían su rastro y acabarían por darle caza.

Entonces, cuando ella ya no lo esperaba, el individuo se despojó de la máscara. La joven, horrorizada, contempló el rostro de su agresor. El hombre exhibió una siniestra sonrisa, sabedor de que al desvelar su identidad se garantizaba el definitivo silencio de su víctima...

PRIMERA PARTE

TOKPELA (EL ESPACIO INFINITO)



«Creemos que el espíritu impregna todo lo creado y que todas las criaturas poseen un alma en algún grado, aunque no forzosamente un alma consciente de sí misma. El árbol, la cascada, el oso gris... cada uno de ellos es una Fuerza encarnada y, como tal, objeto de reverencia».

Sabiduría popular de los nativos americanos.

Hacia ya varias jornadas que habíamos emprendido la travesía, tomando como punto de partida mi aldea natal: Awatovi.

La excitación que sentí entonces ante la perspectiva de realizar aquel viaje no había disminuido un ápice, pero tampoco podía negar que el camino a través de aquel paraje semidesértico se me estaba haciendo eterno. Nos desplazábamos a pie, y el sol escupía su abrasador calor sobre la tierra apelmazada, sembrada de cactus y artemisa. Avanzábamos por un territorio de extensión inconmensurable, absolutamente deshabitado desde que se le atribuyese su condición de maldito. Tan solo nos hacían compañía un par de halcones que trazaban círculos en el cielo y las culebras que se deslizaban entre los arbustos, ajenas a nuestra inesperada presencia allí.

Me acompañaban mis padres y mi abuela materna, y si ella no se había quejado pese a las circunstancias adversas, yo tampoco lo haría. Peregrinábamos hacia las tierras que un día poblaron nuestros antepasados, durante su época de mayor esplendor. Desde un punto de vista espiritual, se trataba del viaje más importante que haríamos en nuestras vidas.

Nací hace dieciocho veranos y mis padres me dieron el nombre de Xabel. Desde entonces, no había pasado un solo día sin que me repitieran que yo era especial. Según decían, yo era el último anasazi.

La civilización anasazi, me explicaron, se vino abajo muchas generaciones atrás, y la población superviviente se desperdigó en busca de nuevas tierras que habitar, perdiéndose a partir de aquel momento la identidad de pertenencia a un mismo pueblo. Los anasazi abandonaron sus tierras ancestrales divididos en clanes y grupos familiares, tomando cada uno de ellos un rumbo distinto. La mayoría se refugió en las concavidades de los acantilados, lugares casi inaccesibles que constituían una defensa natural frente a los potenciales ataques externos. Pero la vida en aquellas condiciones extremas resultaba tan difícil, que con el tiempo algunos de ellos se fueron integrando en el seno de otras sociedades indígenas de naturaleza pacífica. Mi familia provenía de un clan que había logrado sobrevivir de forma aislada durante siglos, hasta que, asediados por las dificultades, sus últimos miembros se unieron a una aldea hopi en la que fueron bien acogidos.

Yo nací en aquella aldea, pero mis padres me recordaban constantemente mi verdadero origen y la estirpe anasazi a la que yo pertenecía. Y por si aquello no fuera suficiente, mi familia sostenía que yo estaba tocado por el Espíritu. Semejante afirmación provenía de mi abuela, quien, poseedora de una sensibilidad fuera de lo común, vislumbró en mí aquella singular condición en cuanto me trajeron al mundo. En esencia, aquello venía a significar que yo estaba dotado de un poder único que me capacitaba para comunicarme con los espíritus de los Antepasados. Y, según me

explicaron, nacer bajo aquel signo tan solo sucedía una vez cada muchísimos años. Además, se creía que la persona bendecida con aquel asombroso don estaba llamada a desempeñar un rol fundamental en el destino del pueblo anasazi. El legendario Yuma, conocido por ser el último gobernante de la nación, también nació con aquella extraordinaria cualidad, que nadie más había vuelto a tener desde entonces.

Por todo ello, crecí sintiéndome especial y, por qué no decirlo, diferente del resto. Alguien destinado a lograr grandes hitos y protagonizar épicas aventuras, en lugar de cultivar la tierra como un simple campesino. No obstante, la realidad era testaruda y se empeñaba constantemente en ponerme en su sitio. Lo de saberme tocado por el Espíritu me confundía más que ayudaba. ¿De qué manera se suponía que mi actuación habría de resultar determinante para el futuro de mi pueblo, si la nación anasazi ya llevaba largo tiempo desaparecida? ¿Por qué había sido entonces bendecido por el Gran Espíritu para asumir una responsabilidad que no podía cumplir? Todas aquellas ideas no dejaban de atormentarme, y ahora lamentaba que mis padres me las hubiesen implantado tan arraigadamente en la cabeza. Sin embargo, ya no podía huir de lo que era, ni tampoco de lo que se esperaba de mí.

—Ya estamos cerca, Xabel. —Mi padre había peregrinado a aquel lugar sagrado cuando tenía más o menos mi edad, y no había olvidado la ruta. Estábamos siguiendo los antiguos caminos anasazi, todavía reconocibles sobre la superficie de la tierra pese a la notable erosión.

Cuando por fin enfilamos el cañón del que tanto había oído hablar a mi familia, la visión que se desplegó ante mí me dejó totalmente perplejo. En la lejanía se distinguían las primeras ciudades: antiguas poblaciones construidas de piedra arenisca que languidecían a merced de las inclemencias del tiempo. Nada que ver con las modestas chozas de paja y adobe en las que las tribus residían en la actualidad.

—El Cañón del Chaco —murmuró mi abuela con un brillo de pasión en la mirada—. El hogar de nuestros antepasados.

Según me habían contado, a lo largo del cañón había más de una decena de ciudades, y en las zonas perimetrales, al menos un centenar de aldeas, de las cuales hoy solo quedaban las ruinas. La escasez de agua había acabado con la agricultura que sostenía a la cuantiosa población.

Mi padre nos condujo directamente hacia el núcleo urbano más importante: Ciudad Chaco, la antigua capital de la nación anasazi.

Yo continuaba como hipnotizado. La metrópoli, en forma de media luna amurallada, había sido erigida al pie del acantilado, y estaba organizada en hasta cinco plantas de altura. Accedimos al interior por una estrecha puerta y desembocamos en una gran plaza, partida por un muro divisorio alineado de norte a sur. Observé que un derrumbamiento de parte de la ladera del cañón había sepultado un ala del piso más alto. Las plantas estaban emplazadas unas sobre otras, de forma escalonada, de manera que los tejados de las viviendas inferiores servían de terraza para las de más arriba. A lo largo de los diferentes pisos se distribuían cerca de

ochocientas cámaras, que habían hecho las veces de residencias, almacenes y sedes gubernamentales, y habían dado cobijo a no menos de dos mil habitantes.

Atravesamos la plaza y nos detuvimos ante una gigantesca *kiva* como nunca antes había conocido. El recinto sagrado excavado en el suelo consistía en un círculo casi perfecto, inmenso, cuyo interior quedaba a la vista porque la techumbre de madera se había podrido tras siglos de abandono. Otra veintena de *kivas* de menor tamaño se hallaban repartidas por todo el núcleo urbano.

Me separé de mi familia y comencé a explorar la ciudad por mi cuenta. Recorrí los habitáculos por cuyas entrañas tantas vidas habían pasado, ahora completamente vacíos salvo por algunos restos de cerámica quebrada y por los dibujos desgastados que aún se intuían en muros y paredes. Me encaramé a la azotea de la primera planta y desde allí imaginé cómo habría sido el latir de aquella población en pleno apogeo: los artesanos y tejedores desempeñando su labor en las terrazas, los sacerdotes rindiendo culto a los *kachinas* en el interior de las *kivas*, los vigías apostados en la zonas más altas, los aldeanos que recorrían grandes distancias para contemplar las danzas ceremoniales que la plaza acogía, y los poderosos gobernantes preocupados por la responsabilidad que suponía regir los designios de la nación. ¿Cómo podía haberse torcido todo de tan mala manera? ¿Cómo había llegado a desaparecer tan repentinamente una civilización que había alcanzado semejante grado de evolución y desarrollo?

El fantasmal silencio que reinaba en el lugar atronaba en mis oídos y, al mismo tiempo, me pareció oír el eco del llanto y de las risas de todos los que allí habían vivido y muerto, como si sus espíritus siguiesen atrapados entre aquellos muros.

Una suave brisa que arrastraba el olor seco del desierto me rozó la cara y me devolvió a la realidad. Mi padre palpaba la piedra exterior de un viejo almacén, mientras mi abuela sostenía entre las manos un carcomido collar de azabache que había encontrado en el suelo. Mi madre, por su parte, deambulaba por la plaza sumida en sus pensamientos, dejando entrever una sonrisa cargada de melancolía.

Aproveché aquel momento para entrar en una cámara escasamente iluminada, donde cerré los ojos con todas mis fuerzas y traté de invocar a los espíritus de los Antepasados. Como tocado por el Espíritu —si es que mi abuela estaba en lo cierto—, se suponía que estaba capacitado para establecer aquella comunicación ultraterrena, aunque lo cierto era que por muchas veces que lo había intentado, nunca se había llegado a producir. Yo, aun así, no desesperaba y me había convencido de que el mítico escenario que me proporcionaría Ciudad Chaco serviría para sacar por fin mi don a relucir.

Sin embargo, una vez más mis esfuerzos fueron en vano y un profundo sentimiento de desánimo caló dentro de mí. Aquel inesperado fracaso me hizo tanto daño, que por vez primera dudé de mi supuesta condición de elegido. No se lo conté a mi familia para evitar decepcionarlos, aunque sabía muy bien que, de haberlo hecho, en nada habría cambiado la fe ciega que ellos tenían en mí.

Pasamos el resto del día en la ciudad abandonada, explorando sus estancias y saboreando los detalles de su arquitectura, deslucidos tras su larga exposición al implacable paso del tiempo. Mi familia me contó historias del glorioso pasado anasazi, y aunque muchas de ellas ya las conocía, no me importó volverlas a escuchar estando en persona en el escenario donde ocurrieron. Mi abuela, en particular, me habló de una fabulosa ciudad llamada Cíbola, orgullo máximo de la civilización anasazi, que muy pocos habían visto y cuya ubicación actualmente seguía siendo desconocida. También me hablaron de Yuma y de otras personalidades que marcaron el devenir de nuestro pueblo antes de que se produjese su inevitable ocaso.

Tras haber tenido la oportunidad de visitar aquellas tierras, me causó una enorme admiración la fortaleza mostrada por mis antepasados para adaptarse a un entorno tan hostil y hacer florecer allí una sociedad que perviviese durante tantos siglos, y me entristecía ver que ya nadie transitaba por aquel inhóspito territorio, convertido desde entonces en un lugar olvidado a la par que maldito.

Cuando emprendimos el viaje de vuelta, sentí que había conectado con las raíces de mi pasado, a pesar de que, paradójicamente, tenía que convivir con la certeza de que la estirpe anasazi estaba condenada a morir conmigo.

Varios días después recuperábamos nuestra rutina habitual, ya de vuelta en Awatovi, la aldea hopi en la que teníamos nuestro hogar. Nada había cambiado y una noche más mi familia y yo nos hallábamos conversando en torno a una tenue hoguera, bajo un cielo cubierto de luminosas estrellas y una luna teñida de azul. Una ceremonia menor, a la que decidimos no asistir, se celebraba en el centro del poblado.

No estábamos solos. Nos acompañaba Nezahualpilli, un personaje verdaderamente peculiar cuyas historias fascinaban a todos y a mí más que a ningún otro. Nezahualpilli era un mercader azteca que un día, harto de las interminables travesías, decidió renunciar a la sacrificada vida que le demandaba su oficio. Sin embargo, Nezahualpilli no quiso establecerse en la tierra que lo vio nacer, poco identificado ya con la filosofía de vida que llevaban los suyos. Y es que los aztecas, solía decir, siempre andaban en conflicto con las naciones vecinas, obsesionados con el arte de la guerra y dedicados en cuerpo y alma a su afán expansionista. No obstante, aquella faceta, ni siquiera era la peor, sino los múltiples y continuados sacrificios humanos que se realizaban a lo largo y ancho de toda la nación para satisfacer a los dioses con la sangre de sus desdichadas víctimas. Nezahualpilli había conocido innumerables pueblos a través de sus viajes, pero ningún estilo de vida le había complacido tanto como el exhibido por los hopis, pacíficos por naturaleza y dedicados principalmente al cultivo de las tierras y a la esmerada ejecución de sus coloridas ceremonias de índole religiosa.

Además, Nezahualpilli tenía una hija de quince años llamada Yayahuqui, que muy pronto se convertiría en mi futura esposa. Debido a su origen azteca, ningún hopi se habría casado con ella porque la tradición así lo establecía, pero mi caso era

distinto, pues aunque yo también me había criado en la aldea, la sangre anasazi que corría por mis venas me eximía de aquella prohibición. Los rasgos exóticos de Yayahuqui me atraían y la muchacha había demostrado poseer un portentoso talento para la tejeduría, además de un corazón atento y generoso. Y pese a que el matrimonio se había fraguado por disposición de los cabezas de familia, me sentía muy afortunado de poder contraer matrimonio con ella en la próxima estación.

Yo había monopolizado la conversación y pormenorizaba con entusiasmo los detalles de la antigua Ciudad Chaco, orgulloso de los logros alcanzados por mis ancestros. No obstante, y pese a que me escuchaba con suma atención, Nezahualpilli no dio muestras de sentirse especialmente impresionado.

—Xabel, tienes que entender que cuando has conocido Tenochtitlan, la ilustre capital del imperio gobernado por Moctezuma, no hay ciudad que se le pueda equiparar en grandeza y esplendor.

Entonces Nezahualpilli comenzó a describir las características de su ciudad natal, para deleite de todos nosotros. Tenochtitlan, explicó, fue fundada sobre un islote situado en un inmenso lago de agua salada, conectado a tierra firme mediante tres largas calzadas fabricadas con piedra, arcilla y argamasa, y cuyos pilotes de madera se hundían en el fondo del lago. Por lo general, las casas eran de un solo piso, pero el resto de las construcciones, como los templos, palacios y edificios públicos dispuestos por toda la ciudad, desafiaban la altura de una colina. En Tenochtitlan residían más de cien mil habitantes y, para ampliar sus dominios y crear nuevas zonas de cultivo, fabricaban las *chinampas*, gruesas capas de tierra que se tendían sobre el agua y se sustentaban también sobre pilotes, adquiriendo la apariencia de auténticas islas flotantes.

Nezahualpilli siguió hablando, aunque momentáneamente yo le había dejado de escuchar. No podía apartar de mi mente un dato en particular de todos cuanto había mencionado.

—Si el agua del lago es salada —le interrumpí—, ¿cómo se abastece a la numerosa población del agua dulce necesaria para cubrir sus necesidades y regar los cultivos?

—Por un lado, mediante el levantamiento de diques en la desembocadura de algunos ríos. Y por otro, y no menos importante, mediante la construcción de colosales acueductos.

Aquel asunto despertó en mí un gran interés.

—¿Qué es un acueducto? —pregunté.

Nezahualpilli adoptó una pose pensativa, tratando de buscar las palabras más adecuadas para que yo fuese capaz de entenderlo.

—Es una gran estructura que permite transportar ingentes cantidades de agua de un punto a otro. El agua discurre sobre amplios canales, soportados por pilares de gran altura. Nuestro acueducto más importante trae el agua desde el cerro de Chapultepec, situado a una distancia más que notable, hasta el mismo centro de

Tenochtitlan. Se dice que el emperador Moctezuma toma cuatro baños al día.

De repente, sentí una emoción tan intensa que sacudió todo mi cuerpo. Una extraordinaria idea, súbita y contundente, surgió de mi intelecto como si siempre hubiese estado ahí, latente, a la espera de poder contar con todas las piezas para darle sentido. Por fin comprendí lo que el destino tenía reservado para mí. Saberme el último anasazi siempre me había pesado como una losa, pero ahora tenía una misión que cumplir, congruente con mi condición de elegido.

Todos notaron mi sobresalto y yo les devolví una mirada cargada de satisfacción: primero a mis padres y a mi abuela, y después, a Nezahualpilli y su hija.

—Ya sé lo que el Gran Espíritu quiere de mí —proclamé con fervor—. Deberíamos hacer un llamamiento a todos los descendientes de origen anasazi que habiten en la región. Tanto a los que se encuentran integrados en las comunidades vecinas, ya sean hopis, zuñi o tihua, como los que se hallan más al norte. Tenemos que construir un acueducto que tome el agua de los manantiales que nacen en las Montañas del Oeste y la lleve hasta el Cañón del Chaco. Con un flujo de agua estable y permanente podríamos cultivar maíz y calabaza, y comenzar a repoblar las ciudades del cañón. De esa forma, el pueblo anasazi volvería a resurgir.

Mi anuncio no dejó a nadie indiferente. Mi padre, tras un prolongado silencio, fue el primero en intervenir.

—¿Acaso has logrado contactar con los espíritus de los Antepasados?, ¿han sido ellos los que te han hecho saber que tal cosa debe hacerse?

Negué con la cabeza y después la agaché, ligeramente abochornado. Aquello no había ocurrido y no podía mentir aunque, por otro lado, tampoco invalidaba el plan que les había expuesto.

—Xabel —me advirtió mi madre—, las Montañas del Oeste se encuentran a demasiada distancia del cañón.

—Ya has oído lo que ha dicho Nezahualpilli —repliqué—. La distancia no supone un obstáculo insalvable.

El antiguo mercader azteca medió en la conversación para poner una pizca de cordura y, sobre todo, para tratar de hacerme ver la ingenuidad de mi propuesta.

—Tienes que saber que un acueducto es una complejísima obra de ingeniería que exige, además, una cuantiosa mano de obra para su ejecución. Yo mismo, que he visto uno con mis propios ojos, sería incapaz de planificar su construcción.

Los rotundos argumentos de Nezahualpilli deberían haber bastado para hacerme cambiar de opinión, pero yo continué aferrado a mi idea, convencido de que un poder superior guiaba mis pasos.

—Entonces viajaré hasta Tenochtitlan —me oí decir—. Solicitaré audiencia con el emperador Moctezuma y le pediré que nos ceda a varios de sus ingenieros, así como la suficiente mano de obra para levantar el acueducto.

—Muchacho, ¿sabes lo que dices? Tan solo el viaje te llevará un buen puñado de meses. Cerca de un año, entre la ida y la vuelta. Por no decir que las posibilidades de

que el emperador azteca te reciba son prácticamente nulas. Y aunque lo hiciera, nunca atendería tu osada petición.

—No lo sabré si no lo intento —repuse—. Y confío en que los benditos *kachinas* me protejan durante el largo camino.

Nezahualpilli intentó hacerme entrar en razón una última vez.

—Xabel, ¿qué te hace pensar que Moctezuma consideraría siquiera tu descabellada solicitud? ¿Crees que te hará semejante favor solo porque tú se lo pidas?

—Claro que no. Pienso devolvérselo a la menor ocasión. Cuando el pueblo anasazi vuelva a renacer y la agricultura comience a dar sus frutos, pagaremos un tributo al emperador azteca hasta que hayamos saldado por completo nuestra deuda con él.

Nezahualpilli no añadió una palabra más, consciente de que nada me haría cambiar de idea. Y si pensó que yo había perdido la cabeza o algo peor, decidió no expresarlo en voz alta para evitar un conflicto.

Mis padres y mi abuela, por su parte, se hinchieron de orgullo pese a darse perfecta cuenta de lo incierto de mi misión. No en vano ellos llevaban alimentando toda la vida la idea de que yo era el tocado por el Espíritu y que, por tanto, estaba llamado a jugar un papel fundamental en el destino de mi pueblo. Y aquella iniciativa, acertada o no, confirmaba que yo estaba más que dispuesto a asumir mi difícil rol.

Tan solo me sentía mal por Yayahuqui. La pobre no había pronunciado palabra en toda la noche y ahora me observaba con los ojos vidriosos, como si mi marcha implicase que la fuera a abandonar. Abordé aquel asunto de inmediato para dejar claro que mi reciente decisión no afectaba en absoluto al compromiso que yo había adquirido con ella.

—Yayahuqui, antes de partir me casaré contigo como estaba previsto. —Al oír aquello, una sonrisa despuntó en sus labios—. Pero desearía contar con la ayuda de tu padre para iniciar el viaje que he decidido emprender. —Posé a continuación mis ojos en Nezahualpilli. El antiguo mercader azteca conocía bien las rutas que conducían hasta el mismo corazón de México, situado a una gran distancia de allí.

—Si quieres que te ayude —me contestó—, deberás dejarte aconsejar por mí. —Asentí sin dudar—. Bien, para empezar, no partirás hasta la próxima primavera. Pronto llegará el invierno y cometerías una gran imprudencia iniciando tu viaje en esta época de año. Yo mismo te acompañaré durante una parte del trayecto, hasta llegar a la Gran Cordillera. Los mercaderes aztecas ya no suben más al norte porque no les merece la pena recorrer semejante trayecto para comerciar con pueblos tan humildes. Allí trataré de enrolarte en la caravana de algún comerciante que reemprenda el viaje de vuelta, del que no te separarás hasta alcanzar tu destino.

—Agradecemos tu colaboración, Nezahualpilli —terció mi padre—. Y quédate tranquilo por Yayahuqui. Nosotros cuidaremos de ella durante tu ausencia, mientras acompañas a nuestro hijo.

Cumpliendo lo convenido, me casé con Yayahuqui poco tiempo después. El invierno transcurrió sin incidentes dignos de reseñar. Aunque mi familia no mencionaba el asunto del viaje que me había propuesto realizar, la cuestión flotaba día y noche en el ambiente. Yo traté en numerosas ocasiones de establecer contacto con los espíritus de los Antepasados, confiando en que ratificaran de algún modo mi plan o, por el contrario, me hicieran saber si estaba equivocado, pero todos mis intentos fueron en vano. Cada nuevo fracaso se me hacía más insoportable que el anterior. ¿Qué clase de tocado por el Espíritu era aquel que no podía hacer uso de su don más elemental?

Por otro lado, mi vida en común junto a Yayahuqui logró proporcionarme un grado de satisfacción como nunca antes había conocido. En mi esposa descubrí a una osada joven que derrochaba pasión en nuestros encuentros más íntimos y que, al mismo tiempo, se desvivía para que todo estuviese perfecto en nuestro recién estrenado hogar. Yayahuqui no me pedía en voz alta que renunciara a mi delirante empeño, pero sus elocuentes miradas decían mucho más que las palabras. Se me haría difícil separarme de ella.

Por su parte, Nezahualpilli había albergado la esperanza de que el propio transcurso del tiempo, unido al venturoso inicio de mi vida marital, acabase por hacerme reconsiderar una empresa que él sabía fracasada de antemano, mas estaba equivocado. Cuando llegó la primavera nada me había hecho cambiar de opinión, y yo seguía tan decidido como el primer día a llevar a cabo la misión para la que creía haber nacido. Ni siquiera el creciente amor que sentía por Yayahuqui bastó para hacerme renunciar al largo viaje que durante tanto tiempo me mantendría alejado de ella. Nezahualpilli, a la vista de los hechos, se mantuvo fiel a su palabra y organizó la travesía que me llevaría a tierras mexicanas, rumbo a la espléndida Tenochtitlan.

El día señalado, una atípica mañana entre gélida y soleada, Nezahualpilli y yo nos echamos un fardo a la espalda con las provisiones para el camino. Mis padres me abrazaron e insistieron en que tuviera cuidado. Mi abuela me pidió que nunca olvidara mi origen ni tampoco mi destino. Y mi esposa, con lágrimas en los ojos, me hizo prometer que regresaría sano y salvo, con o sin proyecto de acueducto.

Cuando di el primer paso fue tal mi tristeza, que no tuve el coraje de volver la vista atrás.

Durante la primera etapa de nuestro viaje recorrimos una extensa área de terreno, de aspecto y clima muy similares a nuestra tierra de origen. Reponíamos fuerzas en poblaciones de comunidades vecinas, como la zuñi o la tihua, donde éramos bien recibidos e incluso nos suministraban gustosamente nuevas provisiones para la travesía. Aproveché aquellas semanas para seguir aprendiendo la lengua *náhuatl*, que tanta falta me haría cuando me internase en territorio azteca. Nezahualpilli resultó ser

un maestro excepcional, y me ayudó a perfeccionar la base que Yayahuqui ya me había estado enseñando durante el invierno.

Tuvimos mucho tiempo para hablar, y Nezahualpilli me dio ciertos detalles que yo desconocía acerca de su anterior vida como mercader. Al parecer, él pertenecía al gremio de los *pochtecas*: comerciantes que realizaban viajes de largo alcance, dedicados principalmente a la importación y exportación de artículos de lujo. Los *pochtecas* gozaban de derechos especiales y mantenían una posición envidiable dentro de la sociedad azteca, si bien esto respondía a una importante razón: dicho colectivo desempeñaba también funciones de espía, informando al emperador azteca de todo cuanto sucedía en las zonas más alejadas de sus dominios.

Pese a que tratamos numerosos temas, noté que Nezahualpilli evitó citar el motivo que me había llevado a emprender aquel viaje, como si creyera que mi proyecto de acueducto no fuese más que una excentricidad carente de sentido.

Cruzamos la cadena montañosa de forma relativamente fácil, gracias a un paso que Nezahualpilli conocía de su pasado como mercader. Arribamos entonces a territorio chichimeca, donde hicimos un alto en cuanto tuvimos oportunidad, en la primera ciudad que nos encontramos en el camino. Habían transcurrido dos meses desde nuestra partida y Nezahualpilli no pasaría de allí, tal y como desde el principio me había advertido.

—Esperaremos al primer *pochteca* que aparezca, y trataré de convencerle para que acepte llevarte con él en su viaje de regreso hasta Tenochtitlan.

Quince días transcurrieron hasta que un mercader azteca se dejó ver por aquella ciudad. Su nombre era Huemac, y Nezahualpilli se reunió en privado con él para pedirle su ayuda. La conversación entre ambos se prolongó bastante, y mi optimismo se evaporó en cuanto advertí el rictus serio con el que Nezahualpilli reaparecía.

—Para empezar, debes saber que la caravana realizará el viaje de vuelta por la ruta de la costa, cuyo trayecto es muchísimo más largo que el camino del interior. Este itinerario te llevará como poco cuatro meses más de travesía.

—El tiempo no es un problema —argüí—. Y todavía tengo determinación de sobra.

—Eso no es todo —prosiguió Nezahualpilli—. Huemac solo te admitirá en su expedición siempre y cuando ejerzas de *tameme*. Y no está dispuesto a pagarte por tus servicios —añadió.

Aquello no lo encajé con tanta filosofía. Los *tamemes* eran los portadores que acarreaban las mercancías. Su trabajo era extremadamente duro, y el hecho de que se negase a recompensar el esfuerzo que yo realizaría, indicaba muy a las claras que pretendía aprovecharse de mí.

—Puedes aceptar su oferta o esperar a que otro *pochteca* pase por aquí —señaló Nezahualpilli.

Según la población local, eran muy pocos los mercaderes aztecas que se aventuraban por aquellas tierras, por lo que no quise arriesgar y preferí ponerme en

marcha aunque fuese en condiciones tan pésimas.

—¿Hay algo más que deba saber? —inquirí.

—No deja de ser una opinión personal pero... hay algo en Huemac que no me gusta.

Me encogí de hombros con cierta resignación.

—Gracias, Nezahualpilli, lo tendré en cuenta. Puedes decirle que he decidido aceptar su proposición.

No me resultó fácil despedirme de Nezahualpilli, por cuanto él representaba el último nexo que me ataba a mi esposa y al resto de mi familia. Un abrazo y un puñado de palabras de aliento resumieron nuestra despedida. Yo le prometí que antes o después regresaría, aun así, Nezahualpilli se limitó a asentir envuelto en un funesto halo de silencio.

La caravana azteca pronto se puso en marcha, lo que para mí significaba que iniciaba una nueva etapa de mi viaje. Atravesamos territorio chichimeca, conformado principalmente por parajes inhóspitos donde solo crecían cactáceas y vulgares matojos, y durante cuyo trayecto fueron incontables los pueblos que conocí: pames, guamares, zacatecos y guachichiles, entre muchos otros. La mayoría de ellos conocían la agricultura y poseían adoratorios, aunque unos pocos eran todavía demasiado primitivos y subsistían únicamente gracias a la caza y la recolección.

Tras mis dos primeras semanas como porteador, pensé que no lo iba a resistir. El resto de *tamemes* —un par de docenas— tenían experiencia en el oficio y gozaban de una excelente preparación. Transportábamos bienes de todo tipo, pero principalmente objetos elaborados en oro, cobre y jade, vestimentas de plumas y pieles de jaguar o de conejo. Con todo, yo tenía la sensación de estar acarreando piedras. El dolor de espalda podía conmigo y ya no me sentía las plantas de los pies. Finalmente, pude convencer a Huemac para que me dejase acarrear menos peso que el resto, solo hasta que mi cuerpo se acostumbrase a la tarea. El *pochteca* aceptó a regañadientes, y solo porque no recibía un salario, más allá de la simple manutención. Aunque el trabajo resultó ser muchísimo más duro de lo que esperaba, yo estaba convencido de que el sacrificio merecería la pena.

Todos mis intentos por trabar amistad con Huemac fueron en vano. El *pochteca* me esquivaba la mirada y otras veces me miraba por encima del hombro, igual que hacía con el resto de los porteadores. Puede que a mí me tuviese incluso en peor consideración. Yo había pensado valerme de Huemac para llegar hasta Moctezuma, a sabiendas del fácil acceso que los *pochtecas* tenían al emperador. Sin embargo, enseguida tuve que olvidarme de aquella idea.

Tomamos rumbo al este en dirección a la costa y dejamos atrás territorio chichimeca. El paisaje se volvió más frondoso, repleto de exuberante vegetación completamente desconocida para mí. Por contra, noté que el sopor tropical, al que no estaba acostumbrado, afectaba a la resistencia de mis pulmones. Aquel territorio, a

diferencia del que habíamos recorrido hasta entonces, ya se encontraba bajo dominio azteca.

Al llegar a la franja costera, los días se tornaron más frescos y agradecimos el aire colmado de salitre que impregnaba los caminos. Conocimos a los huastecos y por vez primera contemplé los templos piramidales que edificaban los indígenas locales, de los cuales tanto había oído hablar a Nezahualpilli. Proseguimos la ruta por la costa en dirección sur, y atravesamos los pueblos totonaca, chinanteca y zapoteca, en los cuales se producía un intenso intercambio de todo tipo de bienes.

Yo no dejaba de fantasear con la construcción de un acueducto que devolviese la vida a la desaparecida civilización anasazi; aquella idea me ayudaba a soportar mejor los rigores del camino. Yo mismo me obligaba a tratar de estar a la altura de Yuma, uno de los personajes históricos más admirados de nuestro pueblo, y último tocado por el Espíritu conocido.

Por último, pusimos rumbo al oeste, hacia el interior de la región, por fin en dirección a Tenochtitlan. Los portadores con los que tenía cierta amistad me dijeron que ya faltaba muy poco para llegar a nuestro destino. A medida que ascendíamos por el altiplano, la vegetación de tipo tropical fue viéndose sustituida por bosques de pinos y coníferas de gran altura. Por las noches, desde la sierra soplaba un viento helado del que nos teníamos que proteger bien para evitar enfermarnos. El peso de la carga que transportaba ya no me martirizaba tanto como al principio. Cuatro meses de travesía habían bastado para hacer de mí un *tameme* que nada tenía que envidiar a los demás.

Una mañana, el *pochteca* mandó detener la caravana en mitad de un calvero, muy lejos del último pueblo que habíamos dejado atrás. Enseguida noté que los portadores se ponían tensos y procuraban evitar la mirada de Huemac, que nos observaba con gesto serio y decidido. A continuación señaló a uno de los portadores más veteranos y después, a mí. Huemac sustituyó la carga que llevábamos por mantas de algodón. Teníamos que desplazarnos hasta el pueblo más cercano y llevar a cabo nosotros mismos la transacción. Aquello me resultó de lo más extraño. Hasta la fecha, Huemac se había ocupado siempre de negociar personalmente los intercambios de bienes.

Me limité a obedecer y me interné junto a mi compañero en el bosque que tenía enfrente. Por su forma de actuar, él ya contaba con experiencia y sabía lo que teníamos que hacer.

—Acabamos de entrar en territorio tlaxcalteca —desveló, como si aquello lo explicara todo, hasta que se dio cuenta de mi lejana procedencia, y de que yo no tenía por qué conocer los entresijos que tenían lugar en aquella región—. Aztecas y tlaxcaltecas se hallan sumidos en un interminable conflicto, y las batallas entre ambas naciones no se dejan de suceder —explicó—. En tierras tlaxcaltecas no crece el algodón, ni tampoco disponen de minas de sal, de manera que para castigarles, los aztecas han impuesto un embargo para que nadie les provea de dichos bienes.

—Y Huemac acostumbra a eludir la prohibición —completé—, aunque para no correr riesgos, evita actuar él mismo y envía en su lugar a algunos de sus *tamemes*, ¿no es cierto?

—Así es. Los tlaxcaltecas están dispuestos a pagar precios muy elevados. Sin embargo, corremos un gran riesgo porque nos hallamos en una franja fronteriza.

Me sentí engañado y me juré no llevar a cabo ninguna otra operación de contrabando una vez que hubiese cumplido con aquella.

—¿Y qué ocurriría si guerreros aztecas nos sorprendieran en este momento?

—El delito está penado con la esclavitud.

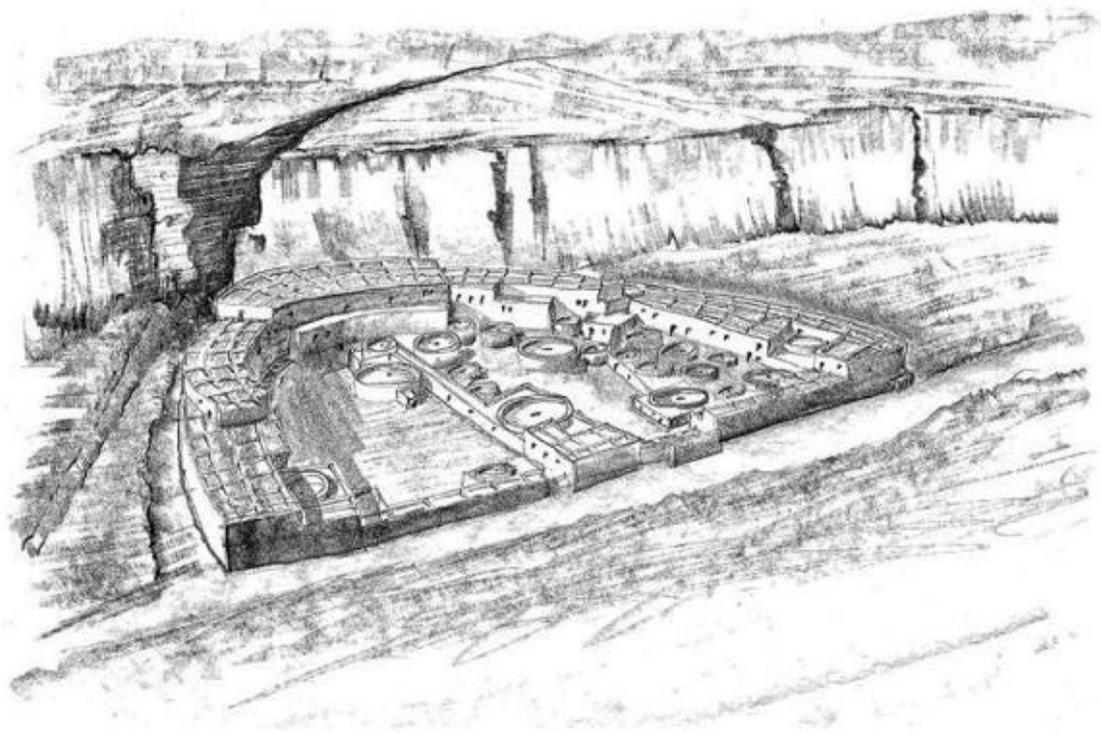
El silencio se impuso durante el resto de la marcha, hasta que un individuo con el rostro pintado apareció en mitad del camino enarbolando una pesada lanza. Mi compañero me tranquilizó. Se trataba de un explorador tlaxcalteca.

El explorador examinó la mercancía que transportábamos y nos pidió que le siguiéramos. Por supuesto, si hubiese querido, podría habernos matado para robarnos el género; ahora bien, si los tlaxcaltecas actuaran de aquella manera, ningún otro *pochteca* volvería a hacer negocios con ellos.

Apenas habíamos avanzado unos pocos metros cuando el tlaxcalteca mandó detenernos. Había percibido algún tipo de movimiento sospechoso entre la maleza, que le llevó a detenerse en seco y a observar en todas direcciones con gesto felino. De repente, gritos y un tremendo caos. Un grupo de guerreros aztecas emergió de la arboleda, armados con lanzas y mazos de madera. Al parecer, nos habían venido siguiendo durante largo rato sin que nos hubiésemos dado cuenta. Mi compañero reaccionó con rapidez y, tras desprenderse de su carga, inició una desesperada carrera rumbo al lugar de donde veníamos. Al mismo tiempo, el tlaxcalteca decidió escapar en dirección opuesta, al saberse en clara inferioridad numérica frente al enemigo.

Me atraparon antes de que pudiese dar un solo paso. Y como me resistí a ser inmovilizado, uno de los guerreros me asestó un fuerte golpe en la cabeza.

Un instante después, todo a mi alrededor se tornó en oscuridad...



Ciudad Chaco. Región del Cañón del Chaco.

CAPÍTULO 1

*Principios del siglo XII.
Cañón del Chaco. Territorio anasazi.*

Bien entrada la mañana, Nootau abandonó la cámara real situada en la tercera planta e inspiró una bocanada de aire puro. El sol incendiaba las paredes del cañón, tiñendo de ámbar planicies y mesetas. Nubes pasajeras se enredaban entre las cordilleras más altas y acariciaban las irregulares líneas de riscos.

Ciudad Chaco se extendía a los pies de Nootau rebosante de vida. Las mujeres trabajaban en las terrazas, donde se llevaban a cabo la mayor parte de las actividades cotidianas, como moler maíz o tejer mantas en amplios telares. Un grupo de esclavas se ocupaba de limpiar las máscaras ceremoniales que los sacerdotes les habían entregado. Los niños jugaban en la plaza e incordiaban a los perros que se dedicaban a holgazanear. El mercado de la explanada oriental comenzaba a cobrar vida, mientras un destacamento de guerreros se ejercitaba fuera del recinto amurallado que delimitaba la ciudad.

El territorio anasazi estaba conformado por dos regiones separadas: Cañón del Chaco y Mesa Verde. Nootau gobernaba la primera, integrada por una docena de ciudades distribuidas a lo largo de la profunda garganta, así como por un sinnúmero de pequeñas aldeas repartidas a su alrededor, cuyos habitantes se dedicaban principalmente al cultivo de las tierras. Desde donde se hallaba, Nootau podía distinguir con claridad varias ciudades y vislumbrar en la lejanía algunas de las aldeas situadas a menor distancia. Ciudad Chaco, que hacía las veces de capital, estaba poblada en su mayor parte por dignatarios, altos funcionarios, sacerdotes, prósperos mercaderes y una nutrida representación de guerreros. La región de Mesa Verde, por su parte, estaba situada más al norte y se hallaba dirigida por un monarca distinto. No obstante, Nootau tenía planes para asumir también el dominio sobre aquella región y unificar a la nación anasazi bajo un único mando, encarnado por él mismo. La importancia adquirida por Ciudad Chaco como centro neurálgico de poder le brindaba la oportunidad de dar aquel osado paso. Bajo su gobierno, Ciudad Chaco había adquirido una poderosa fuerza militar y se había consolidado como el lugar de celebración de los festejos religiosos más sagrados, así como de los mercados más multitudinarios, en los cuales se daban cita comerciantes venidos de las naciones más remotas.

El monarca atravesó las terrazas e inició el descenso por las escaleras de mano. Los habitantes de Ciudad Chaco se inclinaban respetuosamente a su paso y dos centinelas que no se separaban de su lado le seguían a corta distancia. A sus treinta y siete años, Nootau aún se conservaba fornido como consecuencia de su preparación

como guerrero, a pesar de no haber participado en excesivas batallas. Era bastante alto —por encima de la media—, y su rostro cobrizo desprendía un aire solemne debido a sus pómulos salientes y a su prominente nariz aguileña. El monarca anasazi lucía una camisa adornada con púas de puercoespín cosidas a las mangas, mocasines decorados con campanillas de cobre y un tocado rematado con plumas de guacamayo rojas y verdes.

Más allá del miedo que su cargo infundía, Nootau había sabido ganarse el respeto de su pueblo y, tras dieciséis años de sólido gobierno, su capacidad de liderazgo había quedado fuera de toda duda. Su buen hacer y su firmeza le habían librado hasta la fecha de haber sido derrocado por algún sector de la nobleza aspirante al poder, como había ocurrido otras veces en el pasado.

No obstante, en los últimos tiempos había crecido en Nootau una gran preocupación por el futuro de su pueblo. Una interminable sequía que ya se prolongaba durante más de nueve veranos estaba causando estragos en las cosechas; había incluso desecado el cauce de algunos ríos. Semejante catástrofe no podía haber llegado en peor momento, justo cuando la población anasazi se había multiplicado debido al clima favorable del que habían gozado durante la generación anterior. Ahora, sin embargo, los dioses les habían dado la espalda, y ni todas las oraciones y danzas de los sacerdotes parecían bastar para arrancarles el perdón.

En la plaza le esperaba el maestro constructor, a quien previamente Nootau había hecho llamar. El perspicaz hombrecillo, capaz de diseñar edificios de tres plantas de altura y conocido por el sobrenombre de Mente Despierta, inclinó la cabeza ante su soberano.

—¿Cómo van los preparativos para la obra?

Nootau había ordenado construir una planta más —la cuarta—, para añadir más cámaras a la ciudad y aumentar así su aforo. Desde un punto de vista arquitectónico, los constructores le habían asegurado la viabilidad del proyecto.

—Mi señor, un destacamento de trabajadores, reforzados por un grupo de esclavos, ya se han desplazado hasta las canteras. Al mismo tiempo, otra cuadrilla ya ha iniciado la tala de pinos del bosque más cercano.

Los susodichos preparativos implicaban la extracción de toneladas de piedra, que debían ser acarreadas hasta la ciudad, junto a grandes cantidades de agua y arena para la mezcla de adobe. Por su parte, la madera se utilizaría para el soporte de la techumbre y como travesaños horizontales que se incrustarían en las paredes, así como para fabricar dinteles y andamios.

Nootau despidió a Mente Despierta, no sin antes recordarle que antes del equinoccio de otoño la obra debía estar finalizada.

El monarca anasazi decidió entonces efectuar una visita a sus hijos, antes de iniciar su rutina de trabajo habitual. Kokopelli le había bendecido con tres hijos varones de trece, doce y once años de edad, a los que amaba con devoción y de los que se sentía tremendamente orgulloso.

Su hijo mayor, quien guardaba un extraordinario parecido con su progenitor, plasmado especialmente en su voluminosa nariz aguileña, estaba siendo instruido en la cámara adyacente al barracón. Mongwau, en su condición de primogénito, le sucedería algún día en el cargo y gobernaría sobre la región del Cañón del Chaco, y muy probablemente sobre todo el pueblo anasazi, siempre y cuando Nootau lograra asumir también el mando de Mesa Verde. Por ello, Mongwau debía adquirir el conocimiento sobre múltiples materias, entre ellas el arte de la guerra, asunto sobre el cual estaba llamado a tomar decisiones importantes.

Nootau accedió al interior de la cámara cuadrada, ornamentada en su extremo opuesto por una colección de cabelleras que colgaban del techo a modo de trofeo, todas ellas arrancadas durante la batalla a sus enemigos. Sobre una pared reposaba un amplio repertorio de armas de guerra, entre las que destacaban arcos y flechas, puñales de hueso y mazas de piedra. Una ventana en la pared y la abertura del techo permitían que un doble chorro de luz natural penetrara en la estancia. Mongwau estaba sentado en el suelo junto a Uzumati, el jefe de guerra, que manipulaba una serie de figurillas de madera, de las cuales se valía para explicar los aspectos tácticos del combate, como las claves para la defensa de una ciudad, la preparación de una emboscada o la protección de una aldea.

Uzumati se puso en pie en cuanto vio aparecer al monarca. El jefe de guerra llevaba poco tiempo en el cargo, desde el reciente fallecimiento de su antecesor.

—Siéntate, por favor.

—Gracias, mi señor.

Pese a que Uzumati era bastante joven, ya gozaba de una amplia experiencia en el campo de batalla, tal como probaba la presencia de una fea cicatriz que le atravesaba el rostro en diagonal. Nootau le había elegido no solo por su bravura, sino también por la ferviente lealtad que siempre le había profesado.

—¿Cómo progresa mi hijo? —inquirió.

—Mongwau es inteligente —señaló Uzumati—, no obstante, no creo que preste toda la atención que debiera.

Mongwau chasqueó la lengua en señal de protesta.

—Padre, esto me aburre. Lo que yo desearía es ser adiestrado por Uzumati en el uso de las armas. Ahora mismo debería de estar practicando con el arco y la flecha para mejorar mi puntería.

—Hijo, también tendrás ocasión de formarte como guerrero. Pero debes comprender que cuando me sucedas, tomarás decisiones importantes en el ámbito de la guerra, de las cuales dependerá la supervivencia de nuestro pueblo.

Mongwau se cruzó de brazos y agachó la cabeza en señal de frustración.

—No te moverás de aquí hasta que hayamos finalizado la lección —señaló Uzumati—, y hasta el momento no te has aplicado.

Mongwau apretó los labios y acto seguido barrió las figurillas dispuestas en el suelo de un solo manotazo. Durante aquel instante de tensión, Uzumati procuró no

perder los nervios; estaba acostumbrado a los accesos de ira de Mongwau. Por su parte, Nootau decidió mantenerse al margen para ver cómo resolvía la situación el jefe de guerra.

—Ahora tendremos que empezar de nuevo —sentenció Uzumati—. Y solo cuando hayamos terminado dejaré que te ejercites junto a mis guerreros en el exterior, no antes.

Nootau abandonó la cámara y se dirigió hacia el extremo opuesto de la plaza. Abstraído, pensaba que seguramente habían educado a Mongwau con excesiva tibieza. El muchacho era caprichoso e impulsivo y desafiaba constantemente las órdenes que recibía de los demás. El episodio que acababa de protagonizar con el jefe de guerra constituía una buena prueba de ello. A los niños se les enseñaba a sentarse en plena naturaleza para que sintieran el vínculo que les unía a la Madre Tierra, y de ese modo aprendiesen a escuchar el silencio y a observar lo que solo se podía apreciar con los ojos del corazón. Mongwau, sin embargo, nunca había tenido paciencia para nada de eso.

Nootau admitía su cuota de responsabilidad en el proceso, pero no le cabía la menor duda de que la madre del crío había tenido más culpa que él. El monarca alejó aquellos pensamientos de su cabeza y avanzó a grandes zancadas, apartando del camino a una bandada de pavos que no cesaba de graznar. Al pasar junto a la *kiva* principal, las profundas voces de los sacerdotes se alzaron desde el subsuelo.

Cuando alcanzó las plantas situadas en la cara sur de la ciudad, Nootau inició un nuevo ascenso por las escaleras para ver a su hijo mediano. Bayou, que había heredado la complexión física de su madre, era un niño rollizo y de baja estatura, que apenas guardaba parecido con su hermano mayor. Nootau cruzó las azoteas y caminó en dirección a la cámara del sumo sacerdote situada en el tercer piso. De entre un amplio abanico de opciones, Bayou había mostrado un claro interés por la carrera sacerdotal, elección que satisfizo enormemente a sus padres. Su preparación ya había comenzado, y Nootau aspiraba a que su segundo hijo ocupase el cargo de sumo sacerdote algún día.

El monarca se detuvo ante la cámara de la principal figura religiosa de la región y apartó unos centímetros la cortina que hacía de puerta. El techo estaba pintado imitando un firmamento lleno de estrellas y en las paredes se veían los rostros de varios *kachinas* dibujados con extraordinaria perfección. Bajo la ventana había una hilera de vasijas repletas de hierbas sanadoras y el suelo estaba cubierto con alfombrillas de sauce. Ouray, de figura espigada y ojos saltones, era un hombre bastante mayor que el monarca, enfrentado en la actualidad a una difícil situación por culpa de la sequía. Los aldeanos creían que los sacerdotes atraían la lluvia y, por ello, varias veces al año acudían de todas partes para participar de las ceremonias y sobrecogerse ante la monumentalidad que ofrecía la visión de Ciudad Chaco. La escasez de precipitaciones, sin embargo, no dejaba últimamente a los sacerdotes en buena posición.

Bayou y Ouray oraban en voz alta, con los ojos cerrados y sus espíritus muy lejos de allí.

Nootau se mostró complacido y, dadas las circunstancias, prefirió no interrumpir y salir de nuevo a la terraza. Entonces ordenó a uno de los centinelas que le acompañaba que averiguase dónde se encontraba el menor de sus tres hijos: Yuma.

Yuma no recibía el mismo trato que sus hermanos en todas las circunstancias. Y la explicación residía en que era especial.

Así al menos lo decretó Ouray, poco después de bendecir el nacimiento de Yuma, en el momento en que sostuvo a la criatura entre sus brazos y le cortó el cordón umbilical. El sumo sacerdote, absolutamente maravillado, había reconocido en el aura del recién nacido la grandeza de los tocados por el Espíritu. Ostentar aquella condición implicaba tener un singular tipo de sensibilidad que atribuía a su poseedor, entre otros muchos dones, la capacidad de comunicarse de forma natural con los espíritus de los Antepasados. Un nacimiento de aquellas características solo se producía una vez cada varias generaciones, y se presumía que el tocado por el Espíritu solía jugar un papel fundamental en el devenir del pueblo anasazi.

Por todo ello, Yuma había sido objeto en algunos casos de un trato diferencial. Nootau, incluso, debido al profundo rechazo que Yuma siempre había sentido hacia todo aquello que tuviese que ver con la violencia, había renunciado a sus planes de convertir a su hijo menor en el futuro jefe de guerra, como habría sido su deseo. Desde luego, Nootau había aprendido enseguida que Yuma no era un niño como los demás. Mostraba, de hecho, una madurez impropia de su edad y poseía una visión del mundo que no se atenía a las reglas preestablecidas. Como consecuencia de todo ello, Nootau había decidido otorgarle a Yuma la libertad para que él mismo escogiese su propio camino.

El centinela regresó de hacer su cometido y le pidió al monarca que le siguiese a través de las terrazas hasta una cámara cercana, propiedad de un mercader, que estaba siendo pintada por un artista al que Yuma le estaba haciendo compañía. Nootau así lo hizo.

Al cruzar el umbral, Nootau pudo ver que las paredes del aposento estaban cubiertas de hermosas y vívidas pinturas. De todas ellas, la que más llamaba la atención era la de una manada de búfalos que realzaba notablemente el revestimiento de mampostería. El artista, asistido por Yuma, interrumpió su trabajo y se inclinó solemnemente ante Nootau.

—Mi señor, permítame que le diga que con tan solo once años de edad, Yuma ya posee un excepcional talento artístico.

El monarca observó a su hijo, que le saludó brindándole una amplia sonrisa. Yuma era delgado como un palillo, de rostro triangular, nariz recta y grandes ojos

castaños poseedores de la mirada más limpia que Nootau jamás hubiese conocido.

—Padre, ¿te gustan las pinturas?

—Son magníficas, Yuma.

El niño humedeció la yema de los dedos en un receptáculo de piedra y aplicó el pigmento sobre el muro. Nootau contempló en silencio a su hijo durante medio minuto y después salió al exterior. Le esperaba un largo día por delante y numerosos asuntos que despachar; en especial, tenía que preparar con sus asesores la inminente visita a Ciudad Chaco que efectuaría el monarca de Mesa Verde.

Nootau posó de nuevo sus pies en la plaza, acompañado por el sempiterno tintineo de las campanillas de cobre que producían sus mocasines. En ese instante, un grupo de sacerdotes que emergía de la *kiva* se preparaba para iniciar un ritual. La religiosidad estaba presente en todas y cada una de las facetas de la vida anasazi, y se manifestaba fundamentalmente a través de un sinfín de ceremonias en las cuales las danzas ocupaban un sitio destacado. Los bailes, por tanto, lejos de ser entendidos como un pasatiempo, constituían por sí mismos actos religiosos destinados a influir en las fuerzas sobrenaturales que ordenaban el mundo.

Los habitantes de Ciudad Chaco paralizaron momentáneamente sus quehaceres mientras la danza tenía lugar. Algunos sacerdotes llevaban el rostro pintado y otros portaban máscaras de *kachinas*. Los primeros marcaban el paso y arrojaban harina de maíz al suelo dibujando un sendero que simbolizaba el camino de la vida, seguidos por los segundos, que bailaban con pasos lentos y hacían sonar una matraca de calabaza para reproducir el sonido de truenos lejanos. Los sacerdotes que portaban las máscaras sagradas perdían sus identidades personales y asumían la de los seres espirituales que representaban, en un verdadero acto de mimetismo. La procesión recorrería toda la ciudad en el sentido contrario a las agujas del reloj, y regresaría al punto de origen.

El monarca fue abordado por el jefe de guerra cuando observaba el ritual. Uzumati había dejado momentáneamente a Mongwau en la cámara adyacente al barracón repasando las tácticas bélicas.

—Mi señor, soy consciente del especial grado de libertad del que goza Yuma, pero he sido informado de que durante los últimos días su hijo se ha atrevido a abandonar los muros de Ciudad Chaco para explorar por su cuenta y riesgo las inmediaciones de la capital. Como consecuencia de ello, me he tomado la licencia de designar a un guerrero para que le siga a todas partes y garantice su seguridad. No es prudente que un hijo del monarca deambule sin protección lejos del núcleo urbano.

Nootau reflexionó unos segundos antes de contestar. Desde luego, podía prohibirle a Yuma alejarse de Ciudad Chaco, pero entonces estaría coartándole la autonomía que él mismo se había jurado darle.

—Gracias, Uzumati. Has tomado la decisión correcta. En todo caso, el centinela se limitará a no perderle de vista, pero nunca deberá interferir en sus asuntos.

—Así se hará —replicó el jefe de guerra.

Nootau asintió y prosiguió su recorrido mientras les dedicaba un último pensamiento a sus hijos antes de consagrar sus energías a la interminable tarea de gobernar.

CAPÍTULO 2

Después de una larga caminata, Aleshanee y su abuelo llegaron al conocido yacimiento de arcilla donde los aldeanos de la zona se solían abastecer. El lugar no era más que un ensanchamiento en la pared de un pequeño cañón, que atrapaba el agua de las cada vez más esporádicas lluvias. La niña y el anciano se arrodillaron sobre el suelo terroso y comenzaron a llenar sus cestos con la densa arcilla gris.

Aleshanee, que contaba con diez años de edad, estaba convencida de que su madre hacía la mejor cerámica de la región, y su mayor deseo no era otro que aprender los secretos de la alfarería para poder algún día llegar a ser como ella. Abuelo y nieta se aprovisionaron convenientemente y emprendieron enseguida el camino de regreso. La aldea Fuego Azul, a la que ambos pertenecían, cerraba el conjunto de aldeas situadas en el extremo más oriental de las proximidades de Ciudad Chaco.

—¿Estás cansado, abuelo? —inquirió Aleshanee.

El anciano esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Nada que un viejo obstinado como yo no pueda resistir.

El calor del mediodía era tan intenso, que aunque el viaje les llevase más tiempo, decidieron desviarse por el pinar para ganar algo de sombra. Un conejo emergió de un matorral y cruzó delante de ellos, mientras el melodioso gorjeo de un petirrojo se arrastraba desde el aire. El ritmo del anciano era muy lento, pero Aleshanee tampoco le andaba a la zaga, porque la falda del vestido le quedaba demasiado larga y se le enredaba entre las piernas.

Instantes después, una sinfonía de golpes apagados, ajenos al murmullo natural del bosque, les llamó poderosamente la atención.

—¿Qué es eso, abuelo?

El anciano arrugó la frente y se temió lo peor.

—Comprobémoslo.

Dejaron los cestos en el suelo y se guiaron por el eco que atronaba entre los árboles y les reverberaba en los oídos. No tardaron en resolver el misterio, tan pronto avistaron en la lejanía a una cuadrilla de hombres talando una porción de terreno. El sonido de las hachas de piedra contra la madera se propagaba en todas direcciones. Previamente, los leñadores le habían pedido permiso al árbol para proceder a cortarlo. En susurros, les explicaban que necesitaban su madera y les recordaban que ellos mismos, cuando murieran, también serían un día parte de la tierra que alimentaría a sus hermanos.

En aquel momento, uno de los leñadores dio un grito y, acto seguido, un árbol se estrelló pesadamente contra el suelo.

—Abuelo, antes de que lo derribaran, ese pino casi rozaba el cielo.

—Así es, Aleshanee. Y no olvides nunca que cuanto más alto es el árbol, tanto más profundamente tienen que penetrar sus raíces en el corazón de la Madre Tierra.

El anciano ensombreció el gesto y se dio media vuelta, sin añadir nada más.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Aleshanee.

—Temo que nuestros gobernantes equivoquen sus pasos y acaben haciendo pagar por sus errores a todo el pueblo anasazi.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Su abuelo no parecía estar de humor para contar las viejas historias que a ella tanto le gustaban. En los entornos rurales, los ancianos eran los encargados de la educación de los más jóvenes, habitualmente mediante la narración de antiguos relatos y leyendas, cargados de sabiduría y dotados de su correspondiente moraleja.

Llegaron a la aldea agotados por el esfuerzo. Un escarpado cerro flanqueaba un extremo del poblado, proyectando sobre él su alargada sombra. La madre de Aleshanee salió a recibirles y se hizo rápidamente cargo de la situación. Su esposo se encontraba en los campos de cultivo, donde trabajaba de sol a sol sin apenas descanso.

—Padre, estás fatigado —repuso tomándole el cesto de las manos—. Descansa un rato mientras se te sosiega la respiración.

El anciano siguió el consejo y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared de la casa.

—¿Hemos traído suficiente arcilla? —preguntó Aleshanee.

—Desde luego que sí. Habéis hecho un gran trabajo.

—¿Me enseñarás como me habías prometido?

—Así es. Ya tienes edad suficiente para aprender un oficio. —El rostro de Aleshanee se iluminó al escuchar a su madre—. Vamos, coge un terrón de arcilla y acomódate a mi lado.

La niña así lo hizo y esperó a recibir nuevas instrucciones.

—Ahora la arcilla está dura y seca. ¿Lo ves? De modo que lo primero que haremos será empaparla para que se reblandezca. —La mujer observó que su hija así lo hacía y prosiguió con las explicaciones—. Después la amasas con mucha paciencia al tiempo que la despojas de cualquier tipo de impureza.

Aleshanee no le quitaba ojo al modo en que las expertas manos de su madre trataban la arcilla. La niña ponía todo su empeño en el proceso.

—Hija, ¿sabes cuál es el verdadero secreto para convertirte en una brillante alfarera? Nunca dejes de hablarle a la arcilla.

Aleshanee parecía confusa.

—Pero, madre, ¿qué se supone que le tengo que decir?

La mujer dejó escapar una sonora carcajada.

—No es la boca lo que tienes que usar, sino las manos —precisó—. Deberás aprender a comunicarte con la arcilla a través del tacto y la presión que ejerzas con los dedos. Y si lo haces bien, la arcilla te escuchará.

Aleshanee frunció el ceño. Aquello, pensó, entrañaba más dificultad de la que en un principio se había imaginado.

A media mañana, Yuma decidió abandonar Ciudad Chaco con intención de explorar por su cuenta los territorios que se extendían más allá de sus fronteras. No era la primera vez que lo hacía, pero en esta ocasión pretendía alejarse aún más y no limitarse tan solo a rondar por las inmediaciones. El hijo menor del monarca se conocía ya hasta el último rincón de la ciudad, y su curiosidad natural le empujaba a visitar otros lugares pertenecientes a la nación anasazi.

Yuma era perfectamente consciente de que su padre no le imponía tantas obligaciones como a sus hermanos. Él estaba sujeto a muchas menos restricciones. Y todo porque se suponía que era especial. Yuma estaba tocado por el Espíritu, o al menos, eso era lo que se decía, aunque todavía no comprendía lo que eso significaba ni tampoco se sentía diferente a los demás. En todo caso, Yuma sabía que su libertad no era total. El día anterior había advertido que un centinela le seguía cada vez que se alejaba de la ciudad, con órdenes de no perderle de vista. A Yuma no le importó, porque el guerrero se mantenía siempre a distancia y no se inmiscuía en sus asuntos. De cualquier modo, estaba convencido de que nada malo le podía pasar.

Yuma atravesó una desértica planicie salpicada de malas hierbas y matorrales de artemisa. Lejanos oteros se alzaban sobre los llanos y afilados peñascos se clavaban en la tierra como gruesas agujas. En el horizonte se recortaba una cadena montañosa de origen volcánico y dientes de sierra que seccionaba la línea del cielo.

Poco después, Yuma se adentró en una enorme extensión de terreno cultivado que nunca antes había tenido la oportunidad de visitar.

La agricultura constituía la principal fuente de alimentos de su pueblo, cuyos productos más esenciales eran el maíz, la judía y la calabaza, si bien la dieta anasazi se completaba con la caza y la recolección de frutos silvestres, como los piñones y las bayas. La región del Cañón del Chaco tenía un clima muy extremo dependiendo de la estación, hasta el punto de que las temperaturas subían casi cuarenta grados en verano para descender a veinte grados bajo cero en invierno. Las precipitaciones también variaban mucho de un sitio a otro, de manera que una aldea podía soportar lluvias constantes, mientras que otra situada a escasos kilómetros podía no recibir ni una sola gota de agua. El problema había empeorado con la galopante sequía que padecían desde hacía varios años, y que había disminuido considerablemente la media de precipitaciones.

Yuma se inclinó sobre la tierra reseca y contempló entristecido los tallos de maíz, mustios y debilitados, que auguraban una pobre cosecha. Principalmente, los anasazi practicaban la agricultura de secano, cuya producción se concentraba en las zonas más elevadas y se basaba en la absoluta dependencia de las lluvias. Por fortuna, desde

hacía un par de generaciones los campesinos habían comenzado a cultivar también en los lechos de los cañones, donde el nivel de las aguas subterráneas era poco profundo y las raíces de las plantas podían absorber el líquido elemento. De hecho, era sobre todo aquella clase de agricultura la que aún proporcionaba cosechas decentes desde el inicio de la sequía.

Numerosos agricultores, ataviados en su mayoría con taparrabos, divisaron a Yuma en los campos de cultivo, lo que provocó que enseguida comenzaran a mirarse de reojo. El niño llevaba un tocado de plumas de guacamayo y una capa de algodón que le identificaban inequívocamente como miembro de la realeza. Las miradas furtivas se transformaron en murmullos. Los altos dignatarios de Ciudad Chaco casi nunca se dejaban ver por las plantaciones o las aldeas, a excepción de los recaudadores de impuestos cuando les tocaba hacer su trabajo. Y el hecho de que fuese un niño no cambiaba las cosas, especialmente si se trataba de uno de los hijos del monarca, como su atuendo parecía indicar. Yuma atravesaba los campos exhibiendo una pose orgullosa, y observaba complacido cómo los campesinos agachaban la cabeza en señal de sumisión conforme iba pasando delante de ellos.

Asimismo, Yuma se fijó en que muchos campesinos cargaban con odres y tinajas, sin saber a qué respondía tan extraño comportamiento. Muy pronto comprobó que los recipientes estaban llenos de agua que utilizaban para regar los cultivos. Ante la ausencia de lluvias, los hacendosos agricultores se veían obligados a desplazarse hasta el riachuelo más próximo y emplear gran parte de su tiempo en realizar aquella tarea que, de todos modos, se antojaba insuficiente.

Yuma dejó atrás los plantíos y en pocos minutos avistó una pequeña aldea conformada por modestas casas construidas de arenisca y techadas con una mezcla de zarzo y barro. El sol había despejado la sombra del cerro y el poblado recibía un baño de luz natural. Los primeros aldeanos que se cruzaron con Yuma se hicieron rápidamente a un lado, intimidados por la presencia en aquellos lares de una persona de rango tan elevado. Yuma se encaminó a la casa más cercana, donde distinguió en el patio exterior a una niña de su edad trabajando con arcilla. Tras ella, un anciano dormitaba al amparo del retazo de sombra que arrojaba la vivienda.

La niña levantó la cabeza y contempló a Yuma sin poder ocultar un gesto de extrañeza.

—¿Quién eres? Nunca antes te había visto por Fuego Azul.

Yuma reaccionó con cierta sorpresa ante la insolencia de la niña. ¿Cómo había sido tan descarada de dirigirle la palabra sin que él lo hubiese hecho primero? ¿Acaso sus exquisitos ropajes y los símbolos que portaba no habían bastado para que se diese cuenta de que se encontraba ante un miembro de la realeza? Indignado, Yuma se decidió a ignorarla a modo de escarmiento, aunque enseguida se dio cuenta de que su maniobra no surtía el menor efecto en ella.

—Yo me llamo Aleshanee —anunció.

Aleshanee llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas que le caían sobre el

pecho, y poseía una diminuta nariz respingona y labios extremadamente finos que cuando se estiraban conformaban una adorable sonrisa.

Yuma se mantuvo impasible y su mirada se posó en el anciano, quien, pese a la bulla que unos críos armaban en la casa de al lado, parecía roncar con placidez.

—Es mi abuelo —señaló nuevamente Aleshanee, sin mostrarse en absoluto afectada por la altiva actitud de Yuma—. Está cansado porque hemos dado un largo paseo para traer arcilla.

Yuma contempló un par de vasijas de excelente acabado que reposaban junto a la niña. Aleshanee manipulaba unas tiras de barro que superponía unas sobre otras para dar forma al recipiente que sostenía entre las manos. Un intenso deseo por querer saber más brotó dentro de él.

—¿Las has hecho tú? —dijo al fin. Yuma sabía, por la educación que había recibido, que no debía relacionarse de una manera tan abierta con simples aldeanos, pero se dijo a sí mismo que si quería satisfacer su curiosidad, no tendría más remedio que hacer una excepción.

—No —rio Aleshanee—. Ya me hubiese gustado. Son de mi madre. Yo apenas me estoy iniciando en el oficio.

—¿Y es una tarea difícil? Creo que a mí también me gustaría aprender.

Aleshanee arrugó la nariz.

—Creo que para mí aún es pronto para saberlo. Pero mi madre es una excelente maestra. Sin duda, la mejor ceramista de toda la región.

—¿De verdad? ¿Pertenece entonces tu madre al gremio de alfareros?

—Me temo que no —repuso la niña sin ocultar su contrariedad—. A los aldeanos no se nos permite formar parte del gremio; ese privilegio está reservado para los habitantes de la ciudad. Yo creo que es injusto, pero mi madre dice que no debemos protestar, porque así es como siempre han sido las cosas.

Yuma mejor que nadie conocía la rígida estratificación de la sociedad anasazi, que situaba a unas personas por encima de otras no por sus méritos, sino por su condición. Y el puesto más alto de la pirámide lo ocupaba su familia.

En ese momento, la madre de Aleshanee, que había oído hablar a su hija con alguien cuya voz no había reconocido, salió de la vivienda. Su sorpresa fue monumental. ¿De verdad uno de los hijos del monarca se encontraba delante de su puerta?

La sencilla mujer se había quedado sin habla, y sus ojos reflejaban cierto temor en el fondo de sus retinas. De pronto, Yuma fue consciente del verdadero efecto que provocaba en los aldeanos su insólita presencia allí: lo que en un principio había confundido con respeto, era en realidad un sentimiento de desasosiego. Y advirtió también lo mucho que aquel descubrimiento le incomodaba.

—Su cerámica es preciosa —alabó Yuma, esperando calmar a la mujer y encauzar de esa manera el encuentro.

La madre de Aleshanee inclinó la cabeza casi en una reverencia, mientras el

abuelo de la niña, ya despabilado de su siesta, decidía intervenir en la conversación.

—Puedes estar seguro —terció—. Sus vasijas son las que siempre tienen mejor salida en el mercado.

Yuma apreció que el anciano no le esquivaba la mirada y le hablaba con la misma franqueza con que lo había hecho su joven nieta.

—¿Te gustaría practicar conmigo? —Ofreció Aleshanee con la naturalidad propia de un niño—. Tenemos suficiente arcilla para los dos.

—No, hija, no podemos. A nosotros no nos corresponde semejante honor —dijo alarmada la madre de Aleshanee, que no sabía cómo proceder—. Él es uno de los hijos de nuestro monarca Nootau.

—Mi nombre es Yuma —aclaró, en un tono muy alejado del carácter altivo que había adoptado cuando Aleshanee se había dirigido a él por primera vez.

El anciano se puso en pie con la ayuda de un bastón de madera.

—Tú eres el chico que está tocado por el Espíritu, ¿verdad? —preguntó mostrando sus desdentadas encías—. Puedo sentirlo desde aquí.

Hasta el último habitante del pueblo anasazi sabía que el hijo menor del monarca gozaba de dicha condición.

—Eso es lo que dicen —repuso, encogiéndose de hombros para restarle importancia.

El anciano escrutó al chico largamente. Algo le decía que podía fiarse de él.

—Hijo, esta mañana fui testigo de un acto que me causó un gran enojo —declaró—. Si te lo contara... ¿me harías el favor de transmitírselo a tu padre?

La madre de Aleshanee, temerosa, le rogó en vano que interrumpiese su discurso. Aquel no era precisamente el cauce más apropiado para hacerle llegar una queja al monarca.

—Prometo que le comunicaré su mensaje. —Más allá de la frustración, Yuma había percibido en el anciano una inmensa tristeza.

Aleshanee observaba en silencio la escena, ajena a la tira de arcilla que se le había secado entre las manos.

—Un amplio grupo de leñadores sometía nuestro bosque a una tala desmedida —denunció el anciano.

—Hay previstas nuevas edificaciones en Ciudad Chaco —aclaró Yuma.

—¿Es que no han construido ya bastante? —replicó enarbolando su bastón como si fuese un báculo—. Desde que yo tenía tu edad, he sido testigo de cómo los bosques de la región han ido menguando año tras año. Y todo por decisión de la élite gobernante. ¿Acaso no se dan cuenta de que, debido a la sequedad de estas tierras, la repoblación de nuestros árboles se produce con especial lentitud? Hace mucho tiempo que el ritmo de la tala debió haberse moderado y, sin embargo, tal cosa nunca ha llegado a suceder. —El anciano clavó sus fatigados ojos en Yuma—. Hijo, las condiciones de vida en el cañón nunca fueron fáciles, pero si a la sequía le sumamos la acción de nuestra propia mano, entonces se acabará volviendo imposible.

CAPÍTULO 3

Aquel mismo día, en Ciudad Chaco, Nootau ascendía hasta la tercera planta tras una larga jornada impartiendo justicia, supervisando los asuntos que afectaban a la comunidad y resolviendo las eternas disputas que siempre surgían entre los altos dignatarios. El ocaso vertía una densa sábana de color púrpura sobre el cañón, vagamente iluminado por las hogueras de las poblaciones vecinas. Nootau contempló el paisaje que se extendía más allá de la ciudad antes de acceder a la cámara más amplia de cuantas conformaban los aposentos reales, donde le esperaba su familia para hacer juntos la última comida del día.

Su mujer y sus tres hijos se hallaban dispuestos en torno a las ascuas de un fogón, cómodamente sentados sobre finas esterillas de junco. Una cazuela situada sobre un armazón de madera en forma de trípode desprendía el delicioso aroma de la infusión de pétalos de yuca que se estaba calentando. Dos antorchas de cedro alumbraban la estancia y arrojaban un resplandor dorado sobre las pinturas de los *kachinas*, que a la luz del fuego parecían danzar sobre la pared. Pronto, una esclava serviría los platos que se habían estado preparando laboriosamente en las cocinas.

La esposa de Nootau y madre de sus tres hijos se puso en pie y desató el lazo que sujetaba la capa al cuello de su marido.

De cara ovalada y ojos negros como el fondo de una cueva, Onawa nunca había sido especialmente hermosa; fue su pertenencia a la nobleza anasazi, de hecho, lo que posibilitó su matrimonio con Nootau. Por aquel entonces, el joven Nootau necesitaba una esposa fértil que le procurase descendencia, y la familia de Onawa no dudó en poner a su única hija a disposición del hombre llamado a gobernar la región. Acostumbrada a su privilegiado estatus, Onawa era una mujer controladora que continuamente decía lo que pensaba y que, de un modo u otro, casi siempre se las arreglaba para imponer su voluntad.

Mientras los padres se saludaban e iniciaban en voz baja una conversación de adultos, Mongwau y Bayou se divertían a costa de Yuma, propinándole un sinfín de pellizcos en brazos y piernas. Los dos mayores tenían por costumbre aliarse contra el pequeño, que llevaba siempre las de perder.

—Comportaos —ordenó Nootau tomando asiento.

Los niños obedecieron al instante y Yuma se libró por fin de la provocación de sus hermanos. Onawa asió la cazuela y sirvió el humeante té en vistosas tazas de cerámica anasazi.

Mongwau fue el primero en tomar la palabra, para narrar con pelos y señales el adiestramiento que había recibido junto a los guerreros de Usumati. Con grandes aspavientos imitó los movimientos del arco y la flecha, presumiendo orgulloso de su excelente puntería.

—Hijo, cuando tengas edad para luchar, participarás en más de una batalla. Solo entonces entenderás que nada de lo que ahora encuentras tan emocionante te lo parecerá cuando tengas en frente al enemigo.

—Nootau, no comprendo por qué nuestro hijo tendría que luchar en batalla alguna —terció Onawa—. No quiero ser testigo de cómo le arrebatan la vida de forma prematura.

—Madre, yo seré tan fuerte que no permitiré que ningún enemigo me mate —señaló Mongwau convencido.

Onawa acarició la mejilla de su primogénito, que a sus trece años aún veía la muerte como a un extraño personaje ajeno a su existencia.

—Así como a mí me tocó luchar antes de casarme contigo —explicó Nootau—, Mongwau también deberá hacerlo algún día para ganarse el respeto de su pueblo y la admiración de su ejército. Solo entonces se convertirá en un monarca verdaderamente digno.

En ese momento apareció una esclava portando una enorme bandeja. Soyala, que así se llamaba, solicitó permiso para servir la esperada cena.

—Adelante —autorizó Nootau.

La esclava se deslizó por la estancia como una sombra, y con la cabeza gacha, fue llenando los platos con cecina de venado y tamales rellenos de calabaza. Después, Soyala se retiró en silencio y se apostó en el umbral.

Todos atacaron la comida con excelente apetito, de modo que durante un breve espacio de tiempo, no se escuchó otra cosa que el batir de mandíbulas y el sonido de los cubiertos de hueso. A continuación, fue Bayou el siguiente en animarse a contar su experiencia. El hermano mediano expresó su preocupación en relación a las danzas que los sacerdotes debían aprender, pues a él le resultaba muy difícil seguir el ritmo.

—Todo es cuestión de práctica —le aseguró Nootau—. Ese es el único secreto.

Bayou, algo más tranquilo, cambió el tono de voz y decidió abordar entonces un tema distinto.

—Padre, hoy escuché hablar a unos sacerdotes acerca de una antigua ciudad anasazi que, según dicen, se encuentra llena de riquezas.

—Así es —confirmó Nootau—. Se trata de la ciudad sagrada de Cíbola, desierta desde tiempo inmemorial, y cuyo paradero solo es conocido por el sumo sacerdote.

—Pero tú eres el monarca —razonó Bayou—. ¿Ni siquiera tú sabes dónde se encuentra?

—No, hijo. Así lo manda la tradición. Sin embargo, puede que tú mismo te conviertas en el depositario del secreto si algún día llegas a lo más alto de la carrera sacerdotal.

—Por supuesto que lo conseguiré —afirmó Onawa, dedicándole una cariñosa sonrisa a su hijo.

Yuma, que era el único de los tres hermanos que no había intervenido todavía, también estaba deseando disfrutar de su cuota de protagonismo.

—Pues yo esta mañana ayudé a pintar un grandioso mural en los aposentos de un mercader que le había encargado el trabajo a un artista.

—Es cierto —corroboró Nootau—. Y el artista afirmó que Yuma posee un extraordinario talento. Yo mismo fui testigo de ello. Mañana se lo deberías enseñar a tu madre.

Yuma agradeció el elogio de su padre, pero observó con decepción que Onawa no mostraba interés alguno, como tampoco le dedicaba ningún gesto afectuoso como sí lo había tenido con sus hermanos.

—Y más tarde visité la aldea Fuego Azul —prosiguió Yuma—, donde conocí a una niña que...

—¿Qué hacía Yuma fuera de Ciudad Chaco? —interrumpió Onawa, dirigiéndose muy alterada hacia su esposo.

—Cálmate, mujer, no hay nada que temer. Ya me he ocupado de que Yuma no corra peligro alguno.

—No era eso a lo que me refería —replicó apretando los labios—, sino más bien a lo indigno que resulta que un miembro de nuestra familia se relacione directamente con simples aldeanos.

Nootau le lanzó una mirada de advertencia a su esposa para que no insistiese en el asunto. Desde luego, la anasazi era una sociedad muy estratificada y había normas que regulaban aquella compleja jerarquía. No obstante, ella sabía perfectamente que Yuma, si quería, no tenía por qué atenerse a lo establecido, y que debido a su condición de tocado por el Espíritu era objeto de un trato distinto. Nootau, sin embargo, tenía a veces la impresión de que a Onawa le costaba aceptar el estatus casi sagrado de Yuma, seguramente porque aquel atributo provocaba que el menor de sus tres hijos escapase a gran parte de su control.

El silencio se apoderó de la cámara durante un largo minuto, hasta que poco a poco la situación recuperó su discurrir natural. Después, Yuma se animó a retomar de nuevo la voz cantante de la conversación.

—Padre, un anciano de la aldea me pidió que te dijera algo que él consideraba de gran importancia.

—¿De verdad? Muy bien, te escucho.

Entonces Yuma le transmitió la preocupación del abuelo de Aleshanee, relativa al exceso de edificaciones y al impacto negativo que ocasionaba en el territorio.

—¿De verdad es necesaria la construcción de una cuarta planta? —Culminó Yuma.

—Hijo, Ciudad Chaco necesita nuevos aposentos porque las familias de nobles y funcionarios han aumentado considerablemente en los últimos tiempos, y el espacio se nos agota. Además, en la nueva planta hemos planificado la construcción de cámaras específicas para vosotros, mucho más amplias que las actuales, a las que os podréis mudar tan pronto hayan finalizado las obras. —Nootau le propinó un jugoso bocado a la carne antes de continuar—. Y por lo que se refiere a los bosques,

tampoco hay motivo de preocupación. Ouray dice que los dioses ya nos han castigado lo suficiente y me ha garantizado el inminente fin de la sequía. Las lluvias favorecerán entonces una pronta repoblación de nuestras arboledas.

—Sí, pero... ¿Y si el sumo sacerdote se equivoca?

A Onawa le disgustó la insolente respuesta de Yuma.

—¿Es que no has escuchado a tu padre? —terció al tiempo que depositaba su taza de cerámica en el suelo—. Aprende a no cuestionar la autoridad de tus mayores.

Nootau, en cambio, no se tomó a mal la insistencia de su hijo. A decir verdad, sus inquietudes sugerían que Yuma reunía las cualidades de un verdadero líder, dispuesto a cuestionarse continuamente lo que otros daban por sentado. La visión de Yuma no se limitaba a lo pequeño ni tampoco a lo inmediato, sino que se extendía mucho más allá de lo que se intuía a simple vista. Nootau a veces no podía evitar pensar que las aptitudes de Yuma para gobernar superaban con mucho las que hasta el momento había demostrado Mongwau, que era quien estaba llamado a hacerlo por derecho.

—Hijo, ciertamente estamos viviendo la sequía más prolongada que se conoce en la historia de nuestro pueblo, pero los dioses no nos van a abandonar. Tan solo pretenden darnos un escarmiento, que probablemente resulte más que merecido.

Durante los siguientes minutos las conversaciones se entrecruzaron y tocaron temas distintos. Mongwau se mostró entusiasmado. Pronto dispondrían de nuevas cámaras, mucho más grandes y cercanas al cielo, y no paraba de hablar acerca de cómo las decoraría. Después Nootau informó a sus hijos de que al día siguiente Uzumati les instruiría a los tres en el uso del arco y la flecha. Todo varón anasazi debía estar preparado para defenderse, independientemente del oficio que desempeñase en su día a día.

—¿Yo también? —inquirió Bayou, que no parecía nada complacido.

—Sí, hijo. Pues, aunque lo más seguro es que nunca te verás obligado a empuñar un arma de guerra en el futuro, ese no es motivo para saltarte tu instrucción.

Nootau estaba sorprendido. Ni Yuma ni Bayou le habían salido belicosos, el primero, porque repudiaba la violencia y el segundo, porque carecía de las mínimas habilidades para ser un buen guerrero.

Poco antes de finalizar la cena, Nootau avisó a Yuma de que tenía algo que anunciarle, para lo cual era necesario que Soyala estuviese presente. La mujer acudió a su llamada y se situó en un rincón.

—Yuma, del mismo modo que tus hermanos ya cuentan con una esclava personal, a ti también te ha llegado la hora de disfrutar de ese privilegio. Por ello, he decidido asignarte a Soyala, que durante tantos años me ha servido bien, para que en lo sucesivo se ocupe de ti con la misma entrega y sacrificio.

—Gracias, padre.

Soyala se limitó a hacer una inclinación de cabeza para dar a entender que había comprendido el mandato de su señor, pues a los esclavos solo se les permitía hablar si antes le preguntaban de forma expresa.

Soyala recogió los platos y salió de la cámara algo trastornada por la inesperada noticia, sin saber muy bien cómo la debía interpretar. Acompañada por la luz de las estrellas y las antorchas que ardían en diferentes puntos de la ciudad, la esclava inició el descenso a través de terrazas y escaleras en dirección a las cocinas, situadas tres plantas más abajo.

De huesos anchos y rostro de rasgos angulosos, Soyala ofrecía una imagen escasamente femenina, que se acentuaba cuando se recogía un moño en lo alto de la cabeza. La corpulenta mujerona pertenecía al pueblo hohokam, enemigo tradicional de los anasazi, cuyo grado de hostilidad se había suavizado en los últimos tiempos, bajo el gobierno de Nootau. El cautiverio de Soyala ya rozaba la década, desde que fuese capturada cuando contaba con veinte años de edad. En el ataque de que fue objeto su aldea, su esposo fue asesinado, mientras que ella fue hecha prisionera cuando se encontraba en la fase final de su embarazo. Su hija, a la que llamó Aiyana, nació ya en cautividad, y ella misma se ocupó de criarla en Ciudad Chaco con la ocasional ayuda de otras esclavas como ella.

Era práctica habitual en sus incursiones que los guerreros anasazi hiciesen esclavos, los cuales vendían después entre las clases más pudientes. En todo caso, los dueños también adquirirían un deber, pues quedaban obligados a procurar vestido y alimento a los cautivos que tuviesen a su cargo. Las mujeres normalmente actuaban como sirvientas, mientras que a los hombres se les explotaba en trabajos mucho más duros, como los que tenían lugar en las canteras de piedra o las minas de turquesa.

Soyala observó a numerosas familias acomodadas en las terrazas, conversando en torno a cálidas hogueras. La plaza, sin embargo, se encontraba ya prácticamente desierta. Por lo general, al caer la noche todos los esclavos eran confinados en cámaras sin ventanas y custodiados por diligentes centinelas, que se apostaban en los tejados y se pasaban la noche escuchando los aullidos que los coyotes le dedicaban a la luna.

Soyala llegó a las cocinas situadas en un costado de la plaza, junto a numerosas despensas colmadas de víveres y graneros repletos de maíz. Otras esclavas culminaban también sus ocupaciones por aquella jornada, y ella hizo lo propio sin apenas cruzar palabra, deseosa de retirarse a dormir. Al final había llegado a la conclusión de que debía considerar como algo positivo que el monarca le hubiese encomendado el cuidado de su hijo menor. Su presión también disminuiría, pues servir directamente al monarca exigía total dedicación y una absoluta perfección en su trabajo.

Soyala accedió a una modesta cámara donde una veintena de esclavos yacían acurrucados en el suelo sobre desgastadas alfombrillas. El hedor, mezcla de sudor y suciedad, se combinaba con los ronquidos y las toses de los durmientes. Una hilera de fardos con las escasas posesiones de los cautivos era todo cuanto allí había.

Guiándose en la oscuridad por el tenue resplandor de las ascuas que caldeaban la habitación, Soyala llegó hasta donde se encontraba Aiyana, que se cubría como podía con una raída manta de piel de conejo.

Soyala se echó sobre la alfombrilla y besó a su hija en la frente. Segundos después, la pequeña de nueve años estiró la única manta que tenían para que ambas la pudieran compartir.

—Aiyana, ¿qué haces despierta todavía?

—Lo siento, mamá —susurró—. Lo he intentado, pero aún no me he podido dormir.

Soyala miró a su hija. Aiyana era una niña tan bonita que parecía mentira que su madre pudiese ser ella. Su padre nunca la conocería porque su alma ya moraba en la otra vida. Sin embargo, todavía quedaba el resto de su familia. Soyala aún soñaba con recuperar su libertad y regresar a tierra hohokam, donde poder reencontrarse con los suyos. La esperanza era la única cosa que no le habían arrebatado todavía.

—¿En qué piensas, mamá?

Soyala ya ni siquiera se molestaba en hablarle a su hija de las costumbres de su pueblo. En realidad, la niña se había criado conforme a la tradición anasazi, observando sus ritos y adorando a sus dioses. Pero si había algo que realmente la atormentaba era el hecho de saber que, habiendo nacido esclava, Aiyana no conocería otra vida que la eterna servidumbre.

—En nada, cariño —replicó pasándole la mano por la cara y cerrándole los ojos con suavidad—. Solamente en que tenemos que descansar para coger fuerzas con vistas a un nuevo día.

Además de su trabajo habitual, Soyala se encargaba también de formar a Aiyana en todas aquellas tareas que su hija tendría que realizar en cuanto alcanzase edad para servir a sus amos.

—Te quiero, mamá. Buenas noches.

El hermoso rostro de la pequeña reflejó el resplandor rojizo de las brasas mientras dibujaba una sonrisa.

—Buenas noches, hija.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, los tres hermanos fueron instruidos en el uso del arco y la flecha, tal como había dispuesto Nootau. El jefe de guerra les había conducido afuera y habían rodeado el muro hasta llegar a uno de los extremos de la media luna que conformaba el perímetro exterior de la ciudad. A los pies de la pared del acantilado nacía un grueso árbol que solía servir de blanco para practicar la puntería. El sol se elevaba en el horizonte, haciendo resplandecer los immaculados edificios de Ciudad Chaco contra el lienzo dorado del cañón.

Para empezar, Uzumati les enseñó la técnica más adecuada para coger las flechas del carcaj que portaban a la espalda. Las flechas estaban hechas de madera y llevaban una punta de piedra sujeta con correas y, en el extremo opuesto, plumas de pavo adheridas con resina de pino. Después efectuó una demostración de cómo debían disparar.

Mongwau ya tenía experiencia y su lanzamiento acertó en el tronco del árbol, sobre cuya superficie había pintado un guerrero enemigo. Uzumati le felicitó y Mongwau sonrió con orgullo, sabiéndose en aquella faceta muy superior a sus hermanos. Bayou, sin embargo, nunca se había mostrado demasiado diestro con las manos, y tuvo que soportar la socarrona risa de Mongwau mientras intentaba tensar apropiadamente el arco sin conseguirlo. Al final, la flecha salió disparada sin fuerza y recorrió tan solo la mitad del camino, cayendo al suelo con fragilidad.

—Bayou, dedicar tu vida a honrar a los *kachinas* ha sido la mejor decisión que has podido tomar —se burló Mongwau.

El siguiente turno fue para Yuma, quien después de todo no se sentía tan incómodo como esperaba con el arco entre las manos. Había observado con atención a Mongwau y pensaba que podría imitarle con relativa facilidad. Uzumati le corrigió la postura y le indicó cómo debía apuntar. El lanzamiento de Yuma pasó rozando el árbol y se estrelló contra la pared del acantilado.

—Para ser la primera vez, no ha estado nada mal —reconoció Uzumati.

Siguieron practicando hasta que se les vaciaron los carcajes, momento que aprovecharon para recoger las flechas que habían utilizado durante la sesión. Uzumati debía estar casi todo el tiempo encima de Bayou, que necesitaba más ayuda que ninguno de sus hermanos. Yuma, en cambio, se las había arreglado en poco tiempo para acertar todos sus disparos en el tronco del árbol. Mongwau no tardó en sentirse frustrado al comprobar que su hermano pequeño le había igualado en destreza y puntería sin apenas esfuerzo.

—Alejémonos diez pasos y veamos quién de los dos acierta en el corazón del guerrero —espetó Mongwau—. En caso de duda, dejaremos que Uzumati sea el juez.

Yuma no se tomaba el aprendizaje como una competición, pero sabía que si no

aceptaba el reto de su hermano mayor, este se pasaría el resto del día fastidiándole.

—Como quieras —repuso.

El jefe de guerra contó los pasos y trazó con el talón una raya en el suelo.

—Tú primero, Mongwau —dijo—. Sitúate detrás de la línea.

Mongwau obedeció y se esmeró por efectuar un disparo certero. El sudor perlaba su frente y le empapaba las cejas. La flecha silbó en el aire antes de clavarse en la cabeza del guerrero pintado en el tronco del árbol. Sin ser del todo perfecto, se trataba de un disparo difícil de superar. Mongwau sonrió satisfecho y le dedicó a Yuma una mirada triunfal.

Yuma sopesó la posibilidad de fallar a propósito para evitar el mal perder de que Mongwau solía hacer gala. No obstante, deseaba poner a prueba su habilidad, convencido en todo caso de no poder mejorar el tiro de su hermano. Yuma tensó el arco con todas sus fuerzas y entrecerró los ojos para afinar la puntería. El proyectil salió disparado e impactó en el hombro izquierdo del guerrero, escasos centímetros por debajo de la flecha de Mongwau.

Los tres hermanos aguardaron el veredicto Uzumati.

—La flecha de Yuma se encuentra más cerca del corazón —declaró—, pero si se hubiese tratado de un verdadero adversario, solo el disparo de Mongwau habría resultado letal —matizó para igualar la contienda.

—¿Entonces quién ha ganado? —inquirió Bayou.

—Ninguno de los dos —replicó Uzumati.

Mongwau no dejó escapar la oportunidad de salir victorioso de la contienda.

—Disparemos de nuevo para deshacer el empate —propuso en tono desafiante.

En ese momento, el centinela que hacía guardia sobre el tejado de la entrada apareció en escena para alertar a Uzumati. La comitiva liderada por el monarca de la región de Mesa Verde, cuya llegada esperaban a lo largo del día, se aproximaba por el camino principal.

—Seguid practicando —dispuso el jefe de guerra—. Yo debo acompañar a vuestro padre mientras recibe a sus invitados.

En cuanto Uzumati desapareció de su vista, Bayou arrojó el arco al suelo y se desprendió del carcaj.

—Yo ya estoy harto —proclamó—. Prefiero acercarme a ver a los recién llegados.

—Te acompaño —se ofreció Yuma, más interesado también en los ilustres visitantes que en el arco y la flecha.

La expresión de Mongwau se contrajo por la ira; el muchacho se tomó la actitud de su hermano como una ofensa.

—¡Yuma! —exclamó—. No puedes irte. Si te vas ahora, me consideraré ganador de nuestro duelo.

A Yuma le importó bien poco y recorrió junto a Bayou la curva del muro hasta que ambos se situaron a una distancia prudencial de la puerta de entrada. Desde allí

podrían observar con comodidad y disimulo el encuentro entre los gobernantes anasazi.

Los nobles designados para acompañar al monarca durante la recepción se fueron agrupando en un extremo de la plaza. El último en llegar fue Hesutu, quien no solo era uno de los personajes más acaudalados de Ciudad Chaco, sino también el más firme opositor de Nootau.

Hesutu, siempre contrariado, miró a su alrededor y negó con la cabeza. Sacerdotes músicos y bailarines se preparaban para ofrecer a los invitados un fastuoso recibimiento. Del mismo modo, procedente de las cocinas, ya se percibía el aroma del succulento banquete con que también se les pensaba agasajar. Él habría actuado de manera muy distinta. Hesutu pertenecía a la dinastía que había gobernado la región del Cañón del Chaco durante varias generaciones, hasta que el padre de Nootau les arrebató el poder tras establecer una alianza con el antiguo jefe de guerra. Dicho pacto le valió el favor de la clase militar y posibilitó su proclamación ante la asamblea. Aunque hacía mucho tiempo de todo aquello, Hesutu no podía olvidar que, de no haber ocurrido, sería él y no Nootau quien estuviese al frente de la nación anasazi.

Un niño pasó en ese momento junto al poderoso noble, sin poder evitar mirarle con cierta aversión. En su adolescencia, Hesutu sufrió un accidente cuando practicaba con el arco y la flecha, a raíz del cual había quedado tuerto. Todavía hoy, en el lugar donde debía estar su ojo izquierdo, no había otra cosa que piel cicatrizada sobre una cuenca vacía. Aquella fatalidad, además, le había impedido formarse debidamente como guerrero y participar en alguna batalla como habría sido su deseo.

Nootau, seguido de su esposa, se abrió paso entre el selecto grupo de dignatarios. Hesutu le miró con frialdad y se atrevió a sujetarle del brazo cuando pasaba por su lado. En las asambleas, el noble tuerto se oponía sistemáticamente a las decisiones del monarca e intentaba siempre convencer a otros dignatarios para que se unieran a su causa, aunque con escaso éxito la mayor parte de las veces.

—Nootau, ¿por qué te molestas en hacer todo esto? —farfulló—. Sabes tan bien como yo que tu proyecto de unificación es una quimera. ¿No se te ocurre nada mejor para tratar de satisfacer tus deseos de grandeza?

Nootau le miró y se limitó a replicar:

—Eres tan necio, que el rencor que te corroe por dentro no te deja ver lo que puede ser mejor para tu propio pueblo. —Y dicho esto, se zafó de Hesutu y reanudó el paso junto a Onawa en dirección a las puertas de la ciudad.

El monarca Tihkoosue y su esposa encabezaban la comitiva, seguidos por una representación de dignatarios y un numeroso destacamento de guerreros. La caravana la cerraba un amplio grupo de esclavos, cargados hasta arriba de fardos que contenían los enseres y las provisiones para el viaje, puesto que Ciudad Palacio Acantilado —la

capital de la región de Mesa Verde— se encontraba a día y medio de allí y resultaba inevitable levantar un campamento donde hacer noche en el camino.

Nootau y Onawa les aguardaban para recibirles en el umbral de acceso a la ciudad. Los monarcas alzaron la mano derecha con la palma abierta en señal de respeto, aunque en su origen aquel gesto simbolizaba que acudían desarmados al encuentro. Tihkoosue guardaba un gran parecido con Nootau. Ambos eran altos, de hombros anchos y pómulos salientes; Tihkoosue, sin embargo, tenía los ojos más pequeños, semejantes a los de un avispa tejón.

Se saludaron con gesto solemne, no exento de cordialidad y afecto. Ambos líderes anasazi portaban ostentosos tocados de coloridas plumas de guacamayo como símbolo de su máxima autoridad. Las esposas también lucían sus mejores galas. Onawa, en particular, llevaba un vestido rojo adornado con conchas prendidas a la falda, que se complementaba con unos espléndidos pendientes de turquesa.

Yuma y Bayou notaron entonces la presencia de una niña de edad similar a la suya, cuyo comportamiento parecía romper el riguroso protocolo, pues revoleteaba alrededor de Tihkoosue y le tiraba del brazo para captar su atención. Finalmente, Onawa se inclinó sobre la pequeña y mantuvo con ella una breve conversación, para enviarla a continuación hacia donde ellos se encontraban. Yuma y Bayou se miraron de reojo. Aquella debía de ser la hija del monarca de Mesa Verde.

Y no se equivocaban.

La niña iba ataviada con un ligero vestido marrón que flotaba en torno a sus rodillas. Su rostro afilado estaba enmarcado por una hermosa melena azabache, tan larga que le llegaba hasta la cintura. Cuando les alcanzó, les habló con asombrosa naturalidad.

—Me llamo Maralah —anunció—, y mi padre es el monarca Tihkoosue. Vosotros sois los hijos del monarca Nootau, ¿verdad?

Ellos asintieron con la cabeza y se presentaron como debían. Maralah memorizó sus nombres sin dejar de mirarlos con expresión divertida. La niña, por tratarse de quien era, había desarrollado una fuerte personalidad.

—Me ha dicho vuestra madre que en realidad sois tres hermanos.

Yuma y Bayou la condujeron entonces hasta donde se encontraba Mongwau, que proseguía practicando con el arco y la flecha. Su actitud, sin embargo, fue de absoluta indiferencia, e ignoró a la recién llegada incluso después de saber quién era. Maralah decidió corresponderle con la misma moneda y entabló conversación con Yuma y Bayou, quienes se mostraron muy interesados por saber más acerca de la capital de Mesa Verde. Ciudad Palacio Acantilado era especialmente famosa por su singular arquitectura, al hallarse emplazada en la escarpada pared de un desfiladero.

No pasó mucho tiempo hasta que Mongwau se sintió ignorado. Un cuervo fue a posarse entonces sobre una de las ramas del árbol contra el que estaba disparando, instante que aprovechó para reclamar su cuota de atención.

—¿Veis ese cuervo? —señaló en tono provocador—. Pues os apuesto lo que

queráis a que soy capaz de acertarle con una flecha.

Maralah abrió los ojos como si se le fuesen a salir de las órbitas. No concebía la idea de ver morir un pájaro por simple diversión. Yuma reaccionó de la misma manera. Según las creencias anasazi, todos los elementos de la naturaleza tenían alma y conciencia; la esencia del Gran Espíritu, creador de todas las cosas, se manifestaba en animales y plantas, en los cuerpos celestes, e incluso en los fenómenos naturales como la lluvia o el viento.

—¿Por qué no lo dejas en paz? —increpó Yuma—. Ese cuervo no te ha hecho nada.

Mongwau, desoyendo el comentario de su hermano, se preparó para disparar. Erró por muy poco y el pájaro levantó rápidamente el vuelo.

—¿Es que no sabes estarte callado? —alegó—. He fallado por tu culpa.

En ese momento, Mongwau distinguió otro cuervo posado en el suelo, deslizándose lentamente en torno al tronco del árbol. Se trataba de una cría que todavía estaba aprendiendo a volar. Mongwau se desplazó con sigilo y, cuando se encontró a costa distancia, se lanzó sobre el corvato, logrando atraparlo sin esfuerzo.

Yuma, Bayou y Maralah se acercaron para observar al pajarillo. Mongwau sonreía satisfecho tras haber obtenido la atención que buscaba. El animal picoteaba inofensivamente las manos de Mongwau, convertidas en su jaula provisional.

—Ya te has divertido bastante, ¿no? —intervino Maralah sin dejarse intimidar—. ¿Por qué no lo dejas ahora en libertad?

Mongwau la miró con desprecio y por toda respuesta se limitó a despojar al cuervo de una de sus plumas. La reacción que provocó en la niña debió de hacerle gracia, porque a continuación le arrancó otra pluma más. El polluelo graznaba y se retorció frenético entre las manos de su captor, que le sostenía firmemente la cabeza para evitar que le picoteara.

—Para ya —espetó Yuma—. Si le desplumas, no sobrevivirá cuando le sueltes.

—Hermanito, la crueldad forma parte de la vida. Cuanto antes lo asumas, mejor para ti.

Del interior de la ciudad se elevaba el sonido de tambores, como parte de la ceremonia de bienvenida.

Acto seguido, Mongwau le tendió el pajarillo a Bayou, buscando su complicidad. Bayou necesitaba la constante aprobación de su hermano mayor; rara vez le contradecía y casi siempre seguía sus planes al pie de la letra. En esta ocasión, sin embargo, albergaba ciertas dudas. Bayou sabía bien que no se debía matar a un animal si no era con un fin legítimo, como obtener su carne para saciar el hambre o su piel para procurarse abrigo. Además, antes siempre había que pedirle permiso. Pese a todo, finalmente cogió la cría de cuervo y le arrebató una de sus plumas.

Yuma, incapaz de comprender que alguien pudiese disfrutar a costa del sufrimiento de un animal inofensivo, intercambió una mirada con Maralah y después le susurró algo al oído. La niña asintió, accediendo así a formar parte de su

improvisado plan.

Mientras tanto, el aterrorizado pájaro había vuelto a manos de Mongwau, que se había propuesto dejarle sin una sola pluma solo por ver qué aspecto tendría y averiguar si sobreviviría o no a la tortura.

—Déjamelos —pidió Yuma—. A mí también me gustaría probar.

Mongwau le miró suspicaz pero ¿qué podía hacer su hermano? Nada ganaría si decidía soltar al ave. En su estado actual, la cría de cuervo sería incapaz de echar a volar.

Yuma tomó el corvato de manos de Mongwau. El animal parecía muy debilitado y apenas oponía resistencia. Sus frágiles uñas se le clavaban levemente en la piel. Yuma lo envolvió entre sus manos como si quisiera acurrucarlo, haciéndolo desaparecer de la vista de los demás. Maralah se situó entonces entre Yuma y sus hermanos, como si quisiera ver al cuervo más de cerca, y un instante después se echaba a un lado, mientras el niño fingía mantenerlo oculto entre las manos.

Yuma no hizo nada durante un largo minuto, para darle tiempo a Maralah a alejarse lentamente de allí.

—¿Y bien? —le interpeló Mongwau—. ¿A qué estás esperando?

—He cambiado de opinión.

Harto de esperar, Mongwau trató de arrebatarle el animal de sus manos, hasta que, sorprendido, descubrió que no había más que aire entre los dedos de su hermano. Dándose cuenta del engaño, buscó a Maralah con la mirada, pero esta ya se encontraba a punto de doblar el muro, demasiado alejada como para darle alcance antes de que ganara la puerta principal.

—Te crees muy listo, ¿no es cierto? —Mongwau acompañó sus palabras con un fuerte empujón que dio con Yuma en el suelo.

—Yo solo quería evitar que le hicieras más daño.

Mongwau le fulminó con la mirada.

—No creas que te vas a salir con la tuya —amenazó—. Ya te lo haré pagar a la menor ocasión.

Poseído por la rabia, y a pesar de la ventaja que le llevaba, Mongwau salió disparado detrás de aquella mocosa insolente que había osado engañarle como a un idiota. Mongwau llegó a la puerta de entrada y se detuvo un instante para buscarla entre el tremendo barullo que imperaba en la ciudad. En cuanto la localizó, recuperó sus deseos de venganza y emprendió la carrera de nuevo, abriéndose paso a empujones y codazos entre los asistentes a los festejos de bienvenida.

De repente, un adulto le agarró de la camisa y le hizo detenerse en seco.

—¿Quieres dejar de correr como un loco, perturbando a todo aquel con el que te cruzas?

Mongwau alzó la cabeza y le dedicó una mirada de repulsa al hombre que se había interpuesto en su camino: Hesutu.

—Déjeme en paz. Yo no acepto órdenes tuyas.

—No seas impertinente, muchacho —replicó el noble tuerto—. Tu padre no te ha educado con la suficiente mano dura.

Mongwau intentó zafarse, pero Hesutu se lo impidió asíéndole con fuerza.

—¡Suélteme de una vez!

—Está bien —cedió Hesutu—. Pero ya tienes edad suficiente como para comportarte en consonancia con el estatus que representas.

Mongwau ignoró al noble tuerto y le dio la espalda en cuanto pudo librarse de él, pero ya era demasiado tarde para tomar ningún tipo de represalia contra Maralah. La dichosa niña ya había vuelto junto a sus padres, ganándose así la protección tanto para ella como para aquella maldita cría de cuervo.

Poco acostumbrado a perder, Mongwau pateó el suelo y escupió una retahíla de maldiciones que se desvanecieron en el aire. No iba a permitir que las cosas quedaran así, antes o después se cobraría su venganza. Y aunque Maralah muy pronto volvería a su hogar y estaría fuera de su alcance, tenía por delante todo el tiempo del mundo para pensar de qué forma se lo haría pagar a Yuma.

CAPÍTULO 5

Yuma solo supo que cuando el monarca de Mesa Verde partió de regreso a Ciudad Palacio Acantilado, el cuervo aún seguía a buen recaudo al cuidado de Maralah, junto a la que compartió buena parte de su tiempo mientras duró su estancia allí. A pesar de ello, el niño tampoco había olvidado su primera expedición más allá de las fronteras de Ciudad Chaco, y durante los siguientes días a su partida se dedicó a repetir la experiencia tan pronto como se le presentaba la ocasión.

Yuma visitó otras ciudades del cañón, todas ellas construidas siguiendo el mismo patrón que Ciudad Chaco, pero de dimensiones mucho más pequeñas y pobladas por un número de habitantes significativamente menor. Los habitantes de cada una de las poblaciones satélite de Ciudad Chaco solían especializarse en desarrollar una función específica —constructores, cazadores, tejedores, alfareros...—, en beneficio del conjunto de toda la región. Los anasazi, a su vez, habían construido una amplia red de carreteras que atravesaba cerros y mesas, y que unía los puntos más alejados de la nación.

Los altos dignatarios de las ciudades recibían a Yuma con grandes muestras de regocijo, lo cual contrariaba al crío porque no le complacía que se formase tanto alboroto a su alrededor. Había que entender, no obstante, la emoción de los ciudadanos ante la visita de un hijo del monarca, del cual se decía además que estaba tocado por el Espíritu.

Yuma también visitaba los campos de cultivo y la aldea Fuego Azul. Sin embargo, su actitud hacia sus moradores cambió de forma drástica, y pese a la inflexible educación que había recibido, Yuma comenzó a tratarlos de igual a igual, ignorando las viejas costumbres. Lo contrario habría implicado mostrarse siempre distante, exhibirse altivo y orgulloso, y despertar entre los aldeanos una especie de temor casi reverencial que le hacía sentirse terriblemente incómodo. Yuma, por tanto, prefirió ser coherente con lo que sentía, y jamás volvió a hacer gala de aquella actitud arrogante de la que presumió la primera vez. Por fortuna, sabía que su padre le apoyaría, aunque su conducta contraviniera abiertamente las costumbres que regían la jerarquizada sociedad anasazi.

Los campesinos se fueron acostumbrando poco a poco a su extraña presencia allí, y Yuma no dudó en entablar conversación con ellos, movido por el enorme interés que comenzó a sentir por conocer las diferentes técnicas de siembra y laboreo. Pese a su corta edad, Yuma había comprendido que en un entorno tan hostil, el pueblo anasazi no podría sobrevivir sin el alimento que les proporcionaban las cosechas.

Asimismo, cada vez que Yuma regresaba a Fuego Azul, Aleshanee le recibía con una sonrisa y un terrón de arcilla al que ambos daban forma con infinita paciencia. En poco tiempo, Yuma reconoció en aquella niña a la persona más risueña que jamás

hubiese conocido. Mientras tanto, el abuelo de Aleshanee le narraba viejas historias, mediante las cuales Yuma aprendía a ver el mundo no solo desde la perspectiva de un poderoso habitante de Ciudad Chaco, sino también a través de los ojos de un humilde aldeano que contaba a sus espaldas con una larga experiencia.

—Un buen líder debería gobernar con el ingenio de un noble, pero con el corazón de un campesino —le gustaba repetir al anciano.

Durante todas aquellas salidas, el guerrero que debía seguir a Yuma había cumplido a rajatabla su cometido, sin necesidad de haberse entrometido en los asuntos del hijo de su señor. A veces, Yuma se giraba y le observaba en la lejanía, como una sombra que iba y venía, y que, aunque a veces ni siquiera le viera, sabía que siempre estaba ahí.

En otro orden de cosas, Yuma estaba encantado con Soyala, la esclava personal que su padre le había asignado. Su habitación siempre estaba ordenada, sus vestiduras limpias —lavadas con jabón de yuca y perfumadas con agujas de pino— y cada plato que cocinaba poseía un inmejorable sabor. Soyala, incluso, le preparaba pastelillos de maíz para que se los llevara consigo y le saciaran el hambre cuando emprendía sus largos viajes a través de la región.

Un día, Yuma entró en su aposento cuando Soyala hacía su trabajo. La esclava, que sacudía una alfombrilla, agachó la cabeza y prosiguió en silencio con su monótona tarea. Los sirvientes debían parecer invisibles y Soyala sabía interpretar su papel a la perfección.

Hasta entonces, Yuma no había mantenido trato alguno con los esclavos. Ahora, sin embargo, veía a Soyala con bastante asiduidad y le producía una enorme incomodidad que la comunicación entre ambos fuese casi inexistente. El niño percibía en aquella mujer de aspecto recio y actitud sumisa sentimientos mucho más nobles que los mostrados en algunas ocasiones por personalidades de alto rango.

La esclava depositó la alfombrilla en el suelo y a continuación se puso a doblar con cuidado las camisas que había traído en un cesto.

Yuma la observó en silencio y desplegó su mejor sonrisa.

—Gracias, Soyala.

Por unos segundos la esclava sintió cierto desconcierto. Los amos solo se dirigían a ellos cuando era necesario, y en ningún caso lo hacían para expresar agradecimiento alguno. Soyala alzó la vista un segundo y le dedicó a Yuma una mirada de infinita gratitud antes de retomar su tarea.

Yuma advirtió de pronto que no sabía nada de aquella mujer que parecía preocuparse por él más que su propia madre.

—Soyala —repuso inesperadamente—, ¿dónde naciste?

La mujer se estremeció. Bajo ningún concepto se le permitía departir con sus amos acerca de asuntos de semejante naturaleza. No obstante, había sido Yuma quien había iniciado la conversación.

—En la aldea Semilla Fuerte, de la nación hohokam.

Yuma, que desconocía por completo la procedencia de Soyala, sintió de inmediato una enorme curiosidad.

—¿Cómo es el pueblo hohokam?

—En muchos aspectos, los hohokam son muy parecidos a los anasazi, pero en otros existen también notables diferencias —explicó—. Por ejemplo, los anasazi enterráis a vuestros muertos bajo tierra, mientras que nosotros los incineramos y guardamos después sus cenizas en pequeñas urnas de barro.

Yuma enarcó las cejas.

—Entonces, ¿cómo realizan vuestros muertos la travesía por el Inframundo, camino de los Mundos Celestes?

Soyala se encogió de hombros, dando a entender que ella no era la más idónea para responder aquel tipo de cuestiones, más apropiadas para ser resueltas por la casta sacerdotal.

—¿Y por qué la eterna animadversión entre los anasazi y los hohokam? ¿Por qué los constantes conflictos? —A Yuma, para variar, le interesaba conocer la opinión de la otra parte.

Soyala meditó unos instantes antes de contestar.

—Viene de tan lejos, que desgraciadamente ya ha calado en los corazones de ambos pueblos. Y aunque ya nadie se acuerde de los motivos, al final somos siempre los más débiles los que pagamos las consecuencias.

Yuma se sentía cada vez más intrigado por saber más acerca del pasado de Soyala.

—¿Y qué tipo de vida llevabas en tu aldea?

—Era artesana —aclaró ella con la voz cargada de añoranza—. Sobre todo me dedicaba a la cestería.

A Yuma le vino a la mente la madre de Aleshanee, una modesta alfarera anasazi, y pensó en lo terrible que sería que los hohokam la hiciesen cautiva en una incursión. Solo entonces fue consciente de la tragedia que vivía la población sometida a la esclavitud, ya fuese de un bando o de otro, y de inmediato experimentó una profunda empatía hacia aquella mujer y el sufrimiento que había padecido.

—¿Te sientes muy sola? —inquirió.

Yuma atisbó por vez primera en la mirada de Soyala una chispa de luz.

—Al menos tengo a Aiyana conmigo —repuso—. Ella es mi hija, la razón que me impulsa a levantarme cada mañana. Una preciosa niña por la que daría la vida si hiciera falta.

Un breve silencio se deslizó entre los dos. Soyala parecía conmovida y a la vez temerosa de haberse sincerado en exceso con Yuma.

—Y ahora le ruego que me disculpe, mi señor, debo atender otras tareas.

Cuando salía por la puerta, la mujer aún tuvo tiempo de escuchar unas últimas palabras.

—Soyala, te ruego que a partir de ahora me llames simplemente Yuma.

Más tarde, aquel mismo día, Yuma se echó sobre la alfombrilla de su aposento, huyendo del insoportable calor que hacía llamear el cañón y fundía la arenisca de los cerros más elevados. Amparado en la sombra y acariciado por la brisa que penetraba por la ventana y el agujero del techo, Yuma no tardó en quedarse dormido, presa de un inevitable sopor.

Un escandaloso ruido que se produjo muy cerca de su oído provocó el sobresalto de Yuma, que se despertó con el corazón encogido y el desconcierto de ignorar lo que estaba pasando. El muchacho abrió los ojos y se incorporó sobre los codos mientras regresaba poco a poco a la realidad, para comprobar que sus hermanos habían entrado en su habitación con ganas de divertirse a su costa.

Mongwau sostenía un tambor del que se había valido para formar semejante alboroto, mientras Bayou esgrimía una maliciosa sonrisa y mantenía las manos detrás de la espalda, ocultando alguna cosa de la vista de Yuma.

—Hermanito, te traemos un nuevo amigo para que te haga compañía —se burló Mongwau—. Estamos seguros de que te llevarás muy bien con él.

Mongwau tocó un redoble de tambor y entonces Bayou le arrojó a Yuma un ratón muerto que cayó al suelo después de rebotarle en la cara. Asqueado, el niño se frotó el rostro con las manos, envuelto en las crueles carcajadas de sus hermanos.

—No tiene gracia, idiotas —espetó Yuma, mientras se ponía en pie dispuesto a perseguirlos.

Mongwau y Bayou salieron a la carrera, incapaces de aguantar la risa que les subía por la garganta. Yuma partió tras ellos, pero antes se detuvo a calzarse las sandalias, perdiendo un tiempo precioso que sus hermanos aprovecharon para sacarle una considerable ventaja. Cuando Yuma emergió al exterior, el sol le cegó unos instantes y una bofetada de calor le golpeó en plena cara. A continuación se asomó al borde de la terraza, desde donde divisó a sus hermanos descendiendo por la escalera de mano que conducía a la azotea de la primera planta. Yuma inició el descenso movido por su deseo de venganza, aun a sabiendas de que ya no les podría alcanzar. Bajó hasta la segunda planta y después hasta la primera, donde se paró a recuperar el resuello y a buscar a sus hermanos con la mirada, pero tras echar un rápido vistazo a la plaza, no le quedó más remedio que admitir que los había perdido de vista.

Yuma se resignó y poco a poco su enfado fue remitiendo. Se sentó con las piernas colgando del borde de la terraza y contempló el habitual ajetreo de la ciudad. Sobre una azotea cercana, unas expertas tejedoras confeccionaban calzado para la nobleza anasazi. Para la parte superior de los mocasines, cosidos con tendón animal, se utilizaba piel de ante y para las suelas, cuero duro sin curtir. En la plaza, la agitación era mayor de lo habitual debido a la presencia de numerosos constructores que, bajo la dirección de Mente Despierta, se afanaban en reforzar las paredes de las cámaras inferiores para sostener el peso de la nueva planta que su padre había mandado

construir. Pero aquella no era la única fuente de alboroto. Los pavos, criados por sus plumas y no para el consumo, se paseaban en manada de un lado a otro en busca de tiras de yuca con las que saciar su apetito. Fuera del recinto amurallado, un grupo de obreros tallaba los bloques de arenisca con que se edificarían las nuevas cámaras, mientras otro se ocupaba de dar forma a las vigas de madera.

Yuma divisó entonces a un reducido grupo de niños jugando en un rincón de la plaza. Eran los hijos de los esclavos, todos ellos provistos de ropas ajadas y sucias que se caían a pedazos. Hasta la fecha, Yuma apenas había reparado en aquellos pobres desgraciados que en muy poco tiempo serían explotados en beneficio del pueblo anasazi. No en vano, a Yuma le habían inculcado que no debía relacionarse con ellos, pues un miembro de la realeza jamás se rebajaba a tratar con aquellos que ocupaban el puesto más bajo del escalafón.

Sin embargo, desde su encuentro con los aldeanos, Yuma había comenzado a cuestionarse algunos de los dogmas que le habían inculcado, y decidió fijarse en aquellos críos con mayor atención. Algunos eran de su edad, otros más pequeños, y se distraían con un juego que se basaba en correr y en pasarse una piedra de mano en mano. Parecía que se divertían. Una niña, algo más retraída que el resto, jugaba por su cuenta con un perro al que lanzaba un palo que tenía que recoger.

Yuma bajó a la plaza y, tras aproximarse al grupo en silencio, enseguida centró su interés en aquella niña, cuyo pelo le cubría parte de la cara, pero no sus ojos almendrados que coronaban un armonioso rostro en el que pese a las diferencias, se atisbaba la herencia genética de Soyala.

Yuma sintió de inmediato una gran curiosidad por conocer a la que creía que era la hija de su esclava personal. No obstante, antes que dejarse llevar por un impulso natural, prefirió ser prudente. Una cosa era relacionarse con los aldeanos y otra muy distinta hacerlo con los esclavos, hacia quienes no se tenía la menor consideración.

Varios minutos después, mientras Yuma aún seguía calibrando la mejor forma de proceder, el palo con el que la niña jugaba rebotó varias veces seguidas y fue a caer justo a sus pies. Yuma se agachó y lo recogió antes de que llegara el perro, que comenzó a saltar a su alrededor emitiendo un agudo ladrido. La niña avanzó unos metros, aunque enseguida detuvo sus pasos, temerosa de continuar. Yuma tomó entonces la iniciativa y se acercó hasta ella para devolverle el palo, algo húmedo debido a la saliva del animal.

—¿Eres la hija de Soyala? —inquirió.

La niña asintió en silencio, ligeramente sorprendida de que conociese su identidad.

—Yo soy Yuma.

—Sé quién eres. Y precisamente por eso sé que no debería estar hablando contigo.

Yuma miró a su alrededor. Parecía que todo el mundo en Ciudad Chaco se encontraba enfrascado en sus tareas.

—Supongo que tienes razón —admitió—, pero no creo que ocurra nada porque hagamos una excepción, solo por este día.

Una sonrisa asomó entonces a los labios de Aiyana, cuya timidez se evaporó de repente. Después le tendió el palo a Yuma y le invitó a participar en su juego. Yuma aceptó la propuesta y lanzó el palo con tanta fuerza que rebotó en una lejana pared. Entre risas, ambos salieron corriendo tras el perro, que ya había salido disparado detrás de su presa.

Yuma ignoraba cuánto tiempo llevaba jugando con Aiyana cuando su madre se plantó de repente frente a él. Onawa, enfundada en un ostentoso vestido de plumas de águila, se cruzó de brazos y le clavó una furiosa mirada. Había fuego en sus ojos y los dientes le rechinaban de rabia.

Los hijos de los esclavos cesaron en sus juegos, pendientes de lo que podía suceder. No obstante, Onawa no pensaba montar una escena en público.

—Yuma, deja lo que estás haciendo y acompáñame ahora mismo —ordenó.

La determinación de su voz no admitía discusión. Yuma obedeció al instante y siguió los pasos de su madre hacia las cámaras reales. Aiyana efectuó un tímido gesto de despedida con la mano y le siguió con la mirada hasta perderle de vista.

No fue hasta que se encontraron por fin solos en una de las habitaciones del tercer piso cuando la madre de Yuma estalló.

—¿Qué hacías jugando con una esclava!? ¡Y además delante de todo el mundo!

—Pero, madre...

Onawa interrumpió a Yuma con una sonora bofetada. Hacía años que no le pegaba, y en todo caso nunca antes se había empleado con semejante grado de violencia.

—¿Cómo se te ocurre?! —Onawa estaba fuera de sí—. ¿Acaso no te das cuenta de la posición que ocupas? ¿Del linaje que representas?

Yuma se palpó la mejilla donde había recibido el golpe. El rostro no le dolía tanto como la herida abierta en su corazón. Siempre había tenido la sensación de que su madre no le quería del mismo modo que a sus hermanos. Era un pensamiento perturbador pero, desde su punto de vista, completamente cierto. Onawa había puesto más pasión en aquella bofetada que en cualquier muestra de afecto que jamás le hubiese regalado. Yuma estaba convencido de carecer del cariño que Mongwau y Bayou sí que habían tenido la suerte de recibir.

—Lo siento, madre —murmuró.

Onawa rebajó un poco su nivel de hostilidad. Muy a su pesar, ella admitía que el menor de sus hijos recibiese un trato especial por su condición de tocado por el Espíritu. Sin embargo, había comportamientos que no estaba dispuesta a tolerar. La libertad de Yuma debía conocer ciertos límites.

—Los esclavos no valen nada, así que espero no volver a verte jamás relacionándote con ninguno de ellos —sentenció—. Y para que no se te olvide —

añadió—, a partir de hoy mismo te prohíbo salir de Ciudad Chaco hasta la entrada de la próxima luna.

CAPÍTULO 6

Una semana después, Yuma y sus hermanos asistían a una clase de astronomía impartida por un sacerdote experto en la materia.

Los anasazi construían observatorios desde donde seguir los movimientos del sol, la luna y las estrellas, habiendo alcanzado un dominio bastante avanzado de la astronomía para un pueblo que no conocía la escritura. Como consecuencia de ello, los arquitectos planificaban el diseño de las ciudades reflejando alineamientos con el cosmos, y los sacerdotes trazaban petroglifos capaces de señalar los solsticios y equinoccios y predecir incluso los eclipses de luna.

El día a día del pueblo anasazi se regía siguiendo complejos calendarios elaborados por la casta sacerdotal, en los que las actividades de naturaleza exclusivamente religiosa se mezclaban con otras de tipo mucho más mundano que incidían de forma directa sobre la vida de sus habitantes. Las fechas para la celebración de la mayoría de las ceremonias y danzas públicas se determinaban en función de las observaciones solares.

De los tres hermanos, Mongwau era el único que no prestaba atención, como si el asunto no fuese con él o no le importase lo más mínimo, demostrando un escaso interés por todo aquello que no estuviese relacionado con el uso de las armas de guerra. Bayou, sin embargo, comprometido con la carrera sacerdotal que había elegido, hacía un gran esfuerzo por memorizar las numerosas fiestas que se celebraban cuyo fin era obtener el favor de los dioses. Yuma, en cambio, mucho más pragmático, entendía la importancia de los calendarios, ya que en ellos se señalaban las fechas más propicias para sembrar y cosechar los campos, y se determinaban las épocas del año más adecuadas para la caza, así como para la recolección de los frutos silvestres.

El sacerdote se inclinó sobre la imagen de un astro dibujado en la pared, que señaló con una vara para enfatizar el concepto que estaba explicando. La actitud de Mongwau, sin embargo, continuaba siendo la misma de siempre. Yuma no alcanzaba a comprender la indiferencia que su hermano sentía hacia cualquier tipo de conocimiento que, por muy aburrido que le pareciese, como heredero de la nación anasazi se suponía que estaba obligado a aprender. ¿Acaso Mongwau no se daba cuenta de que algún día asumiría el gobierno y de que el futuro de su pueblo dependería directamente de él? Con todo, Yuma no perdía la esperanza de que Mongwau cambiase con el transcurso del tiempo, conforme fuese alcanzando cierta madurez.

El sacerdote dio por concluida su exposición y los tres niños abandonaron la sala observatorio. Aquella tarde, Ciudad Chaco se encontraba inusualmente desierta. La fiesta de la Danza de la Siembra no se celebraría aquella primavera en la capital, sino

en Ciudad Palacio Acantilado, perteneciente a la región de Mesa Verde. La decisión del cambio de ubicación respondía a una maniobra política de Nootau, que buscaba estrechar lazos con el monarca Tihkoosue, dentro de su estrategia para hacerse en un futuro próximo con el control total de la nación anasazi.

—Me hubiera gustado asistir a la fiesta sagrada —se lamentó Bayou.

—Padre ha estimado que debíamos permanecer aquí. Sus razones tendría —replicó Mongwau—. Seguramente aún no nos considera lo suficientemente preparados como para acompañarle en ese tipo de viajes, en los que se reúne con grandes dignatarios de Mesa Verde.

Yuma contempló el desolador aspecto de la ciudad, cuyos habitantes se habían desplazado en masa para cumplir con el ritual sagrado propio de cada primavera. Más allá de algunas esclavas que iban de un lado a otro cargadas con mantas, varios ancianos sentados en las terrazas que habían preferido ahorrarse el día y medio de viaje que les separaba de Ciudad Palacio Acantilado, y los centinelas que custodiaban sus muros, el lugar desprendía una sensación de vacío pocas veces conocida.

Mongwau se dirigió entonces a sus hermanos, exhibiendo una enigmática sonrisa.

—¿Queréis vivir una aventura?

Bayou y Yuma se miraron intrigados, ignorando por completo a lo que se podía referir.

—Venid conmigo y enseguida sabréis de lo que os hablo.

Liderados por Mongwau, en pocos minutos llegaron hasta la plaza. Sus hermanos le seguían en silencio, ansiosos por averiguar qué se traía entre manos. Mongwau avanzó unos pasos más, se detuvo a escasos metros de la *kiva* principal y clavó sus ojos en la cámara subterránea.

—¿Entramos? —inquirió desafiante.

Bayou palideció. Los niños tenían prohibido el acceso a la *kiva* principal hasta cumplidos los catorce años.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Claro. No pasará nada. Nadie nos verá. Además, tú mismo te convertirás en sacerdote algún día.

A Bayou, como de costumbre, ya le había convencido. Yuma, sin embargo, no se sentía nada a gusto con la idea.

—¿Y si soliviantamos a los espíritus *kachinas*? —alegó.

—Eso no ocurrirá porque seremos respetuosos —espetó Mongwau ligeramente contrariado—. Venga, Bayou, entremos nosotros. Dejemos que Yuma se quede afuera si quiere. No me sorprende nada sabiendo lo cobarde que es.

Mongwau tiró del brazo de Bayou y juntos recorrieron el techo de madera que recubría la *kiva*, hasta llegar al orificio por el que se accedía al interior mediante una escalera de mano. A Yuma no se le escapaba que Mongwau estaba tratando de manipularle, pero tampoco podía negar que sentía una enorme curiosidad por visitar el recinto sagrado.

—Si vosotros entráis, entonces yo también os acompaño —declaró.

Mongwau sonrió satisfecho y comprobó que en aquel momento nadie estuviese pendiente de ellos. La luz del sol perfiló su silueta y acentuó la pronunciada nariz aguileña que había heredado de Nootau. Instantes después se perdió en el agujero con la agilidad de un conejo que se ocultase en una madriguera. Bayou le imitó y apoyó su cuerpo rollizo en la escalera, por la que comenzó a descender con lentitud. Yuma fue el último en entrar. Asió con fuerza la escalerilla y bajó peldaño a peldaño con extrema cautela, mientras se adentraba en la incierta negrura.

Yuma, con el corazón latiéndole acelerado, posó los pies en la tierra tras un recorrido que se le hizo increíblemente largo. El ambiente era fresco y olía a aroma de cedro. Yuma percibió con extraordinaria nitidez una poderosa corriente de energía que envolvía al recinto subterráneo. Al principio solo vislumbró sombras hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Además del tenue haz de luz natural que penetraba por la abertura del techo, la estancia se encontraba iluminada por una hoguera prendida en el centro, cuyo resplandor dotaba al lugar de un cariz espectral. Los sacerdotes procuraban que nunca se apagase el fuego, para lo cual alimentaban de cuando en cuando las ascuas con un poco de leña. Un ingenioso sistema de ventilación permitía escapar el humo a través de deflectores.

La *kiva* era inmensa —dieciocho metros de diámetro por tres metros de altura— y sus hermanos ya habían comenzado a explorarla por su cuenta. La cámara circular estaba rodeada por tres filas de bancos de piedra, que en las grandes citas podían acoger a más de trescientas personas. Cuatro enormes pilares de madera hundidos en la tierra sostenían la gruesa techumbre. Junto a la hoguera se encontraba el *sipapu*, un pequeño agujero en el suelo que representaba el cordón umbilical que unía el Inframundo con la Madre Tierra. Yuma inició el recorrido hacia el fondo de la *kiva*, donde distinguió un altar de piedra y largos tambores rectangulares cubiertos de pieles que se tocaban con los pies. A lo largo de toda la circunferencia de las paredes se abrían pequeños nichos, que acogían valiosos objetos ceremoniales, como báculos, matracas y cuencos de maíz.

Lo que más impresionó a Yuma, sin embargo, fueron las magníficas máscaras de *kachinas* que colgaban sobre los nichos. Los trazos que daban forma a los rostros sagrados, pintados con un realismo inusitado, se completaban con pelo de animal o plumas de pájaro. Las oscilantes llamas de la hoguera arrojaban reflejos sobre los *kachinas*, provocando que sus rostros cambiasen de expresión. Yuma sintió escalofríos, convencido de que el *kachina* coyote le seguía con la mirada mientras se desplazaba silenciosamente por la *kiva*.

De repente, Yuma se percató de que había perdido a sus hermanos de vista. Extrañado, miró a su alrededor pero no les localizó. ¿Estarían escondidos detrás de las columnas? Entonces escuchó sus risas emanar de las alturas. Yuma alzó la cabeza y distinguió sus rostros asomados por la abertura. Mongwau y Bayou habían abandonado la *kiva* sin que él se diera cuenta.

—¡Eh! —protestó alarmado—. No me dejéis aquí solo.

Yuma corrió hacia la escalerilla, pero justo antes de que la alcanzase, sus hermanos la elevaron en el aire hasta retirarla por completo. Las carcajadas de Mongwau resonaron por todo el perímetro de la cámara circular.

—¿Es que sois idiotas? ¡Devolved la escalera a su sitio! —exclamó Yuma.

En vez de eso, Mongwau y Bayou le dedicaron un gesto de despedida con la mano y usaron una manta para cubrir el orificio de abertura. El contorno de Yuma quedó envuelto en un velo de tinieblas, solo atenuado por el resplandor dorado de la pira. Yuma no daba crédito. Aunque sus hermanos le habían gastado otras bromas en el pasado, nunca antes habían llegado tan lejos como en aquella ocasión. Seguramente, pensó, Mongwau se estaba cobrando su tan ansiada venganza por el episodio de Maralah y la cría de cuervo.

Yuma resopló y trató de mantener la calma, convencido de que Mongwau y Bayou reaparecerían en pocos minutos. No tardó en darse cuenta de su error. Ni sus hermanos volvían, ni tampoco parecía que tuviesen intención alguna de hacerlo.

—¡Mongwau! ¡Bayou! —gritó—. ¡Sacadme de aquí, por favor!

Aparte de su propia voz, allí abajo tan solo se oía el crepitar del fuego y los latidos de su corazón desbocado. Nadie podía escucharle desde fuera. Afectado por la fatal combinación de soledad y atmósfera opresora, Yuma se sintió invadido por una profunda sensación de claustrofobia, que trató de combatir recorriendo a paso ligero la circunferencia de la *kiva*. Al principio pensó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero a cada paso que daba más seguro estaba de que las máscaras le lanzaban furibundas miradas de desprecio. Después la sensación se acrecentó y Yuma aceleró el paso, convencido de que los espíritus *kachinas* comenzaban a echarle el aliento en la nuca.

Un desesperado alarido retumbó entonces en su cabeza. La voz no provenía de fuera, sino que nacía del interior de su propia mente. Aquel solitario grito de súplica se transformó enseguida en un coro de lamentos. Yuma se tapó los oídos en un vano intento por hacer callar el estruendoso griterío. Algunas voces aullaban de dolor y otras, de pena; las había que murmuraban letanías y también que entonaban canciones funestas. En todo caso, a Yuma le resultaba imposible discernir lo que decían, porque todas ellas hablaban y se solapaban entre sí.

A las voces se sumaron las fantasmagóricas imágenes de algunos *kachinas*, que habían cobrado vida y se deslizaban por la *kiva* envueltos en una neblina transparente. El *kachina* tejón y el *kachina* lobo olfatearon el aire y encaminaron sus pasos directamente hacia él.

Yuma se sentó en el suelo, se abrazó las piernas y ocultó la cabeza entre las rodillas. Muerto de miedo, comenzó a sollozar como no recordaba haberlo hecho en toda su vida. ¿Eran las voces de los Antepasados las que trataban de comunicarse con él, o eran las de los espíritus *kachinas*? Un cálido fluido se deslizó por su pierna y le empapó el pantalón. El pánico le había llevado a orinarse encima.

Desde muy pequeño le habían advertido que estaba tocado por el Espíritu, pero hasta aquel instante no comprendió el verdadero significado de aquella afirmación. Yuma odió entonces poseer aquella extraordinaria cualidad, que ni deseaba ni había pedido, y lamentó profundamente no ser como los demás. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y comenzó a golpearse la cabeza para expulsar de su mente aquel insoportable tumulto.

—¿Yuma?

Un chorro de luz volvió a penetrar a través de la entrada de la *kiva* y el conjunto de voces que le atormentaban cesó bruscamente. Esta vez, la voz que había enunciado su nombre no procedía del interior de su cabeza. Yuma abrió los ojos y comprobó que los espíritus *kachinas* habían retornado a las máscaras inertes. Sus sentidos volvían a ser esclavos de la realidad.

—¿Yuma? ¿Estás bien?

Yuma alzó la vista y distinguió a una niña inclinada sobre la abertura del techo. Su rostro, a contraluz, era poco más que un borrón. La reconoció por la voz. Se trataba de Aiyana, la hija de Soyala.

—¡Sí! ¡Ayúdame a salir, por favor!

Aiyana asintió con la cabeza y le pidió a Yuma que se apartase. Segundos más tarde dejó caer la escalera que aterrizó pesadamente contra el suelo. Yuma trepó sin echar una sola mirada atrás y emergió a la claridad como un buceador que saliese del agua falto de aliento. Aiyana le miraba en silencio, enormemente impresionada por su extrema palidez.

—Vi cómo tus hermanos te dejaban ahí abajo, pero hasta que no se fueron del todo no me atreví a venir.

Yuma contempló unos segundos a Aiyana, cuyos característicos ojos almendrados no le perdían de vista. Entonces se percató de la mancha oscura que se le extendía por la pernera del pantalón, y sintió cómo la vergüenza le embargaba hasta el punto impedirle pronunciar palabra.

—¿Seguro que estás bien? —La preocupación de la niña era evidente por la forma en que le miraba.

Yuma reaccionó cuando se vio reflejado en las retinas de su salvadora y, tras agachar la mirada, se lanzó a correr a través de la plaza en dirección a sus aposentos de la tercera planta, donde pensaba refugiarse durante el resto del día.

Al llegar a la cámara se tendió sobre su alfombrilla de enea y se envolvió en su magnífica manta engarzada de turquesas. Todavía temblaba y cada vez que cerraba los ojos volvía a oír las voces en su cabeza, y a ver a los *kachinas* dirigiéndose hacia él. Pasaron los minutos pero el miedo no le abandonaba. ¿Y si allí tampoco se encontraba a salvo de aquella inexplicable amenaza?

De pronto, sintió una presencia a su espalda. Yuma se dio la vuelta y distinguió el familiar rostro de Soyala. La mujerona se arrodilló a su vera y le dio un tierno abrazo cargado de compasión. Durante más de una hora le sostuvo en su regazo, hasta que

Yuma dejó de temblar.

El consuelo que nunca había recibido de su madre se lo estaba ahora dando una esclava.

CAPÍTULO 7

Yuma no volvió a ser el de siempre hasta pasados unos pocos días. El recuerdo de lo ocurrido en la *kiva* le asaltaba a todas horas y por las noches apenas le dejaba dormir. Había optado por no contarle a nadie la experiencia que había tenido, aunque por obligación debía de haberla compartido con su padre y, muy especialmente, con el sumo sacerdote. No obstante, Yuma deseaba olvidarse de todo aquello y esperaba no tener que vivir de nuevo un episodio semejante en toda su vida.

Pese a sentirse furioso con sus hermanos, a Yuma no le quedó más remedio que perdonarles para evitar que Onawa acabase notando que algo grave había pasado entre ellos. Sus padres debían seguir ignorando que habían entrado en la *kiva*, o nada les libraría de recibir un severo castigo.

Por otra parte, Yuma no podía evitar sentirse mal consigo mismo por no haberle agradecido a Aiyana lo que había hecho por él. En ocasiones pensaba que si la niña no le hubiese socorrido, quizás los *kachinas* habrían cortado el fino hilo que le ataba a la Madre Tierra y su alma se habría escurrido a través del *sipapu*, derecha hacia el Inframundo, de donde no habría podido volver. O también que las voces de los Antepasados se hubiesen instalado de tal forma en su cabeza, que nunca habría podido echarlas de allí.

Sin embargo, Yuma temía hablar directamente con Aiyana, por miedo a que su madre se enterara y provocase en ella una reacción tan extrema como la que tuvo la última vez. La solución pasaba por agradecerse a través de Soyala. Nadie podía evitar que Yuma se comunicase asiduamente con su esclava personal cuando se encontraban entre las cuatro paredes de su cámara. En todo caso, Yuma creyó que unas simples palabras de gratitud no bastaban, y fue entonces cuando pensó en hacerle un regalo: algo que hubiese fabricado él.

Varios días después, Yuma abordaba a Soyala en su cámara mientras la esclava se hallaba enfrascada en sus tareas.

—Soyala —dijo—. Tú sabes bien lo que Aiyana hizo por mí, ¿verdad?

Yuma extrajo entonces un objeto y se lo tendió a la esclava. Se trataba de una muñeca de junco que había trenzado con sus propias manos. Nadie le había ayudado, por lo que su escasa pericia como tejedor se hacía evidente en la terminación del juguete.

—Es para Aiyana. ¿Podrías dárselo? —La entrega de aquel obsequio pretendía constituir su mejor prueba de gratitud.

Soyala, como experta cestera, comprobó que el acabado de la muñeca distaba mucho de ser perfecto. No obstante, reconoció que el verdadero valor del objeto residía en el esfuerzo que Yuma había puesto durante su fabricación.

—Ya sé que no me ha salido muy bien...

—Lo que importa es la intención. Aiyana nunca olvidará este gesto. Ni yo tampoco.

Yuma, sin embargo, parecía dudar cada vez más del resultado de su trabajo. Viendo que sus palabras de consuelo no surtían efecto, Soyala decidió cambiar de estrategia.

—Me contaste que estabas aprendiendo alfarería en la aldea Fuego Azul, ¿verdad? ¿Por qué entonces no pruebas a hacer un objeto de cerámica, como una taza o un cuenco? —A Yuma se le iluminaron los ojos, entusiasmado ante aquella gran idea—. De todas maneras —prosiguió Soyala—, pienso quedarme con la muñeca y dársela a mi hija. Bastará con que yo misma le haga algún retoque para que luzca un poco mejor.

Desde que Onawa le reprendiera por hablar con Aiyana, Yuma había permanecido en Ciudad Chaco sin llevar a cabo las salidas a las que tanto se había aficionado últimamente. Sin embargo en cuanto se cumplió el tiempo de castigo establecido, no perdió un solo minuto y puso rumbo de inmediato a la aldea Fuego Azul, más o menos a la hora del día en que Aleshanee acostumbraba a practicar sus habilidades con la arcilla. Para lo único que de verdad le había servido el castigo había sido para darse cuenta de lo mucho que había echado en falta tanto la compañía de Aleshanee como las sabias palabras de su abuelo.

El sol cubría de reflejos el manto de artemisa que flanqueaba el camino y dos halcones surcaban un cielo huérfano de nubes. La capa abierta flameaba en torno a Yuma y la brisa agitaba el tocado de plumas que coronaba su cabeza. La presencia del hijo menor del monarca por aquellos lares cada vez extrañaba menos a aldeanos y campesinos.

La expresión de Aleshanee se llenó de júbilo en cuanto vio a Yuma aproximarse por la vereda.

—¡Yuma! ¡Me alegra que hayas vuelto! —exclamó Aleshanee, que se había manchado de barro las trenzas que le caían sobre el pecho. Estaba aprendiendo a alisar la superficie de las tiras de arcilla para eliminar las marcas que se formaban al unirlos.

El abuelo de la niña, que estaba sentado en el suelo, amparado por la sombra que arrojaba la pared de la vivienda y fumando una larga pipa, esbozó una sonrisa, sabedor de que el chico era un gran oyente de sus viejas historias.

Aleshanee invitó a Yuma a sentarse a su lado y le ofreció un terrón de arcilla. Este le explicó entonces que quería hacer un bonito cuenco de cerámica para regalárselo a su madre; tuvo que mentir porque de ninguna manera podía admitir que el obsequio era para un esclavo.

—Primero fabriqué una muñeca de junco —comentó—, pero el resultado no fue todo lo bueno que yo esperaba, la verdad.

—Hijo —intervino el anciano—, aunque me duela decirlo, no hay mejores

tejedores que los hohokam. Tanto da si hablamos de muñecas o de canastos, ningún otro pueblo posee una técnica tan refinada como ellos.

—¿De verdad? —inquirió Yuma.

En Ciudad Chaco nadie habría admitido abiertamente que los hohokam superasen a los anasazi en cualquier faceta, pese a que en más de un caso resultara ser completamente cierto.

—Puedes estar seguro —aseveró—. Tanto en el Mercado de Primavera como en el de Otoño, las dos citas comerciales más importantes del año, los mercaderes toltecas se hacen siempre primero con toda la cestería hohokam. Solo después, y si aún requieren de más existencias, adquieren la nuestra a un precio inferior.

Yuma recordó el último mercado multitudinario celebrado el pasado año en Ciudad Chaco. La actividad comercial era tan vital para el desarrollo de los pueblos, que incluso los mercaderes procedentes de naciones rivales tenía absolutamente garantizada su protección.

—Al menos nuestra cerámica será mejor que la de ellos, ¿verdad? —preguntó Yuma.

—En realidad, los estilos anasazi y hohokam son prácticamente idénticos. Nuestra única ventaja es que nosotros producimos una cantidad de cerámica mucho mayor. —El anciano dio una calada a su pipa y expelió a continuación una nube de humo gris.

Yuma había humedecido la arcilla y se esforzaba ahora por limpiarla de impurezas. Estaba decidido a venir durante varios días seguidos hasta haber finalizado su obra. Después de moldear el cuenco, todavía tendría que pulirlo, aplicarle el engobe, pintarlo, y por último cocerlo en un horno a cielo abierto. Solo esperaba que el resultado final mereciese la pena.

Al poco rato, el abuelo de Aleshanee abandonó su habitual lugar de reposo y se sentó junto a los dos críos, entornando parcialmente los ojos y adoptando su pose más erudita. Yuma le recibió con una cálida sonrisa, consciente de que el anciano solo actuaba de aquella manera cuando se disponía a compartir una lección de vida.

—Hijo —articuló el hombre atenuando la voz—. Estoy seguro de que recibes una instrucción muy completa pero... ¿Conoces cuántas direcciones dispuso el Gran Espíritu cuando creó el mundo?

Los sacerdotes le habían enseñado bien y Yuma no dudó en su respuesta.

—Desde luego que sí —afirmó convencido—. Son cuatro.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto: norte, sur, este y oeste.

El anciano clavó en Yuma su mirada más sagaz.

—¿Sabías que en realidad el Gran Espíritu estableció una dirección más?

—¿De verdad?

—Así es. Pero como la quinta dirección es la más poderosa de todas y la que contiene más fuerza y sabiduría, prefirió situarla donde no pudiese ser hallada con

facilidad. Y después de mucho pensar, al final decidió hacerlo en el lugar donde a la mayoría de los hombres nunca se le ocurriría buscar: en el fondo de su propio corazón.

Un largo silencio siguió a la revelación del anciano. Aquella era una de esas enseñanzas que exigían una profunda reflexión para comprender su significado, y Yuma era perfectamente consciente de ello.

De repente, unos alarmantes gritos procedentes de la parte posterior de la casa quebraron la apacible tarde. Aleshanee dio un respingo y Yuma se tensó como un arco de guerra, mientras el anciano resolvía apagar la pipa. Los gritos sonaron cada vez más cerca. La madre de Aleshanee, que estaba moliendo maíz, salió como un rayo y rodeó la vivienda para averiguar el origen de los alaridos.

—Es Enapay —reveló—. Y viene corriendo todo lo deprisa que puede.

—Espero equivocarme —murmuró el anciano poniéndose en pie—, aunque una reacción de este tipo solo puede significar una cosa.

Al principio, los desesperados gritos resultaban ininteligibles, hasta que el portador del mensaje se hubo acercado lo suficiente y las palabras «guerreros enemigos» llegaron hasta sus oídos sin ningún asomo de duda. El abuelo de Aleshanee torció el gesto al ver confirmados sus peores augurios. Algunos aldeanos recibieron a Enapay y le condujeron hasta la plaza, donde ya se habían congregado el resto de sus vecinos. Por su parte, los campesinos abandonaron los campos de cultivo y se fueron sumando poco a poco a la concentración.

Pese a la gran expectación que había creado, Enapay no podía ni hablar tras el formidable esfuerzo de la carrera. El joven campesino se remojó la garganta con el agua de una vasija y empleó varios minutos en recobrar el aliento. Al borde del desfallecimiento, tenía incluso dificultades para sostenerse en pie. No había pronunciado una sola palabra, cuando una exclamación ahogada recorrió la plaza de una punta a otra. Un guerrero anasazi había aparecido de la nada y se abrió paso entre el gentío, dispuesto a oír de primera mano lo que el campesino que había dado la voz de alarma tenía que decir. La conmoción fue aún mayor al descubrir que se trataba de Uzumati. El jefe de guerra resultaba inconfundible por la grotesca cicatriz que le cruzaba el rostro.

A Yuma no le causó sorpresa alguna, sabedor de que un centinela impuesto por su padre nunca le perdía de vista. Lo que sí respondía a una total casualidad era que Uzumati hubiese seguido a Yuma aquel día. En circunstancias normales, un jefe de guerra no realizaba personalmente aquel tipo de encargos. No obstante, el centinela que solía ocuparse de la vigilancia del crío se había lastimado un tobillo aquella misma mañana, y por lo menos hasta el día siguiente no estaría en condiciones de volver a caminar. De forma excepcional, Uzumati había asumido la responsabilidad del cometido, convencido de que gozaría de una tarde tranquila lejos de Ciudad Chaco. Ahora, a la vista de lo acontecido, no solo no se arrepentía de su decisión, sino que además se alegraba de poder afrontar la crisis él mismo.

Uzumati se inclinó sobre el campesino y le pidió que empezase a hablar. Un círculo de aldeanos se formó en torno a la pareja, a la espera de conocer hasta el último detalle de la información. Enapay inició un discurso atropellado que versaba sobre guerreros enemigos que avanzaban en aquella dirección. Un agricultor que labraba la cumbre de un otero los había avistado mientras atravesaban el cañón Sombra Estrecha, y a partir de ahí, varios campesinos se habían ido transmitiendo la información, recorriendo cada uno de ellos un trecho del camino. Enapay había protagonizado el último relevo hasta llegar a la aldea. Uzumati trató de calmarle e inició un interrogatorio con preguntas más directas.

—¿Eran guerreros hohokam?

—No. Sin duda eran nómadas de las planicies.

Aquellas tribus salvajes apenas practicaban la agricultura, y dependían de la caza y de la recolección de frutos silvestres para sobrevivir.

—¿Y dirías que han penetrado en nuestro territorio con intenciones hostiles?

—Todo apunta a que sí —afirmó—. Al parecer, se desplazaban con sigilo para evitar ser detectados, iban armados y se cubrían el rostro con pinturas de guerra.

Uzumati averiguó también que el grupo estaba integrado por una docena de guerreros, número más que suficiente para saquear una aldea de apenas medio centenar de habitantes integrada en su mayoría por mujeres y niños. Uzumati le agradeció la información al campesino y efectuó a continuación un rápido cálculo mental.

El tiempo que se tardaba en llegar a la aldea anasazi desde el cañón Sombra Estrecha era el triple del que se necesitaba para alcanzar Ciudad Chaco. Definitivamente, los guerreros nómadas pagarían con su vida cualquier intento de saquear la aldea Fuego Azul.

Parte de la asamblea había criticado el nombramiento de Uzumati como jefe de guerra debido a su juventud. No obstante, si resolvía positivamente aquella crisis, les demostraría lo equivocados que habían estado y a su vez le devolvería al monarca la confianza que había depositado en él.

De inmediato, Uzumati se hizo cargo de la situación y ordenó evacuar el poblado. Todo el mundo debía poner rumbo a Ciudad Chaco, donde se hallarían a salvo de los guerreros enemigos. Él mismo se les adelantaría y regresaría encabezando un nutrido ejército de valerosos guerreros anasazi. El resuelto jefe de guerra apremió a los aldeanos a partir enseguida, dejando atrás todos sus enseres personales. Sus hombres, les aseguró, se ocuparían de proteger tanto sus hogares como los almacenes donde se guardaba la comida.

Finalmente, Uzumati buscó a Yuma entre la multitud, hasta que le localizó junto a la familia de Aleshanee.

—Vuelve a Ciudad Chaco con los aldeanos y no te separes de ellos ni un solo instante hasta que hayas llegado hasta allí.

—Así lo haré, Uzumati.

Dicho esto, el jefe de guerra se dio media vuelta y emprendió la carrera a la máxima velocidad que sus piernas le podían permitir.

El atardecer cubría el cielo con un manto de color escarlata que se derramaba sobre Ciudad Chaco como sangre carmesí, mientras las alargadas sombras del cañón se estiraban sinuosas, camino de formar en poco tiempo un solo tejido con la noche.

Los habitantes de Fuego Azul aguardaban noticias tras los muros de la capital, algo inquietos ante la amenaza que suponía para su aldea la presencia en las proximidades de los nómadas de las planicies. Y mientras algunos aldeanos oraban en las *kivas* y solicitaban la protección de los benditos *kachinas*, la gran mayoría se había reunido en la plaza occidental, en torno a una hoguera que no paraban de alimentar con leña y artemisa. Yuma aún permanecía junto a Aleshanee y al resto de su familia, decidido a no separarse de ellos hasta conocer el desenlace de la batalla. Su sola presencia allí, por tratarse de quien era, confortaba a muchos de los presentes.

Aquel día, los esclavos habían sido enviados a sus cámaras cerradas antes de lo habitual, para evitar que alguno intentase escapar aprovechando la confusión generada por la inusual presencia de los aldeanos. Desde su habitáculo, Soyala observaba la evolución de los acontecimientos a través de una pequeña ventana de no más de un palmo de ancho, soñando con que algún día los guerreros hohokam atacasen Ciudad Chaco y la liberasen de su cautiverio. Detrás de ella, Aiyana jugaba con la muñeca que había confeccionado Yuma, supliendo con su imaginación los defectos que esta pudiese tener. Resultaba increíble cómo un objeto tan insignificante había podido llenar de tanta felicidad el corazón de una niña.

El propio Nootau, desde la privilegiada posición que ocupaba en el tejado de la tercera planta, oteaba el horizonte ansiando el regreso de su ejército. El monarca se sentía preocupado porque hacía tiempo que ninguna tribu salvaje merodeaba por territorio anasazi en clara actitud hostil. Mongwau estaba a su lado, excitado ante la idea de que una verdadera batalla estuviese teniendo lugar a una distancia tan escasa de allí.

—Padre, ojalá hubiera podido ir con Uzumati para acabar con nuestros enemigos.

—Aún eres demasiado joven, Mongwau, pero tu momento llegará cuando menos te lo esperes.

En el interior de la cámara real, Onawa hacía inventario de su ajuar mientras aguardaba indiferente el destino de la aldea. La esposa del monarca se sentía molesta porque no le había gustado ver a Yuma en la plaza, mezclado entre los aldeanos. Se recogió el pelo con una horquilla de hueso adornada con piedras de turquesa y contempló su propia imagen en un espejo de piritita. Sus profundos ojos negros le devolvieron una mirada tan fría como la inquina que anidaba en buena parte de su corazón.

Finalmente, un centinela avistó al grupo de guerreros que Uzumati había seleccionado para llevar a cabo la misión defensiva.

Nootau se dirigió hacia la entrada para recibir al jefe de guerra y escuchar de su propia boca el relato de lo ocurrido. Un murmullo de expectación se levantó entre los aldeanos congregados en la plaza.

Algunos de los guerreros exhibían manchas de sangre en la ropa y también en la piel, pero la sangre no les pertenecía a ellos, sino a sus enemigos. Uzumati llevaba en su mano derecha la cabellera del líder rival, trofeo que evidenciaba el incuestionable éxito de la contienda. Todos los guerreros nómadas habían sido aniquilados, sin que entre los anasazi se contaran bajas ni heridos de gravedad.

El plan trazado por el jefe de guerra había funcionado a la perfección. La mitad de sus hombres había esperado al enemigo en los almacenes y viviendas de Fuego Azul, armados con puñales de obsidiana y mazas de piedra. Aquel grupo, que contaba con evidente superioridad numérica, se emplearía en el combate cuerpo a cuerpo. El resto del ejército se ocultó en un refugio de roca excavado en el cerro, desde donde gozaban de una excelente visión de la aldea, provistos de arcos y flechas con los que atacar desde lejos.

Cuando los guerreros nómadas alcanzaron la aldea y la encontraron vacía, creyeron que sus habitantes habían huido, atemorizados ante su inminente llegada. No se dieron cuenta de su error hasta que iniciaron el saqueo. Los guerreros anasazi cayeron sobre ellos con la fuerza de una riada, contando con el factor sorpresa a su favor. Ni siquiera los que trataron de huir lograron salvar la vida, acribillados por una implacable lluvia de flechas.

—Mi señor, los atacantes pertenecían a la tribu de los fremont —informó Uzumati, y alzando la cabellera que había traído consigo, añadió—: Su jefe también se hallaba entre ellos.

—¿Sowingwa?

Uzumati asintió con rotundidad. El jefe fremont había encarnado hasta su reciente muerte la cara más cruel de los nómadas de las planicies. La tribu de Sowingwa, especialmente conocida por su belicosidad, desaparecía durante largas temporadas, para luego reaparecer cuando menos se la esperaba y protagonizar una rápida sucesión de incursiones en territorio tanto anasazi como hohokam.

—Son excelentes noticias, Uzumati.

—Así es, mi señor. Les hemos asestado un golpe difícil de encajar. Sin un líder a la altura de Sowingwa, a los fremont les costará recuperar la determinación por la lucha de la que venían haciendo gala durante los últimos tiempos.

El monarca felicitó a Uzumati y le instó a comunicar a los ansiosos aldeanos el resultado de la contienda. El jefe de guerra subió a un tejado de la primera planta y desde allí reclamó en voz alta la atención de todos los presentes. Un minuto después, Uzumati era vitoreado por la multitud.

Enseguida, Ouray puso en marcha los preparativos para agradecer a los *kachinas*

la protección que les habían brindado durante la batalla. Las danzas, como siempre, constituían el eje fundamental en torno al cual giraba la vida anasazi. Un compás de tambores señaló el inicio del acto. Los sacerdotes formaron una enorme circunferencia y entonaron un cántico tribal. Los guerreros penetraron en el círculo y comenzaron a bailar al ritmo de la música, haciendo entrechocar sus escudos y mazas de guerra, al tiempo que adoptaban posturas bélicas y emitían atronadores gritos que se elevaban hacia el cielo.

Durante los cánticos también se recordaba a los guerreros que habían caído en combate, mientras luchaban en defensa de su pueblo. No cabía mayor honor para un guerrero anasazi que morir en el campo de batalla, porque su nombre sería coreado por los siglos en aquellas muestras rituales de gratitud.

Bayou bajó a la plaza y se situó cerca de Ouray, ansioso por contagiarse del espíritu de la ceremonia y de la sabiduría del sumo sacerdote. El brillo de su mirada no dejaba lugar a dudas de que se encontraba ante su verdadera vocación.

Soyala lo observaba todo con ojos pesarosos desde el ventanuco de la cámara de los esclavos. Según había oído decir, cuando se celebraba una victoria como la de aquel día, el monarca anasazi tenía por costumbre liberar a un esclavo. No obstante, aquella antigua práctica había desaparecido largo tiempo atrás.

Los habitantes de Ciudad Chaco se agolpaban en las azoteas para contemplar el espectáculo, extasiados por el fervor y la fastuosidad del momento. Solo uno de los presentes no parecía conectar con el júbilo de la mayoría. El rostro surcado de arrugas del abuelo de Aleshanee denotaba una especial preocupación, y Yuma se había percatado de ello.

—¿Qué ocurre, anciano?

El viejo negó con la cabeza intentando evitar la cuestión, aunque finalmente sucumbió ante la insistencia del crío.

—Hijo, las incursiones de las tribus nómadas aumentarán hasta límites nunca conocidos en la historia de nuestro pueblo. Esto solo ha sido el principio. Y temo que nosotros mismos les estemos empujando a hacerlo. —El anciano posó una mano en el hombro de Yuma. A su alrededor, la gente continuaba celebrando la victoria sobre los fremont—. Recuerdo que hasta no hace mucho abundaban en los bosques ciervos y venados, y también multitud de frutos silvestres. Ahora, sin embargo, el gradual exterminio de grandes extensiones de bosque, junto a los efectos causados por la propia sequía, está dificultando cada vez más la recolección de piñones y nueces y provocando la desaparición de la caza mayor.

Yuma sostuvo la fatigada mirada del anciano mientras este remataba su discurso.

—El hambre es una fuerza poderosa, Yuma —sentenció—. Y cuando ya no se tiene nada que perder, los hombres se vuelven irracionales y están dispuestos a lo que sea con tal de sobrevivir...

SEGUNDA PARTE

TOPKA (LA MEDIANOCHE OSCURA)



«El Gran Espíritu es nuestro padre, pero la tierra es nuestra Madre. Ella nos alimenta; nos devuelve lo que depositamos en ella y también nos da las plantas medicinales. Si estamos heridos, acudimos a nuestra Madre y procuramos apoyar la herida en ella para curarnos».

Sabiduría popular de los nativos americanos.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me llevó unos segundos enfocar la visión. Estaba tirado en el suelo y me palpitaba la cabeza. Me hallaba en el interior de una estancia a través de cuyas estrechas ventanas apenas penetraba la luz del sol. Un constante repiqueteo procedente del exterior, y cuyo origen no fui capaz de identificar, quebraba el silencio. Al principio no sabía dónde estaba ni qué estaba haciendo allí, hasta que recordé haber sido capturado por los aztecas, poco antes de que me noquearan de un fuerte golpe en la coronilla. Sentí un profundo miedo. ¿Me habrían convertido en su esclavo por haber eludido la prohibición de comerciar con sus declarados enemigos, los tlaxcaltecas?

Me incorporé y examiné cada rincón de la lúgubre covacha donde me encontraba. Vi un conjunto de taparrabos apilados en una esquina y cogí uno de ellos para cubrir mi desnudez. Al salir afuera, enseguida comprendí de dónde procedía el insistente repiqueteo que martilleaba mis oídos.

Me encontraba en una cantera de piedra.

Los canteros iban descalzos y lucían el mismo taparrabos que yo llevaba puesto. No me costó imaginar que eran esclavos, pues había guardias aztecas por todos lados vigilando el lugar. El guardia que se hallaba más cerca del cobertizo del que acababa de salir me hizo una señal para que no me moviera y dio una voz reclamando la presencia de otro, que parecía ser el mandamás.

El capataz era un hombre robusto, de brazos musculosos, y tenía un fulgor en los ojos que le confería de una autoridad aún mayor de la que ya desprendía con su mera presencia. Su taparrabos, a diferencia del mío, estaba adornado con alhajas, y complementaba su atuendo con un manto anudado sobre uno de sus hombros y sandalias de fibra de maguey. Un grueso látigo de cuero del que nunca se separaba — como muy pronto aprendí—, parecía ser una prolongación de su mano.

En cuanto le tuve lo suficientemente cerca como para que me pudiese oír, me dirigí a él para intentar hacerle ver que Huemac, el *pochteca* para el que había hecho de porteador, me había engañado para que comerciara con los tlaxcaltecas. Apenas me había dado tiempo a pronunciar una frase cuando el guerrero que estaba a mi lado blandió su larga maza de madera y me asestó semejante golpe en las corvas que me hizo caer de rodillas.

El capataz me atravesó con la mirada y me dijo que allí nadie hablaba sin que él preguntase primero. Un latigazo restalló en el aire y, para cuando quise darme cuenta, una tira de piel salía despedida de mi hombro derecho. Proferí un aullido de dolor y rápidamente asimilé la salvaje filosofía que imperaba allí.

Apreté los dientes para soportar el tormento. El capataz me comunicó entonces que, de ahí en adelante, mi vida se reduciría a arrancarle las entrañas a la montaña de

piedra que se alzaba ante mí. Y, por descontado, que más me valía obedecer cada orden al pie de la letra. Después observó mi rostro con evidente interés. Aquello era algo a lo que ya me había acostumbrado, dado que me había ocurrido a menudo durante mi larga travesía, pues mi aspecto físico difería bastante de aquel al que ellos estaban acostumbrados. Por lo general, y aunque cada tribu tenía sus propias características, los aztecas y el resto de los nativos de Mesoamérica compartían una serie de rasgos comunes: eran más bien bajos y rechonchos, de caras anchas y narices encorvadas, piel morena y pelo negro cortado con un fleco en la frente. Yo, por el contrario, era alto y espigado, de piel cobriza, pelo negro que me caía por la espalda, nariz aguileña y pómulos salientes.

—¿De dónde eres? —inquirió.

—Me llamo Xabel y vengo del norte. Soy anasazi —añadí con orgullo—, y he realizado un largo viaje a estas lejanas tierras para hablar con el emperador Moctezuma.

El capataz me miró fijamente, como calibrando si me estaba burlando de él, pero cuando se convenció de que yo hablaba en serio, fue incapaz de contener una sonora carcajada que le hizo doblarse por la mitad.

—Me has caído en gracia, anasazi —repuso—. Me pasaría riendo toda la mañana, pero no tengo tiempo que perder. Vamos, muévete.

Le seguí al pie de la cantera, doliéndome todavía del latigazo que había recibido. El capataz me tendió entonces un cincel hecho de diorita al tiempo que me daba instrucciones muy escuetas.

—Procura aprender por tu cuenta antes de obligarme a enseñarte a mi manera, porque créeme, no te gustaría —apuntó—. Este trabajo lo puede hacer cualquiera. Y cuídate mucho de usar el cincel contra nada que no sea la piedra.

Me dirigí hacia la base de la cantera, donde había un esclavo que se encontraba algo más alejado del resto. Era totonaca, de eso no me cabía duda. El aspecto de los nativos de aquella tribu resultaba tan grotesco, que se les podía identificar con facilidad. Se perforaban las orejas y el tabique de la nariz con argollas que descendían hasta la boca, y se partían el labio inferior hasta el punto de que se le apreciaba la encía. Observé cómo trabajaba y le imité, sin saber todavía muy bien lo que hacía. El totonaca me miró de reojo varias veces seguidas, pero no intercambió una sola palabra conmigo.

—Me llamo Xabel —tercié al cabo de un rato.

—Yo soy Tupac —contestó—. Será mejor que guardes silencio. No nos permiten hablar mientras trabajamos.

Advertí que uno de los guardias miraba en nuestra dirección y cerré la boca antes de que me reprendiera. Me puse a picar piedra y poco después percibí una corriente de aire cargada de salitre: el mar. No debíamos encontrarnos muy lejos de la costa.

Cuando creí que estaríamos así toda la mañana, nos permitieron tomar un descanso a la hora de comer. De forma ordenada, todos los esclavos nos situamos en

fila y nos fueron entregando una tortilla de maíz rancia, a la que ninguno hicimos ascos porque de lo contrario nos hubiésemos quedado con el estómago vacío. Tupac aprovechó el momento para ponerme rápidamente al día.

—Los aztecas utilizan la piedra que extraemos para la construcción de los grandes templos de Tenochtitlan y otras importantes ciudades de la periferia. Para ello se valen de cuatro tipos de roca: tezontle, basalto, andesita y caliza. Las tres primeras las encuentran en la propia cuenca de México, pero la piedra caliza la tienen que importar desde yacimientos que se encuentran bastante alejados de allí. Este es uno de ellos. —De vez en cuando le interrumpía para preguntarle algo, y Tupac no vacilaba en aclararme todas las dudas—. Te enseñaré poco a poco las técnicas para extraer la piedra y cincelar los sillares que de aquí salen a diario rumbo a Tenochtitlan.

No dio tiempo para más y los guardias nos arengaron para que retomásemos nuestra penosa actividad. Regresamos a la cantera y continuamos trabajando hasta que la última luz del día se perdió en el horizonte. Y aunque durante la mayor parte del tiempo la tarea no era excesivamente dura, las interminables horas sin apenas descanso provocaban que al caer la tarde los esclavos nos sintiéramos tan exhaustos, que tan solo quisiéramos irnos a dormir. Tras una frugal cena nos distribuyeron en varios cobertizos que había junto a la montaña de piedra. Las cabañas —tres para un centenar de esclavos—, estaban cubiertas de hojas de palmera y sus dimensiones eran reducidas. El hacinamiento y la general falta de higiene hacían que el lugar apestara. Me acurrugué en el suelo y cerré los ojos tratando de escapar de aquella pesadilla.

Apenas pude dormir.

Al día siguiente se repitió la misma rutina. Nos levantaron y regresamos a la cantera, donde volví a pegarme a Tupac para que me fuese proporcionando toda la información posible acerca de la situación que nos había tocado vivir. Tuve suerte. El totonaca se portó muy bien conmigo desde el primer día.

—Nos hallamos cerca de Cempoala, en territorio totonaca —explicó—. Aquí, no lejos de la cantera, los aztecas han levantado un asentamiento con templo incluido, que fundamentalmente hace las veces de centro comercial intermedio entre la capital azteca y las ciudades sometidas del litoral. Además de funcionarios, el lugar cuenta con una guarnición de soldados para proteger a la población. —Tupac dejó escapar un suspiro—. Los totonacas podríamos atacar el asentamiento y echarlos fácilmente de aquí, pero si lo hiciéramos, Moctezuma enviaría a su ejército y destruiría nuestro pueblo hasta no dejar rastro de él.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

—Me negué a pagar el tributo que los totonacas, como pueblo sometido, debemos hacer entrega a los recaudadores aztecas. ¿Y tú?

Le conté cómo el *pochteca* me había utilizado y Tupac lamentó mi mala fortuna.

—La inmensa mayoría estamos aquí por haber contravenido alguna ley azteca, o

por haber sido hecho prisionero durante el transcurso de alguna refriega —aclaró—. Si te fijas, aquí no hay ningún esclavo azteca. Todos pertenecemos a nacionalidades distintas. A los esclavos aztecas se les emplea como agricultores o en el servicio doméstico, pero nunca en las canteras.

Había una cuestión que deseaba saber, aunque al mismo tiempo temía la respuesta.

—¿Cuándo recuperaremos la libertad?

Tupac me devolvió una de las miradas más tristes que había visto en toda mi vida.

—Los esclavos aztecas pueden comprar su libertad. Nosotros, en cambio, no tenemos ese derecho.

—Entonces, ¿cómo se sale de aquí?

—No se sale, Xabel. Aquí uno permanece hasta que desfallece y se lo llevan para no volver. El destino final de todos nosotros es la piedra de sacrificios.

Descubrir que en realidad había sido sentenciado a muerte, aunque la ejecución no fuese inminente y dependiese de mi capacidad de aguante, me causó un demoledor impacto. Me deprimí. No podía creer que mi vida acabase en aquel lugar, dejando pendiente tanto por hacer. Me abandoné poco a poco y me despreocupé por completo de mí. No trabajaba con la intensidad que se me exigía y comencé a recibir los primeros latigazos. Tupac me advirtió que no siguiera por ese camino; él conocía muy bien a dónde solía conducir.

Lo que me hizo reaccionar fue ver cómo se llevaban un esclavo a rastras, después de haberse rendido al maltrato, el agotamiento y la desesperación. Una nueva víctima para calmar el ansia de sangre de los dioses aztecas. Le miré mientras le arrastraban por el suelo y, en un arranque de coraje, decidí que yo no acabaría igual.

A partir de entonces, me centré en una sola cosa: sobrevivir.

En aquella etapa que iniciaba, Tupac supuso un apoyo fundamental para mí. Me enseñó cómo debía trabajar la roca. Me señaló qué esclavos especialmente conflictivos debía eludir. Y me indicó cómo no despertar las iras del capataz y el resto de los guardianes aztecas.

Un día le pregunté si se podía escapar de la cantera pero, por lo que él tenía entendido y el tiempo que llevaba allí, todos los intentos de fuga habían acabado en fracaso. Había muchos guardias y vigilaban a conciencia, y para los esclavos que lo intentaban no había una segunda oportunidad: eran inmediatamente enviados a la piedra de sacrificios. Al final, la mayoría de los cautivos, desnutridos y faltos de fuerza, se habían acabado resignando a la cruda realidad impuesta por los aztecas.

Con el paso del tiempo me fui acostumbrando a ver esclavos que desfallecían y a otros nuevos que llegaban en su lugar. Recibí numerosos latigazos, algunos merecidos y otros por capricho del capataz. Soporté el ardiente sol del verano que caía sobre mi espalda desnuda y me quemaba la piel cosida a latigazos. Con todo, lo peor de todo era la presencia de los insufribles mosquitos en determinadas épocas del

año. No había retazo de piel que no tuviese hinchada, y la comezón era tan fuerte que a veces me rascaba aun sabiendo que, si lo hacía, luego sería mucho peor. Comparado con lo que estaba sufriendo en la cantera, el trabajo de porteador me parecía ahora una bendición.

Algunas tardes, después de la puesta de sol, oíamos los tambores y el alboroto que se formaba en el asentamiento azteca cercano a la cantera, cuando un sacrificio humano tenía lugar. Yo me estremecía solo de imaginarlo.

Tenía que aguantar por mi familia, de quienes me acordaba todos los días y a los que había prometido volver. Y también por la misión que estaba destinado a cumplir y de la que no me había olvidado. Si yo era el tocado por el Espíritu, como también lo había sido el legendario Yuma, el futuro de mi pueblo dependía de lo que yo hiciese o dejase de hacer.

Un día le sucedió a otro, y para cuando quise darme cuenta, ya había pasado un año entero de mi vida en la cantera azteca.

La llegada de un nuevo esclavo alteró la rutina a la que Tupac y yo nos habíamos adaptado y a la que tratábamos de sobrevivir. El recién llegado, que asistía impertérrito a la habitual charla de bienvenida del capataz, se llamaba Edahi y era ni más ni menos que el hermano menor de Tupac. Al totonaca se le encogió el corazón en cuanto vio aparecer a su hermano, condenado al mismo fatídico destino que él.

Precisamente, Edahi había desarrollado un visceral odio hacia los aztecas desde que estos se hubiesen llevado a Tupac. Un día, después de acumular años de inquina, perdió los estribos ante un recaudador de impuestos de Moctezuma, al que acabó agrediendo por exigirle al cacique de su pueblo más tributos de los que la población se podía permitir. Edahi fue inmediatamente degradado a la condición de esclavo y enviado a la cantera de piedra, como paso intermedio a morir sacrificado en un templo azteca. Le faltaban escasas fechas para cumplir los quince años de edad.

Tupac abrazó a su hermano, aunque no tardó en recriminarle haber sido tan estúpido como para cometer los mismos errores que él. Después se resignó a la realidad de los hechos y procuró ayudarlo a integrarse en la cantera, del mismo modo que había hecho conmigo. Edahi, sin embargo, rechazó desde el principio la disciplina reinante y adoptó una actitud de rebeldía que comprometía seriamente su futuro. Para desesperación de Tupac, su hermano pequeño le lanzaba constantes miradas de desafío al capataz, acataba sus órdenes tarde y mal, y se empeñaba en ser el centro de todos los problemas. Y lo peor de todo es que las consecuencias de su comportamiento tampoco parecían importarle. En poco tiempo, Edahi se convirtió en el esclavo que más latigazos recibía una jornada tras otra.

Entonces, Edahi cruzó una determinada línea que no se podía traspasar.

Un mañana, mientras pulíamos un sillar de piedra caliza que muy pronto estaría

listo para ser transportado, advertí que Edahi hacía una breve pausa y se metía la mano dentro del taparrabos. Un minuto después la sacaba de nuevo, sosteniendo en su palma las heces que acababa de defecar. El capataz andaba cerca y Edahi esperó a que se diese la vuelta para lanzarle los excrementos cuando ningún otro guardia miraba. Una plasta blanda y maloliente voló por los aires y logró hacerle blanco entre la nuca y la espalda.

El capataz se giró y miró hacia donde nos encontrábamos, con los ojos inyectados en sangre y un irrefrenable deseo de venganza escrito en la cara. Un guardia acudió de inmediato con agua y un pedazo de tela, y comenzó a limpiar el desaguisado con su mejor voluntad. En el sector de la cantera donde nos hallábamos había una docena de esclavos más por lo que, en principio, el responsable de la ofensa podía haber sido cualquiera. No obstante, el principal sospechoso del capataz no podía ser otro que Edahi, no solo por su conducta habitual, sino porque ni siquiera en aquel instante se molestaba en ocultar una desafiante sonrisa triunfal.

—¿Quién ha sido?! —vociferó el capataz, clavando su mirada en el menor de los hermanos totonacas.

Edahi no admitió su culpabilidad, y Tupac y yo guardamos un calculado silencio. Tampoco parecía que ningún otro esclavo de los que había presenciado el hecho estuviese dispuesto a hablar. El capataz, que ya había previsto aquel escenario, rápidamente urdió un plan para obligar a Edahi a confesar su autoría. Señaló a Tupac con el dedo y ordenó a dos guardias que le apresasen y le pusieran la collera: una especie de argolla de madera que se colocaba alrededor del cuello del esclavo y limitaba sus movimientos. Los guardias aztecas obedecieron y a continuación condujeron a Tupac a uno de los cobertizos, al que accedieron en compañía del capataz. Edahi observó impasible cómo se llevaban a su hermano, aunque por vez primera atisbé un destello de temor en su mirada.

Los alaridos de Tupac comenzaron a resonar por toda la cantera poco después. Edahi apretó los dientes y luchó por contener las lágrimas que acudían a sus ojos. Pero pese a todo, no hizo nada por evitarle el tormento a su hermano admitiendo su culpabilidad. Al cabo de un rato se abrió la puerta de la choza y los guardias arrastraron a Tupac afuera. El totonaca, contusionado y cubierto de sangre de arriba abajo, apenas podía sostenerse en pie.

El capataz se acercó de nuevo hacia donde nos encontrábamos y pronunció unas palabras que me dejaron helado.

—Tú serás el siguiente, anasazi. A no ser que me digas quién me ha tirado la mierda.

Sentí tanto miedo, que en ese instante consideré delatar a Edahi para evitarme así la paliza de muerte que me esperaba a manos de los aztecas. Si al final no lo hice fue solo por Tupac, porque de lo contrario su sacrificio habría sido en vano.

—Yo no vi nada —me excusé.

El capataz dejó escapar un suspiro y ordenó que me pusieran la collera y me

llevaran al cobertizo. No opuse resistencia y, antes de partir, miré de reojo a Edahi por última vez. El muchacho me rehuyó la mirada. No había confesado para salvar a su hermano, así que no podía esperar que ahora lo fuese a hacer por mí.

Ya en el interior de la choza, me ataron las manos detrás de la espalda y los guardias me sujetaron cada uno por un brazo, dejándome indefenso delante del capataz. Volví a negar haber visto nada y al capataz se le agotó definitivamente la paciencia. Esgrimió su maza de madera y dando vueltas alrededor mío, comenzó a golpearme con saña allí donde le apetecía y yo menos me esperaba. Encajé una rápida lluvia de golpes en torso, muslos y pantorrillas. La furia de los impactos se transmitía por mis terminaciones nerviosas y me provocaba un insoportable dolor. Agradecí, al menos, que la maza no contuviese cuchillos de obsidiana insertos en los bordes, pues de lo contrario, no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir.

El capataz hacía una pausa de vez en cuando para ofrecerme la oportunidad de denunciar al autor de la fechoría. Pero mi capacidad de aguante debió de frustrarle tanto, que de repente me golpeó con la maza en plena cara, haciéndome añicos la nariz. Aullé con tanta fuerza, que mi alarido debió de escucharse incluso en el asentamiento azteca situado en las cercanías de la cantera. Perdí la consciencia durante algunos segundos, y habría caído al suelo de no ser porque los guardias me sujetaron con fuerza. Un tremendo reguero de sangre me brotó de la nariz y se me extendió por todo el cuerpo. Entonces, cuando creí que ya no saldría vivo de aquella choza, un tercer guardia abrió la puerta y dijo las cuatro palabras que me salvaron de morir allí.

—Un esclavo ha confesado —le comunicó al capataz.

En el momento en que sacaron a Edahi a rastras de la cantera, a nadie se le escapó cuál sería su destino. Supuse que habría acabado confesando, porque de lo contrario los aztecas habrían seguido torturando a todos cuantos pudiesen haber sido testigos del suceso, hasta que alguno hubiese revelado lo que de cualquier manera el capataz ya sabía. Cuando Edahi resolvió hacer una estupidez tan grande como arrojarle su propia mierda al capataz, ya debía de haber decidido que prefería morir a corto plazo antes que soportar durante meses o años una vida miserable como esclavo de los aztecas para acabar encontrando el mismo final.

A Tupac y a mí se nos concedió el resto de la jornada libre para restablecernos de nuestras heridas, pero ni un solo día más. A la mañana siguiente teníamos que recuperar nuestra rutina habitual y demostrar que éramos capaces de hacer nuestro trabajo; de otro modo, seguiríamos el camino de Edahi. Y ambos cumplimos, aunque fuese a duras penas. Yo me tragué las lágrimas y aguanté el dolor que las secuelas de la paliza me habían dejado en carne y articulaciones. Y si superé aquella desalmada prueba, no fue debido a mi fuerza o intrepidez, sino únicamente a mi instinto de supervivencia.

A los pocos días escuchamos el sonido de tambores y todos adivinamos su

sinistro significado: a Edahi le había llegado la hora. Aquella tarde, sin embargo, nos aguardaba una inesperada sorpresa. El capataz ordenó que nos pusieran a todos la collera y nos reunió al pie de la cantera en fila de a uno. Fuertemente custodiados por un gran número de guardianes, pensaban conducirnos al pueblo azteca que habían levantado a escasa distancia de allí. Pretendían hacernos presenciar el ritual del sacrificio, para que ningún otro comportamiento similar al protagonizado por el hermano de Tupac se volviese a repetir.

El recorrido a través de un sendero abierto en la selva tropical fue bastante breve. Al alcanzar el asentamiento azteca, cruzamos la calle principal hasta llegar al templo piramidal, situado en el centro de la urbe. Nos apiñaron en la vía para que contemplásemos el espectáculo desde abajo, mientras que la población azteca lo hacía desde las azoteas de las viviendas más próximas al templo.

El ocaso había extendido un manto de color púrpura sobre el cielo, que hacía pensar que el fin del mundo estaba cerca. Una hilera de teas encendidas iluminaba los escalones de la pirámide, y el templo erigido en su cima se hallaba envuelto en el humo del copal —una resina aromática que acompañaba todas sus ceremonias—. Al estruendoso redoble de tambores y panderos se añadió el lamento de las caracolas y el tintineo de campanillas.

Del otro extremo de la calle surgió un desfile encabezado por sacerdotes, seguidos de un grupo de soldados aztecas que escoltaban a Edahi. El joven totonaca, al que habían ataviado con una toca emplumada y penachos en las manos, bailaba como extasiado, no supe si compelido por el miedo o como consecuencia de algún hongo alucinógeno que le hubiesen hecho ingerir. A Tupac se le formó un nudo de angustia en la garganta en cuanto vio procesionar a su hermano; yo mismo me estremecí solo de pensar el terrible destino que le aguardaba.

Edahi inició el ascenso por la escalinata sin dejar de danzar con grandes aspavientos, aunque por dentro se sintiese paralizado por el terror. El pobre muchacho alcanzó la cúspide de la pirámide y se enfrentó cara a cara con los ídolos de piedra que representaban a los dioses aztecas. El templo estaba dedicado a dos de sus más importantes deidades: *Huitzilopochtli*, el dios de la guerra y del Sol, y Tlaloc, el dios de la lluvia. El sumo sacerdote despojó a Edahi de la toca y los penachos con los que había desfilado por las calles de la ciudad, y a una señal suya, la música cesó de repente. A continuación, Edahi fue prendido por varios sacerdotes, que le acostaron de espaldas sobre la piedra de sacrificios. La muchedumbre rugió enfervorecida, en perfecta sintonía con la sangrienta ceremonia que estaba a punto de presenciar.

Los aztecas creían que a través de los sacrificios humanos mantenían el equilibrio del universo y evitaban el fin de los tiempos, porque si no satisfacían las exigencias de sus dioses, el sol no volvería a salir. Cuatro sacerdotes sujetaron a Edahi por cada una de sus extremidades, mientras el sumo sacerdote asía un cuchillo de obsidiana y murmuraba una ininteligible letanía. Tupac, entre tanto, lo contemplaba todo

temblando y sollozando descontrolado, y aunque le aconsejé que cerrase los ojos o mirase hacia otro lado, no despegó la vista de su hermano en sus últimos instantes de vida.

Ahora sí, Edahi comenzó a proferir alaridos de pánico que competían en intensidad con el impetuoso bramido de la audiencia. Impasible, el sacerdote elevó el cuchillo en el aire y se lo clavó con fuerza a la altura del abdomen. Después rasgó unos centímetros hacia las costillas y, tras retirar el cuchillo, hundió la mano en la cavidad y le asió el corazón. Edahi aún estaba vivo, retorciéndose de dolor, mientras el sacerdote hurgaba en sus entrañas e intestinos. El muchacho regurgitó sangre por la boca y fijó sus pupilas en la bóveda del cielo, al tiempo que el sacerdote le arrancaba su corazón palpitante y se lo ofrecía a los ídolos de piedra que flanqueaban el templo.

Tupac cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, vapuleado por la amargura. Yo me doblé por la mitad y, movido por la náusea, vomité bilis en el suelo. ¡Qué distintos eran aquellos dioses sanguinarios del sabio Gran Espíritu y los benditos *kachinas* de mi tierra de origen!

Pero para mi horror, la ceremonia no había tocado a su fin; aún debía llevar mi capacidad de aguante hasta el límite. El sacerdote comenzó a desollar la cara de la víctima, e inmediatamente se enfundó la piel viscosa de Edahi sobre la suya propia, a modo de máscara viviente. Por último, los sacerdotes descuartizaron el cuerpo del sacrificado y arrojaron torso y extremidades escaleras abajo, que rodaron luctuosamente hasta aterrizar a nuestros pies.

Poco después, el capataz comenzó a dar instrucciones para reemprender el camino de vuelta a la cantera. Lo agradecí enormemente, porque estaba deseando poder salir de allí y perder de vista aquella orgía de muerte y sadismo. Los esclavos nos marchábamos con la lección bien aprendida. En el fondo sabíamos que a todos nos aguardaba la piedra de sacrificios, pero cuantos menos problemas diésemos y más duro trabajásemos en la cantera, más alejaríamos en el tiempo la llegada de aquel fatídico día.

A la mañana siguiente recuperamos la rutina, sin que a Tupac le concediesen ni un minuto para llorar a su hermano. En contrapartida, yo intenté ofrecerle consuelo y sobre todo procuré que no se viniese abajo, si no quería seguir el mismo camino que Edahi.

El tiempo pasó. Tupac y yo nos recuperamos de la paliza que nos había propinado el capataz, sin que nos quedasen grandes secuelas. Algunas noches, en el cobertizo, cuando todos los demás dormían, yo trataba mentalmente de establecer contacto con los espíritus de los Antepasados, al igual que lo intentara durante los meses que ejercí como porteador; sin embargo, nunca obtuve resultado alguno, lo cual ya ni siquiera me sorprendía.

Nada digno de mención sucedió en los meses que siguieron al sacrificio de Edahi, hasta el día en que un inesperado acontecimiento alteró la habitual calma de la

cantera.

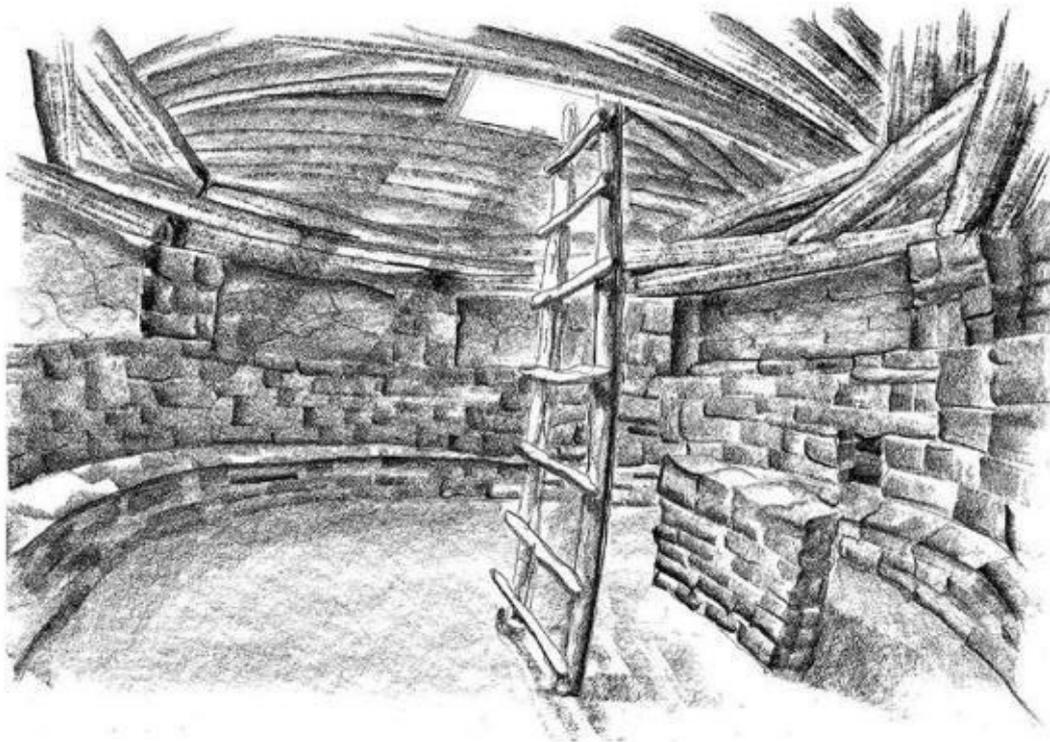
De repente, un vigía azteca apareció por el camino que conectaba con la costa, desplazándose todo lo rápido que sus piernas le podían permitir. Su rostro exhibía una mueca de incredulidad, rayana con el miedo. Uno de los guardianes salió a recibirle y esperó a que su compañero cogiera aire para conocer el motivo de tanta agitación. Cuando se lo contó, el guardián palideció de tal manera, que enseguida llamó la atención del resto. Los aztecas querían saber a qué venía todo aquel revuelo.

El alboroto nos afectó incluso a nosotros, los esclavos, por cuanto provocó que dejásemos momentáneamente de realizar nuestras tareas. El capataz se hartó de la situación y exigió conocer de primera mano el origen del problema. En la cantera se hizo entonces un silencio tan rotundo, que muchos de nosotros alcanzamos a oír las palabras del aterrorizado vigía.

—Cerca de la costa, venidos de más allá del mar inmenso, he visto como cerros que venían flotando sobre el agua, y juro que tal cosa no la había visto yo antes en toda mi vida. —La impresión que había producido la visión en aquel hombre se adivinaba tan poderosa, que nadie dudaba que estuviese diciendo la verdad—. Y cuando se acercaron a la orilla, contemplé gentes extrañas de piel extremadamente blanca, con largas barbas y cabello que les llegaba hasta las orejas.

Hasta al capataz se le demudó el rostro al escuchar el relato del vigía.

Los aztecas conocían bien la profecía del dios Quetzalcóatl, que asumía el aspecto de un hombre alto, blanco y barbado, y cuyo retorno procedente del mar de Oriente se había anunciado para el final del reinado de Moctezuma...



Modesta kiva anasazi

CAPÍTULO 1

Siglo XII

Habían transcurrido seis años desde los últimos acontecimientos vividos en Ciudad Chaco. Desde entonces, la situación de la nación anasazi no solo no había mejorado, sino que se había tornado mucho peor. Las lluvias generalizadas seguían esquivando la región y las cosechas se marchitaban a consecuencia de la interminable sequía. Y cuando puntualmente llovía, lo hacía de manera tan torrencial, que destrozaba los campos y arruinaba las cosechas. Pese a todo, la escasez de alimentos todavía no se había hecho notar entre los privilegiados habitantes de la capital, si bien ya amenazaba con afectar al resto de las ciudades y, sobre todo, a las aldeas.

El transcurso del tiempo no había sido benévolo con Nootau. La salud del monarca anasazi había sufrido un rápido deterioro, y a sus cuarenta y tres años, la fatiga, los mareos y un excesivo nivel de agotamiento le habían llevado incluso a mudarse a la primera planta para evitar tener que subir tantas escaleras. Nootau sabía que había contraído la enfermedad que le devoraba a uno por dentro, para la que no existía ninguna cura, salvo una milagrosa intercesión de los *kachinas* que muy rara vez tenía lugar. La verdadera gravedad de su estado de salud era tan solo conocida por Ouray, el sumo sacerdote, pues Nootau no quería ofrecer una imagen de vulnerabilidad ante su pueblo en un momento tan crucial.

El monarca cruzó la azotea camino de la plaza. Una cálida brisa otoñal soplaba en la ciudad. El sol centelleaba y sus penetrantes rayos se hendían en las nubes que surcaban el cañón, transformando el cielo en un retazo de piel incandescente. La cuarta planta se había construido como estaba previsto y los hijos de Nootau vivían desde entonces en sus soberbias y amplias cámaras. En contrapartida, los bosques de la región habían menguado hasta casi desaparecer, salvo por algunos reductos cuya tala se había prohibido. La medida, sin embargo, había llegado demasiado tarde, y ahora los anasazi se veían obligados a recurrir a los bosques de pino y abeto de las Montañas del Oeste, situadas a más de ochenta kilómetros de distancia del cañón, para obtener la madera necesaria para las construcciones y el fuego. Acarrear los pesados troncos con la única fuerza de sus manos les suponía un esfuerzo descomunal, que precisaba además de un cada vez mayor número de esclavos.

En el lado positivo de la balanza se encontraba el hecho de que durante aquel periodo, al menos, no habían vuelto a sufrir ataque alguno por parte de los nómadas de las planicies. Casi con total seguridad, todavía no se habían repuesto de la severa derrota sufrida años atrás, en la que Sowingwa, el valeroso líder fremont, había perdido la vida.

Las tensiones con la nación hohokam, sin embargo, habían aumentado en los

últimos meses, hasta el punto de que se habían producido incursiones por ambos bandos con el fin de hacer cautivos. De cualquier manera, las relaciones entre ambas naciones estuvieron siempre plagadas de conflictos, sin que se hubiese producido nunca una guerra abierta. De un modo u otro, se había conseguido que un precario equilibrio rigiese entre ambos pueblos durante siglos, evitándose un daño mucho mayor.

Nootau observó a un grupo de sacerdotes que salían en fila india de la *kiva* principal. El propio Bayou era uno de ellos. Con tan solo dieciocho años, su hijo había superado con éxito las pruebas de iniciación y había adquirido hacía poco la condición de sacerdote. Nootau se sentía especialmente orgulloso porque lo había logrado por méritos propios, sin que hubiese pesado en la decisión su pertenencia al linaje real. La vocación de Bayou había estado siempre fuera de toda duda, y lejos de conformarse con lo obtenido hasta ahora, pretendía convertirse también en un experto sanador. A Nootau no le cabía la menor duda de que Bayou ocuparía el cargo de sumo sacerdote algún día, aunque lo más seguro es que él no viviera lo suficiente para ser testigo de ello.

Bayou pasó de largo junto al resto de la comitiva. El muchacho, que apenas había cambiado, conservaba su rostro aniñado y su constitución rolliza, ligeramente disimulada bajo la camisa blanca ritual que los sacerdotes acostumbraban a lucir. Nootau apartó la vista de su hijo y se dejó envolver por el trajín de la ciudad. El pequeño mercado que se montaba a diario en la explanada oriental ya había cobrado vida. Un grupo de esclavas se ocupaba de trasladar las inmundicias fuera del recinto urbano, mientras otras emprendían una larga marcha para recoger agua de una poza lejana. Varios ancianos charlaban a la sombra, disfrutando del retiro que les ofrecía su avanzada edad.

Nootau se protegió del sol con la mano y distinguió a Onawa salir de una de las cámaras de la cuarta planta. Su esposa compensaba el ineludible paso de los años con vestidos cada vez más excesivos y vistosas joyas con las que se adornaba de los pies a la cabeza. Conforme sus hijos alcanzaban cierta edad, la relación entre ambos se había ido enfriando cada vez más, y ni siquiera el inevitable apego que había surgido entre los dos, fruto de la convivencia y del día a día, sostenía una relación fundada en un matrimonio pactado. Desde que la enfermedad le debilitara, Nootau había dejado de buscar a Onawa en la intimidad de su lecho, circunstancia que a su esposa ni siquiera había parecido importarle. Quizás la actitud de Onawa fuese diferente si supiese lo de su enfermedad, pero Nootau estaba absolutamente decidido a mantenerlo en secreto.

Junto a Onawa se encontraba Mongwau, que había salido después de ella. Mongwau era el vivo retrato de su padre cuando este tenía su edad: alto y esbelto, pómulos salientes y nariz aguileña. Sin embargo, Nootau se sentía profundamente decepcionado con su primogénito. Mongwau le sucedería pronto en el cargo y todavía no parecía comprender la enorme responsabilidad que implicaba el gobierno

de todo un pueblo. Para empezar, no se había preparado como era debido, ignorando valiosos conocimientos que en el futuro podía echar en falta. Pero es que, además, su comportamiento distaba mucho de ser ejemplar. Por un lado, Mongwau actuaba de forma promiscua y protagonizaba furtivos encuentros con doncellas de la nobleza, con el consiguiente riesgo de dejarlas en estado, y por otro, se pasaba incontables horas apostando junto a otros dignatarios en un conocido juego de azar al que se había hecho tremendamente aficionado. Claramente influido por su madre, sus únicas obsesiones parecían ser la opulencia y el boato. De hecho, Mongwau aguardaba con ansias la celebración del Mercado de Otoño, al que acudían decenas de mercaderes extranjeros, y muy especialmente los toltecas, que siempre traían consigo exóticas mercancías procedentes del mismísimo valle de México.

Nootau estaba preocupado porque había realizado grandes avances en su cruzada por unificar las dos regiones anasazi bajo un único mando, cuyo monarca acabaría siendo Mongwau, pero ¿estaría su hijo realmente preparado para asumir el gobierno de toda la nación?

Tras dar unos pocos pasos, Nootau fue abordado por un alto funcionario al que despachó a toda prisa, emplazándole para más tarde en su cámara real. Todos los asuntos, salvo aquellos de carácter urgente, debían seguir el cauce establecido.

Poco después era su hijo menor quien venía caminando directamente hacia él.

A sus diecisiete años, Yuma ya era todo un hombre, aunque seguía siendo tan delgado como en su niñez y aún conservaba aquella mirada transparente reflejada en sus grandes ojos castaños. Nootau le consideraba un alma libre, mucho más cercano al pueblo que a la clase gobernante a la que por sangre pertenecía. Pese a todo, el sumo sacerdote se sentía decepcionado porque Yuma no había exteriorizado en modo alguno el don con el que había sido agraciado, ni había desarrollado el potencial que como tocado por el Espíritu se suponía que atesoraba en su interior. A Nootau, en cambio, todo aquello le traía sin cuidado. Desde su punto de vista, Yuma era como ningún otro hombre que hubiese conocido, y precisamente lo que le hacía tan especial no era ningún tipo de poder místico, sino la humanidad con que se relacionaba con sus semejantes, con independencia de su origen o condición.

Yuma saludó afectuosamente a su padre antes de partir hacia la región de Mesa Verde, como últimamente tenía por costumbre. El monarca posó las manos sobre los hombros de su hijo y le advirtió que tuviese cuidado durante el viaje.

—Padre, ¿de verdad está bien? No tiene buen aspecto.

—Es solo que me estoy haciendo viejo demasiado deprisa —mintió Nootau—. No te preocupes por mí.

Nootau admiraba la extraordinaria versatilidad de Yuma, así como la pasión que ponía en todos sus proyectos. No solo se había convertido en un experto ceramista y dominaba los principios fundamentales de la cestería, sino que seguía fomentando su vertiente artística, pues pintar había sido su principal vocación desde niño, y nunca perdía la ocasión de dar rienda suelta a su talento cuando se le presentaba la ocasión.

A todo lo anterior había que sumarle sus dotes como campesino. Para sorpresa de todos, Yuma había pasado largas temporadas trabajando hombro con hombro con los aldeanos, aprendiendo las técnicas agrícolas y comprobando de primera mano la dureza de aquella ocupación.

Para Onawa, sin embargo, ninguna de aquellas actividades tenía un verdadero valor, y a sus ojos no representaban más que un conjunto de excentricidades impropias de un miembro de la realeza. Nootau lamentaba el trato que Onawa le dispensaba a su propio hijo, que normalmente oscilaba entre la indiferencia y la pura reprensión. De cualquier manera, Nootau tenía su propia opinión, y su intuición le decía que Yuma poseía un enorme potencial como dirigente. El pueblo le adoraba y su preparación era muy superior a la de Mongwau. Pese a todo, la tradición era tajante y su hijo mayor tenía asegurado por derecho sucederle en el cargo.

Nootau observó a Yuma abandonar la ciudad, y se preguntó qué le movería a realizar aquellos continuos viajes a la región de Mesa Verde. ¿Qué se traería ahora entre manos?

Yuma se echó un fardo al hombro, cargado con agua y provisiones suficientes para el viaje, pues le esperaba por delante un largo camino. Llevaba pantalones oscuros y una camisa roja atada con una faja a la cintura, además del tocado de plumas que despuntaba en su cabeza. Se había calzado los mocasines de ante que le llegaban hasta los tobillos, más apropiados para el camino que sus habituales sandalias de yuca.

Aquel tipo de viajes no los realizaba solo. Últimamente le acompañaba un veterano guerrero llamado Machakw, que se encargaba de su protección, aunque por lo general transitaban por rutas bastante seguras. Machakw portaba un arco y un carcaj, así como un escudo de piel de búfalo, decorado por el propio Yuma con el dibujo de la garra de un oso, en honor al clan originario del guerrero. Los escudos eran muy apreciados por la protección espiritual que se les atribuía, contenida en el poder mágico de sus dibujos y en los amuletos de ciertas partes de animal que pendían de los filos. Del escudo de Machakw colgaba una suave piel decorada con plumas de halcón, para que dotase al guerrero tanto de la rapidez como de la excelente visión de que gozaba dicha ave.

Yuma y Machakw abandonaron Ciudad Chaco y pusieron rumbo al nordeste. Pronto dejaron atrás las aldeas y las zonas de cultivo, y se internaron en un área desértica plagada de cactus y arbustos, dominada por dunas y lejanas colinas cubiertas de grietas centenarias. Avanzaban a un ritmo constante, aunque sin forzar la marcha.

Machakw era hombre de pocas palabras, lo cual le concedía a Yuma tiempo de sobra para pensar, y también para recordar ciertos momentos que desearía desterrar

de su memoria. Desde que vivió aquel extraño lance en la *kiva* siendo un niño, Yuma no había vuelto a experimentar ningún episodio similar pero, pese al tiempo transcurrido, aún se estremecía al recordar aquellas voces de ultratumba resonando en el interior de su cabeza. Yuma nunca compartió con nadie lo ocurrido, y se alegraba de que en el presente fueran cada vez menos los que le reconociesen por su condición de tocado por el Espíritu.

Al atardecer ya habían cruzado el umbral que delimitaba la región de Mesa Verde. La desolación que habían atravesado dio paso a un entorno algo más hospitalario, jalonado por un mar de cultivos de algodón y tabaco. El sol ya se ocultaba tras la línea del horizonte, y Machakw decidió que había llegado el momento de acampar. Un pequeño cerro poblado por enebros constituía el lugar más apropiado. Allí estarían protegidos del viento y evitarían también que la hoguera se divisase a larga distancia, alertando así de su presencia a posibles enemigos.

Machakw dispuso algunas hojas y ramas en el suelo, e hizo chocar dos piedras de cuarzo hasta que las chispas prendieran una pequeña fogata. Asaron parte de la carne que llevaban y comieron en silencio. Después se tumbaron cerca de las ascuas del fuego y se cubrieron con las mantas que habían traído consigo. El cansancio de la travesía hizo que se quedasen dormidos antes incluso de que las primeras estrellas hubiesen hecho su aparición en el cielo.

Al amanecer enrollaron sus mantas, las guardaron en los fardos y reanudaron el camino. Yuma volvía a tener todo el tiempo del mundo para perderse en sus pensamientos y ahondar en la profunda preocupación que sentía por Nootau. Aunque su padre no lo quisiera reconocer, a él no se le escapaba que debía de estar atravesando un problema de salud cuya gravedad desconocía. La preocupación de Yuma se extendía también a la supervivencia de toda la nación anasazi. La sequía estaba causando un incalculable quebranto en las cosechas, hasta el punto de que muy pronto la producción obtenida no bastaría para alimentar a la numerosa población. Y precisamente en un contexto tan delicado, un monarca de la experiencia de Nootau se hacía más necesario que nunca. ¿Qué ocurriría si un problema de salud le impidiese gobernar como era debido y el destino del pueblo anasazi acabase dependiendo de su hermano mayor?

Dejaron atrás algunas aldeas y siguieron avanzando hacia su destino, Ciudad Palacio Acantilado. La principal población de la región de Mesa Verde se hallaba situada en el interior de un estrecho cañón, en la propia pared del acantilado: un conjunto de torres y habitáculos excavados en el interior de la roca, contruidos con bloques de arenisca a modo de ladrillo, enlucidos y pintados de un solo color. Orientado hacia el sur, el emplazamiento aprovechaba la luz solar durante el invierno y proporcionaba el frescor de la sombra durante el cálido verano. Su particular ubicación ofrecía, además, una protección natural frente a los ataques enemigos, por la dificultad que entrañaba asaltar el complejo.

Yuma y Machakw ascendieron a través de un escarpado sendero, haciendo uso de una escalera tallada en la roca. Los vigías de Mesa Verde hacía tiempo que les habían avistado y, por tanto, tolerado su presencia allí. Yuma accedió a la ciudad y contempló el cuadro que se desplegaba antes sus ojos. Los habitantes de Ciudad Palacio Acantilado, acostumbrados ya a sus constantes visitas, prosiguieron con sus quehaceres diarios con total normalidad. En la *kiva* más cercana resonaban las oraciones que un grupo de sacerdotes dedicaba a los *kachinas*, mientras un trío de artesanos esculpía herramientas de piedra a escasa distancia de allí.

Yuma fue recibido por Tihkoosue con todos los honores, momento a partir del cual el monarca de Mesa Verde se hacía cargo de su alojamiento y comida mientras duraba su estancia allí. Después debía cumplir con los saludos protocolarios, y solo entonces Yuma era por fin libre para deambular por las inmediaciones y perdía de vista a Machakw, que básicamente se dedicaba a comer y dormir hasta que emprendían el viaje de regreso.

Yuma no tardó en salir de la ciudad por su parte superior, para lo cual tenía que escalar por la pared del cañón, valiéndose de una serie de hoyos que se habían excavado en la roca. Sobre el acantilado se extendía una amplia meseta, salpicada por espesas arboledas que se habían salvado de la tala. Una vez arriba, Yuma encaminó sus pasos hacia el bosque más frondoso, donde se tropezó con algunos ciudadanos que recolectaban frutos silvestres y llenaban tinajas de agua en un pequeño arroyuelo. Yuma siguió el curso de este y se internó en la espesura hasta llegar a una zona bastante alejada, donde se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra el tronco de un árbol. No corría ni un soplo de brisa, pero el rumor del agua y el gorjeo de los pájaros le proporcionaban una incomparable sensación de paz. Un retazo de cielo asomaba entre las ramas de los esbeltos enebros.

No pasó mucho tiempo hasta que los acordes de una flauta llegaron hasta sus oídos. Una sonrisa asomó a los labios de Yuma, al tiempo que sentía cómo se le erizaba la piel. La melodía, de tinte sombrío, fluía en el bosque y se elevaba hacia las alturas como el humo de una pipa. Yuma, excitado, se puso en pie para recibir a la mujer que le había robado el corazón. Maralah, que ya no era la niña con la que un día se confabuló para salvar a una cría de cuervo, se materializó ante sus ojos como una aparición. Un vestido de rayas se le pegaba al cuerpo y acentuaba las curvas que se le formaban en torno al pecho y las caderas, y su larga melena color azabache caía por su espalda como una cascada y contrastaba con el tono dorado de su piel.

Maralah se detuvo a escasos metros de Yuma y dejó de tocar el instrumento. La flauta tallada en hueso era obra de un legendario maestro artesano fallecido largo tiempo atrás. La joven exhibió una cautivadora sonrisa, mientras sus ojos brillaban de ilusión.

Instantes después se fundieron en un beso.

Maralah constituía el verdadero motivo de las frecuentes visitas de Yuma a Ciudad Palacio Acantilado. Hacía poco menos de un año, cuando ambos se habían

reencontrado en Ciudad Chaco con motivo de una celebración de carácter sagrado, se produjo entre los dos una inmediata conexión. Fue la música lo que les unió, tras observar Yuma con admiración la habilidad con que Maralah interpretaba una melodía al son de la flauta. Yuma le pidió que le enseñara y, pese a lo mucho que se esforzó, la música no se reveló como uno de sus incontables talentos. Poco importó, pues aquellos largos ratos que pasaron juntos, al principio solamente como amigos, acabaron desencadenando en una inevitable atracción entre los dos. Se enamoraron en aquel mismo sitio, donde habían tenido lugar la mayoría de sus encuentros con absoluta discreción. Yuma y Maralah exploraron por vez primera sus cuerpos y se dejaron arrastrar por una incontrolable pasión, típica de su juventud y de las hormonas que bullían en su interior. Ahora, ambos se adoraban con la intensidad que solo podía ofrecer la inocencia y la convicción del primer amor.

Yuma y Maralah despegaron los labios el uno del otro y se acomodaron en el suelo, junto al remanso de agua cristalina.

—No había oído antes esa canción —señaló Yuma—. Es muy triste.

—Es una melodía que ha compuesto un sacerdote para hacer llorar a las nubes y que los dioses se apiaden de nuestras cosechas.

Yuma absorbió la dulce fragancia que Maralah desprendía y comenzó a jugar con su pelo mientras proseguía con la conversación.

—¿Has hablado ya con tu padre?

Maralah agachó la mirada.

Los dos jóvenes habían mantenido hasta el momento su amor en secreto, porque sin el consentimiento previo de su padre, a Maralah no le estaba permitido iniciar una relación. En el ámbito de la nobleza anasazi, los matrimonios pactados eran la norma común, y ella no estaba exenta de aquel deber. Maralah temía que si le confesaba la verdad a Tihkoosue, este le prohibiría automáticamente volver a ver a Yuma.

—Mi padre tiene ahora mismo demasiadas preocupaciones y no creo que este sea el momento oportuno para contarle lo nuestro.

—Lo entiendo, Maralah. Pero no podemos seguir prolongando eternamente esta situación. Además, pronto aparecerán los rumores. Antes o después se acabará enterando por boca de terceros, y eso será mucho peor. —No era la primera vez que Yuma trataba de convencer a Maralah con aquellos mismos argumentos—. Y aunque Tihkoosue se oponga a nuestra relación, siempre habrá algo que yo pueda hacer para que nos dejen estar juntos.

Maralah acarició con ternura la mejilla de Yuma. A pesar de que admiraba su incansable espíritu de lucha, ella no podía ver las cosas del mismo modo que él. Yuma trató de insistir en el tema, pero ella se lo impidió. Le había echado terriblemente de menos como para perderse ahora en aquella interminable disputa. Maralah tomó la mano de Yuma y la posó sobre su pecho, que ardía de excitación. Yuma sintió su propia pasión quemándole por dentro y buscó ansioso la boca de Maralah, a la que enseguida tumbó en el suelo. Segundos más tarde sus gemidos se

mezclaban con el murmullo del bosque, mientras se entregaban el uno al otro.

Después del acto, Maralah apoyó la cabeza sobre el pecho de su joven amado, cuya respiración se había tornado silenciosa. Hasta entonces, Yuma nunca se había planteado la idea de contraer matrimonio y formar una familia, pues todo aquello habría supuesto un enorme cambio con respecto a su habitual estilo de vida, caracterizado por su gran variedad de oficios, sus constantes viajes y su notable libertad de acción. Sin embargo, Yuma creía que su unión con Maralah no implicaría renunciar a nada de todo aquello. Maralah, como él, era un alma inquieta, y Yuma sentía que los espíritus de ambos estaban en perfecta comunión.

—¿Cuándo me enseñarás a pintar? —preguntó Maralah—. Me consta que los murales de un par de cámaras de Ciudad Palacio Acantilado son obra tuya, y nada le tienen que envidiar a los trabajos de los artistas más reputados de la región.

—Aquí no puedo porque no tenemos nada de lo que se necesita —replicó Yuma—, pero te prometo que cuando dejemos de ocultarnos, será la primera cosa que haga. Estoy seguro de que tú tendrás más talento con los pinceles del que yo he demostrado tener con la flauta.

Yuma y Maralah departieron durante largo rato hasta que el cielo tiñó de púrpura y amarillo el atardecer. Maralah se alisó el vestido y se peinó como pudo su interminable melena. Antes de despedirse, Yuma se inclinó sobre ella y le susurró suavemente en el oído:

—Te busqué en el contorno de una nube...

Maralah se perdió en sus enormes ojos castaños y contestó:

—Y yo te encontré en el perfume del viento.

Aquella era la particular manera en que, un día como otro cualquiera, se habían acostumbrado a decirse «te quiero».

Maralah partió primero, y Yuma aguardó un poco más para evitar ser vistos regresando a la vez.

CAPÍTULO 2

El ocaso se abatió sobre Ciudad Chaco y tendió un oscuro velo sobre el cañón, ligeramente mitigado por la aparición de las primeras estrellas. Bayou se hallaba en una modesta *kiva* situada en el extremo norte de la ciudad, siendo instruido por el sumo sacerdote. Su formación se había pospuesto hasta una hora tan tardía porque Ouray había tenido que atender a varios enfermos aquel día y no había podido dedicarle ni un segundo de su tiempo. A pesar de ello, Bayou se mostraba igual de dispuesto, plenamente comprometido con su objetivo de convertirse en un experto sacerdote sanador.

—El eje del hombre es la columna vertebral —decía Ouray—, y a lo largo de ella se sitúan los cinco centros vibratorios que rigen su sistema.

Bayou estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, escuchando atentamente cada una de las palabras vertidas por el sumo sacerdote. Ouray le devolvía la mirada a través de sus grandes ojos saltones y no dejaba de agitar un báculo del que solía valerse para escenificar su explicación.

Ouray estiró la vara hasta tocar la coronilla de Bayou.

—El primero se encuentra en la parte superior de la cabeza, y es la puerta abierta a través de la cual podemos sentir al Gran Espíritu, cuya esencia se manifiesta hasta en las cosas más pequeñas. —Ouray posó ahora su dedo índice en la frente—. El segundo se halla justo debajo: el cerebro. El órgano que nos permite pensar y desarrollar la inteligencia. El tercer centro vibratorio se encuentra en la garganta, y nos faculta para producir sonidos y también para podernos comunicar. El cuarto es el corazón, que late con la vibración de la propia vida y es también el lugar en el que residen los buenos sentimientos. Y el último se halla justo debajo del ombligo, desde donde el ser humano dirige el resto de sus funciones.

Bayou había observado a los sacerdotes sanadores trabajar cuando visitaban a un enfermo y, en efecto, estos solían colocar sus manos sobre los distintos centros vibratorios, con el fin de detectar en cuál de ellos radicaba la anomalía. La clave la proporcionaba el mayor o menor grado de energía que desprendía cada centro del cuerpo. Y una vez localizada la perturbación, se aplicaba el correspondiente tratamiento. Por norma general, se solía suministrar algún tipo de hierba curativa, procedimiento que se complementaba con una prolongada sesión de cantos y rezos. Los anasazi creían que la salud del individuo se restablecía devolviendo al enfermo su equilibrio natural.

—¿Y cómo sabré identificar el centro vibratorio que está provocando el mal?

—Lo sentirás cuando estés preparado, del mismo modo que uno es capaz de advertir la tristeza de un semejante, aunque la oculte tras la sonrisa más abierta. Es cuestión de tiempo, sabiduría y experiencia. El tiempo abrirá el camino, la sabiduría

lo pavimentará, pero solo la experiencia lo hará definitivamente transitable.

Un amplio conjunto de cortezas, raíces y hierbas se exponía sobre una esterilla de enea, a escasos centímetros de ambos sacerdotes. Bayou tenía que saber identificarlas, así como conocer sus propiedades y métodos de aplicación en función del problema.

—¿Qué emplearías para una enfermedad de la piel? —inquirió Ouray poniéndole a prueba.

Bayou meditó un instante y señaló la planta del *katoki*.

—Ha de usarse seca, molida y disuelta en agua —explicó—. El sanador deberá introducirla en su boca y escupirla después sobre la piel afectada del paciente. La enfermedad se extrae chupando con intensidad.

Ouray asintió, verdaderamente satisfecho con la precisión de la respuesta.

—¿Y cómo tratarías una fiebre reumática?

—Con la planta *hovakpi* —replicó Bayou sin tener que pensarlo siquiera—. Hay que hervirla en agua y dejar que el paciente respire su vapor.

Ouray le felicitó y decidió dar por concluida la jornada. Se había hecho muy tarde y ambos se habían ganado un descanso más que merecido. Bayou comenzó a guardar el muestrario de hierbas en sus correspondientes vasijas, mientras Ouray depositaba una ofrenda de harina en el altar.

—Bayou —dijo el sumo sacerdote con voz profunda—, muy pronto anunciaré al resto de los sacerdotes mi voluntad de recuperar la ceremonia de las serpientes. —Por un instante, el muchacho se quedó paralizado. Los anasazi creían que las serpientes poseían el poder de extraer la lluvia de las nubes y, como consecuencia, antiguamente se llevaba a cabo un peligroso ritual en el que participaban decenas de estos animales, hasta que se prohibió debido a las numerosas muertes que año tras año causaban entre los oficiantes de la ceremonia—. El último ritual se celebró cuando yo tenía más o menos tu edad, sin embargo, los tiempos han cambiado y los dioses nos exigen ahora sacrificios mayores.

—¿Acaso ha tenido una visión? —inquirió Bayou.

Uno de los deberes del sumo sacerdote consistía en acudir regularmente al cerro de la Estrella Dentada, en busca de visiones que algunas veces les proporcionaban los *kachinas* y que guardaban relación directa con el devenir del pueblo anasazi.

—Lo cierto es que no —admitió Ouray—. En este caso se trata de una decisión que nace tras un prolongado periodo de reflexión profunda. ¿Te da miedo, Bayou?

—Ni lo más mínimo. Haré lo que sea por el bien de nuestro pueblo.

El sumo sacerdote inclinó la cabeza, reconociendo la actitud positiva de su joven pupilo. Entonces Bayou, aprovechando el clima de confianza que compartía con su maestro, se dejó llevar por un momento de debilidad y sacó a relucir cierto asunto a sabiendas de que estaba prohibido.

—Ouray, tú eres el único anasazi vivo que conoce Cíbola... ¿Cómo es la antigua ciudad? ¿Está hecha de oro y turquesas como dicen? ¿Son tan cuantiosas sus riquezas

como se cuenta?

Pese a que la pregunta estaba totalmente fuera de lugar, el sumo sacerdote le dedicó a Bayou una cálida sonrisa.

—Comprendo tu curiosidad —repuso—. Pero sabes bien que no puedo revelar detalle alguno sin romper el juramento sagrado al que un día me comprometí.

—Lo siento, Ouray. He preguntado sin pensar.

El sumo sacerdote palmeó la espalda de Bayou, por quien había desarrollado un gran afecto.

—Antes de hablar, piensa con antelación lo que vas a decir, al menos, hasta dos veces. Y si es necesario, también una tercera. Para nosotros, los anasazi, un silencio reflexivo es más valioso que un millar de palabras huecas.

Bayou caviló unos segundos, tras los cuales volvió a la carga con una nueva cuestión.

—Ouray, en esta ocasión tengo una pregunta que considero legítima. Si tú eres el único conocedor del paradero de Cíbola... ¿Qué pasaría si murieses de repente? ¿Se perdería el secreto contigo?

—Si tal cosa ocurriese, me pondría en contacto con mi sucesor a través de los sueños. Pase lo que pase, siempre deberá haber un depositario del secreto.

A esa misma hora, Soyala se hallaba en las cocinas ayudando a otras compañeras que se encargaban de preparar la cena para sus amos. Junto a la esclava hohokam se encontraba su querida hija, ya convertida en una preciosa muchachita de quince años de edad. Aiyana disponía sobre una bandeja los suculentos platos que había preparado: una mazorca asada, tortas de calabaza mondada y pan de maíz.

Desde que Soyala hubiese sido nombrada la esclava personal de Yuma, su vida había experimentado un profundo cambio. Por descontado, ella seguía siendo la misma corpulenta mujerona que llevaba más de quince años cautiva. Sin embargo, en su fuero interno algo había cambiado, gracias a la estrecha relación que se había establecido entre ambos, y que tuvo su origen aquel día en que un aterrizado Yuma recibió el consuelo de la esclava, después del siniestro episodio que había protagonizado en la *kiva* principal.

Yuma, a diferencia de cualquier otro ciudadano anasazi, nunca la trató como a una esclava: se dirigía a ella con naturalidad, le pedía consejo e incluso se preocupaba por su bienestar. Las conversaciones entre ambos se tornaron tan frecuentes, que Yuma reconoció en Soyala a una confidente con la que compartir sinsabores y alegrías. De hecho, Soyala llegó a pensar en no pocas ocasiones que en realidad ella estaba interpretando el difícil papel de madre del que Onawa parecía haberse desentendido. Soyala, incluso, le había enseñado cómo tejer un cesto a la manera hohokam, a petición de un Yuma que nunca se cansaba de aprender cosas nuevas.

Este, además, siempre se había mostrado muy generoso tanto con ella como con Aiyana, premiándolas con ciertas atenciones que hacían su vida un poco más llevadera; la principal de ellas, el privilegio de disponer de una pequeña cámara reservada únicamente para las dos. Además, todos los años, y sin que nadie lo supiera, Yuma les proveía de nuevas alfombrillas y mantas para dormir, antes de que las antiguas acabasen completamente raídas por el paso del tiempo. El resto de los esclavos no gozaba de aquel tipo de privilegios y rara vez contaba con el menor afecto por parte de sus dueños. Soyala, en cambio, había visto crecer a Yuma y había compartido con él infinidad de momentos, y el tiempo la había llevado a quererle como si fuese su propio hijo.

La felicidad de Soyala, sin embargo, no podía ser completa. Aiyana había sido designada hacía unas pocas semanas como la esclava personal de Mongwau, y desde entonces la vida de su hija se había transformado en una pesadilla.

Para evitar que se enfriaran, Soyala cubrió los alimentos dispuestos sobre la bandeja con una delgada tela.

—Tranquila, hija. Mantén la vista agachada y no pronuncies palabra —aconsejó—. Limítate a dejar la bandeja en el suelo y retírate después al umbral de la puerta.

—Lo sé, madre. —La voz de Aiyana temblaba de forma incontrolada.

Aiyana tomó la bandeja e inició el ascenso por la escalera de mano, en dirección a la cámara real situada en la cuarta planta. Soyala la siguió en silencio con la mirada sin poder ocultar su preocupación. Pese a ser una buena sirvienta, su hija estaba sufriendo un calvario que no se merecía.

Aiyana accedió a la cámara de Mongwau con el miedo metido en el cuerpo. Iluminada por las llamas de un puñado de antorchas de cedro, la estancia del heredero era la más amplia de la cuarta planta, adornada con exquisitas pinturas y algunas máscaras de *kachinas* colgadas en la pared. Media docena de cestas que contenían sus ropas se alineaban bajo la ventana, y en la cabecera del lecho descansaba una enorme vasija donde Mongwau había comenzado a guardar sus posesiones más preciadas: exóticas mercancías y joyas de extraordinario valor.

Aiyana dio unos pasos con la cabeza gacha y depositó la bandeja a los pies de Mongwau, junto al cuenco de carbones sobre el que yacía un trípode para el té. Al principio, Aiyana había llegado a creer que Mongwau solo la castigaba cuando ella cometía un error; ahora estaba segura de que Mongwau no necesitaba una excusa para tomarla con ella.

—Lléname la taza —ordenó Mongwau desde el suelo.

La joven esclava intentó obedecer, pero Mongwau empleó un dedo para volcar la taza. Aiyana tragó saliva, sin saber muy bien qué hacer para evitar caer en la provocación de Mongwau.

—¿Es que no piensas volver a ponerla en pie?

Tímidamente, Aiyana así lo hizo, pero entonces Mongwau volvió a derribarla de nuevo.

—Hoy estoy especialmente torpe... —se burló.

Aiyana no pudo reprimir el temblor de sus manos cuando enderezó la taza por segunda vez.

—¿A qué esperas para servirme? —insistió Mongwau, en su afán por aumentar el nerviosismo de la esclava.

Finalmente, Aiyana asió la cazuela y vertió la infusión en la taza, antes de que Mongwau siguiese poniendo su entereza a prueba. Para entonces, el terror ya se había instalado hasta en el último rincón de su ser.

—La cena está fría —protestó Mongwau tras probar el primer bocado—. Eres la esclava más inútil que pueda haber.

Aiyana guardó silencio e hizo amago de retirarse para evitar cualquier problema. No lo consiguió. Mongwau la sujetó por el tobillo y tiró fuertemente de ella. La muchacha perdió el equilibrio y cayó al suelo con estrépito, con tan mala suerte que volcó el contenido de la cazuela. El agua hirviendo se derramó sobre su antebrazo y Aiyana gritó al sentir cómo le abrasaba la piel. Mongwau se levantó y la observó retorcerse de dolor, para asestarle a continuación un puntapié en la boca del estómago. Aquello bastó para ahogar sus alaridos.

Aquella constituía la forma en que Mongwau expresaba su disconformidad por una decisión que su padre había tomado, cuando decidió asignarle a Aiyana como su esclava personal. Mongwau consideraba que una esclava tan poco experimentada no sabría cumplimentar sus tareas con la misma eficacia que otra de más edad. Y aunque el tiempo probó lo equivocado que estaba, pues Aiyana había sido perfectamente adiestrada por Soyala, el orgullo de Mongwau no le permitía reconocer que su padre llevaba la razón y él no.

Aiyana continuaba tirada en el suelo, tremendamente dolorida. Al menos, la esclava se sentía afortunada, pues a pesar de haberse convertido en una joven de extraordinaria belleza, Mongwau nunca le había puesto la mano encima para propasarse con ella de aquella manera. Su amo la miraba a veces con desprecio y otras con indiferencia, pero sus retinas nunca habían expresado el menor atisbo de deseo.

Con las mejillas cubiertas de lágrimas, Aiyana alzó la cabeza y le dirigió a Mongwau una suplicante mirada. Era la primera vez que la joven establecía contacto visual con su amo desde que hubiese entrado en la estancia, y aquella aparente insolencia le enfureció todavía más.

—Vuelve a mirarme a los ojos y te juro que será lo último que hagas.

Un tenso silencio inundó la habitación. La amenaza de Mongwau no parecía tratarse de una simple bravuconada.

La esclava inclinó la cabeza y ocultó bajo los párpados sus singulares ojos almendrados. Mongwau, convencido de que la vida de los esclavos no valía nada, no sentía la menor compasión por Aiyana, del mismo modo que ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de satisfacer sus necesidades sexuales con ella. Un miembro de

la realeza nunca se rebajaría a yacer con una esclava, además de que si lo hiciera, su madre nunca se lo perdonaría.

—Recoge el estropicio que has organizado y llévate también la bandeja —dijo Mongwau algo más calmado—. Se me han quitado las ganas de comer.

Pese al dolor que aún le perforaba el estómago y el antebrazo, Aiyana se apresuró a obedecer para poder abandonar la cámara lo antes posible. La joven esclava se deslizó por las azoteas, acompañada por el resplandor de la luna y los ladridos de un perro que deambulaba por la plaza, y, tragándose las lágrimas, lavó los platos sin intercambiar una sola palabra con las esclavas que entraban y salían de las cocinas. No quería que nadie, aparte de su madre, supiese por lo que estaba pasando. Después de todo, hasta los propios esclavos creían que si alguno sufría una agresión, a buen seguro tenía que haber una buena razón para ello.

Finalmente, Aiyana se refugió en su cámara, donde su madre la estaba esperando con el corazón encogido. La ventaja de poder contar con una cámara para ellas solas constituía un privilegio que nunca podrían agradecerse lo suficientemente a Yuma.

—¿Cómo te ha ido?

Soyala recibió un sonoro llanto por toda respuesta y a continuación Aiyana le mostró su antebrazo completamente enrojecido. Horrorizada por la quemadura, Soyala salió un instante y regresó con un cuenco lleno de agua y bálsamo de grasa.

—Yo solo hago lo que se me manda —sollozó la muchacha.

Soyala sumergió el brazo de su hija en la escudilla mientras le dedicaba palabras de consuelo.

—No es tu culpa, hija mía —señaló—. Mongwau siempre ha sido así de perverso. Minutos después, Soyala comenzó a untarle el ungüento sobre la quemadura.

—Madre, Mongwau ni siquiera mide la fuerza con que me pega. Un día me romperá los huesos o me abrirá una herida fatal.

—Ya verás como pronto todo se arregla...

Soyala había pensado muchas veces en pedirle socorro a Yuma, aun sabiendo que, si lo hacía, le pondría en un serio compromiso. Peor aún, si las ayudaba, puede que entonces Mongwau se tomase aquel gesto como una afrenta mucho mayor y se vengara en consecuencia. Soyala estaba considerando una alternativa que, de contar con el beneplácito de Yuma, podría convertirse en la mejor solución: intercambiar el puesto con su hija, que Aiyana se convirtiera en la esclava personal de Yuma y ella, en la de Mongwau. Soyala estaba dispuesta a realizar ese sacrificio con tal de librar a su hija del tormento que le había caído en suerte.

CAPÍTULO 3

Cuando Yuma regresaba a Ciudad Chaco, el recuerdo de Maralah le perseguía a todas horas. Yuma echaba terriblemente de menos el dulce aroma de su piel, la suavidad de su voz, el tacto de su larga melena azabache y sus ardientes caricias. Sin embargo, para no levantar sospechas, no le quedaba más remedio que esperar un tiempo prudencial antes de volver a desplazarse hasta la región de Mesa Verde. Maralah seguía empeñada en mantener la relación en secreto, al menos hasta que encontrara el momento oportuno para contárselo a su padre. De cualquier manera, se sentía tan enamorado de ella, que ni siquiera la separación lograba mermar un ápice su felicidad.

Yuma dirigía sus pasos hacia la aldea Fuego Azul. La superficie del camino recibía el incesante azote del sol y el aire olía a polvo del desierto. Machakw, el guerrero que se había convertido en su sombra, le seguía a cierta distancia haciendo gala de su característica medida. Yuma siempre había mantenido vivo el contacto con la familia de Aleshanee. La madre de la joven le había enseñado a trabajar la arcilla y la propia Aleshanee había sido su amiga desde que ambos se hubiesen conocido siendo tan solo unos niños.

La aldea Fuego Azul apenas había cambiado. Un recital de risas infantiles y ladridos de perros le dieron la bienvenida. Yuma halló a Aleshanee en el exterior de su vivienda, rodeada de todo tipo de recipientes de cerámica, a cada cual más exquisito. Su pasión por la alfarería se mantenía intacta, y su destreza con las manos ya era equiparable a la de su propia madre, pese a su insultante juventud. A sus dieciséis años, uno menos que Yuma, Aleshanee se había convertido en una linda muchacha que aún se recogía el pelo en dos trenzas que le caían sobre el pecho.

Yuma saludó afectuosamente a su amiga, dedicada en aquel momento a tareas de curtido. En el suelo había una piel de ciervo bien extendida, a la que Aleshanee aplicaba una hoja afilada para quitarle los nervios y los restos de carne, así como otras partículas que aún tenía adheridas. Para facilitar el proceso, la piel se había dejado en agua tibia durante toda la noche.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Extraño a mi abuelo —replicó la muchacha con melancolía.

El abuelo de Aleshanee había fallecido hacía pocas lunas. Yuma también lamentaba la pérdida del anciano, que a lo largo de aquellos años le había transmitido más sabiduría de la que presumían muchos maestros de la capital.

—Yo también, pero seguro que ahora se encuentra en los Mundos Celestes, departiendo con sus antepasados y fumando una pipa de tabaco sagrado a la salud de los que aún seguimos aquí.

Aunque el comentario sirvió para arrancarle una sonrisa, Yuma advirtió que

Aleshanee no se mostraba tan risueña como otras veces.

—Ya veo que has reunido una impresionante colección de vasijas —señaló Yuma para tratar de animar a su amiga.

—No paro de trabajar de cara al próximo Mercado de Otoño —explicó la muchacha—. Los mercaderes extranjeros aprecian mucho la cerámica anasazi y no hay mejor ocasión que esta para vender todas nuestras existencias.

Pese a su aparente actitud tranquila, a Yuma no se le escapaba que Aleshanee era presa de cierta inquietud. Yuma la miró fijamente a los ojos y decidió no andarse con rodeos.

—¿Qué te ocurre? Puedes confiar en mí. Lo sabes de sobra.

El cuero se había endurecido y Aleshanee vertió a continuación un poco de agua para humedecerlo. Finalmente, la muchacha no se hizo más de rogar y le abrió su corazón.

—Estoy preocupada por la aldea —confesó—. Por esta y por todas las que conforman la región del Cañón del Chaco. El año pasado, después de haber satisfecho el tributo, tuvimos el alimento justo para pasar el invierno. Este año, sin embargo...

De acuerdo con la tradición, los campesinos tributaban una tercera parte de las cosechas, que se destinaba a los gobernantes de Ciudad Chaco. Históricamente, la producción había sido abundante, de modo que los dos tercios restantes cubrían sobradamente las necesidades alimentarias de la población. A cambio, el monarca ofrecía su protección frente a los ataques externos, y la clase sacerdotal celebraba los rituales sagrados necesarios para obtener el beneplácito de los dioses. Pero desde el inicio de la sequía el sistema se estaba viniendo abajo. El alimento comenzaba a escasear y el pueblo recelaba del papel de los sacerdotes, incapaces de lograr que los *kachinas* bendijesen con lluvia sus cosechas.

—La situación no durará para siempre...

Aleshanee se encogió de hombros. La respuesta de Yuma no había sonado nada convincente, y él mismo, que se había dado perfecta cuenta de ello, optó por cambiar radicalmente de tema.

—¿Y qué me cuentas sobre ese asunto tuyo con Sewati?

Aleshanee se ruborizó desde el cuello hasta la cara. Un joven campesino de una aldea cercana venía cortejándola desde hacía varias semanas.

—Yuma, eres un chismoso —bromeó, sin poder ocultar una pudorosa sonrisa—. ¿Dónde lo has oído?

—Ciertos rumores se propagan con facilidad.

—Está bien —admitió—. No puedo negarlo. En Fuego Azul no se habla de otra cosa. Pero más allá de que Sewati es un buen hombre, no te pienso contar más.

Si bien en el ámbito de la nobleza los matrimonios se concertaban habitualmente por las propias familias, entre los aldeanos existía un mayor grado de libertad a la hora de emparejarse.

—Aleshanee, no me creo que de pronto te hayas vuelto tan retraída. —La

conversación había adquirido un tono mucho más animado—. ¿Es que ni siquiera me vas a contar cómo os conocisteis?

La piel de ciervo ya estaba limpia y Aleshanee la puso a secar al sol. Al cabo de dos días ya estaría curada.

—Está bien. Te lo contaré porque, de lo contrario, nunca me dejarás en paz —rio—. Los dos pertenecemos al mismo clan, y Sewati aprovechó las danzas conmemorativas para acercarse a hablar conmigo.

—Me lo puedo imaginar —terció Yuma—. Te sonrojaste y apenas fuiste capaz de pronunciar palabra.

—Pues más bien sucedió todo lo contrario —replicó—. Sewati es un hombre fuerte y robusto, y las largas jornadas de trabajo en el campo le han endurecido todavía más. Sin embargo, en el trato directo, es tremendamente tímido. —La mirada de Aleshanee dejaba traslucir que había desarrollado intensos sentimientos hacia el joven campesino—. Cuando finaliza la faena, casi a diario da un rodeo para pasar por aquí y sentarse a mi lado, mientras observa cómo modelo la última vasija del día. Y aunque no dice casi nada, su sola compañía basta para colmar mi corazón.

Yuma se alegró enormemente por su amiga. Habría deseado poder hablarle de la relación que él a su vez mantenía con Maralah, mas sabía que no debía hacerlo. La única que lo sabía era Soyala, para la que no tenía secretos desde hacía mucho tiempo.

La conversación se prolongó durante algunos minutos más, hasta que un vecino del poblado apareció en escena efectuando aparatosas señas para llamar la atención de Yuma. Se trataba de Enapay, el campesino que años atrás había dado la voz de alarma ante el inminente ataque de los nómadas de las planicies. Enapay saludó a Yuma con gran cordialidad, como si fuese uno de los suyos y no un destacado miembro de la realeza. No en vano, desde hacía tres años, Yuma había echado infinitas horas de trabajo en el campo junto al resto de los campesinos.

—Yuma, te ruego que me acompañes hasta los cultivos del Otero del Condenado. —Un brillo de esperanza centelleaba en los ojos del recién llegado—. Me gustaría que vieses algo.

Se trataba de un viaje largo, pues aquel lugar se hallaba a dos horas de allí; no obstante, aceptó ir. Si no fuese algo importante, Enapay nunca se lo habría pedido. Yuma se despidió de Aleshanee y emprendió el camino junto al agricultor. Machakw les seguía de cerca, poniendo en alerta todos sus sentidos. Cuanto más se alejaban de las zonas habitadas, más empeño en la vigilancia debía poner el guerrero anasazi.

Durante el trayecto, Enapay aprovechó para poner a Yuma al corriente de la situación. Debido a la continua escasez de las lluvias, los tradicionales cultivos de secano, que tan bien habían funcionado en el pasado, estaban dando peores resultados que nunca. Yuma atravesó un campo tras otro con el estómago encogido. El aspecto de las plantaciones era tan ruinoso que comprendió que la mayoría de las cosechas apenas tenía futuro. Y por si aquello fuera poco, Enapay se reservaba otra noticia aún

peor. Ni siquiera la agricultura que se realizaba en los lechos de los cañones, donde las raíces de las plantas podían absorber el agua de las corrientes subterráneas, daba ya sus frutos. La sequía había hecho descender el nivel de la capa freática, convirtiendo en estériles tierras anteriormente cultivables.

Pese a todo, lo que Enapay quería enseñarle a Yuma podía concederles una alternativa, desconocida hasta el momento. Un grupo de campesinos anasazi estaba experimentando con un nuevo sistema de regadío que, si se mostraba efectivo, podía tratar de implementarse en buena parte de su agricultura.

Yuma y Enapay llegaron al Otero del Condenado, cerca del cual discurría un modesto río que encontraba su origen en las Colinas del Este. Los cultivos de maíz de aquella zona, mucho más lozanos, presentaban un aspecto completamente opuesto a los que Yuma había visto por el camino. Enapay le reveló entonces el método que estaban empleando. Los campesinos habían cavado un entramado de acequias que recogía el agua del río y la distribuía por los campos, logrando de esa manera un riego efectivo. El sistema era algo tosco, pero Yuma vio enseguida las posibilidades que ofrecía.

—El problema radica en que no disponemos de mecanismos que regulen el agua a voluntad según la época del año o las necesidades de las cosechas —explicó Enapay.

Yuma tampoco tenía la respuesta, pero sí sabía de alguien sobradamente capacitado para afrontar un proyecto de aquellas características: el maestro constructor de Ciudad Chaco. Si el ingenio de Mente Despierta había sido capaz de levantar edificios de hasta cuatro plantas de altura, también podía afrontar aquel desafío, pues a buen seguro revestía una importancia mucho mayor.

Antes de que la luz natural se desvaneciese por aquella jornada, Aiyana salía de Ciudad Chaco cargada con un pesado saco lleno de desperdicios. La joven esclava había estado limpiando la plaza oriental, y ahora debía trasladar la basura a una zanja cercana que hacía las veces de vertedero. Desde uno de los tejados, un centinela no le quitaba los ojos de encima.

Aiyana sentía un gran alivio porque al menos aquella noche no tendría que servirle la cena a Mongwau. Al parecer, el monarca había dispuesto que se celebrase un banquete en su propia cámara al que debía asistir toda su familia, y otras esclavas se ocuparían de organizar el evento.

Al poco de dejar a su espalda los muros de la ciudad, Aiyana avistó a dos hombres que se acercaban por el camino. Bien adiestrada, se limitó a bajar la mirada y a centrar sus esfuerzos en el fardo que acarreaba, el cual pesaba casi tanto como ella.

Yuma, que regresaba de inspeccionar los campos de cultivo acompañado por Machakw, reconoció enseguida a Aiyana dirigiéndose hacia el vertedero. De

inmediato fue a su encuentro para ayudarla con la pesada carga que arrastraba, mientras permitía que el veterano guerrero entrase en la ciudad.

—Aguarda, Aiyana. Deja que te ayude.

La joven esclava se sobresaltó, hasta que levantó la cabeza y reconoció en aquel hombre el familiar rostro de Yuma, por quien Aiyana sentía una especial devoción. El hijo menor de Nootau había procurado que tanto su madre como ella tuviesen sus necesidades bien cubiertas, y les había proporcionado unas condiciones de vida inimaginables para ningún otro esclavo. Aiyana le apreciaba de tal manera, que conservaba incluso la muñeca de junco que le había regalado hacía tantos años, y que solía llevar atada a modo de amuleto por debajo del vestido.

La muchacha esbozó una sonrisa llena de franqueza.

—Gracias, puedo hacerlo yo sola.

Yuma la ignoró y agarró el saco por el otro extremo.

—Si lo acarreamos entre los dos, no te llevará una eternidad alcanzar el vertedero.

El joven, a su vez, sentía un gran afecto por Aiyana, y no solo porque se tratase de la hija de su esclava personal. ¿Cómo olvidar a la niña que le salvó el día en que sus hermanos le dejaron atrapado en la *kiva*, a merced de aquellas voces espectrales que a punto estuvieron de hacerle perder la razón?

—Debes sentirte muy honrada de servir al primogénito del monarca, ¿verdad? —inquirió Yuma, recordando el reciente nombramiento de Aiyana como la esclava personal de Mongwau.

Aiyana habría deseado con todas sus fuerzas confesarle el tormento por el que atravesaba. Las humillaciones y las palizas. Pero sabía que no debía hacerlo.

Onawa observaba la escena desde el tejado de la cuarta planta, consumida por la indignación. Yuma ya no le obedecía como cuando solo era un niño, y de un tiempo a esta parte venía haciendo lo que le daba la gana. ¿Por qué se comportaba de aquella manera tan impropia de un miembro de la realeza? ¿Por qué se empeñaba en humillarse a sí mismo y, de paso, al resto de su familia? Onawa despreciaba el modo en que Yuma se mezclaba con los campesinos, como si fuese uno de ellos; sin embargo, cuando se relacionaba con un esclavo, como hacía en aquel instante con Aiyana, le producía un sentimiento de repulsa muchísimo mayor.

Lo peor de todo era que Nootau toleraba su inaceptable comportamiento, bajo la sempiterna excusa de que Yuma estaba tocado por el Espíritu, pero ni siquiera aquella circunstancia, a la que particularmente Onawa no le daba demasiada credibilidad, podía justificar su desafiante conducta.

Onawa prefirió olvidarse de su hijo por el momento y decidió encaminar sus pasos hacia las cámaras de la primera planta. Aquella noche, durante la cena, Nootau tenía previsto comunicarles una importante noticia, cuyo contenido ni siquiera ella conocía. Onawa dedujo que el asunto debía de revestir una gran trascendencia para todo el pueblo anasazi, pues la asamblea tribal había sido convocada con urgencia

para el día siguiente en Ciudad Chaco. La asamblea, integrada por los representantes de los distintos estratos que conformaban la sociedad anasazi, era sobre todo un órgano de consulta que históricamente había ejercido también un importante papel fiscalizador. En la práctica, no obstante, cuando el monarca se hacía con el favor de sus miembros más destacados, su función se vaciaba de contenido porque la voluntad del monarca no encontraba oposición. Entre sus miembros más relevantes, además de los nobles y las matronas de los clanes de las aldeas, no podían faltar ni el sumo sacerdote en representación del clero, ni el jefe de guerra en nombre de la clase militar.

Onawa accedió a la sala donde una esclava se ocupaba de los preparativos para el evento, y se limitó a efectuarle una serie de precisiones, tras lo cual se dirigió a su propia cámara, situada en el extremo suroriental del edificio, a escasa distancia de allí.

Por la noche, los cinco miembros que conformaban la familia directa del monarca se hallaban reunidos en torno a un cuenco lleno de ascuas, degustando una sopa de calabaza que una esclava había servido como entrante del banquete. El resplandor de la luna llena penetraba por el orificio del tejado, bañando con su fulgor plateado buena parte de la estancia.

Nootau se había ataviado con sus mejores galas, que remataba con una amplia sonrisa como no se le había visto en mucho tiempo. Aquella noche ni siquiera aparentaba lo realmente enfermo que estaba, aunque por dentro el mal se le extendiera como una mancha de aceite en un estanque. Onawa, al igual que sus propios hijos, también se había acicalado con esmero. Solo Yuma desentonaba un poco, al no lucir ningún tipo de abalorio sobre su sencilla camisa tejida de hilo de algodón.

Nootau había decidido no realizar su anuncio hasta el final del encuentro. Primero conversaría plácidamente con sus hijos y disfrutaría de la ocasión que le brindaba el momento. Yuma fue el primero en tomar la palabra, ansioso por informarle acerca de lo que había descubierto aquel mismo día.

—Padre, hoy estuve cerca del Otero del Condenado, donde un grupo de campesinos lleva tiempo trabajando en un nuevo sistema de regadío —explicó—. Aunque la idea es prometedora, ellos son incapaces de sacarle todo su provecho. Por favor, te ruego que pongas a mi disposición a Mente Despierta, con el fin de que empiece a trabajar de inmediato en el proyecto.

Pero antes de que Nootau se pronunciase siquiera, Mongwau saltó como un resorte, visiblemente contrariado.

—¡De ninguna manera! El maestro constructor se encuentra ahora ocupado coordinando la edificación de las torres vigía.

Para una mejor protección de las aldeas perimetrales al cañón, Nootau había dispuesto que se levantasen pequeñas torres situadas en posiciones elevadas desde las que vigilar la llegada de posibles enemigos. Las torres, de escasas dimensiones y construidas a base de bloques de arenisca, se camuflaban de forma natural con el entorno. Un centinela haría guardia día y noche, y en caso de avistar algún tipo de peligro, alertaría de inmediato mediante el envío de señales de humo. Uzumati, el jefe de guerra, había recibido el encargo de designar los puntos estratégicos donde ubicar las atalayas, mientras el maestro constructor debía ocuparse de que las obras se ejecutasen según lo previsto.

Yuma centró todos sus esfuerzos en convencer a su hermano.

—Esto es mucho más importante —alegó.

—¿Más importante que asegurar la protección de tu pueblo? —replicó Mongwau.

—Si la población se muere de hambre, muy pronto ya no quedará nadie a quien proteger.

—Exageras.

—¿De verdad? Es cierto que las despensas de Ciudad Chaco todavía están llenas, pero este invierno no todos los aldeanos tendrán para comer. La sequía ha llevado nuestra agricultura al borde del abismo. —La intensa mirada de Yuma se clavó primero en sus padres y después en sus hermanos—. Y no quiero volver a oír la excusa de que pronto volverán las lluvias y todos nuestros problemas se habrán solucionado. Son demasiados años escuchando la misma cantinela sin que nada haya cambiado desde entonces.

El último comentario de Yuma provocó la inmediata indignación de Bayou.

—¡No menosprecies nuestra labor! —exclamó—. Los sacerdotes nos pasamos interminables horas en las *kivas*, orando, danzando y entonando canciones en adoración a nuestros dioses.

—¿Y qué habéis conseguido hasta ahora?

—Es cierto que por el momento nos ignoran, pero a lo mejor todo esto es culpa tuya. Debes de ser el único tocado por el Espíritu en la historia de nuestro pueblo que nunca ha hecho el menor esfuerzo por comunicarse con nuestros Antepasados para rogarles que intercedan en nuestra ayuda.

Nootau alzó los brazos y puso fin a la disputa.

—Yuma, cuando se hayan levantado todas las torres, Mente Despierta se pondrá a tu disposición.

—¡No, padre! Para entonces será demasiado tarde. Tiene que acometerse ahora, antes de que llegue el invierno. Con el río congelado no se podrá poner en práctica ningún tipo de sistema, y para la primavera ya debería de estar todo preparado de cara al tiempo de la siembra.

Nootau pareció titubear, enfrentado a los cada vez más convincentes argumentos de Yuma, pero entonces Onawa intervino para defender la postura de su hijo mayor.

—El proyecto de las torres está a punto de entrar en su fase más crucial. ¿Crees

que sería buena idea dejarlo ahora a medias?

Mongwau se apresuró a darle la razón. Y con su madre y su hermano mayor en contra, Yuma supo que lo tenía todo perdido.

—Está bien —zanjó Nootau—. Se hará como he dicho y no quiero volver a oír ni una palabra más sobre esto.

Dos esclavas penetraron en la sala y sirvieron a continuación un guiso confeccionado a base de carne de búfalo, maíz verde y semillas de girasol. La interrupción contribuyó a serenar el ánimo de los presentes.

Bayou, no obstante, parecía no tener demasiado apetito. Había algo que deseaba decir, pero no encontraba el momento adecuado para hacerlo.

—Debo anticiparos que Ouray ha decidido recuperar la ceremonia de las serpientes —anunció al fin tras varios minutos de silencio.

Onawa estuvo a punto de atragantarse, tras ahogar una exclamación.

—Me niego a que participes en semejante ritual —se opuso en cuanto logró recuperar el control de su voz—. Cuando yo era una niña, recuerdo que casi todos los años perdía la vida algún sacerdote.

—Y las lluvias eran abundantes entonces, ¿no es cierto?

—Y lo siguieron siendo durante bastante tiempo después de que la ceremonia se dejase de celebrar.

—Madre, es mi deber participar en el ritual. Más aún si aspiras a que un día me convierta en el sumo sacerdote.

El silencio de Nootau denotaba que, aunque no le gustase la idea, reconocía que Bayou estaba en lo cierto.

—Hermano, si eso es lo que sientes que debes hacer —dijo Yuma posando su mano en el antebrazo de Bayou—, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo.

—Gracias —respondió Bayou, palmeando afablemente la mano de Yuma.

La relación entre los dos hermanos se había estrechado con el transcurso de los años, después de que Bayou desarrollase su propia personalidad y se alejase definitivamente de la negativa influencia de Mongwau.

El tema no dio para más y la cena prosiguió su curso.

—Nootau, por favor —rogó Onawa a los pocos minutos—, sabemos que tienes una buena noticia que darnos, así que no nos hagas esperar más.

—De acuerdo —admitió—. Todos sabéis que llevo años tratando de unificar las dos regiones anasazi bajo un solo gobierno. Pues bien, por fin el monarca Tihkoosue y yo hemos llegado a un entendimiento. —Nootau efectuó una breve pausa. Su familia le observaba con gran expectación—. Uniremos las regiones que representamos mediante un matrimonio concertado entre nuestras familias: Mongwau, en calidad de primogénito, se casará con Maralah, la única descendiente de Tihkoosue, momento a partir del cual ambos se convertirán en los nuevos monarca de toda la nación anasazi.

Yuma perdió el apetito de repente. El estómago se le había encogido al tamaño de

una nuez.

Tras un instante de desconcierto, Onawa rompió el silencio batiendo palmas de alegría. A continuación, se inclinó sobre Mongwau y le propinó un cálido beso en la mejilla. Bayou se sumó a las felicitaciones y estrechó a su hermano fuertemente entre sus brazos.

Mongwau, abrumado, no cabía en sí de gozo, y acto seguido abrazó a Nootau como probablemente no lo había hecho en toda su vida.

—Gracias, padre.

Yuma, por el contrario, continuaba sin mover un músculo del cuerpo; sentía como si el aire no le llegara a los pulmones. El reproche de Onawa no se hizo esperar:

—¿Es que acaso no piensas felicitar a tu hermano?

Todos le miraron, sin comprender el porqué de una reacción tan fría.

—Lamento mucho estropear este momento —señaló al fin con la voz tomada por los nervios—, pero ese matrimonio no se puede celebrar. Yo amo a Maralah y ella me ama a mí.

Aún excitados por la noticia, a todos les llevó unos segundos digerir lo que Yuma acababa de decir.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —exclamó Onawa fuera de sí.

Nootau, en cambio, alcanzó a comprender al fin algunos de los recientes comportamientos de Yuma.

—¿Era ese el motivo de tus constantes visitas a Ciudad Palacio Acantilado? —inquirió.

—Lo siento, padre. Cometimos el error de mantener nuestra relación en secreto, pero nuestro amor es sincero y ambos deseamos compartir juntos el resto de nuestra vida.

Mongwau estaba furioso. Su hermano pequeño podía poner en peligro el acuerdo en virtud del cual se convertiría en el gobernante más poderoso que la nación anasazi jamás hubiese conocido. Onawa, por su parte, reaccionó a toda prisa para evitar que los planes se torciesen.

—¡¿Ves lo que pasa cuando le das a uno de tus hijos tanta libertad!? ¡Te lo llevo diciendo toda la vida! —gritó con los puños apretados. Nootau aguantó con estoicidad el reproche de su esposa; después de todo, puede que se lo tuviera merecido. Onawa se despachó a continuación con su hijo menor—. ¡Y tú, más vale que te vayas olvidando de la hija de Tihkoosue! Ya es hora de que comiences a comportarte de forma responsable y hagas algo verdaderamente útil por tu pueblo.

—No solo se trata de mí —argumentó Yuma desesperado—. Maralah también se opondrá a la celebración de esta boda.

El muchacho, consciente de que su padre era el único de los presentes que podría ponerse de su lado, buscó algún atisbo de esperanza en su mirada... No obstante, le bastó un solo instante para darse cuenta de que tampoco contaría con su respaldo. Pese a todo, Yuma no estaba dispuesto a darse aún por vencido.

—Por favor, escuchadme. Todavía podría haber una alternativa que complaciese a todas las partes. —Yuma improvisaba una posible solución—. Yo me casaré con Maralah e igualmente ambas familias se unirán como habéis establecido, ¿de acuerdo? Pero como yo no albergo deseo alguno de gobernar, delegaré dicho privilegio en favor de Mongwau, que se convertirá por derecho en el monarca de la nueva nación anasazi.

A aquellas alturas, Nootau no podía permitirse el lujo de renegociar un acuerdo tan favorable a sus intereses y que tanto esfuerzo le había costado arrancar al monarca de Mesa Verde.

—Yuma —habló Nootau, con una firmeza irrefutable en su voz—, el matrimonio concertado tendrá lugar en todo caso. El monarca Tihkoosue obligará a su hija a casarse con Mongwau, y tú tendrás que aceptarlo.

CAPÍTULO 4

Yuma no logró conciliar el sueño en toda la noche durante más de una hora seguida. Si la idea de que Maralah se convirtiera en la esposa de Mongwau le resultaba insoportable, el hecho de tener que verla a partir de entonces cada día lo haría aún mucho peor. Antes preferiría mudarse a otra ciudad del cañón y mitigar así el dolor poniendo distancia de por medio. ¿Y cómo se habría tomado Maralah la noticia? ¿Habría aceptado con resignación la decisión de su padre, o se habría opuesto con todas sus fuerzas? Yuma no tardaría en averiguarlo. A la mañana siguiente se desplazaría a Ciudad Palacio Acantilado dispuesto a despejar todas sus dudas.

En cuanto se levantó, Yuma le pidió a Soyala que le preparase un fardo con ropa y víveres para el camino. La esclava nunca había visto a Yuma tan alterado y le tomó de las manos para tratar de calmarle.

—¿Qué te pasa, Yuma? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Lo siento, Soyala, ahora no puedo explicártelo —contestó—. Pero prometo que a mi regreso te daré cumplida cuenta de lo ocurrido.

La esclava asintió y, sin hacer más preguntas, se dedicó a la tarea que le habían encomendado. Si Yuma se mostraba tan distante, debía de tener una buena razón para ello. Una razón que, o mucho se equivocaba, o a buen seguro tenía que ver con aquella muchacha de la que tan perdidamente se había enamorado.

Yuma buscó a continuación a Uzumati, a quien halló en el barracón.

—Parto de inmediato hacia la región de Mesa Verde —anunció—. Entenderé que Machakw no pueda acompañarme. Lamento no haber avisado con la suficiente antelación, pero no puedo esperar. Me basto yo solo para recorrer el camino.

Uzumati sonrió y posó una de sus fuertes manos en el hombro de Yuma. Un guerrero surgió entonces de la parte posterior de la estancia. Era Machakw, que cargaba ya con su fardo para el viaje y había acudido al barracón a pertrecharse con sus armas de guerra.

—Tu padre, que ya se había imaginado tus planes, me puso anoche sobre aviso —aclaró Uzumati—, de modo que, mientras yo siga siendo el jefe de guerra, nunca dejaré que viajes desprotegido.

Yuma le dio las gracias y salió del barracón seguido de Machakw. La ciudad, ajena a los sentimientos del muchacho, cobraba vida y se preparaba para afrontar un nuevo día en la garganta del cañón. El monarca apareció entonces en mitad de la plaza y caminó hacia Yuma con paso decidido.

Nootau venía de mantener una agria disputa con su esposa. Onawa quería impedir a toda costa que Yuma fuese a Ciudad Palacio Acantilado y crease más problemas, pero Nootau sabía que no se lo podía prohibir. Antes o después, Yuma le desobedecería y emprendería el viaje por su cuenta, poniéndose de esa manera en

peligro. Y, desde luego, Nootau no estaba dispuesto a encerrar a su propio hijo para alcanzar su objetivo.

El monarca se detuvo frente a Yuma y le miró en silencio durante un largo minuto. Desde que la enfermedad le hubiese asaltado, su poderoso físico se había debilitado; Nootau ya no inspiraba el mismo temor de antaño.

—Yuma, dejaré que vayas a ver a Maralah para que te convenzas de que no hay nada que puedas hacer. El destino de la hija del monarca Tihkoosue ya ha sido elegido y tu obligación es apartarte de él.

—Gracias, padre. Espero no equivocarme y hacer lo correcto.

Yuma se giró y encaró la salida de la ciudad. El cielo de aquella mañana se presentaba tan nublado como la angustia que Yuma sentía por dentro.

La monotonía del camino provocó que Yuma se desahogara con Machakw, pese al huraño carácter del guerrero. Yuma le narró con pelos y señales cómo había conocido a Maralah, cómo se habían enamorado y la inesperada decisión que los monarcas habían tomado para unificar a la nación anasazi. El veterano guerrero escuchó la confesión de Yuma con todo respeto y sin apenas intervenir. Y cuando terminó, él mismo sintió la necesidad de abrir su corazón a Yuma.

Machakw había nacido en la aldea Maíz Dorado y en su juventud había sido un sencillo campesino que se dedicaba a cultivar las tierras. A la edad de Yuma ya se había casado y era incluso padre de una recién nacida. Machakw daba gracias a los *kachinas* por la felicidad con que había sido bendecido, hasta que una noche le fue arrebatado todo cuanto poseía. Una partida de guerreros fremont efectuó un ataque sorpresa, incendiando la aldea y asesinando a buena parte de la población. Ni su mujer ni su hija pequeña sobrevivieron a la masacre. Machakw acabó ingresando en el ejército anasazi movido por un insaciable deseo de venganza, que tan solo logró aplacar el paso del tiempo y la sangre derramada de incontables enemigos. Machakw nunca volvió a casarse. A su familia la llevaba siempre consigo, en su corazón y en sus recuerdos, mientras aguardaba el anhelado reencuentro que tendría lugar en los Mundos Celestes al final de su vida.

Como estaba previsto, al caer la tarde acamparon en un sitio tranquilo donde pernoctar.

Mientras tanto, Maralah protagonizaba su propio suplicio. La joven sufrió una auténtica conmoción cuando su padre le comunicó los planes que había dispuesto para ella. Maralah se tornó pálida y su respiración se le agitó, hasta que las lágrimas acudieron a sus ojos en forma de torrente. La magnitud de aquella reacción sorprendió al monarca Tihkoosue, incapaz de comprender el origen de semejante disgusto. La madre de la joven se ocupó entonces de consolarla, hasta que al final logró sonsacarle el motivo de tanta desolación.

Tihkoosue la reprendió por lo que había hecho. Desde luego, Maralah se merecía

un castigo por haber iniciado y mantenido una relación sin su permiso. Sin embargo, a aquellas alturas sabía que no ganaría nada con ello, salvo empeorar la situación.

—¡Olvídate para siempre de Yuma y cumple con tu obligación! —dictaminó—. ¿Acaso no sabes lo que está en juego?

Maralah reanudó el llanto y huyó apresuradamente a su habitación, donde ignoró los ruegos de su madre y se negó a comer en todo el día. Después juró que no saldría de allí hasta que no hubiese visto a Yuma.

Maralah sabía que lo primero que este haría en cuanto se enterase de la terrible noticia sería acudir a Ciudad Palacio Acantilado.

Bayou no podía evitar sentir un fuerte temblor en manos y piernas. La primera fase de la ceremonia de las serpientes estaba a punto de iniciarse. Un selecto grupo de sacerdotes —entre novatos y veteranos— descendieron a la pequeña *kiva* donde se iba a efectuar el acto. El lugar se había engalanado con un sinfín de plumas de oración que colgaban de la techumbre. Eran plumones de águila. Desde tiempos inmemoriales, esta imperial ave había sido considerada como la conquistadora del aire y, por tanto, sus plumas eran vistas como el vehículo más adecuado para hacer llegar las plegarias al Gran Espíritu.

La única iluminación que recibía la *kiva* procedía de una hoguera prendida cerca del altar. Bayou alzó la cabeza y, a través de la abertura del techo, distinguió sin dificultad las estrellas del cinturón de Orión.

Ouray había coordinado la celebración de la ceremonia, la cual él mismo presidiría. El rostro del sumo sacerdote estaba cargado de tensión. La mayoría de los presentes ni siquiera había nacido cuando el último ritual de la serpiente se había llevado a cabo. Ouray dio instrucciones para cubrir de arena el suelo de la *kiva*, con el fin de poder estudiar después las huellas que dejaran las serpientes y las rutas que habían escogido. La tarea exigía alisar bien la arena y Bayou se esmeró tanto como pudo, ganando en el proceso cierto grado de relajación. Una larga fila de vasijas, cubiertas con pieles de ante, se había dispuesto sobre el banco de piedra que rodeaba la *kiva*. En su interior se hallaban las serpientes, a las que habían alimentado con polen sagrado de maíz.

Bayou ya había tenido su primer contacto con los reptiles aquella misma mañana. Los sacerdotes se habían adentrado en el desierto, acompañados por expertos cazadores, para participar de forma activa en su captura. Los hombres llevaban consigo una pluma de ala de buitre con manchas grises, cuyo peculiar olor poseía la capacidad de suavizar la ira de la serpiente cuando se agitaba sobre su cabeza. Bayou se estrenó atrapando una culebra negra que se había ocultado en la madriguera de un ratón de campo, y que apenas opuso resistencia porque hacía bien poco que se había procurado un buen festín.

En torno a la medianoche, todo estaba preparado para el inicio de la ceremonia destinada a bendecir a las serpientes. Cuando los sacerdotes hubieron formado un círculo, sentados con las piernas cruzadas y las rodillas pegadas entre sí, Ouray destapó las vasijas y fue soltándolas una a una. Las había de todas clases: crótalos, víboras, culebras, serpientes toro, serpientes ardilla y también de cascabel. Los sacerdotes, con una expresión bondadosa en el rostro y absolutamente inmóviles, iniciaron sus cantos en un tono bajo y apacible. Las serpientes retozaban en la arena, mirando desorientadas a su alrededor. Algunas eran venenosas, y las que no lo eran se bastaban por sí solas para estrangular a un hombre adulto. Bayou cerró los ojos y, sin dejar de cantar en un murmullo, trató de mantener sus pensamientos íntegros y puros. Las serpientes se asomarían al corazón y la mente de los sacerdotes, y solamente se comportarían de forma inofensiva con aquellos que demostrasen poseer un alma limpia y en plena comunión con la naturaleza.

Unos minutos después, Bayou sintió que una víbora se deslizaba por su pierna y un escalofrío le ascendió por la columna vertebral. Poco a poco fue recuperando la serenidad y la serpiente se enroscó en su regazo hasta quedarse dormida. Horas después tenía cinco o seis serpientes encima, repartidas entre brazos, hombros y cabeza, y a pesar de ello, continuaba cantando con idéntica entrega, pues el miedo ya no tenía cabida en su corazón.

Aquella parte de ceremonia se prolongó hasta el amanecer.

La siguiente, en cambio, se llevaría a cabo varios días después, y en ella los sacerdotes danzarían públicamente en la plaza, formando un solo ser con las serpientes cuyos espíritus habían logrado apaciguar.

A la mañana siguiente, Yuma y Machakw abordaron el último tramo de la travesía. La proximidad del encuentro con Maralah provocaba en Yuma una cierta inquietud, aunque al mismo tiempo ansiaba que todo se resolviese cuanto antes.

Tan pronto pisó Ciudad Palacio Acantilado, Yuma fue recibido por una pareja de centinelas que le estaban esperando y que le condujeron a un extremo del poblado, hasta una pequeña *kiva* apenas horadada en el suelo. Los centinelas le indicaron a Yuma que esperase en el interior del recinto subterráneo, mientras el monarca Tihkoosue acudía a su encuentro. Machakw debía esperar afuera.

Yuma dudó un instante, no porque desconfiara de las intenciones de Tihkoosue, sino por el pánico que le producía tener que acceder al recinto sagrado. Desde la terrible experiencia que vivió de niño, siempre había evitado acceder en solitario al interior de una *kiva*. Finalmente, fue capaz de vencer su miedo y, ante la curiosa mirada de los centinelas, asió la escalera de mano e inició el corto descenso con extraordinaria lentitud. Una vez dentro, los nervios de Yuma se disiparon en cuestión de segundos. El lugar, que apenas contenía elementos de tipo religioso, se utilizaba

sobre todo para reuniones de índole política y militar.

Escasos minutos después, el monarca Tihkoosue bajó por la escalera y se situó cara a cara frente a Yuma. Aparte de ellos dos, no había nadie más en el interior de la *kiva*.

—¿Cómo está Maralah? —se apresuró a preguntar Yuma.

—Disgustada, pero bien —replicó el monarca con expresión grave—. Sin embargo, debes saber que ambos actuasteis de forma irresponsable —añadió a continuación—. Lo que hicisteis fue una insensatez. Vuestra elevada posición social debería impedirnos actuar como si fuésemos simples aldeanos.

—Pero, señor, Maralah y yo nos amamos por encima de cualquier otra cosa.

—Basta —le interrumpió Tihkoosue—. Ahora ya nada de eso importa. Maralah se casará con Mongwau y, como esposa del monarca, jugará un papel decisivo en el gobierno de la nación anasazi.

Yuma comprobó que Tihkoosue tenía las ideas tan claras como su padre, el cual tampoco había cedido un ápice frente a su oposición. Con todo, no perdió ocasión de plantearle la misma alternativa que a Nootau.

—El matrimonio entre Maralah y yo también unificaría las dos regiones anasazi, sin perjuicio de que mi hermano mayor gobierne la nación como es vuestro deseo.

Tihkoosue negó con la cabeza.

—No lo entiendes, Yuma. Si actuásemos de esa manera, Mongwau accedería al cargo claramente debilitado —explicó—. Piensa que Maralah es una pieza clave del acuerdo. Por tanto, si mi hija se casa contigo en vez de con tu hermano, eso provocaría que gran parte de la población de la región de Mesa Verde, incluida la nobleza, no apoyase al nuevo monarca con la contundencia con que debería. Y en ese caso, Mongwau podría llegar a tener serias dificultades para conservar el poder.

Resignado, Yuma comprendió enseguida que la política no entendía de sentimientos y que aquella batalla la tenía perdida de antemano.

—Lo que ahora espero de ti —prosiguió Tihkoosue— es que consueles a mi hija y la convenzas de que cumpla con su deber. Te pido, por tanto, que actúes con la responsabilidad que se le presupone a una persona de tu rango.

Tihkoosue se asomó a la abertura del techo e indicó a sus centinelas que trajeran a Maralah ante su presencia.

—Ayer Maralah se pasó todo el día llorando —le explicó el monarca—. Se encerró en su cámara y no quiso salir de allí en todo el día. Su madre trató de consolarla mientras yo recibía a los miembros de la asamblea de Mesa Verde, a los que informé de los planes de unificación.

Yuma se sentó en el banco de piedra que circunvalaba la *kiva* y hundió la cabeza entre las manos. Se sentía confuso y derrotado; ni siquiera sabía si cuando tuviera a Maralah enfrente sería capaz de cumplir con lo que Tihkoosue le acababa de pedir.

Maralah se demoraba en llegar y el silencio que se produjo hizo aún más tensa la espera. La incomodidad entre ambos fue en aumento conforme pasaban los minutos

por lo que, para rebajar la tensión, a Yuma se le ocurrió tratar con Tihkoosue un asunto radicalmente distinto del que le había llevado hasta allí. ¿Y si le exponía la iniciativa de los campesinos relacionada con el nuevo sistema de regadío? Desde luego, el maestro constructor de Ciudad Palacio Acantilado no era tan afamado como el de Ciudad Chaco, pero igualmente sus conocimientos podrían resultar de gran ayuda.

Yuma así lo hizo y el asunto despertó enseguida un gran interés en el monarca de Mesa Verde. Tihkoosue era muy consciente del daño que la sequía le estaba ocasionando a la agricultura.

—Te prometo que lo consideraré —resolvió cuando Yuma terminó de exponer sus ideas—. No obstante, antes debemos resolver el problema de mi hija.

Maralah apareció por fin al cabo de varios minutos, con la melena enmarañada y los ojos enrojecidos. Nada más ver a Yuma, Maralah se echó en sus brazos y comenzó a sollozar.

—Te busqué en el contorno de una nube... —le musitó Yuma al oído.

—Y yo te encontré en el perfume del viento —replicó la joven, incapaz de contener el llanto.

Tihkoosue les permitió compartir aquel breve instante de complicidad, que muy probablemente sería el último del que gozarían en toda su vida.

—Padre, por favor, te ruego que busques otra salida. Te advierto que nada en el mundo logrará que me separe de Yuma.

—Hija, muchas veces en la vida debemos hacer sacrificios. Lo mejor será que escuches de boca del propio Yuma lo que te tiene que decir.

A Yuma se le hizo un nudo en la garganta cuando Maralah le clavó su mirada empañada en lágrimas. El amor que sentía por él se reflejaba con claridad meridiana en el fondo de sus retinas. Amor genuino e incondicional. Yuma supo entonces que no solo no apoyaría los deseos de Tihkoosue, sino que continuaría oponiéndose al matrimonio entre Maralah y su hermano con todas sus fuerzas. Hacer lo contrario sería como traicionar una parte de su propio ser.

—Maralah, cástate conmigo y huyamos lo más lejos posible de aquí.

Tihkoosue emitió un gruñido de irritación y se interpuso de inmediato entre los dos para evitar que se fundiesen en un nuevo abrazo.

—¡Estoy cansado de vuestras tonterías! —exclamó—. Yuma, quiero que sepas que me has decepcionado. —Tihkoosue le señalaba acusadoramente con el dedo—. Tenía entendido que la lealtad que sentías hacia tu pueblo era mucho mayor de la que has demostrado hoy aquí. Y tú, hija, basta ya de comportarte como una niña. Cumplirás con lo que se te mande y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Por un momento, Yuma creyó que aquello era el fin, pues ya había hecho todo lo que estaba a su alcance para revertir la situación.

—Te equivocas, padre —replicó Maralah, y tomando la mano de Yuma, añadió—: Estoy embarazada.

Tihkoosue enmudeció de repente y se dejó caer sobre el banco de piedra como si le hubiesen asestado un golpe demoledor.

CAPÍTULO 5

Tan solo una semana después, la situación política de la nación anasazi había tenido que adaptarse a las circunstancias del nuevo contexto. Maralah no había mentido: el embarazo aducido resultó ser completamente cierto y no una estratagema para evitar el matrimonio con Mongwau. El periodo de gestación se estimó en algo más de tres meses. Nadie, ni siquiera Yuma, conocía un secreto que Maralah había llevado con total discreción.

Los rumores se extendieron por toda Ciudad Chaco. Aiyana, sin embargo, trataba de mantenerse al margen de todo ello, preocupada como estaba por su propia situación. La joven esclava entró en la cámara de su amo y comenzó a limpiarla con suma delicadeza. Mongwau estaba tan obsesionado con sus riquezas, que a diario revisaba el contenido de su fortuna para asegurarse de que todo seguía en su lugar. Si alguna vez echara en falta algo, la primera sospechosa de haberlo robado sería ella.

El cuerpo de Aiyana estaba sembrado de magulladuras. Las palizas que recibía de Mongwau no solo habían continuado, sino que se habían incrementado en los últimos días debido a los recientes acontecimientos. Su situación era cada vez peor. La esclava limpió un pequeño espejo de piritita y contempló el reflejo de su propio rostro, consumido por el miedo y la desesperación. Su madre había decidido que ya no esperaba más tiempo para hablar abiertamente con Yuma y pedirle su ayuda.

En ese momento, la cortina de la puerta se apartó a un lado y Mongwau accedió al interior de la cámara maldiciendo entre dientes. Aiyana, aterrada, bajó de inmediato la mirada y se centró en su labor. Onawa entró a continuación con su habitual porte orgulloso y Aiyana suspiró nada más verla. A pesar de que la esposa del monarca era de sobras conocida por el desprecio con que trataba a los esclavos, Aiyana sabía que Mongwau no la golpearía delante de ella.

Onawa le hizo un gesto para que abandonara la estancia y Aiyana obedeció en el acto, aliviada de poder salir de allí.

Mongwau apretaba los puños incapaz de contener la ira. Onawa corrió la cortina y esperó a que se calmara. La sala estaba bien iluminada por el sol del mediodía, que entraba a raudales a través de la ventana y el agujero del techo.

Finalmente, y como mal menor, los monarcas habían decidido que el matrimonio entre Yuma y Maralah escenificase la unión entre las dos regiones. El enlace tendría lugar al final de la presente luna, coincidiendo con la celebración del Mercado de Otoño, y al día siguiente se llevaría a cabo un multitudinario acto en el cual se consumaría la coronación de Mongwau como máximo gobernante de todo el pueblo anasazi.

—Madre, esta forma de acceder al trono es humillante. Debería ser yo, y no mi hermano menor, quien se uniese a la hija del monarca Tihkoosue.

—Lo sé —replicó Onawa—, pero si te casas con Maralah a sabiendas de que espera un hijo de Yuma, el daño para tu imagen sería aún mucho peor. Las habladurías se propagarían por toda la nación y con toda seguridad perderías el respeto de gran parte de tu pueblo. —Pese a haber permanecido siempre a la sombra de Nootau, Onawa se manejaba con soltura en el ámbito de la política y no era en absoluto ajena a las intrigas de poder—. Hijo, tienes que estar preparado. Ya sabes que las circunstancias bajo las cuales accederás al cargo no serán precisamente favorables. No debería sorprenderte, por tanto, que tu mandato durase menos tiempo del esperado.

Mongwau parpadeó varias veces seguidas, sin dar crédito a lo que acababa de oír. Aquella espantosa idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—¿Cómo es posible?

—El pueblo anasazi está pasando por un momento difícil, y algunos aguardarán agazapados a que cometas algún error para tratar de hacerse con el poder.

Mongwau no ignoraba que en el pasado algunos monarcas habían sido depuestos, como consecuencia de intrincadas maniobras políticas o incluso mediante el uso de la fuerza. Su padre, sin embargo, había sabido sofocar desde el inicio de su mandato los conatos de rebelión mucho antes de que estos sucedieran.

Al pensarlo con detenimiento, Mongwau recordó de inmediato al principal opositor de su padre: el noble tuerto.

—¿Hesutu?

—Por ejemplo.

Onawa, antes de proseguir, dejó que su hijo asimilara bien el contenido de su advertencia.

—Con todo, habría un candidato que tendría incluso más posibilidades que ese viejo resentido.

—¿Quién?

—Hablo de Yuma. ¿Es que no te das cuenta?

—¡Pero eso es ridículo! —protestó Mongwau—. Mi hermano ni siquiera desea gobernar.

—Le utilizarían para que fuese la cabeza visible de un nuevo gobierno del que otros llevarían realmente las riendas.

Mongwau se negaba a creerlo.

—Te guste o no, tu hermano podría contar con importantes apoyos. Para empezar, su vínculo matrimonial con Maralah le aseguraría el favor de la asamblea de la región de Mesa Verde. No solo eso, sino que además, y gracias a su condición de tocado por el Espíritu, podría recibir el apoyo masivo de la clase sacerdotal. Y por último, y por muy doloroso que te resulte, seguramente hasta tu propio padre le secundaría llegado el caso.

—¡Imposible!

—Lo lamento, pero es absolutamente cierto. Tu padre siempre ha sentido

debilidad por Yuma, y en no pocas ocasiones me ha confiado que le considera más capacitado que tú para dirigir a la nación.

A Mongwau le costaba cada vez más controlar sus nervios.

—No obstante —prosiguió Onawa—, si evitas que ese matrimonio se produzca, el escenario se tornaría nuevamente a tu favor. Y yo conozco la forma de conseguirlo.

La mujer extrajo unas hierbas que ocultaba en el interior de su vestido y a continuación le dedicó a Mongwau una siniestra mirada de complicidad.

—La ajea puede servir para provocar abortos... ¿Lo sabías?

—Entiendo —repuso Mongwau—. Si Maralah pierde al hijo que espera, ya no habrá motivo para que se case con Yuma.

—Exacto. Entonces serás tú quien la tomes por esposa como estaba previsto desde el principio, y bajo esa nueva perspectiva nadie se atreverá a cuestionar tu autoridad.

Mongwau asentía de forma repetida conforme las palabras de su madre calaban en su interior.

—Pero ¿cómo lo haremos? Maralah se encuentra ahora mismo en Ciudad Palacio Acantilado, rodeada de los suyos.

—Habrá que llevar a cabo la acción justo el día anterior al enlace, cuando Maralah ya se encuentre en la ciudad. Y tendrás que ocuparte tú mismo, Mongwau. Este asunto es demasiado delicado como para poder fiarlo a terceros.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Pero... si descubriesen mi autoría, podrían castigarme incluso con la muerte.

—No te preocupes, tenemos tiempo para planificarlo. Ya se me ocurrirá algo para que nadie sospeche de ti.

Al mismo tiempo, y a escasos metros de la cámara de Mongwau, Yuma entraba en la suya y se encontraba con Soyala, a la que estaba deseando poner al día acerca del asunto del que todos hablaban. A uno de los penachos de Yuma se le habían desprendido varias plumas, y la esclava las estaba recosiendo a la tira de piel que hacía las veces de casquete. Yuma, que apenas podía contener su alegría, le pidió a Soyala que aparcara por un instante su labor.

—Finalmente dejarán que me case con Maralah —anunció exultante.

Soyala abrazó a Yuma con tanta fuerza, que por un momento casi le dejó sin respiración. La formidable corpulencia de la esclava hohokam contrastaba con la sempiterna escualidez del joven anasazi.

—Me siento muy feliz por ti. Te lo mereces.

La sonrisa de Soyala llenaba toda su cara. Ella mejor que nadie sabía que si a Yuma le hubiesen arrebatado a su amada, tendría serias dificultades para sobreponerse a un golpe tan duro.

—Todavía hay algo más que quiero que sepas —señaló Yuma—. Se trata del hijo que esperamos. Quiero que seas tú la que ayude a Maralah a criarlo.

Soyala recibió aquella noticia con una inmensa dicha. El trabajo de criar a un niño podía ser agotador, pero muy pocas ocupaciones le podían proporcionar a un esclavo una satisfacción más grande.

Pese a todo, Yuma percibió una sombra de preocupación en el rostro de Soyala, un punto de zozobra que no la había abandonado desde que hubiesen iniciado la conversación.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te inquieta?

Había llegado el momento de pedirle auxilio a Yuma, por el bien de su hija Aiyana, y no sabía cómo empezar. En principio, Soyala tenía pensado proponerle el cambio en virtud del cual Aiyana se convertiría en su esclava personal, mientras que ella pasaría a serlo de Mongwau; sin embargo, a la luz de los últimos acontecimientos, Soyala improvisó un nuevo plan, convencida de poder conseguir para su hija un destino mejor.

—Yuma, tú siempre te has portado bien conmigo sin necesidad de que yo te dijera nada, pero esta vez me veo obligada a pedirte un gran favor.

—Te escucho.

—He oído decir que, según una antigua costumbre anasazi, el monarca otorgaba la libertad a un esclavo como muestra de su magnanimidad con motivo de un gran evento, como por ejemplo un acto de coronación o la celebración de una importante victoria.

—Es cierto —corroboró Yuma—. Aunque hace mucho tiempo que dicha costumbre se encuentra en desuso.

—Lo sé, pero... ¿qué mejor ocasión para recuperarla que la celebración de tu propia boda? La trascendencia del enlace justificaría sobradamente la decisión.

El razonamiento de Soyala resultaba impecable. Además, difícilmente su padre le negaría aquella petición en un día tan señalado.

—¿Quieres que le pida a Nootau que te conceda la libertad? —inquirió.

La esclava negó con la cabeza.

—No sería para mí, sino para mi hija —aclaró—. Aiyana tiene aún mucha vida por delante y sería bien recibida por mi familia en tierra hohokam.

Yuma apenas se lo tuvo que pensar.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano —ofreció.

CAPÍTULO 6

Varios días después, Yuma recibió la visita del maestro constructor de Ciudad Palacio Acantilado, acompañado por dos jóvenes aprendices. Pese a la convulsión de las últimas jornadas, el monarca Tihkoosue no se había olvidado del proyecto relacionado con la agricultura de irrigación del que Yuma le había hablado, lo cual demostraba que Tihkoosue le había concedido a aquel asunto la importancia que verdaderamente se merecía.

—¿Y dices que la invención de mecanismos de control del agua podría favorecer el regadío de las cosechas?

—Podría suponer toda una revolución —replicó Yuma.

El maestro constructor, sin embargo, parecía recelar de aquella idea, convencido de que el monarca tan solo pretendía satisfacer el capricho del que muy pronto se convertiría en su futuro yerno.

Sin tiempo que perder, Yuma compelió al arquitecto y sus aprendices a partir de inmediato. Los cuatro abandonaron Ciudad Chaco y emprendieron la ruta a través del desierto, seguidos muy de cerca por Machakw, a quien Yuma había advertido de que sería un viaje largo.

Al llegar a la aldea Fuego Azul decidieron hacer un alto antes de retomar el camino que conducía al Otero del Condenado, por lo que Yuma no desaprovechó la ocasión de saludar a Aleshanee. El exterior de su casa estaba repleto de todo tipo de utensilios de cerámica, como tinajas, vasijas, tazones y platos. Tanto su madre como ella habían incrementado la producción de cara a la inminente celebración del Mercado de Otoño.

—¡Yuma! —exclamó Aleshanee nada más verle—. ¿Cómo estás? ¡Aún me cuesta creer todo lo que he oído!

La noticia de la boda, así como la consecuente coronación de Mongwau, se había transmitido entre las aldeas de la región como si el propio viento hubiese encarnado el papel de mensajero. Yuma aprovechó para sincerarse con Aleshanee y contarle todo acerca de su relación, que las circunstancias le habían obligado a llevar en secreto. Yuma quiso dejar claro que, a pesar del interés político al que respondía el enlace, el amor que existía entre él y Maralah era completamente real.

—Me alegro mucho por ti. En tu caso no habría funcionado uno de esos matrimonios pactados tan habituales entre la nobleza. Tú no eres así.

—Hay algo más —anunció Yuma—. Maralah está embarazada. Voy a ser padre.

Aleshanee se incorporó y se abalanzó sobre Yuma, sin poder evitar mancharle la capa con la arcilla que tenía adherida en las manos.

—Me siento muy feliz, no puedo negarlo. Pero ¿qué hay de ti? —preguntó Yuma—. ¿Tu relación con Sewati sigue como hasta ahora?

Aleshanee asintió con la cabeza y dejó entrever una cómplice sonrisa.

—Puede que también me case antes de lo que imaginas...

Las felicitaciones de Yuma no se hicieron esperar. La alegría que sentía por su amiga le nacía de muy dentro.

—Espero que Sewati sea el hombre capaz de procurarte la felicidad que te mereces.

—Creo que lo será. ¿Sabes lo que está haciendo por mí? —preguntó Aleshanee de forma retórica—. Verás, antes de morir, mi abuelo me habló muchas veces de una tradición según la cual los novios bebían una infusión de pétalos de consuelda antes de la ceremonia. Se decía que traía buena suerte y larga vida a la pareja. Sin embargo, esta vieja costumbre propia de las aldeas se perdió con el tiempo debido a la dificultad que hoy entraña encontrar dicha flor. —Los ojos de Aleshanee brillaron de emoción—. Pues desde que le hablé de ello a Sewati, el pobre se afana en buscar pétalos de consuelda como si constituyese el mayor de los tesoros, para que en el día de nuestra boda podamos recuperar aquella hermosa tradición.

Yuma sonrió para sí. Para ganarse el corazón de Aleshanee, el bueno de Sewati había logrado suplir su falta de locuacidad por una excepcional dosis de afecto y entrega.

De repente, Machakw apareció en escena y llamó la atención de Yuma. El guerrero estiró el brazo y señaló hacia el horizonte: nubes de humo gris se elevaban a gran altura y se desvanecían lentamente en el éter. Las torres de vigilancia construidas hasta el momento habían pasado de forma inmediata a ser ocupadas por los primeros centinelas, y desde una de ellas, la que cubría el extremo más oriental del cañón, se estaba transmitiendo un mensaje.

—¿Qué dice? —inquirió Yuma.

Machakw, que conocía las señales, aguardó unos segundos para confirmar que el patrón se repetía. A tres volutas de humo le seguía una columna y vuelta a empezar.

—Guerreros enemigos —constató—. Y por la situación de la torre, creo que Fuego Azul se convertirá en el principal objetivo del ataque.

Ante el giro de los acontecimientos, el maestro constructor de Ciudad Palacio Acantilado y sus ayudantes intercambiaron miradas de terror.

—¿Qué hacemos? —inquirió Yuma a Machakw.

—Las señales de humo también habrán sido vistas desde Ciudad Chaco, pero los guerreros tardarán un tiempo en llegar hasta aquí. Deberíamos poner a los aldeanos rápidamente a salvo mientras viene la ayuda.

Yuma no vaciló un instante y comenzó a ir de casa en casa avisando a sus habitantes del peligro que corrían si no se marchaban pronto de la aldea. Machakw le ayudó en la tarea y un primer grupo de aldeanos, al que enseguida se sumaron el maestro constructor y sus ayudantes, abandonaron el lugar rumbo a Ciudad Chaco. Poco a poco comenzaron a acudir los campesinos que estaban en los cultivos, alertados por las señales de humo que emitía la torre de vigilancia.

De súbito, cuando ni siquiera la mitad de la población había sido evacuada todavía, un guerrero apareció tras el cerro que flanqueaba la aldea. La presencia del extraño, pese a encontrarse a una cierta distancia, no le pasó inadvertida a Yuma que clavó sus ojos en él. Llevaba el rostro pintado con franjas rojas y negras trazadas en diagonal, cuyo dibujo le identificaba inequívocamente como un guerrero fremont perteneciente a los nómadas de las planicies.

Yuma sintió que el corazón se le congelaba dentro del pecho. Hacía tan poco que habían avistado las señales de humo, que parecía imposible que los guerreros enemigos hubiesen podido alcanzar la aldea con tanta celeridad. El fremont lanzó un intimidatorio alarido de guerra y rápidamente se vio flanqueado por tres compañeros más. Poco importaba que solo fueran cuatro, pues el único guerrero anasazi que allí había para hacerles frente era Machakw.

La repentina llegada de los fremont provocó el caos entre los habitantes que aún no se habían ido. Un niño asustado emprendió la huida y, cuando su madre corrió a buscarlo, se cruzó con el primero de los atacantes que ya se dirigía al corazón de la aldea. La mujer recibió un golpe en la cabeza con una maza de piedra que le hizo añicos el cráneo y la derribó al suelo de bruces; el niño, al verlo, rompió a llorar y se arrodilló junto al cuerpo de su madre, sin atreverse a tocar la sangre que manaba a borbotones de la herida. La violencia que había empleado el guerrero anticipaba una masacre como hacía mucho tiempo que no se conocía.

Yuma miró entonces a su alrededor y comprobó con alivio que Aleshanee ya había emprendido la huida junto al resto de los suyos. Sin embargo, un significativo número de aldeanos aún permanecía allí. Machakw, que se hallaba en el extremo opuesto del poblado, inició una desesperada carrera para llegar hasta donde se encontraba Yuma. Preservar la vida del hijo del monarca constituía su principal prioridad. Mientras tanto, algunos campesinos, ante la imperiosa necesidad de defender a sus familias, decidieron enfrentarse a los atacantes sin más ayuda que la fuerza de sus manos o las herramientas que utilizaban para el laboreo. No obstante, difícilmente podrían contener con ellas a unos hombres entrenados para la batalla y provistos de todo tipo de armas de guerra.

En el instante en que Machakw llegaba hasta Yuma, un guerrero enemigo prendía fuego a la vivienda que tenía más cerca. Todo parecía indicar que los fremont estaban dispuestos a causar tanto daño como les fuera posible.

—Debes irte inmediatamente de aquí —ordenó Machakw—. Yo me ocuparé de proteger a los aldeanos mientras pueda.

Yuma no ignoraba que Machakw se dirigía hacia una muerte segura. El guerrero anasazi estaba decidido a sacrificarse para que él tuviese una oportunidad de sobrevivir.

—Lo siento, pero no te dejaré atrás.

La determinación en su mirada le llevó a Machakw a no discutir. A su alrededor, los gritos de terror y el llanto de los niños anegaban sus oídos. Los campesinos

combatían con fiereza pese a tener la batalla perdida, mientras el fuego se propagaba por la aldea a toda velocidad.

—Está bien. —Machakw le entregó su arco y su carcaj—. Ponte a cubierto y haz lo que puedas. Pero cuando todo esté perdido, huye de aquí lo más deprisa que puedas.

Y dicho esto, el valeroso guerrero anasazi se encomendó al Gran Espíritu y, blandiendo su maza y su escudo, salió al encuentro de los sanguinarios fremont.

Siguiendo el consejo de Machakw, Yuma fue a refugiarse tras unas rocas situadas al pie del cerro, se arrodilló tras ellas para procurarse una mejor protección y tomó una flecha con manos temblorosas. Aunque de niño había recibido el entrenamiento apropiado, hacía varios años que no había vuelto a practicar. Yuma tensó la cuerda e hizo un rápido balance de la situación. En el tiempo que a él le había llevado situarse en posición de disparo, Machakw se había deshecho de un guerrero enemigo, cuyo cuerpo yacía malherido en el suelo con un tajo en el corazón, y ya combatía cuerpo a cuerpo contra otro de ellos, mientras los dos restantes lidiaban con los aldeanos que les habían plantado cara.

Yuma disparó la primera flecha, que salió bastante desviada por temor a herir accidentalmente a Machakw o a alguno de los campesinos. Tuvo que hacer varios lanzamientos más para afinar la puntería, hasta que por fin logró acertar a un guerrero enemigo en pleno pulmón. Para entonces, ya eran pocas las flechas que le quedaban en el carcaj.

A la par, Machakw se las veía con un ágil contrincante que se movía como un felino y esquivaba una tras otra sus acometidas. Aunque Machakw se sabía más fuerte, le resultaba imposible traducir su superioridad física en una derrota de su rival. El fremont empuñaba una larga lanza en su mano derecha con la que lograba mantenerle a una distancia prudencial, mientras con la izquierda asía un estilete de ciervo que no podía permitirse el lujo de perder ni un solo segundo de vista. Machakw no ignoraba que el tiempo jugaba en su contra, y que si no acababa ya con su adversario, pronto se hallaría en inferioridad numérica y entonces no habría nada que pudiera hacer.

Machakw atajó con su escudo una lanzada propinada con más ímpetu del habitual y, a sabiendas de que si erraba podía quedar desprotegido, contraatacó con lo que pretendía ser el golpe definitivo. El guerrero anasazi se inclinó hacia delante y estiró la maza tanto como pudo para que impactara en la cabeza de su enemigo. El fremont se movió rápido y la maza no le alcanzó, aunque le pasó a escasos centímetros de la sien. Fue entonces cuando aprovechó la ocasión para asestarle a Machakw un golpe letal, clavándole el afilado estilete en el mentón, de abajo arriba, hundiéndolo a conciencia para que le atravesase la cabeza. Un segundo después, el guerrero anasazi caía al suelo entre estertores y se sumía poco a poco en la oscuridad.

La plaza estaba salpicada de cadáveres y el incendio continuaba devorando buena parte de la aldea. La brisa arrastraba el olor a quemado y lo empujaba hacia las

profundidades del cañón. Sin embargo, el valor de Machakw y el de un puñado de aldeanos había permitido que mujeres, ancianos y niños se pusieran a salvo.

De los cuatro guerreros fremont que habían protagonizado la incursión ya solo quedaban dos. Uno de ellos bregaba con los últimos campesinos que aún se atrevían a plantarle cara, mientras el otro, el que había derrotado a Machakw, emprendía la carrera hacia el lugar donde se encontraba Yuma, a quien no había tardado en localizar con la mirada.

Yuma le vio venir y cargó la última flecha que le quedaba. Se lo jugaba todo a un solo intento y no podía fallar. La madera le vibraba entre las manos mientras el enemigo se dirigía directamente hacia él. El disparo, sin embargo, salió desviado y acabó errando por escasos centímetros. Completamente desarmado y sabiéndose derrotado, Yuma no intentó defenderse ni tampoco trató de huir. El guerrero fremont, al que los suyos conocían por el sobrenombre de Flecha Negra, alcanzó a Yuma y le observó de pies a cabeza sin dar crédito a lo que veía. El tocado de plumas y la deslumbrante capa de algodón indicaban que se hallaba frente a un importante miembro de la realeza anasazi.

—¡Nahiossi! —El guerrero reclamó la presencia de su compañero, al tiempo que se abalanzaba sobre Yuma y le inmovilizaba fácilmente bajo el peso de su propio cuerpo.

Nahiossi acabó con el último conato de resistencia de los campesinos y acudió velozmente a la llamada de Flecha Negra.

Yuma observó llegar al que parecía ser el jefe de la partida fremont, un hombre fornido de treinta y tantos años de edad, cuyos ojos escupían el fuego de la guerra.

—¿Quién eres? —le interrogó. El hombre respiraba agitadamente por el esfuerzo del combate, y chorreones de sudor le rodaban por la cara, desdibujando las pinturas de guerra.

Yuma rehusó contestar, por lo que Flecha Negra aumentó la presión de la rodilla que le tenía clavada en el pecho.

—Soy Yuma, hijo del monarca Nootau —replicó con la respiración entrecortada.

Una maliciosa sonrisa se dibujó en los labios del guerrero que le retenía.

—Jefe, deberíamos llevarle con nosotros. Nunca antes se nos presentará una oportunidad igual.

Nahiossi sopesó detenidamente la situación antes de contestar.

—No le secuestraremos —resolvió—. Le vamos a matar aquí y ahora. Y yo mismo me encargaré personalmente de hacerlo. Así los anasazi sabrán que al frente de los fremont hay un nuevo líder que no les tiene ningún miedo.

Pese a que Flecha Negra creía que Yuma podía servirles más vivo que muerto, no cuestionó ni por un instante la decisión de su jefe. El guerrero fremont se apartó y dejó que Nahiossi se colocara sobre Yuma, que continuaba tumbado boca arriba sin posibilidad alguna de huir. Nahiossi alzó entonces su maza de guerra para descargarla con todas sus fuerzas sobre el rostro de su enemigo.

Yuma no temía morir —los anasazi creían que tras la muerte del cuerpo, el alma seguía viva e iniciaba un viaje de transición que desembocaba en los Mundos Celestes—, pero sí le apenaba perderse el sueño de una vida junto a Maralah, así como todas las experiencias que nunca podría vivir.

Con absoluta calma, Yuma clavaba su mirada en el jefe fremont, esperando a recibir el golpe de gracia que acabaría con su vida. Sin embargo, cuando ya la maza había iniciado su trayectoria descendente, Nahiossi atisbó una chispa en los ojos del joven que le hizo detenerse en seco. El jefe fremont entrecerró los ojos y, confuso, escrutó el rostro de su adversario con inusitado interés.

—¡Jefe! —exclamó Flecha Negra—. ¡El ejército anasazi se acerca! ¡Los puedo ver desde aquí!

Pero Nahiossi, ajeno a todo cuanto pasaba a su alrededor, permanecía inmóvil como si fuese una estatua de piedra. Mientras tanto, la columna de guerreros enemigos avanzaba a grandes zancadas, haciendo retumbar el suelo y levantando una enorme nube de polvo que se perdía en el horizonte.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no le matas de una vez? —Flecha Negra no entendía la repentina indecisión de Nahiossi, cuyo carácter expeditivo constituía su mejor seña de identidad.

De ellos tres, Yuma era el último que atinaba a discernir lo que estaba ocurriendo. En cuestión de segundos, la expresión de odio del jefe fremont se había transformado en una mueca de incredulidad.

Uzumati no tardó en surgir tras el cerro, corriendo tan rápido como podía. Por el camino se había cruzado con los aldeanos que habían logrado huir, y ya sabía que Yuma se había quedado para hacer frente al enemigo. Cuando avistó a los dos fremont, creyó que había llegado tarde.

Flecha Negra tuvo que zarandear a Nahiossi para hacerle reaccionar.

—¡Tenemos que escapar antes de que se nos echen encima!

Nahiossi cruzó por un instante la mirada con el jefe de guerra anasazi, del que aún le separaba una considerable distancia; luego salió por fin de su trance y emprendió la huida junto a Flecha Negra, logrando evitar a tiempo que les apresaran.

Yuma todavía yacía en el suelo, incapaz de poder moverse. Resoplaba afanosamente y daba gracias a los benditos *kachinas* por el modo en que todo se había resuelto. Por alguna razón desconocida para él, el despiadado Nahiossi había decidido dejarle con vida.

Aquella misma tarde, Uzumati se reunió con Nootau en la cámara adyacente al barracón para informarle exhaustivamente acerca de lo ocurrido. Yuma, Mongwau y el sumo sacerdote también se hallaban presentes.

Flotaba en el ambiente una honda preocupación. La incursión protagonizada por

el pequeño grupo fremont sobre Fuego Azul, que al principio interpretaron como un acto de pura y simple venganza, se trataba en realidad de una elaborada maniobra de distracción que probó darles un resultado excelente. Mientras el líder fremont atacaba Fuego Azul con apenas un puñado de hombres, un amplio destacamento de guerreros asaltaba la aldea Garra Torcida, situada en el extremo opuesto del cañón, tomando mujeres y niños como esclavos y robando todas sus provisiones de alimentos. Uzumati estaba seguro de que, poco antes de llegar a Fuego Azul, el reducido grupo que había hecho de señuelo se había dejado ver a propósito por la torre vigía, para atraer así al ejército anasazi y garantizar de ese modo que la verdadera incursión no contaba con oposición de ningún tipo.

—¡Deberíamos organizar una partida y buscar a esos malnacidos en las planicies, para darles un escarmiento en sus propias tierras! —A Mongwau le gustaba exhibir un ímpetu avasallador, si bien a nadie se le escapaba que en el fondo no era más que un cobarde. De niño, Mongwau no había hecho más que alardear del gran guerrero en que se convertiría, pero cuando finalmente tomó parte en una reyerta contra los hohokam y palpó la muerte de cerca, rehusó volver a participar en ninguna otra batalla. Justificó su decisión alegando que, por el bien de su pueblo, el heredero de la nación anasazi no podía poner en peligro su vida.

—Calma —pidió Nootau—. Debemos ser fríos para analizar con detalle lo sucedido.

En el centro de la estancia reposaba un cuenco lleno de carbones encendidos. La colección de cabelleras expuesta en el fondo de la sala no cumplía una función decorativa, sino que se percibía como una fuente de poder. Ouray no se separaba del lado de Yuma, todavía muy afectado por el ataque que había sufrido y del que milagrosamente había logrado sobrevivir.

Tras el llamamiento del monarca a la serenidad, Uzumati fue el siguiente en tomar la palabra.

—Señor, los nómadas de las planicies no habían vuelto a suponer un problema desde la severa derrota que les infligimos la última vez, cuando acabamos con Sowingwa.

—Lo recuerdo bien —apuntó Nootau.

La cabellera de Sowingwa, teñida de dorado bajo el resplandor de la lumbre, ocupaba un lugar de honor en la colección.

—Pero por lo que parece —prosiguió Uzumati—, ahora se han vuelto a rehacer bajo el mando de un nuevo líder, mucho más inteligente que Sowingwa, aunque por lo que parece igual de sanguinario.

Todos asintieron. Desde luego, al jefe fremont le había bastado un solo ataque para demostrar que podía estar a la altura de su ilustre antecesor.

—¿Sabemos de quién se trata? —inquirió Nootau.

—No, señor. Yo logré avistarle unos instantes antes de que escapara, pero había demasiada distancia entre nosotros y, además, llevaba el rostro cubierto de pinturas

de guerra. Con todo, tengo la extraña sensación de que ya le conocía. —Uzumati contrajo el rostro esforzándose por recordar, y su cicatriz adoptó la forma de un rayo en zigzag.

—Su nombre es Nahioosi —terció Yuma—. Así al menos era como le llamaba el otro.

Uzumati enarcó las cejas como si un mecanismo en el interior de su cabeza se hubiese activado de repente.

—¡Ahora me acuerdo! —manifestó—. Nahioosi fue un joven esclavo que residía en Ciudad Chaco cuando yo era niño. Era él. Estoy completamente seguro.

Mongwau frunció el ceño, desconcertado ante aquella sorprendente revelación.

—Pero si era nuestro esclavo... ¿cómo es posible que se encuentre libre? —inquirió. La pregunta estaba cargada de toda lógica.

Nootau y el sumo sacerdote se miraron entre sí. Por edad, eran los únicos presentes que podían saber algo.

—Escapó —aclaró Ouray tras hacer memoria—. No sabría decir los detalles con exactitud, porque de aquello hace ya más de quince veranos. Lo que nunca podré olvidar fue el hecho de que aquel esclavo tuvo la osadía de llevarse consigo la sagrada máscara del *kachina* coyote.

Mongwau bramó escandalizado:

—¿Y no le disteis caza, sobre todo después de que hubiese cometido semejante sacrilegio?

—Lo intentamos —terció Nootau—, pero todo fue en vano. Las patrullas de rastreo nunca fueron capaces de dar con él.

—Y ahora vuelve para vengarse, convertido en el nuevo líder de los nómadas de las planicies... —masculló Mongwau.

Se apoderó de la estancia un prolongado silencio, suavizado tan solo por el crepitar de las ascuas del fuego, que Uzumati aprovechó para abordar una circunstancia que no se le había pasado por alto.

—Yuma —terció—, yo presencié cómo Nahioosi podía haberte matado si de verdad hubiese querido hacerlo. ¿Qué crees que ocurrió?

—Al principio era lo que pretendía —contestó—, pero después de mucho pensarlo, no sé qué pudo llevarle a cambiar de idea.

Ouray, sin embargo, había elaborado su propia teoría sobre el asunto.

—Yo creo que tu condición de tocado por el Espíritu se manifestó sin que tú mismo te dieras cuenta, como una especie de mecanismo de defensa para evitar que Nahioosi pudiera hacerte daño —replicó dirigiéndose a Yuma. A este no le convenció en absoluto esa explicación, pero prefirió no manifestarlo y cambiar de tema.

—Padre, Machakw dio su vida por mí y por la de los aldeanos. Quiero que tenga el funeral que se merece y que en el futuro se le homenajee como es debido.

—Así se hará. Machakw ha muerto de la forma más honorable posible: luchando contra el enemigo. Su nombre se incorporará a los cánticos y su memoria

permanecerá para siempre en el recuerdo de nuestro pueblo.

CAPÍTULO 7

Yuma se apoyó en el umbral de su cámara, y aguardó la llegada de Soyala a la misma hora en que solía hacerlo cada mañana para ocuparse de sus tareas. Había pasado una semana desde el ataque perpetrado por los nómadas de las planicies y el joven aún se esforzaba por apartar aquel fatídico recuerdo de su cabeza. Por las noches tenía siempre la misma pesadilla, de la que se despertaba justo en el instante en que Nahiossi alzaba en el aire su maza de guerra y amenazaba con darle muerte. Por fortuna, Yuma había podido arrinconar aquel episodio en un recoveco de su mente gracias a la proximidad de un asunto de naturaleza radicalmente opuesta. ¡La ansiada boda con Maralah tendría lugar aquel mismo día!

Aunque Maralah, junto al resto de la delegación de la región de Mesa Verde, debió haber llegado la jornada anterior, un mensajero advirtió de un retraso imprevisto, de modo que no lo haría hasta aquella misma mañana. Yuma no la había vuelto a ver desde hacía aproximadamente un mes, cuando acudió a Ciudad Palacio Acantilado y descubrió que estaba embarazada.

La esclava hohokam apareció en la terraza y Yuma la invitó a pasar tras correr la cortina de la puerta.

—Hoy es el gran día, Yuma. ¿Estás nervioso?

—No puedes imaginarte cuánto —repuso—. Pero ¿sabes qué, Soyala? Este día no será especial solo para mí. —La dócil esclava arrugó el entrecejo—. He hablado con mi padre acerca de la vieja costumbre de liberar a un esclavo con ocasión de un día señalado, y le ha parecido que mi boda con Maralah cumplía sobradamente con el requisito. —Yuma tomó las estropeadas manos de Soyala y las apretó con delicadeza—. Aiyana recuperará su libertad.

La propuesta de Yuma había contado con la frontal oposición de su hermano mayor. Mongwau alegó primero que aquello podía ser interpretado por la nación hohokam como un gesto de debilidad, y después, que Aiyana era su esclava personal y que, por lo tanto, no podía ser liberada sin su consentimiento. No obstante, el monarca Nootau desoyó ambos argumentos y acabó respaldando la audaz proposición de Yuma.

Soyala trató de darle las gracias, pero le fue imposible pronunciar palabra, sobrecogida por la emoción. Los labios comenzaron a temblarle de forma incontrolada y la visión se le empañó tras un grueso velo de lágrimas. Yuma la rodeó con sus brazos y esperó a que recuperase la calma.

—Hoy será el último día de Aiyana como esclava —explicó—. Y mañana será entonces completamente libre para marcharse. Pero no la dejaré vagar por el desierto sola ante su suerte. Un guerrero de mi confianza la acompañará durante el viaje hasta que alcance territorio hohokam. Desde ese momento y en adelante, ella tendrá que valerse por su cuenta. ¿Podrá hacerlo?

—Desde luego —se apresuró a contestar la mujer—. Le explicaré que, en cuanto se tope con los primeros campesinos, se identifique como la hija de Ahote y Soyala, nacidos en Semilla Fuerte y pertenecientes al clan colibrí. Ellos la orientarán para que pueda encontrar a mi familia.

Tras la alegría inicial, Soyala no pudo evitar sentir cierta tristeza, pues lo más seguro es que nunca más volviera a ver a su hija. Yuma empatizó enseguida con su esclava personal y le ofreció un rayo de esperanza al que poderse agarrar.

—Te prometo que en el futuro, cuando se presente una oportunidad similar, haré todo lo posible para que te liberen también a ti.

La esclava sonrió agradeciendo su gesto, pero ambos sabían que con Mongwau al frente de la nación anasazi, las probabilidades de que tal cosa tuviese lugar serían prácticamente nulas.

Yuma salió a la terraza de la cuarta planta y se cerró la capa sobre los hombros. Un frío helado que barría los tejados más altos de la ciudad se le metió bajo la piel, aunque no logró despojarle de la satisfacción que sentía por la felicidad que había llevado al corazón de Soyala. Aquella mañana una bruma plateada cubría buena parte del cañón. Yuma aguzó la vista y escudriñó el camino del norte. Una mancha negra en el horizonte indicaba que la delegación de Mesa Verde venía de camino.

Desde el día anterior, Ciudad Chaco acogía el celeberrimo Mercado de Otoño, y el enjambre de voces que se elevaba desde el centro de la población acallaba todo lo demás. Mercaderes venidos de los cuatro puntos cardinales poblaban las dos plazas, por las que apenas se podía dar un paso. Yuma distinguió entonces a su hermano Mongwau paseándose entre la multitud, igual que un pavo real.

Mongwau adoraba aquella cita del calendario más que ninguna otra. El heredero anasazi se deslizaba mansamente entre los puestos, admirando la extraordinaria variedad de mercancías que provocaba el deleite de los visitantes. Él, además, podía permitirse lo que quisiera.

Los mercaderes del pueblo mogollón ofrecían principalmente telas de algodón estampadas y sandalias de cuero; los hohokam, por su parte, exhibían sus afamados cestos de mimbre y también algo de alfarería. Tampoco faltaban representantes de las tribus de las llanuras, cuyas especialidades eran las pieles curtidas y la carne seca. Otros mercaderes de distintas nacionalidades importaban productos exclusivos, como conchas marinas traídas de las costas del Pacífico, espejos de piritita, flautas de hueso e insólitas estatuillas de ídolos extranjeros. Todas las transacciones comerciales se llevaban a cabo mediante la tradicional metodología del trueque.

Mongwau, que lo revisaba todo con ojos ávidos y codiciosos, se detuvo ante un puesto, maravillado ante el colorido surtido de plumas de guacamayo y las exquisitas campanillas de cobre que tenía para elegir. Pertenecía a un tolteca, el cual lucía una nariguera de jade típica de su pueblo que le hacía fácilmente reconocible. El anillo ornamental que llevaba insertado en el tabique de la nariz indicaba, además, que era

de un alto estatus. A Mongwau le habían enseñado algunas nociones del *náhuatl*, la lengua franca de Mesoamérica, por lo que pudo entablar una conversación sencilla con él. El hombre, llamado Tlacaelel, tenía por lo visto un especial interés por los productos anasazi más demandados: la cerámica y las joyas de turquesa, mercancías de la que se proveería ampliamente para comerciar después en sus tierras. Mongwau averiguó también lo que Tlacaelel pedía por su género, y le correspondió con una sonrisa y la promesa de negociar más tarde. En realidad, Mongwau tenía que ocuparse antes de un asunto urgente.

Un niño pequeño apareció entonces en escena y Mongwau pensó que aquella podía ser su esperada oportunidad. El crío, que parecía ser el hijo del mercader tolteca, admiraba su llamativo atuendo, cuya camisa llevaba un grabado en el pecho confeccionado con púas de puercoespín. Mongwau, tras comprobar que Tlacaelel estaba distraído regateando con otro mercader, se inclinó sobre el niño haciendo acopio de toda su simpatía.

—¿Lo quieres? —dijo mostrándole una talla de junco con forma de conejo—. Pues será toda tuya si a cambio me haces un favor.

Pese a su corta edad, la influencia de su padre ya se hacía notar y el crío apuntaba las maneras de un ambicioso mercader.

—Lo que de verdad quiero es eso —replicó, señalando el espléndido colgante de turquesa en forma de lobo que caía sobre el pecho del anasazi.

Mongwau le miró con los ojos entrecerrados. Aquella joya representaba el emblema de su familia y sabía que no debía desprenderse de ella; sin embargo, el crío parecía haberse encaprichado y no estaba dispuesto a ceder. Mongwau comprendió que no le iba a resultar tan fácil embaucar al niño como en un principio había creído, y al final no tuvo más remedio que aceptar su propuesta. Aquella era una oportunidad que no podía permitirse el lujo de perder.

—Está bien —concedió desprendiéndose del colgante de turquesa—. Pero tendrás que realizar paso por paso lo que te voy a pedir.

Mongwau extrajo entonces un saquito de cuero y señaló a continuación una cámara que se encontraba al borde de la plaza, a escasa distancia de las cocinas. Después de intercambiar unas pocas palabras, el niño entendió enseguida lo que tenía que hacer. Mongwau le instó a cumplir el encargo y le observó partir de brazos cruzados, sin quitarle el ojo de encima.

La pequeña mancha en el horizonte fue adquiriendo poco a poco la forma de una larga caravana y Yuma confirmó que la delegación de Mesa Verde no tardaría en llegar a la ciudad. Por fin podría estrechar a Maralah de nuevo entre sus brazos. Incapaz de soportar la espera, Yuma descendió a la plaza y atravesó el mercado en dirección a la puerta de entrada, donde pensaba recibirla con los brazos abiertos, ignorando la sugerente mercancía dispuesta para tentar a los curiosos.

—¡Yuma!

La enérgica llamada hizo que se girara, para descubrir a Aleshanee agitando el brazo entre el gentío. Al acercarse, otros habitantes de la aldea Fuego Azul que se encontraban con ella le agradecieron profusamente su actuación durante el ataque, asegurándole que gracias a que él y Machakw tomaron la decisión de enfrentarse a los fremont, muchos habitantes habían podido salvar la vida. La aldea se hallaba ahora en plena reconstrucción, en cuyo proceso estaba implicado el maestro constructor de Ciudad Palacio Acanilado, que pese al susto que se había llevado, no había renunciado a estudiar las posibilidades que la agricultura de irrigación podía ofrecer y se había quedado en Ciudad Chaco.

—¿Estás nervioso, Yuma? —le preguntó Aleshanee. La joven había traído al mercado tan solo una cuarta parte de la cerámica que había producido. El resto se había perdido en el incendio provocado por los fremont. Con todo, nada conseguía arrebatarle su sempiterna sonrisa—. Hoy es la gran boda. ¡Todo el mundo estará pendiente de ti!

—¿Sabes? Para mí la ceremonia es lo de menos —señaló—. Lo único que deseo es poder tener a Maralah de nuevo a mi lado y nunca más tener que volver a separarme de ella.

Junto a Aleshanee se amontonaban los mercaderes más interesados en adquirir alfarería. Su cerámica provocaba la admiración de los expertos, y Yuma no albergaba duda alguna de que vendería todas sus existencias aquel mismo día.

—¿Y qué hay de tu propia boda? —Sewati, el prometido de Aleshanee, había sentido un gran alivio al conocer que su amada había salido bien librada del ataque.

—Aplazada. Tendremos que esperar a que se reconstruya nuestra aldea.

Aleshanee extrajo a continuación una pequeña bolsa de algodón y la depositó en manos de Yuma.

—Es mi regalo de boda —reveló.

Yuma la cogió con una sonrisa y miró el contenido: una amalgama de pétalos de flor. Un escalofrío de emoción le ascendió por la columna.

—¿Esto no será...? —musitó.

—Sí, es justo lo que estás pensando. Son pétalos de consuelo. Todavía puedes tomarte la infusión antes de la ceremonia y cumplir con la tradición de la que tanto me habló mi abuelo.

Yuma se sintió abrumado ante tal muestra de afecto, procedente de aquella humilde aldeana a la que podía llamar su amiga.

—No sabes cuánto te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo, de verdad. A Sewati ha debido de costarle un trabajo inmenso reunir semejante cantidad.

Aleshanee dejó escapar una risa.

—No te preocupes. Sewati ha puesto tanto empeño en la tarea, que al final ha reunido pétalos de sobra. Yo ya tengo los que necesito. Estos son para ti.

—Está bien —aceptó Yuma tomando el obsequio de manos de Aleshanee—. Yo también quiero asegurarme un matrimonio feliz para toda la vida.

Ambos se rieron con ganas.

Aleshanee comenzaba a ser requerida por varios compradores, por lo Yuma se despidió y se guardó la pequeña bolsa como si fuese un tesoro de valor incalculable.

El hijo de Tlacaelel había cumplido con su parte del trato y Mongwau logró quitarse un buen peso de encima. Después abandonó el mercado y subió a la primera planta, desde donde Onawa observaba el animado cuadro en que se había transformado la ciudad.

El circunspecto gesto de la esposa del monarca evidenciaba su enorme preocupación, pues el retraso de la delegación de Mesa Verde ponía en serio peligro el plan concebido para evitar el matrimonio entre Yuma y Maralah.

—Madre —susurró Mongwau cuando se situó a su lado, apoyado en la pared exterior de la cámara real—, ya he puesto en marcha la primera parte del plan.

—¿A quién has utilizado?

—A un niño extranjero, como me dijiste. El hijo de un mercader tolteca que en pocos días se hallará muy lejos de aquí.

—Está bien —aprobó—. Recuerda que la única oportunidad de que dispones para envenenar a Maralah será a la hora del almuerzo. No puedes fallar. Usa un puñado de ajea, no más. Esa cantidad bastará para provocar el aborto deseado.

Mongwau tragó saliva, cada vez más nervioso conforme se acercaba el momento.

—¿Y si echo más de la cuenta? ¿O menos?

—Una dosis superior podría afectar a la salud de Maralah. No es habitual, pero se han dado casos. Además, el sabor de la ajea en la comida podría llamar su atención, así que ten cuidado. De cualquier manera, procura no quedarte corto, porque entonces habremos fracasado.

Mongwau asintió y se frotó las manos sudorosas contra la capa de algodón.

—Los efectos serán prácticamente inmediatos —concluyó Onawa—. Y en cuanto el suceso tenga lugar, yo intervendré para que la boda no se celebre.

Nootau, acompañado por los representantes nobles más ilustres, amén del sumo sacerdote y el jefe de guerra, recibió al monarca Tihkoosue y a su séquito en la misma puerta de la ciudad. El estricto protocolo que regía aquel tipo de encuentros impidió que Yuma se abalanzase sobre Maralah tan pronto la localizó en segunda fila, escoltada por su madre y su esclava personal. No obstante, a Yuma le bastó un rápido cruce de miradas para saber que ella le había echado de menos tanto como él.

Solo cuando las formalidades dejaron de presidir las relaciones entre ambas delegaciones, Yuma y Maralah se fundieron en el abrazo más intenso que jamás se hubiesen dado.

—¿Cómo estás, Yuma? —El rostro de Maralah denotaba preocupación y alivio a partes iguales—. A Mesa Verde llegaron noticias de que estabas presente en una de las aldeas asaltadas por los nómadas de las planicies.

—Así es, pero gracias a los benditos *kachinas*, tuve suerte de sobrevivir al ataque. —Yuma no agregó nada más; no deseaba recordar el fatídico episodio—. ¿Y cómo estás tú? —añadió posando la mirada en el vientre ligeramente abultado de Maralah.

Yuma recibió una sonrisa por toda respuesta y, sin pensárselo dos veces, tomó la mano de la muchacha y tiró de ella con suavidad.

—Sígueme. Tengo una sorpresa para ti.

Atravesaron la plaza abriéndose paso entre el gentío. Maralah miraba a uno y otro lado, sin poder despegar los ojos de las incontables maravillas expuestas, venidas de los lugares más remotos del mundo conocido.

—¡Vamos! —la apremió Yuma—. No te entretengas ahora. Mañana tendremos tiempo de sobra para visitar el mercado.

La larga melena azabache de Maralah se agitaba arriba y abajo mientras alcanzaban las primeras escaleras e iniciaban el ascenso cruzando un tejado tras otro. Al llegar a la cuarta planta, Yuma condujo a Maralah directamente a su cámara personal.

Tan pronto se vieron solos, ambos juntaron sus labios buscando el beso del otro que tanto habían echado a faltar durante la última luna. Yuma, sin embargo, puso freno al conato de pasión antes de que el arrebató fuese más lejos.

—No podemos —murmuró retirando las manos del cuerpo de Maralah—. En estas circunstancias sería inapropiado. Alguien podría venir y sorprendernos mientras lo hacemos.

Maralah se apartó de Yuma y se alisó el vestido con ambas manos.

—Entonces, ¿qué era lo que tenías preparado para mí?

Yuma extendió el brazo y lo movió en torno a la habitación.

—¿No hay nada que te resulte extraño?

Maralah miró a su alrededor. Entonces sonrió y señaló la pared meridional: la única que lucía blanca. Todas las demás, incluido el techo, estaban cubiertas de magníficas pinturas.

—La he hecho blanquear —explicó Yuma—. ¿No te había prometido que te enseñaría a pintar a la primera oportunidad que tuviese?

En un rincón tenían todo lo necesario: un par de pinceles de hoja de yuca mascada y cuencos para las pinturas. Los distintos colores se obtenían a partir de pigmentos fabricados con minerales, pétalos de flores y arenas del desierto.

A Maralah se le escapó la risa como a una niña pequeña y enseguida agarró un pincel, dispuesta a dar rienda suelta a su creatividad, pero se detuvo pensativa. ¿Qué podía dibujar? La habitación ya estaba bien surtida de animales, dioses *kachinas* y diferentes elementos de la Madre Naturaleza.

—Hay un dibujo en esta habitación que se echa de menos —terció Yuma adivinando su pensamiento. Y sin esperar una respuesta, se puso de inmediato manos a la obra.

Maralah observaba ensimismada la habilidad con que Yuma delineaba cada trazo

e hilvanaba cada pincelada. Segundos después, cobró forma la figura de un personaje jorobado, que tocaba la flauta y adoptaba un paso danzarín.

—¡Kokopelli! —exclamó Maralah.

Yuma asintió sonriente y acarició por vez primera el vientre de la joven, frente a la naciente imagen del dios de la fertilidad.

—Ahora tú —la invitó.

Maralah humedeció el pincel en el cuenco de pintura negra y, guiada por la mano de Yuma, dibujó otro flautista jorobado que guardaba una gran semejanza con el anterior.

—El que yo he pintado es macho, mientras que el tuyo es hembra —repuso Yuma.

Maralah frunció el ceño.

—¿Y en qué se diferencian?

Yuma esgrimió el pincel y le añadió entonces a su dibujo un pene de longitud exagerada. Maralah no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas, a las que enseguida se le sumó el propio Yuma. Durante varios minutos los ataques de risa rebrotaron una y otra vez, en cuanto alguno de los dos observaba el falo del flautista. Finalmente, ambos lograron contener las risas y se pusieron de nuevo a pintar.

De cuando en cuando, Yuma miraba de reojo el vientre de Maralah y sus grandes ojos castaños le brillaban fruto de la emoción.

—Estoy impaciente por que el niño que llevas dentro venga pronto a la vida.

—Yo también —replicó Maralah—. Serás un buen padre, Yuma.

El joven se estremeció, convencido de que no se podía experimentar una felicidad mayor a la que sentía en aquel momento.

—Le he pedido a Soyala que nos ayude a criar a nuestro hijo —señaló.

Maralah conocía bien la estrecha relación que existía entre Yuma y su esclava personal, y el lugar tan importante que ella ocupaba en su vida.

—Me alegra de que así sea.

Al cabo de un rato durante el cual el tiempo pareció avanzar más aprisa de lo normal, recibieron la visita de la última persona que Yuma habría esperado. Onawa entró en la cámara luciendo sonrisa y también dobles intenciones. Maralah, con total rectitud, saludó a su futura suegra con una inclinación de cabeza.

—Hola, madre —dijo Yuma.

Onawa contempló la pared que hacía de lienzo para los dibujos y reprimió una mueca de repulsa.

—Yuma, mandaré que os traigan aquí el almuerzo, de manera que podáis seguir con lo que estáis haciendo. Pero después Maralah tendrá que venirse conmigo para que la arreglemos debidamente con vistas a la ceremonia.

Yuma asintió. Después de haberse opuesto frontalmente a la boda, parecía que su madre había enterrado definitivamente el hacha de guerra. Puede que todavía no fuese demasiado tarde para que entre ambos se produjese el acercamiento que Yuma

llevaba esperando toda la vida.

Onawa fingió un gran interés por la posterior ceremonia y se marchó tras una anodina charla de varios minutos. En realidad, aquella maniobra había tenido como verdadero objetivo prepararle el terreno a Mongwau, de quien ahora dependía el éxito del plan que habían concebido.

Tal como Onawa había dispuesto, Soyala recibió la orden de servirles la comida a los futuros contrayentes en su propia habitación. La esclava había preparado un guiso de calabaza y tortillas de maíz calientes, y encaminó sus pasos hacia la cámara de Yuma. Sin embargo, a la altura del tejado de la tercera planta, Soyala se topó de bruces con Mongwau.

—Ve a buscar a Aiyana —espetó—. Quiero que sea ella, y no tú, la que se ocupe de servirle el almuerzo a mi hermano.

Por un instante, Soyala no supo cómo reaccionar. Aquella petición le pareció de lo más extraña. Luego temió por su hija. ¿Y si lo que Mongwau pretendía era cobrarse su especial venganza antes de que Aiyana recuperase la libertad al día siguiente? ¿Acaso se proponía darle una última paliza que nunca pudiese olvidar?

—Deprisa —la urgió—. Yo la esperaré aquí.

La esclava, con un nudo en la garganta, acató obedientemente la orden directa de Mongwau. De nada le habría valido protestar, salvo para empeorar las cosas.

El heredero anasazi la observó descender hasta la segunda planta y, tan pronto la perdió de vista, se inclinó sobre la bandeja que había dejado en el suelo. Antes de actuar, sin embargo, echó una ojeada a su alrededor: sin contar la presencia de algún que otro centinela y algunas mujeres que molían maíz, las terrazas cercanas se encontraban prácticamente desiertas. El incomparable escenario que procuraba el Mercado de Otoño concentraba toda la atención de los habitantes de Ciudad Chaco.

Mongwau extrajo la ajea, convenientemente triturada para la ocasión, y vertió un puñado en el guiso de calabaza. Aunque aquella cantidad debía de bastar para provocar el efecto deseado, las dudas asaltaron a Mongwau en el último momento. La cazuela era grande y, después de todo, el contenido lo compartirían entre los dos. Finalmente, y por si acaso, Mongwau echó otro puñado más y removió el guiso con el dedo para que la planta se diluyese. Luego miró a su alrededor y, tras comprobar que no había tenido testigos, respiró complacido.

Lo más difícil ya estaba hecho.

Poco después apareció Aiyana asomando por la escalera. La joven esclava ya se había resignado a soportar una última paliza de su amo como paso previo a obtener la libertad, pero Mongwau se limitó a señalar la bandeja y a mover la cabeza en dirección a la planta de arriba. Nada más. Aiyana, sorprendida y aliviada a un tiempo, cumplió con lo que se esperaba de ella y encaminó sus pasos hacia la cámara de Yuma, dejando atrás a Mongwau. Durante un segundo se preguntó por qué su amo la había requerido para llevar a cabo aquel servicio. No obstante, pronto se olvidó del

asunto, porque nada más llegar a su destino, se dio cuenta de que aquella era una oportunidad inmejorable para agradecerle a Yuma lo que había hecho por ella.

Por su parte, Yuma supuso que la inesperada presencia de Aiyana se debía a una maniobra de Soyala, que habría delegado en su hija para que esta se pudiera despedir. Aiyana se inclinó sobre Yuma al borde de las lágrimas y le dio repetidamente las gracias con un imperceptible hilo de voz.

—Gracias a ti —le susurró Yuma al oído, mientras la envolvía en un fuerte abrazo—. Tú me salvaste primero.

Maralah contempló la escena en silencio, sin comprender lo que estaba pasando. Entonces Yuma le refirió la vieja costumbre anasazi de liberar a un esclavo, y le explicó su esfuerzo por restaurarla con motivo de su propia boda. Maralah comprendió y sintió lástima por aquella chica, de edad similar a la suya, que habiendo nacido cautiva no había conocido la libertad en toda su vida.

Aiyana sacó algo del interior de su vestido y se lo tendió a Yuma con manos temblorosas. Era la muñeca de junco que había recibido como regalo tantos años atrás.

—¿Todavía la conservas?

—Siempre la llevo conmigo.

Yuma observó que la muñeca había podido soportar el paso del tiempo gracias a los continuos remiendos a los que Soyala la había sometido.

—Debes quedártela —dijo—. Un regalo no se devuelve.

Aiyana cruzó una última mirada con Yuma y salió de la cámara con una sonrisa esculpida en el corazón.

A renglón seguido, la joven pareja dejó a un lado las pinturas y dispusieron los platos para empezar a comer. Previamente, Yuma había colocado el trípode para el té y había puesto agua a hervir para preparar la infusión de pétalos de consuelda; de ninguna manera se había olvidado del regalo de Aleshanee.

—Antiguamente se decía que tomarlo antes de la boda bendecía a los contrayentes y les traía suerte por mucho tiempo.

—Adoro las infusiones, del tipo que sean —repuso Maralah.

Yuma llenó las tazas y sirvió el guiso de calabaza en los platos hondos de cerámica anasazi. Ni el aroma ni el aspecto exterior hacían sospechar de la ponzoña que escondía.

—No tengo mucha hambre, Yuma —repuso Maralah—. El té y una tortilla de maíz bastarán para mí.

Yuma negó con la cabeza.

—Si no tomas nada ahora, estarás con el estómago vacío hasta después de la ceremonia —replicó—. Además, ya deberías ir acostumbrándote a tener que comer por dos —añadió esbozando una sonrisa.

Maralah resopló sin estar del todo convencida, pese a que el guiso de calabaza arrojaba un delicioso olor.

—Te gustará —insistió Yuma tras meterse una cucharada en la boca.

De entrada, Maralah tomó un sorbo de té y atacó una tortilla de maíz, resistiéndose a degustar el guiso. Sin embargo, ante la insistente mirada de Yuma, no solo acabó por probarlo, sino que se decidió a repetir.

CAPÍTULO 8

La ceremonia ya estaba tocando a su fin.

Las tres filas de bancos de piedra de la *kiva* principal acogían a las matronas de los clanes de las aldeas y a toda la nobleza anasazi, procedente de las dos regiones. Una legión de antorchas proporcionaba un parpadeante anillo de luz sobre la estancia, perfumada por el aroma a cedro quemado. Yuma y Maralah, cogidos de la mano, mantenían una radiante sonrisa desde el principio de la ceremonia. Aquella suponía la culminación de un sueño que había estado a punto de no llegarse a cumplir.

Algunos sacerdotes formaron en torno a la pareja dos círculos concéntricos e iniciaron una danza moviéndose en sentidos opuestos, al ritmo de los tambores que se tocaban con los pies. Al distinguir el familiar rostro de Bayou entre los sacerdotes danzarines, el corazón de Yuma se hinchó de orgullo ante los grandes progresos que su hermano había realizado en tan poco tiempo. Los círculos se abrieron y los sacerdotes de mayor rango irrumpieron en su interior, portando máscaras de *kachinas* y efectuando histriónicos aspavientos frente a la pareja.

Al inicio de la ceremonia los contrayentes se habían hecho sendos regalos, sancionando así formalmente el enlace. En particular, el novio le había hecho entrega a la novia de una pieza de carne y ella le ofreció a él una espiga de maíz. La carne simbolizaba la intención del novio de proteger el hogar y el maíz, la voluntad de la novia de ser una esposa servicial y diligente. Desde que había tenido lugar el intercambio de obsequios, Yuma y Maralah podían considerarse casados y, por ende, la región del Cañón del Chaco y la de Mesa Verde integradas bajo un único mando, encarnado en la figura de Mongwau.

El atuendo de la novia consistía en un vestido de piel de ciervo adornado con conchas marinas prendidas a las mangas, botas blancas y dos plumas de águila que le sobresalían de la cabeza. Un collar de turquesa decoraba su cuello. El propio Yuma, a su vez, jamás se había enfundado antes ropajes tan distinguidos como los que exhibía para la ocasión.

Los dos monarcas relegados, Nootau y Tihkoosue, observaban a sus respectivos hijos con un brillo de orgullo en la mirada. Ambos estaban convencidos de que aquel matrimonio marcaría el inicio de una nueva era de esplendor que alumbraría a todo el pueblo anasazi.

Mongwau, en cambio, lucía un rictus serio que contrastaba con el colorido penacho de plumas que le caía en cascada por la espalda, y que le identificaba como la persona más poderosa de cuantas allí había. A todos los efectos, Mongwau era ya el nuevo gobernante de la nación, pese a que la coronación no tendría lugar hasta el día siguiente, con todo el boato y la grandiosidad que un acto de aquella naturaleza merecía; sin embargo, aún se sentía frustrado porque los acontecimientos no se habían desarrollado del modo más favorable a sus intereses.

Onawa, por su parte, forzaba una sonrisa, pero la procesión iba por dentro. Maralah no había abortado y todo lo que habían tratado de evitar se había acabado cumpliendo. Cuando Onawa fue a buscarla, Maralah se encontraba aparentemente bien. Mientras las mujeres preparaban a la joven, lavándole el cabello con espuma de yuca y trenzándose como símbolo de su unión matrimonial, Onawa no dejaba de preguntarse qué había fallado. No fue hasta que regresó a la cámara de Yuma y advirtió la presencia de una bolsita de algodón junto al trípode para el té, cuando todo cobró sentido.

—No lo entiendo —le había interpelado Mongwau poco antes del comienzo de la ceremonia—. ¿Acaso Maralah no comió del guiso?

—Sí que lo hizo —había replicado ella—. La culpa ha sido de esa maldita infusión.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que los pétalos de consuelda anulan los efectos de la ajea?

Onawa torció amargamente el gesto y negó con la cabeza. La ironía era mucho mayor.

—No anula los efectos —le había dicho—. Tan solo los posterga...

Los sacerdotes danzarines se retiraron y, tras una indicación de Ouray, que había conducido la ceremonia, Yuma y Maralah encaminaron sus pasos hacia la escalera en perfecta sincronía. La pareja de recién casados abandonaría la *kiva* en primer lugar, representando con su salida al exterior el resurgir a una nueva vida.

El acto había concluido. La música de percusión disminuyó de intensidad, los cánticos cesaron y los más de trescientos invitados que atestaban el recinto sagrado estallaron en un torrente de voces y risas. Nadie, excepto Yuma, se dio cuenta de que algo no marchaba bien. Primero Maralah se cubrió el vientre con las manos y después se dobló sobre sí misma, compelida por un fuerte dolor. Yuma advirtió cómo se le formaba a Maralah una oscura mancha de sangre en el vestido que se extendía por la zona de la entrepierna. En cuestión de segundos, la mancha se transformó en un cálido flujo que le chorreó por los muslos y le alcanzó las rodillas, hasta que algunas gotas comenzaron a salpicar el suelo. Maralah puso los ojos en blanco y se desvaneció en los brazos de su esposo.

Mientras Yuma la depositaba con cuidado en el suelo, las exclamaciones de los asistentes más cercanos a la pareja alertaron al resto de lo que estaba ocurriendo, y antes de que se formara un incontrollable revuelo, el sumo sacerdote asumió el control de la situación y empleó su bastón oratorio para dar instrucciones a diestro y siniestro. En primer lugar, mandó desalojar el recinto subterráneo, y a continuación seleccionó a sus dos mejores sacerdotes sanadores, a quienes encomendó el cuidado de Maralah, que yacía desmayada junto a uno de los pilares que sostenían el techo de la *kiva*.

La evacuación se produjo de forma ordenada y relativamente deprisa. Solo las familias de Yuma y Maralah, que observaban angustiadas el quehacer de los

curanderos, permanecieron dentro del recinto.

En poco tiempo se hizo evidente que Maralah había sufrido un aborto repentino, y la pérdida del no nacido provocó en Yuma un enorme vacío y una profunda sensación de amargor. Pero aquello no era lo peor. Los sacerdotes luchaban ahora por detener la hemorragia por la que Maralah se desangraba poco a poco.

Yuma contemplaba lo que sucedía cada vez más asustado. Los sanadores se movían en torno a Maralah, provistos de mantas empapadas de agua y báculos de madera con los que invocaban el poder de los espíritus *kachinas*, mientras Ouray examinaba a la paciente y daba continuas consignas a los sacerdotes sobre cómo proceder. La preocupación se acrecentaba pues no lograban hacer que la joven recobrase el sentido. En cuestión de minutos, el drama del aborto había pasado a un segundo plano, desplazado por el hecho de que era la propia vida de Maralah la que se hallaba ahora en peligro.

La madre de la joven, presa de la angustia, no paraba de sollozar mientras Tihkoosue se esforzaba por ofrecerle consuelo.

—Qué tragedia... —murmuró Onawa, representando el papel de suegra dolorida.

Nootau intentaba tranquilizar a Yuma, mientras que Bayou se lamentaba por no poseer los conocimientos necesarios para participar de forma activa en la sanación de Maralah. Un paso por detrás, Mongwau observaba la escena con un destello de preocupación en la mirada. Su acción podía acabar provocando consecuencias que él no había buscado.

El tiempo parecía haberse detenido para las familias, que contemplaban impotentes cómo transcurrían los minutos mientras el rostro de Maralah iba perdiendo progresivamente el color. Yuma se impacientaba mientras no dejaba de hacerse una pregunta tras otra. ¿Qué ocurría? ¿Qué podía ser tan grave para que Maralah no mostrase el menor signo de recuperación?

—No responde a las señales externas —escuchó decir a un sanador.

No pudiendo soportar más aquella angustia y presa de un fuerte impulso, Yuma se abalanzó sobre Maralah y situó la boca junto a su oído.

—Te busqué en el contorno de una nube... —le susurró, con la voz rota y los ojos enrojecidos. Acarició el pelo de su amada sin dejar de repetir una y otra vez las mismas palabras, que por el momento no encontraban respuesta. El olor de la sangre derramada le ascendía por la nariz y se mezclaba con el aroma a jabón de yuca que desprendía el pelo de su esposa—. Maralah, contesta por favor —gimió Yuma.

Yuma entorpecía la labor de los sanadores, por lo que Ouray se decidió a actuar. El sumo sacerdote le agarró por las axilas y tiró de él hacia atrás para apartarle de la muchacha, a la que apenas le quedaba un hálito de vida. Yuma se resistía con tanto ahínco a separarse de Maralah, que el propio Nootau tuvo que intervenir para alejar a su hijo de la escena.

—¡Padre, suélteme!

—Yuma, deja que los sacerdotes se ocupen de lo que mejor saben hacer.

Se sucedieron unos momentos llenos de angustia. Finalmente, Ouray se inclinó sobre Maralah y buscó el pulso en la vena de su cuello. No lo encontró. Pese a los desesperados esfuerzos de los sacerdotes por revertir la situación, todo fue en vano. La hemorragia interna había acabado con su vida.

El sumo sacerdote paseó la mirada entre los presentes antes de comunicarles la fatídica noticia; ni su habitual entereza ni su larga experiencia pudieron evitar que le temblara la voz. Yuma sintió que se le encogía el alma y, temblando como una hoja, se dejó caer sobre el cuerpo sin vida de la que había sido su esposa durante apenas un suspiro. La madre de Maralah lanzó devastadores aullidos de dolor y hundió su rostro en el pecho de Tihkoosue, que tampoco pudo reprimir las lágrimas ante la pérdida de su única hija. Yuma le acarició con suavidad su larga melena que, aplastada contra el suelo, adoptaba la forma de una estrella fugaz y, apoyando la frente contra la apagada mejilla de su amada, derramó una catarata de lágrimas sobre su piel.

Pasados unos minutos, el sumo sacerdote se vio en la obligación de interrumpir el duelo de Yuma, posándole la mano en el hombro para llamar su atención.

—Lo siento, Yuma, pero ahora debes abandonar la *kiva* —rogó—. Maralah ha iniciado el viaje por el Inframundo y debo guiar su alma para que encuentre el camino que conduce a los Mundos Celestes. Después purificaremos su cuerpo y lo prepararemos para el funeral.

El propio Nootau tuvo que tirar de Yuma, que se había sumergido en una burbuja y parecía ajeno a todo cuanto pasaba a su alrededor.

—Vamos, hijo. Dejemos que los sacerdotes lleven a cabo su ritual. Luego podrás volver para despedirte de ella.

La consternación se palpaba en el ambiente. Yuma se dejó arrastrar por su padre a lo largo de la *kiva*, como si careciese de voluntad propia. El resto de los familiares, aturcidos por el dolor, también encaminaron sus pasos hacia la salida. Solo Bayou, a petición del sumo sacerdote, permaneció en el lugar para presenciar el ritual y aprender sus secretos.

Yuma fue el último en salir al exterior. El sol del atardecer lucía tan pálido como los rostros de los afectados por la tragedia. La plaza occidental había sido mandada evacuar antes de la ceremonia, para evitar que la algarabía del mercado importunase la celebración. No obstante, la noticia de la muerte de Maralah se había propagado a tal velocidad, que un gran número de habitantes había comenzado a agolparse en los bordes de la plaza y también sobre las azoteas.

Las dos familias permanecían junto a la techumbre de la *kiva*, en mitad de la explanada, a petición de uno de los sacerdotes que había intervenido en el fallido intento de sanación. Al parecer, tenía que hacerles partícipes de algo extremadamente importante.

—Estamos seguros de que el aborto sufrido por Maralah, y que a la postre acabó

también con su propia vida, no responde a causas naturales. —El sacerdote vio los ojos de sus interlocutores clavados en él y tragó saliva ante de continuar—: Sospechamos, de hecho, que debió de ser provocado.

Tihkoosue fue el primero en reaccionar, pasando en un instante del dolor a la ira.

—¿Estás diciendo que alguien le hizo esto intencionadamente a mi hija?!

Yuma también había escuchado la afirmación del sacerdote, pero le resultaba imposible pensar con claridad. Todo había sucedido tan deprisa, que ni siquiera había podido asimilar la definitiva marcha de Maralah.

A Mongwau le temblaron las rodillas. ¿Y si se acababa descubriendo su implicación en los hechos? Onawa no perdió la calma y apretó el brazo de su primogénito para insuflarle coraje y para recordarle con aquel sutil contacto que, si se ceñían al plan previsto, no tendrían nada que temer. Mongwau tomó una profunda bocanada de aire y, asumiendo sus recién estrenados galones de monarca, decidió hacerse sobre la marcha cargo de la situación. No en vano, de su inmediata actuación dependía que nadie pudiese relacionarle con el aborto de Maralah y su trágica muerte.

—Tihkoosue, confía en mí —declaró con firmeza—. No descansaré hasta descubrir al responsable de este imperdonable crimen. —Luego localizó a Uzumati en el perímetro de la plaza, y con un gesto de la mano le hizo venir—. Comunica a los centinelas que nadie podrá abandonar Ciudad Chaco hasta nueva orden, y después regresa de inmediato aquí. Voy a necesitarte.

Nootau había tenido la tentación de intervenir en el asunto, pero al comprobar la determinación con que su hijo se ocupaba del mismo, optó por hacerse a un lado.

Mongwau posó a continuación sus manos sobre los hombros de Yuma.

—Hermano, puedes estar seguro de que el responsable de este crimen no quedará sin castigo. Te lo juro. Pero tienes que ayudarme. Dime, ¿quién os sirvió hoy la comida a ti y a Maralah?

Yuma se había cubierto el rostro, tratando de ahogar el llanto tras sus manos temblorosas. Los sollozos le oprimían la garganta y sacudían todo su cuerpo. Mongwau se vio obligado a insistir.

—Hermano, sé lo difícil que este momento resulta para ti, pero tu colaboración es fundamental.

Mongwau le separó las manos de la cara para devolverle a la realidad. El llanto había hinchado los ojos de Yuma hasta dejarlos del tamaño de un huevo de serpiente.

—Fue Aiyana —contestó al fin—, pero ella no...

—Tranquilo —le interrumpió Mongwau—. Deja este asunto de mi cuenta.

Complacido con la respuesta de Yuma, se dirigió nuevamente al jefe de guerra, que ya había regresado de parlamentar con los centinelas. Tras ponerle al corriente de la situación, le ordenó hacer llamar a Aiyana, así como registrar la pequeña cámara que la joven esclava compartía con su madre en el perímetro de la plaza occidental. Uzumati asintió y se llevó consigo a dos guerreros para que le ayudasen con la tarea.

Ante la ausencia de novedades, varios dignatarios procedentes de la región de

Mesa Verde se acercaron al centro de la plaza para hablar con Tihkoosue. Al ver el revuelo que se había formado, exigían saber qué era lo que estaba pasando. Tanto Tihkoosue como Nootau sabían que la prudencia aconsejaba no desvelar todavía nada, al menos hasta que hubiesen podido sacar algo en claro pero, para su sorpresa, Mongwau volvió a tomar la palabra y no dudó en revelarles las sospechas existentes acerca de un aborto provocado y las pesquisas que ya se habían iniciado para hallar al presunto responsable de aquel inexplicable crimen.

Los rumores no tardaron en extenderse por toda la ciudad y la mayoría de los presentes se comenzaron a soliviantar, sobre todo los originarios de Mesa Verde, que se sentían especialmente ultrajados por lo ocurrido. La atmósfera de abatimiento que había reinado en la plaza hasta hacía escasos minutos dio rápidamente paso a un clima cargado de tensión y desconfianza, y los nobles alzaron sus voces para reclamar que se hiciera justicia.

Mongwau sonrió para sus adentros: había conseguido justo lo que quería.

Entonces, dos guerreros anasazi aparecieron arrastrando a Aiyana tras de sí. La joven esclava, convencida de que sería sometida a un concienzudo interrogatorio, estaba aterrada pese a no haber tenido nada que ver con lo ocurrido. Soyala, por su parte, había seguido a su hija y ahora la observaba a cierta distancia, terriblemente preocupada por el inesperado rumbo que tomaban los acontecimientos.

Mongwau, sin embargo, no tenía intención de realizarle pregunta alguna a la esclava. Es más, ni siquiera pretendía dejarla hablar pues, de lo contrario, no lo tendría fácil para explicar su propia participación en los hechos, al ordenar que fuese Aiyana y no Soyala la que sirviese aquella última comida de fatales consecuencias para Maralah. El corazón de Mongwau latía al doble de velocidad de lo normal. La clave para que el plan pergeñado por su madre tuviese éxito dependía de lo que sucediese en los próximos minutos.

Aiyana aguardaba con la cabeza gacha, tras haber buscado en vano la mirada de Yuma, que continuaba sumido en su propio pozo de oscuridad, muy lejos de allí. Tihkoosue se comenzaba a impacientar. ¿Para qué habían hecho llamar a la esclava si no pensaban hacerle ninguna pregunta? Mongwau entonces se apresuró a calmarle y le explicó que estaba esperando a reunir más datos relacionados con el suceso. Precisamente, escasos segundos después apareció Uzumati, que regresaba de cumplir el encargo recibido; su gesto denotaba una profunda gravedad.

—Lo hallé en el fondo del fardo donde la esclava guarda sus posesiones —dijo tendiéndole a Mongwau un saquito de cuero de cuyo interior asomaban algunas hierbas—. Saltaba a la vista que lo pretendía ocultar.

En su fuero interno, Mongwau suspiró aliviado y sintió que se quitaba un gran peso de encima. El hijo del mercader tolteca había cumplido con su parte del trato a la perfección.

El sacerdote sanador examinó las hierbas y su semblante comenzó a palidecer.

—Es ajea —constató—. De uso común para provocar abortos.

La revelación causó una enorme conmoción entre los presentes.

Aiyana se agitó entre los guerreros que la retenían y negó a voz en grito que las hierbas le pertenecieran.

—Hazla callar —ordenó Mongwau—. No vamos a perder el tiempo escuchando sus mentiras.

Uzumati obedeció y, agarrando a Aiyana desde atrás, le tapó la boca con la mano. Ahora Mongwau controlaba la situación a su antojo, tras haber creado hábilmente un escenario en el que todos los elementos jugaban a su favor. Los hechos hablaban por sí solos y se sucedían con tanta celeridad, que no daba tiempo a pensar ni a hacerse preguntas incómodas. Todo debía quedar resuelto aquel mismo día.

—¿Una esclava ha hecho esto?! —exclamó Tihkoosue fuera de sí.

Mongwau inclinó ligeramente la cabeza.

—Lo lamento —repuso—. En parte, lo sucedido también ha sido culpa mía. Aiyana es mi esclava personal y, pese a haber sido testigo de varios actos de rebeldía, no la corregí con la suficiente firmeza.

—Hijo, no te tortures —terció Nootau—. Nadie podía haber previsto un acto de semejante crueldad.

La noticia sobre la supuesta culpabilidad de la esclava se difundió rápidamente entre el gentío, despertando el deseo de venganza de buena parte de la población. Envalentonado por el cariz que habían tomado los acontecimientos, Mongwau se dispuso a pronunciar su primer discurso en público, de cuya locuacidad dependía que todo aquel asunto se resolviese a su favor.

El nuevo monarca alzó la voz y se dirigió a la multitud que se acumulaba en la circunferencia de la plaza y en los tejados de los edificios:

—En este día que debía haber sido de felicidad, todos hemos sufrido un duro golpe producto de la maldad y el odio de nuestros enemigos. Esta esclava hohokam —señaló a Aiyana estirando su brazo derecho— ha perpetrado un imperdonable crimen que pretendía desestabilizar nuestra recién adquirida unidad. —La plaza parecía haberse convertido en el escenario de una obra teatral, protagonizada por Mongwau y su familia—. Esta serpiente, a la que generosamente se le iba a conceder la libertad, lo había planeado todo para cometer el crimen y salirse con la suya. Mañana ya estaría lejos de aquí. Probablemente pretendía regresar a territorio hohokam convertida en una heroína, jactándose del mal que había causado a nuestro pueblo.

El discurso caló instantáneamente entre la audiencia. El odio común hacia el pueblo hohokam actuó como catalizador entre los presentes, con independencia de su región de origen o del estrato social al que pertenecieran. Los argumentos esgrimidos por Mongwau resultaban convincentes y ya nadie dudaba de la culpabilidad de la esclava. Para empezar, Mongwau había propuesto un móvil verosímil para el crimen. Pero es que además, Aiyana no solo había tenido la oportunidad de cometer el acto, sino que también había sido hallada una clara prueba incriminatoria entre sus

pertenencias.

La encolerizada muchedumbre comenzó a reclamar justicia.

Onawa no cabía en sí de satisfacción. Su hijo había sabido manejar una situación que muy fácilmente se le podía haber escapado de las manos, y su determinación le había hecho ganar enteros frente a su pueblo. Ahora tan solo le faltaba rematar su actuación con un golpe de efecto. Una decisión que marcara el inicio de su gobierno y que enviase un mensaje de advertencia a todos aquellos que estuviesen tentados de poner en cuestión su autoridad.

Onawa intercambió una imperceptible mirada con su hijo y asintió con la cabeza.

Mongwau le susurró algo al jefe de guerra y señaló el punto central de la plaza, del que apenas les separaban un puñado de metros. Uzumati derribó a Aiyana de un empujón y le asestó un puntapié cuando ya estaba en el suelo, dejándola sin aliento. Después de haber escuchado las mentiras que Mongwau había dicho sobre ella sin tener derecho a réplica, Aiyana se había rendido al llanto y al miedo.

Uzumati la agarró del pelo y la arrastró por la tierra dando traspiés. Mientras se retorció de dolor, Aiyana seguía sin creer que de estar a un solo día de obtener la libertad, había pasado a ser víctima de un ejemplarizante castigo.

Soyala no pudo soportarlo más. Echó a correr hacia Yuma para suplicarle que detuviese la injusticia que estaba a punto de cometerse y se plantó frente a él sumida en el desconsuelo.

—Yuma, por favor. Nada de lo que se ha dicho es cierto. Tú sabes mejor que nadie que Aiyana no haría nada que pudiese hacerte daño.

Pero Soyala advirtió enseguida lo baldío de su intento. Yuma tenía la mirada perdida y no parecía reparar en nada de lo que pasaba a su alrededor. El dolor que sentía por la repentina muerte de Maralah, a la que Yuma imaginaba en la *kiva* siendo sometida al ritual de expiración, le impedía ser plenamente consciente de los acontecimientos de que estaba siendo testigo.

—¡Yuma, por favor! —insistió Soyala rompiéndose la voz.

Entre tanto, Uzumati aguardaba la definitiva orden de Mongwau. El jefe de guerra, situado detrás de la joven esclava, la mantenía sujeta por la cintura con la mano izquierda, mientras con la derecha presionaba un puñal de obsidiana contra su cuello. Aiyana sentía el filo en la garganta y apenas se atrevía a moverse por miedo a clavársela accidentalmente. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y caían sobre la hoja del puñal, humedeciéndolo con cada gota.

Como Yuma seguía sin reaccionar, Soyala se arrojó entonces a los pies de Mongwau. Él se había convertido en su último recurso. La esclava apeló a la inocencia de Aiyana y le imploró por su vida. Sus palabras, casi ininteligibles, se intercalaban con incontenibles sollozos que le brotaban de la laringe y agonizaban en su boca. Soyala, que durante todo su alegato había mantenido la barbilla pegada al suelo, alzó la cabeza y osó mirar al nuevo monarca en un desesperado intento por despertar su compasión.

Mongwau apretó los labios formando una fina línea recta.

—Vuelve a mirarme a los ojos y te juro que será lo último que hagas. —Y le propinó a Soyala una patada con tanta fuerza, que le marcó la huella del mocasín en el rostro. A continuación hizo un gesto a Uzumati, para indicarle que procediese conforme a las instrucciones que instantes antes le había susurrado al oído.

El jefe de guerra había matado a numerosos enemigos a lo largo de incontables misiones defensivas e incursiones en territorio hostil. Sin embargo, quitarle la vida a sangre fría a una muchacha indefensa, una esclava a la que conocía desde niña, no era algo de lo que se sintiera orgulloso. Aquel acto no enaltecería su alma de guerrero en modo alguno. No obstante, Uzumati sabía que si le demostraba absoluta lealtad a Mongwau, este confiaría en él para que siguiese ocupando el cargo que ya venía desempeñando bajo el mando de su padre.

El silencio se había apoderado de la plaza. Miles de ciudadanos, con sus ojos clavados en Aiyana, aguardaban expectantes el desenlace de la situación.

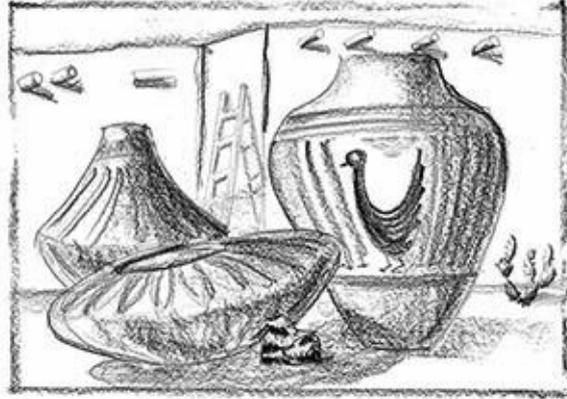
Uzumati obedeció la orden y hundió el puñal en la garganta de la muchacha, a la que degolló como si fuese un cervatillo. La sangre manó a borbotones y corrió lentamente por su pecho. Soyala rugió desde el suelo; su alarido rasgó el silencio y se propagó por plaza y azoteas. Mientras mantuvo la consciencia, Aiyana dedicó sus últimos instantes a imaginar su vida en libertad. Un sueño imposible que a punto había estado de acariciar con los dedos.

Uzumati culminó el profundo tajo que había cercenado el cuello de la chica y, tras soltarla, la observó desplomarse violentamente contra el suelo. Sus inconfundibles ojos almendrados se cerraban para siempre cuando aún no había cumplido los dieciséis años de edad. Entre los pliegues de su ajada ropa, asomó entonces un objeto que la esclava llevaba consigo: era la muñeca de junco que Yuma le había regalado, manchada ahora con la sangre de su dueña. El cuerpo de la muchacha, junto a sus escasas posesiones, sería arrojado al vertedero de la ciudad sin recibir una sola plegaria.

Mongwau esbozó una mueca de satisfacción. Aquella ejecución marcaría el inicio de su reinado.

TERCERA PARTE

KUSKURZA*



«Cada paso que des en la Tierra debe ser una plegaria. La fuerza de un alma pura y buena está en el corazón de cada persona y crecerá como una semilla cuando camines de forma sagrada. Y si cada paso que das es una plegaria, entonces caminarás siempre de forma sagrada».

Sabiduría popular de los nativos americanos.

** Su significado, hoy desconocido, se perdió con el tiempo.*

Habían pasado más de dos años desde el sacrificio de Edahi en el templo azteca y para mí nada había cambiado. Mi vida como esclavo en la cantera se reducía a sobrevivir un día tras otro, sin más horizonte que contemplar cada mañana un nuevo amanecer. Yo lo consideraba un logro del que sentirme orgulloso. La mayoría de los cautivos se quedaba en el camino, más pronto que tarde. Algunos enfermaban y otros caían desfallecidos, superados por el extenuante trabajo y las penosas condiciones de vida que habíamos de padecer. También fui testigo de algunos intentos de fuga, todos ellos condenados al fracaso.

Y siempre que se llevaban a alguien de allí, lo reemplazaban por una cara nueva en un interminable ciclo que parecía infinito.

Por aquellas fechas, no obstante, existía cierto nerviosismo entre los guardianes aztecas, debido a las recientes informaciones que situaban en tierra a aquellos extraños forasteros venidos del otro lado del mar.

Tupac también había sobrevivido a la crueldad de la cantera. Nos habíamos hecho inseparables y muy buenos amigos. El constante apoyo que nos prestábamos el uno al otro había resultado vital para prolongar nuestra supervivencia. Ambos éramos, de hecho, los más veteranos del lugar, junto a un grupo de tlaxcaltecas cuya capacidad de resistencia había quedado también fuera de toda duda. Desde luego, no fueron pocos los momentos en que me hubiese rendido, vencido por la desesperanza y la fatiga, pero siempre encontraba un motivo para no dejar de luchar: el recuerdo de mi añorada familia, evitar a toda costa morir sacrificado en un templo azteca, o la misión que me había llevado hasta allí. Así era, todavía soñaba con pedirle ayuda al emperador Moctezuma para construir el acueducto.

Atrás quedó la época en que parecía haberle caído simpático al capataz, por contar entre sus esclavos con un habitante procedente de tierras tan remotas. Con el tiempo se hartó de mi cara y ya no me miraba de manera distinta a los demás. Al parecer, a mi llegada había apostado con los guardias que yo no duraría ni seis meses, y mi estancia en la cantera ya superaba más de tres años en total. Con todo, yo procuraba pasar desapercibido, e intentaba no darle motivos para que me diese a probar su látigo.

En nuestro fuero interno, tanto Tupac como yo albergábamos la esperanza de ver nuestro esfuerzo recompensado, de que algún día nos liberasen o sucediese algún tipo de acontecimiento fuera de lo común que nos permitiese salir de allí...

... Hasta que un día la suerte me volvió definitivamente la espalda.

Fue un accidente fortuito frente al que no pude hacer nada. Un esclavo cargaba con un sillar probablemente demasiado pesado para él, cuando le fallaron las fuerzas justo en el momento en que pasaba por mi lado. La mala fortuna quiso que la piedra se estrellase contra mi pie, causándome una inevitable lesión de la que antes o

después me recuperaría, pero que durante al menos unos días me imposibilitaría caminar.

El capataz acudió hasta donde me encontraba y, tras un rápido vistazo, supo tan bien como yo que mi suerte estaba echada.

—Anasazi, por fin ha llegado tu hora —dijo con una sonrisa cargada de satisfacción.

Dos guardias me tomaron por los brazos y me arrastraron fuera de la cantera, como tantas veces había visto hacer con otros antes de mí. No pude evitar llorar mientras me sacaban de allí. Lloré de pura rabia. Después de tanto como había luchado, y acababa perdiendo la batalla de una forma tan injusta. Vislumbré la tristeza en los ojos de Tupac, que me siguió con la mirada incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrir. El valiente totonaca tendría que seguir ahora sobreviviendo por su cuenta.

Al llegar al asentamiento azteca me encerraron en una jaula de madera, y para mi sorpresa, comenzaron a servirme abundantes y opíparas comidas, cuya existencia hasta la fecha ni siquiera había podido concebir. También se ocuparon de sanar mi maltrecho pie, lo que contribuyó a acrecentar más todavía mi confusión. Entonces, un sacerdote azteca me explicó por qué actuaban así. Pensaban ofrecermelo en sacrificio a *Huitzilopochtli*, y como tal ofrenda que era, tenía que hallarme en las mejores condiciones posibles para complacer a su dios. ¡Qué gran ironía encontré en aquel comportamiento! Los aztecas me trataban con respeto por vez primera, solo como paso previo a quitarme la vida de la forma más cruel.

El sacerdote trató de convencerme de que mi entrega al dios *Huitzilopochtli* debía constituir un motivo de orgullo para mí. Me instaba, por tanto, a colaborar en el desarrollo de la ceremonia, danzando durante el desfile previo al sacrificio, y evitando oponer resistencia cuando llegásemos al templo, momento en que el pánico solía atenazar a la mayoría de las víctimas.

Por toda respuesta le escupí a través de los barrotes. El sacerdote me miró furioso y se marchó por donde había venido, sabiendo que no tenía la menor oportunidad de poderme convencer. A partir de ese momento, noté un sabor raro en ciertos alimentos, lo que me llevó a sospechar que habían comenzado a drogarme para someter mi voluntad el día de la ceremonia. Yo no me dejé engañar y evité las comidas que habían manipulado con hongos y plantas alucinógenas, aunque a veces dudaba si evadirme al mundo que me rodeaba no sería en realidad la mejor salida para mí.

Conté los días que pasaban, y en una semana consideraron que ya estaba listo para morir. Mi desdichada aventura en tierras aztecas estaba a punto de tocar a su fin.

Al caer la tarde, un sacerdote me sacó de la jaula y me colocó en la cabeza un penacho de plumas de colibrí. Me encontraba rodeado de guerreros aztecas estratégicamente situados para evitar que pudiese huir saliendo a la carrera. Al mirar a mi alrededor, enseguida advertí que yo no era la única víctima a la que pensaban

sacrificar aquel día. Un muchacho más joven que yo, cuya cara no me sonaba de la cantera, también sería entregado al terrible *Huitzilopochtli*.

Comenzó el desfile bajo una gran algarabía. Di los primeros pasos y noté mi pie bastante restablecido, aunque todavía sufría una leve cojera. La otra víctima avanzaba unos metros por delante de mí, y por su forma compulsiva de danzar, parecía que se había entregado completamente a la ceremonia. Solo cuando tuve sus ojos a la vista advertí que tenía las pupilas dilatadas y la mirada perdida, como consecuencia de las drogas que le habían hecho ingerir. Yo, por el contrario, me movía con rigidez, y los sacerdotes no dejaban de atosigarme para que honrara a sus dioses como era debido.

Conforme nos acercábamos a la pirámide situada en el centro del complejo, me di cuenta de que el ambiente era el mismo que había rodeado al sacrificio de Edahi. La música estridente de tambores y panderos, el rugido de la muchedumbre agolpada en calles y azoteas, y el humo del copal elevándose por encima del templo.

Cuando llegamos a la pirámide, comencé a temblar de manera incontrolada. Ascendí por la escalinata muerto de miedo, orando en silencio a los *kachinas* que tan lejos se encontraban de allí, mientras los sacerdotes me empujaban e insultaban debido a mi actitud. El sol todavía no se había puesto y nos cubría con una luz dorada semejante a las brasas de una hoguera.

Primero tendieron a la otra víctima sobre la piedra de sacrificios, por lo que interiormente agradecí poder contar con unos pocos minutos más de vida. Cerré los ojos y rehusé contemplar el sangriento ritual del que estaba a punto de convertirme protagonista. Mientras le arrancaban el corazón, los alaridos de aquel pobre desgraciado taladraban mis oídos y me retumbaban en la cabeza. Las piernas me temblaban y mis manos sudaban a chorros. Mi turno estaba cada vez más cerca.

De repente, unas alarmantes voces procedentes del fondo de la calzada principal interrumpieron bruscamente la ceremonia. Sacerdotes, guerreros y populacho se giraron al unísono hacia el lugar de donde procedían aquellos gritos. Yo mismo les imité desde la privilegiada posición que me procuraba la cúspide de la pirámide, y reconocí a dos habituales guardianes de la cantera correr atropelladamente hacia allí. Al principio no pude comprender lo que decían, pero segundos después todos los presentes nos dimos perfecta cuenta de lo que nos pretendían advertir: los enviados a los que se refería la profecía de Quetzalcóatl acababan de irrumpir en el asentamiento azteca.

Aparecieron doblando una calle, marcando un fuerte ritmo y destilando autoridad como si el lugar les perteneciera. Efectivamente, eran hombres blancos y barbados, tal y como habían sido descritos por los vigías que habían tenido la ocasión de verlos con anterioridad. Enfundados en relucientes armaduras y tocados con cascos de metal, sus siluetas arrancaban destellos de plata a los últimos rayos de sol.

Al principio quedé impresionado, pero más tarde descubrí que aquellos hombres no eran quienes los aztecas creían, sino conquistadores españoles que venían de tierras que existían más allá del inmenso Mar del Este.

Eran como treinta, y no se detuvieron hasta que llegaron al pie de la pirámide. El que parecía ser el cabecilla dio un paso al frente e inició un breve discurso en tono enérgico y decidido. Hablaba una lengua extraña, como si ladrara o escupiera las palabras. Entonces, una indígena que le acompañaba tradujo su perorata al *náhuatl*. El capitán español, según afirmó, exigía hablar con el cacique del pueblo.

Las cabezas se volvieron hacia un hombre obeso que, envuelto en una suntuosa túnica bordada, necesitó varios segundos para reaccionar. El cacique se abrió paso entre el gentío y, muy solemnemente, presentó sus respetos al susodicho capitán, que dijo llamarse Hernán Cortés. El capitán retomó la palabra y no se anduvo con rodeos para exigir que pusieran de inmediato fin a aquel macabro rito. Al parecer, los españoles ya sabían de aquellos rituales en los cuales se llevaban a cabo sacrificios humanos, práctica que calificaban de salvaje y primitiva. El cacique dudó un instante antes de atender la demanda de Cortés. Y tras cruzar una mirada con el sumo sacerdote, accedió de mala gana.

La siguiente petición del capitán español causó, si cabe, una controversia aún mayor. Los visitantes exigían la destrucción de los ídolos aztecas, que ellos consideraban dioses paganos carentes de valor alguno.

Como no podía ser de otra manera, se armó un gran revuelo entre el gentío. Los sacerdotes, llenos de indignación, protestaron entre gritos y teatrales aspavientos. Una cosa era suspender la ceremonia, y otra muy distinta volverse contra *Huitzilopochtli*, Tlaloc y el resto de los dioses que conformaban su temido credo. Los aztecas argumentaron que sus deidades les proporcionaban la lluvia, las cosechas, y permitían que el día sucediese a la noche en un ciclo imperecedero. Además, si hiciesen lo que Cortés pretendía, sus dioses se enojarían y les castigarían sin el menor atisbo de piedad.

Mientras el debate subía de tono, un nuevo personaje que hasta el momento había permanecido en un segundo plano apareció en escena. Se trataba del único español entre los presentes que, en lugar de armadura vestía una sotana gris. El franciscano se inclinó sobre el capitán y le susurró algo al oído, y a renglón seguido, este reiteró su exigencia con idéntica o mayor exaltación.

La tensión creció hasta límites insoportables. Los aztecas no estaban dispuestos a dar su brazo a torcer, y uno de sus guerreros más beligerantes alzó su lanza en un gesto claramente amenazador. Los españoles reaccionaron con contundencia y rapidez. Uno de ellos atravesó el vientre del guerrero rebelde, utilizando para ello un cuchillo largo y afilado hecho de metal. El propio Cortés, antes de que se descontrolase la situación, desenfundó velozmente su espada y la apoyó en la garganta del asombrado cacique.

El capitán español le aseguró que no habría más derramamiento de sangre, siempre y cuando cumplieren con sus exigencias.

El temor que infundían en el cacique los visitantes extranjeros era equiparable al que le provocaban sus propios dioses, a los que tampoco se atrevía a profanar. A sus

ojos, cualquiera de las dos alternativas le conduciría directamente a la perdición. Por fin, y casi sin tiempo para pensar, el cacique ofreció la salida menos gravosa posible: ellos no tocarían a sus dioses, pero tampoco interferirían si otros pretendían hacerlo. Aquello le bastó a Cortés para proceder conforme a sus deseos.

Los hombres de Cortés se pusieron en marcha y subieron la escalinata de la pirámide. Segundos después, los ídolos de barro y las imágenes de piedra rodaban escaleras abajo, haciéndose añicos en el suelo y reventando en mil pedazos. Los aztecas contemplaron el espectáculo horrorizados, y se encogieron como niños pequeños, temerosos de que se escindiera el cielo y les fulminase con un rayo, o bien de que el suelo se abriese bajo sus pies como consecuencia de un terremoto. Sin embargo, y para su sorpresa, no ocurrió absolutamente nada.

Los españoles retiraron varias hileras de cráneos humanos que adornaban el templo, y remataron el trabajo de destrucción de los ídolos paganos a golpe de martillazo. Y para que no quedara ni rastro de aquel diabólico culto sangriento, con los fragmentos sobrantes formaron una gran hoguera.

Pero la intromisión de los españoles no terminó ni mucho menos ahí, y a continuación se pusieron manos a la obra para realizar una profunda transformación del templo. Barrieron el interior de la estancia, limpiaron toda la sangre reseca que había adherida a las paredes, lo blanquearon todo con cal y sahumaron el pabellón con incienso de copal. Por último, utilizaron la piedra de sacrificios como altar, donde erigieron una cruz de madera que Cortés había hecho fabricar, y colocaron también la estatua de una mujer a la que llamaban Virgen María, que rodearon de recipientes llenos de flores frescas.

Los aztecas estaban perplejos. Acostumbrados a dioses despóticos y fieros, aquellas gentes, en cambio, adoraban a unas deidades pacíficas y de apariencia inofensiva.

Yo veía igual de extraños tanto a los dioses aztecas como a los españoles. Y a pesar del tiempo que llevaba alejado de mi tierra, los benditos *kachinas* lo seguían siendo todo para mí. De cualquier manera, aproveché el desconcierto que se había organizado para distanciarme de mis captores, sin abandonar del todo aquel sitio.

Mientras esto ocurría, el cacique había ordenado a algunos de los suyos que le trajesen los objetos más valiosos que guardaban en el pueblo y, con la máxima dignidad que pudo reunir, le ofreció al cabecilla extranjero todo cuanto poseían, con la condición de que se marchasen de allí. El botín tan solo ascendía a un puñado de joyas de oro de escaso valor, pero Cortés le aseguró que se marcharía si le decía dónde podía encontrar algo parecido a aquello, pero en cantidad mucho mayor. El cacique no lo dudó y le habló abiertamente tanto de Moctezuma como de Tenochtitlan. El capitán español tomó buena nota y ordenó a sus hombres dar media vuelta.

Yo aún me sentía consternado, y todavía no había asimilado haberme librado de la muerte en el último momento. Suspiré bien hondo y me escabullí a toda prisa del

asentamiento azteca, antes de que notasen mi ausencia y fuesen de nuevo a por mí. Pero como no tenía dónde ir, decidí seguir a los españoles, convencido de que en aquellas circunstancias no disponía de una opción mejor.

Les seguí a cierta distancia, para que no se dieran cuenta de mi presencia en las inmediaciones. La noche se había abatido sobre la selva y yo me sentía protegido bajo su manto de oscuridad. El fulgor de la luna me ofrecía la suficiente visibilidad como para no perderles de vista, y al mismo tiempo, para saber dónde poner los pies.

Tras cubrir un largo trayecto, los españoles llegaron por fin al lugar donde previamente se habían establecido. Me oculté detrás de un árbol y observé con curiosidad todo lo que hacían. Lo primero que advertí fue que el grupo que había irrumpido en el asentamiento azteca constituía tan solo una avanzadilla. El grueso de la expedición aguardaba en un gran campamento, formado por cobertizos contruidos con ramas de palmera y paños para reforzar el techo. Los españoles habían aprendido rápido cómo protegerse del bochornoso calor que imperaba durante el día. Se habían instalado a la vera de un río, en cuyas orillas descansaban varios botes. Las enormes barcas con las que habían cruzado el océano se hallaban ancladas río abajo, en una caleta que hacía de refugio natural.

De súbito, sentí el frío metal de una espada en mi nuca, y cuando me di la vuelta, me encontré cara a cara con uno de aquellos feroces extranjeros. Después de todo, no había sido tan sigiloso como yo creía. No moví un solo músculo mientras contemplaba al hombre que me había acorralado. Lo recordaba bien del asalto al templo azteca, principalmente debido a su llamativo cabello, similar al color del sol. Más tarde sabría que se llamaba Pedro de Alvarado y que era uno de los lugartenientes de Cortés.

Como no di muestra alguna de hostilidad, el español me indicó por gestos que caminase en dirección al campamento. Allí me introdujeron en una choza y me hicieron esperar un largo rato, durante el que un millón de cosas me pasaron por la cabeza. ¿Qué sería de mí? ¿Qué harían conmigo los españoles? Por fin reapareció el mismo soldado que me había descubierto, acompañado por la indígena que había hecho de intérprete en la población azteca. Poder comunicarme con ella me supuso un tremendo alivio.

Malintzin, que así se llamaba la mujer, quiso saber si yo era un espía de alguna tribu de la zona. Al parecer, aquella y no otra constituía la principal preocupación de Pedro de Alvarado. Sin embargo, tan pronto le conté brevemente mi historia, el conquistador español respiró mucho más tranquilo. Las cicatrices y señales que recorrían todo mi cuerpo certificaban que yo no mentía, y que había sido realmente una víctima más de los aztecas. Y en cuanto Pedro de Alvarado supo de mi experiencia como porteador, me dio la oportunidad de unirme a su expedición junto a los indios cubanos y a los negros de origen africano que les acompañaban en calidad de criados y auxiliares de tropa.

Acepté de inmediato. En territorio azteca yo era un completo extraño, casi tanto como los propios españoles, y no había un solo lugar que pudiese considerar seguro. Así, al menos, me garantizaba por el momento cierta protección y un plato de comida con que saciar todos los días el apetito. En todo caso, yo no perdía de vista mi objetivo principal, que no era otro que llegar a Tenochtitlan y encontrarme con Moctezuma.

A la mañana siguiente, un grupo de exploradores se internó en un área pantanosa para inspeccionar el terreno que había más al sur, dando al poco tiempo con un numeroso contingente de guerreros preparados para la lucha. Eran chontales de origen maya. Cortés trató de poner calma y les comunicó que venía en son de paz y que tan solo pretendía comerciar con ellos. Los indígenas se dieron por enterados y replicaron que deliberarían con sus caciques, y que al día siguiente les darían una respuesta.

Yo aproveché aquel día —y otros sucesivos— para aprender tanto como me fue posible sobre los españoles, llegando a adquirir un gran conocimiento acerca de su mentalidad y sus andanzas en tierras aztecas. Entre otras cosas, supe que los navíos que algunos guardias de la cantera habían avistado en la costa dos años atrás pertenecían a una expedición anterior comandada por Francisco Hernández de Córdoba que no llegó muy lejos.

También me familiaricé un poco con las asombrosas armas que poseían los españoles, y que tanto se diferenciaban de las propias de los indígenas. Además de la espada, los españoles manejaban una especie de arco bastante más sofisticado, al que denominaban ballesta, cuya potencia de disparo era mucho más letal. También hacían uso de unos palos de madera llamados arcabuces, capaces de causar un gran daño desde una significativa distancia, aunque yo todavía no comprendía cómo podía suceder tal cosa. Por último, los cañones funcionaban como los palos, pero eran mucho más grandes y más pesados, y su capacidad de destrucción era también mucho mayor. Yo me comunicaba con los que allí había a través de los gestos, excepto con Malintzin, con la que pude mantener más de una reveladora conversación.

A pesar de la tregua, durante la noche se dieron ciertos enfrentamientos puntuales con los indígenas, por lo que se deducía que la batalla sería inevitable. Por la mañana, el hombre de la sotana ofreció una ceremonia de culto a su dios, que se llevó a cabo con gran solemnidad. Después, Cortés emprendió la marcha liderando su tropa, hasta que enseguida se topó con los indígenas alineados al otro lado de un cenagal. Eran miles frente tan solo unos cientos. Los españoles fueron recibidos con un ensordecedor griterío, al que le siguió una lluvia de piedras, lanzas y flechas.

Cortés no se arredró y ordenó el ataque de su ejército. Los españoles combatían de forma organizada y obedecían una serie de tácticas que ejecutaban de memoria. En

los flancos se situaban ballesteros y arcabuceros, los cuales recargaban tras cada andanada de disparos, mientras eran protegidos en el proceso por piqueros y espadachines, situados en el centro de la formación. Los cañones, que se emplazaban en las esquinas, causaban un efecto devastador.

En medio de todo aquel caos, yo me sentía un espectador de privilegio, apostado en la retaguardia y suministrando munición cuando era preciso.

Aunque los indígenas luchaban con arrojo, lo hacían de forma desordenada y eran incapaces de hacer valer su manifiesta superioridad numérica. Las detonaciones de cañones y arcabuces les sonaban como truenos, y al comprobar que algunos de los suyos caían al suelo sin motivo aparente, pero heridos de muerte, comenzaban a retroceder tremendamente asustados.

Los españoles fueron ganando terreno hasta que finalmente pusieron en fuga a los esforzados indígenas, que abandonaron su pueblo y se ocultaron en los bosques cercanos. Cortés y sus hombres ocuparon la ciudad y, reunidos en la plaza central tomaron oficialmente posesión de aquel lugar en nombre de los reyes de España. El balance de la batalla para el bando ganador se saldó tan solo con unos pocos heridos.

Pero los indígenas se resistían a aceptar su derrota, y al día siguiente se reagruparon tras haber recabado la ayuda de las ciudades vecinas que integraban aquella confederación. Esta vez, la nueva batalla tendría lugar en campo abierto. El ejército español contempló a los indígenas situados en el linde de un maizal, y el temor se instaló entre sus filas. Ya no eran miles como en el día anterior, sino decenas de miles. La lucha prometía ser encarnizada.

Los indígenas arrojaban su habitual lluvia de flechas y demás proyectiles, y después arremetían en constantes movimientos de avance y retroceso. Los españoles lo estaban pasando mal y a duras penas aguantaban el envite de sus innumerables acometidas. Sin embargo, Cortés se reservaba un recurso especial del que no había tenido que echar mano todavía: el caballo. El capitán había hecho descender su arma secreta de los navíos la jornada anterior, y yo mismo me estremecí nada más ver a aquellos poderosos animales, desconocidos en esa parte del mundo.

Cuando se produjo la intervención de la caballería, cambió de inmediato el curso de la contienda. La mera visión de aquellos seres monstruosos provocó el terror entre los indígenas, que tomaron jinete y caballo por una sola criatura. Algunos guerreros se subían a los árboles y otros huían espantados. Los jinetes acometían contra los indígenas y los lanceaban sin piedad. Ni siquiera los que se jactaban de su rapidez podían escapar a la velocidad de los equinos.

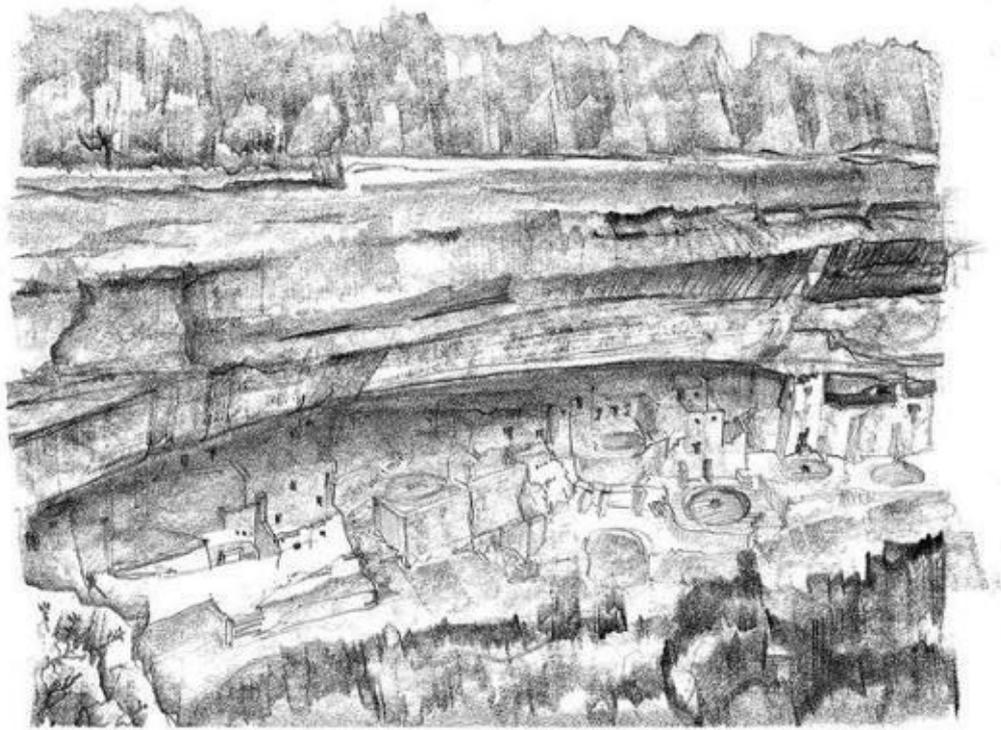
Los españoles obtuvieron una victoria aplastante. Además, hicieron algunos prisioneros, a quienes Cortés les reiteró que él solo quería la paz, dejándoles marchar tras hacerles entrega de un puñado de baratijas. A la mañana siguiente aparecieron un grupo de caciques que aceptaban la derrota en nombre de su pueblo. Les traían a los españoles un gran número de tortillas y aves cocidas, y les pidieron permiso para sepultar a sus muertos. Cortés agradeció el gesto, pero aún les realizó una nueva

petición que los indígenas no dudaron en satisfacer aquella misma tarde, cuando le hicieron entrega de todo el oro que tenían en forma de máscaras, joyas y esculturas.

Cortés quiso saber dónde podía encontrar más, y de nuevo le remitieron al todopoderoso Moctezuma y la grandiosa Tenochtitlan, situada al oeste de allí. Finalmente, y antes de reemprender su camino, los españoles levantaron una cruz de madera en mitad del pueblo, a la que mandaron reverenciar y mantener siempre rodeada de flores.

A aquellas alturas yo ya tenía muy claro que aquello que los españoles más ambicionaban eran el oro y las joyas. Y para obtener sus ansiadas riquezas, Cortés ya había puesto de manifiesto su voluntad de llegar hasta el mismo corazón de México si fuera preciso. Aquello me devolvió las esperanzas. Mi destino, aunque por motivos bien distintos, era exactamente el mismo, y ahora podía servirme de los españoles para llegar hasta él. Había algo, no obstante, que me preocupaba sobremanera. ¿Cómo pensaba Cortés hacerse con el gran tesoro de Moctezuma con tan solo quinientos hombres a su disposición? Por muy bien armados que estuviesen, el emperador azteca contaba con cientos de miles de guerreros, y una orden suya bastaría para barrer a los invasores de sus tierras.

Los españoles, me dije, no tenían la menor oportunidad de vencer si se enfrentaban al temible imperio azteca.



Ciudad Palacio Acanalado. Región de Mesa Verde.

CAPÍTULO 1

Siglo XII

Yuma contempló su obra dibujada al abrigo rocoso del cañón y decidió que aún precisaba de algunos retoques.

Habían transcurrido cinco años desde que Mongwau subiese al poder, durante los cuales la situación de la nación anasazi no solo no había mejorado, sino que había ido de mal en peor. El problema principal lo seguía constituyendo la sequía. La escasez de lluvias continuaba cebándose con la región y las cosechas se arruinaban una temporada tras otra. La caza mayor había desaparecido definitivamente de los bosques cercanos y la habitual captura de ciervos y venados se sustituyó por batidas de ratones y liebres. No obstante, la puesta en marcha de la agricultura de irrigación había proporcionado esperanzadores resultados y las cosechas obtenidas por este medio habían librado a la población de sucumbir a la hambruna. La iniciativa impulsada por Yuma recibió el respaldo del maestro constructor de Ciudad Palacio Acantilado, y también el de su homónimo de Ciudad Chaco, que se unió al proyecto tan pronto concluyó la edificación de las torres vigía. Se construyeron canales de riego, campos en terraza, presas y diques, y otros mecanismos de regulación del agua que permitieron a los campesinos mejorar ostensiblemente los resultados agrícolas.

A aquella hora de la tarde el sol aún señoreaba en el cielo y el eco de su resplandor se reflejaba en planicies y mesetas, transformando las áridas tierras en un desierto bañado de oro gris. Yuma contempló de nuevo su obra y se dio por satisfecho. Por último, dejó grabadas las huellas de sus manos a modo de rúbrica y después se las limpió en un paño de ante. Salvo un puñado de higos chumbos, Yuma no había comido nada en todo el día, y a sus veintidós años se encontraba más delgado que nunca.

Tras la muerte de Maralah, Yuma se sumió en una profunda depresión que le llevó a aislarse del mundo exterior y a vagar en solitario por la región, dedicado a pintar en las paredes de los acantilados, en las cuevas y en los cantos rodados situados en lo alto de las mesas. En algunas ocasiones dibujaba escenas de caza y de baile, y en otras se atrevía con la representación de los espíritus *kachinas*, así como del dios de la fertilidad. Excepcionalmente, y para pintar en la pared de un precipicio, Yuma no había dudado en deslizarse mediante cuerdas y realizar su obra colgado en el vacío. Pero la pintura no había constituido el único refugio de Yuma, quien para sentirse más cerca de Maralah, había puesto todo su empeño en aprender a tocar la flauta con la ayuda ocasional de un sacerdote músico.

Con todo, el estado depresivo en el que se encontraba Yuma no solo se debía a la trágica pérdida de Maralah, sino también a la de su propio padre Nootau, que un año

después que ella había emprendido su último viaje tras una larga lucha contra su enfermedad. Yuma no se había sentido tan solo en toda su vida. Únicamente Bayou, al que cada vez le unía un mayor vínculo afectivo, se había preocupado por él, si bien no le había dedicado el tiempo suficiente, centrado como estaba en su labor de sacerdote.

Los demás miembros de su familia actuaban como si Yuma no existiese. Su madre no había intentado consolarle, pese a que Yuma, sin necesidad de despegar los labios, se lo había pedido a gritos. La actitud de Onawa hacia el menor de sus hijos no había variado un ápice, y ni siquiera en los momentos más adversos le había dedicado un solo gesto de afecto, como tampoco lo había hecho a lo largo de toda su vida. Y por lo que a Mongwau se refería, su relación con Yuma seguía marcada por las continuas desavenencias entre ambos, y desde que ostentase el cargo de monarca, el mayor de sus hermanos se había limitado a ignorarle, importándole muy poco lo que fuese de él.

Yuma rebuscó en su fardo y sacó la hermosa flauta que había pertenecido a Maralah y que había decidido quedarse como recuerdo. Después se apoyó en la pared del acantilado y le arrancó al instrumento de hueso una lánguida melodía que se elevó por encima del cerro junto al vaho de la mañana. Una lágrima rebotó de su ojo derecho y le rodó por la mejilla.

Yuma tampoco contaba ya con el cariño de una de las personas que más le habían querido: Soyala. La esclava hohokam seguía cumpliendo sus funciones, pero desde lo ocurrido con Aiyana, la comunicación entre ambos se había tornado nula y ya nada había vuelto a ser igual. En realidad, cuanto más pensaba Yuma en el terrible crimen de que Maralah había sido víctima, más cuenta se daba del poco sentido que tenía que Aiyana hubiese sido su autora. Sin embargo, tampoco podía ignorar las pruebas que apuntaban en su contra. Yuma lamentaba ahora no haber hecho nada por evitar que degollaran a Aiyana delante de su madre y de toda la ciudad, sin ni siquiera haber hablado antes con ella.

Y Soyala no se lo perdonaría jamás.

Yuma dejó la flauta a un lado y se incorporó para emprender el regreso a la ciudad. Su capa se hinchó bajo la brisa que soplaba desde los acantilados del cañón. Se echó el fardo al hombro y enfiló el camino principal. La soledad, el silencio y los recuerdos se habían convertido desde hacía varios años en sus inseparables compañeros de viaje.

Al cabo de un rato, una vaporosa silueta se materializó en el horizonte: un hombre ataviado con taparrabos avanzaba a grandes zancadas, sorteando piedras y arbustos. Solo cuando estuvo más cerca, Yuma fue capaz de reconocerle. Se trataba de Enapay, el campesino de la aldea Fuego Azul que conocía desde niño. La última vez que le había visto, Yuma recibió la felicitación del campesino debido al importante papel que Yuma había jugado en la puesta en marcha del proyecto de irrigación. Y de eso

hacía ya varios años.

Enapay esbozó una amplia sonrisa y abrazó a Yuma con efusividad. Pese al tiempo que Yuma llevaba alejado de todo, el pueblo le seguía teniendo en gran estima. Artistas, artesanos, campesinos... ninguno de ellos había podido olvidar las incontables horas de trabajo compartidas junto al hijo menor del monarca, como si este hubiese sido uno de ellos.

Enapay y Yuma intercambiaron saludos.

—Llevo el día entero tratando de dar contigo —reveló el campesino—. No habría venido si no fuese importante. Te necesitamos.

Yuma se dio cuenta de que, a pesar de su prolongada ausencia, el pueblo aún conservaba su fe en él. Con todo, Enapay recibió por toda respuesta un silencio escurridizo.

—Tan solo te pido que me acompañes y veas algo con tus propios ojos —insistió.

Yuma trató de resistirse, hasta que advirtió la honda preocupación que se reflejaba en el rostro del campesino.

—Está bien —aceptó—, pero te equivocas de persona, Enapay. Yo ya no soy el mismo que fui.

Enapay prefirió guardar silencio y se limitó a guiar a Yuma al lugar donde pretendía ir. Aunque era un largo trayecto, Yuma ya se había acostumbrado a deambular por aquellas tierras semidesérticas sin más compañía que sus pensamientos y sus escasos deseos de vivir. No mucho tiempo después, Yuma se dio cuenta de que se dirigían hacia el Otero del Condenado.

Los campos de cultivo, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, se desplegaban en torno a una extensa red de acequias y canales que se nutría del agua del río. Sin embargo, el desolador aspecto de las cosechas puso en alerta inmediatamente a Yuma. Algo no andaba bien. ¿Por qué aquella temporada las cosechas se habían marchitado pese a los mecanismos de control y distribución contruidos, y su eficacia demostrada hasta la fecha?

Enapay condujo a Yuma al interior de los campos de maíz y le mostró el estado de las anchas acequias.

—Los canales han sufrido una profunda erosión, en gran parte debido a un proceso natural de desgaste, pero también como consecuencia de unas fuertes tormentas que vertieron grandes cantidades de agua de forma repentina, y cuyas corrientes excavaron aún más el fondo de las acequias.

Yuma comprendió enseguida la naturaleza del problema. La erosión había provocado que el nivel del agua que los canales arrastraban quedase por debajo del nivel del campo, haciendo automáticamente imposible el riego de las cosechas.

—El problema no es tan acusado en Mesa Verde, pero en la región del Cañón del Chaco todo el sistema de canales se encuentra en una situación similar.

Yuma sabía lo que aquello significaba. La agricultura de secano hacía tiempo que ya no daba sus frutos, y la sequía había hecho descender el nivel de la capa freática,

inutilizando la agricultura que se realizaba en los lechos de los cañones. Y ahora, para colmo, tampoco servían las innovaciones implantadas hacía tan solo unos años, que posibilitaban la irrigación de los campos como nunca antes se había conocido. La conclusión era evidente: con el exiguo índice de pluviosidad existente la agricultura en el cañón resultaba impracticable, y de ningún modo las actuales condiciones permitían producir lo suficiente como para alimentar a toda la población.

—Este invierno el pueblo pasará hambre —terció Enapay—. Muchos morirán...

Una sombra de angustia cubrió el rostro de Yuma. Enapay no era de los que solían exagerar.

—Lo siento, pero no puedo expresarlo de otra manera —añadió el campesino—. Esa es la verdad.

—¿Lo sabe mi hermano? —inquirió Yuma.

—Los funcionarios de Ciudad Chaco están al corriente de la situación y hemos solicitado que para aliviar nuestra carga se nos libre de pagar el tributo. Pero, o bien al monarca no le importa en absoluto, o si lo hace, no parece comprender la gravedad de la situación.

Conforme su presencia se fue haciendo notar, los campesinos de las inmediaciones se fueron congregando en torno a Yuma. En sus miradas se adivinaba un destello de esperanza por el mero hecho de volver a verle allí.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Yuma se sentía insignificante tras llevar tanto tiempo al margen de todo cuanto sucedía en la región.

—Habla con el monarca.

Yuma negó con la cabeza.

—Mongwau no me escuchará. Nunca lo ha hecho.

—Tienes que intentarlo —le imploró Enapay—. Debes volver al camino por el que siempre has conducido tu vida y del que nunca te debiste apartar.

La confusión asomó a los ojos de Yuma. ¿De qué camino hablaba Enapay? Pero entonces recordó lo que un hombre sencillo, pero muy sabio, le había contado una vez. Que de los diferentes caminos que el Gran Espíritu había creado, el más difícil de seguir, pero el que más poder tenía, era el que se hallaba oculto en el fondo del propio corazón de uno.

Yuma, azorado, esquivó la mirada del campesino.

—Mi corazón está hecho pedazos —murmuró.

Enapay estiró el brazo y situó su mano abierta sobre el pecho de Yuma.

—Por eso deberías recomponerlo, para que pueda volver a indicarte el camino a seguir.

Mongwau aguardaba en una de las *kivas* situadas en el extremo septentrional de la ciudad, lugar designado para celebrar una importante reunión. No todas las *kivas* de

la treintena que sembraban Ciudad Chaco se destinaban a fines puramente religiosos. Algunas se utilizaban también como centros de trabajo artesanal y otras, como lugar de encuentro para reuniones de carácter político.

El papel de monarca había llenado a Mongwau de una satisfacción sin igual. Se hacía lo que él quería y si alguien se atrevía a cuestionarle, casi siempre llevaba las de perder. En las asambleas hacía gala de su desbordante poder e imponía su criterio sin dificultad. Claro que no siempre había sido así. Hasta la muerte de Nootau, Mongwau había gobernado amparado en la experiencia de su padre y guiado por su voz. Y durante ese breve periodo de tiempo, nobleza y pueblo respetaron sus decisiones. Pero cuando el alma de Nootau abandonó para siempre su cuerpo, su hijo se descarrió: su gobierno se volvió perezoso y sus motivaciones, egoístas. El descontento general había provocado, incluso, la aparición de una corriente opositora dentro de la propia nación anasazi, que actuaba en la clandestinidad.

El resplandor de las antorchas se reflejaba en el penacho de Mongwau, cuyas plumas variaban de tonalidad según les diera la luz. Un espléndido colgante de turquesa en forma de lobo, el emblema de su familia, le caía sobre el pecho por encima de su exquisita camisa de algodón.

—¿Por qué tardan tanto? —se quejó.

Su madre le reprendió por su impaciencia. Salvo ellos dos, no había nadie más en la *kiva*.

—Apenas les has hecho llamar. Seguro que llegarán enseguida.

Onawa, que ya superaba ampliamente los cuarenta años de edad, peinaba algunos cabellos de plata y su rostro evidenciaba el paso del tiempo tras la aparición de una fina telaraña de arrugas. La madre de Mongwau se había convertido en su sombra, y de facto, en su principal consejera y en la única persona en la que Mongwau se atrevía a confiar. Dos años atrás, y empujado por ella, Mongwau había contraído matrimonio con una joven perteneciente a la nobleza de Mesa Verde, para recuperar así la influencia que había estado perdiendo a espaldas entre los habitantes de aquella región. De su esposa pronto se había cansado y hacía tanto tiempo que no le hacía el menor caso, que ya ni siquiera recordaba la última conversación que había mantenido con ella. Mongwau, además, sentía una gran frustración porque su mujer no le había proporcionado descendencia, a pesar de lo mucho que lo habían intentado.

Uzumati fue el primero de los convocados en acceder a la *kiva*. El jefe de guerra había sido leal a Mongwau desde su primer día al frente de la nación. Degollar a la joven esclava, a sangre fría y ante toda la ciudad, había constituido la mejor prueba de ello. Desde entonces nunca le había fallado y Mongwau le había mantenido en el cargo un año tras otro. Uzumati cargaba una gran responsabilidad sobre sus hombros debido a la turbulenta situación por la que atravesaba el pueblo anasazi, coincidiendo con la etapa de gobierno de Mongwau. El conflicto con los hohokam se había recrudecido y las continuas incursiones en represalia por uno y otro bando no hacían más que acrecentar la espiral de violencia entre ambas naciones. Y aquello no era lo

peor. Los nómadas de las planicies continuaban sembrando el terror entre las aldeas, llegando incluso a asaltar una de las ciudades más alejadas del cañón. El ejército anasazi estaba siempre alerta y las torres vigía advertían puntualmente de la proximidad de un ataque, pero nada resultaba suficiente. El temible Nahiossi había formado un numeroso ejército de fervientes guerreros bien entrenados, cuya motivación para luchar no era otra que la imperiosa necesidad de obtener el sustento básico para mantener a sus familias. Uzumati había vuelto a toparse con el jefe fremont durante una refriega, y había reconocido en él a un valeroso enemigo.

En su opinión, Mongwau tendría que haber intentado abrir un canal de diálogo con el líder de los nómadas de las planicies, del mismo modo que a veces parlamentaba con el soberano hohokam para acordar una tregua o devolverse los cadáveres de los guerreros caídos. Sin embargo, Mongwau rechazó de plano aquella proposición. ¿Cómo se atrevía siquiera a proponerle la idea de parlamentar con semejante salvaje, que no era en realidad sino un esclavo fugado de la nación anasazi?

Uzumati ocupó un asiento en el banco de piedra que rodeaba la *kiva* e intercambió con Onawa unas palabras de cortesía. Nobles y dignatarios sabían que les convenía llevarse bien con la madre del soberano si no querían ver perjudicada su posición.

Ouray fue el siguiente en comparecer. El sumo sacerdote, que ya soportaba más de sesenta años a sus espaldas, descendió con cierta dificultad por la escalera de mano y adoptó un paso cansino para desplazarse por la *kiva*. La edad, sin embargo, no era lo que más le pesaba al anciano, sino su incapacidad para atraer las lluvias generalizadas por un periodo que ya se aproximaba a las dos décadas. Ni siquiera la recuperación de la ceremonia de las serpientes, que seguía llevándose a cabo en el presente, había bastado para aplacar la ira de los dioses. El pueblo, hastiado y hambriento, cada vez se cuestionaba más el papel que los sacerdotes jugaban en el equilibrio del sistema.

Asimismo, Ouray sentía una profunda decepción a nivel personal, provocada por el hecho de que Yuma nunca hubiese manifestado ciertos poderes de índole sobrenatural, que como tocado por el Espíritu se le presuponían. ¿Qué había podido ocurrir? ¿Por qué las voces de los Antepasados no se habían manifestado a través de Yuma? Sus esperanzas en el muchacho hacía tiempo que se habían desvanecido.

—¿Cómo te encuentras, Ouray? —inquirió Onawa.

—Algo cansado —admitió este.

A renglón seguido apareció Mente Despierta, quien continuaba ocupando el cargo de maestro constructor desde los tiempos de Nootau y por el cual no parecían pasar los años.

En cuanto todos los convocados estuvieron presentes, Mongwau tomó la palabra y, sin mayores preámbulos, explicó el motivo de la apresurada reunión.

—Deseo construir una quinta planta —anunció—. No es preciso que sea muy

amplia. Una decena de cámaras bastarán.

El maestro constructor, consciente de la dificultad que entrañaba el proyecto, tragó saliva al oír el mandato de su soberano. La propuesta, además, se le antojaba del todo innecesaria, pues Ciudad Chaco ya contaba con suficientes cámaras como para alojar a toda la población.

—Mi señor, ¿cuál sería el propósito de las nuevas habitaciones?

—En especial quiero atender una vieja petición de Ouray, que mucho tiempo atrás había reclamado la construcción de un nuevo observatorio. —Mongwau le dedicó una sonrisa al anciano, buscando su complicidad—. Deberás, por tanto, ubicar el observatorio en el punto exacto donde los sacerdotes astrónomos te digan.

Ouray, sin embargo, desconfió de inmediato de las verdaderas intenciones de Mongwau. Su deseo de un nuevo observatorio se remontaba a la época de Nootau, cuando las circunstancias eran otras y no existían los numerosos problemas que acuciaban a la nación en aquellos momentos, y el hecho de que ni siquiera se lo hubiese consultado con antelación reforzaba aún más su postura.

—¿Y el resto de las cámaras? —inquirió el sumo sacerdote dejando entrever su recelo.

A Mongwau le disgustó el tono de voz empleado por el anciano.

—Ya decidiré su uso cuando llegue el momento.

Ouray le sostuvo la mirada y advirtió un brillo de codicia en los ojos de Mongwau. El sumo sacerdote no se equivocaba. Ya eran varias las cámaras privadas que entre Mongwau y Onawa habían llenado de riquezas y ahora precisaban de más. Madre e hijo poseían una increíble fortuna acumulada durante los últimos años, integrada por objetos de gran valor: una vasta colección de estatuillas de dioses extranjeros, soberbias tinajas cuajadas de joyas de azabache, malaquita y coral, pilas de mantas engarzadas de turquesa, y cestas repletas de plumas de águila y una gran variedad de aves. Pero además, Mongwau se sentía absolutamente fascinado por un guacamayo que había adquirido en el anterior Mercado de Primavera, hasta el punto de que pensaba hacerse con algunos ejemplares más en la siguiente gran cita comercial. Entre sus planes figuraba mandar construir una gran jaula en una de las nuevas cámaras, donde habilitaría un entorno específico para aquellas aves.

Mongwau se dirigió a continuación al maestro constructor:

—¿Puede hacerse una quinta planta?

Mente Despierta estuvo tentado de decirle que no. No obstante, se arriesgaba a que otro colega le desmintiera y le metiese de ese modo en un serio apuro.

—Podría hacerse, mi señor, pero nos enfrentaríamos a un serio problema: la escasez de madera. Ya sabe que actualmente cubrimos nuestras necesidades más básicas con la madera procedente de las Montañas del Oeste, y el esfuerzo de traerlas hasta aquí es enorme debido a la gran distancia que hay que recorrer. Y para la obra se precisarían cientos, si no miles de troncos.

Los anasazi no conocían la rueda ni disponían de animales de tiro, de manera que

el traslado de materiales debía realizarse únicamente con la fuerza de sus manos.

Mongwau posó sus ojos en Uzumati.

—Quiero entonces a más esclavos dedicados al transporte de la madera —decretó.

—Mi señor, los que hay son los que tenemos —rebatió el jefe de guerra—. No es posible llevar a cabo una redistribución sin desabastecer las canteras.

—Entonces llevarás a cabo nuevas incursiones en territorio hohokam para obtener más cautivos.

—Mi señor, es mi deber informaros de que este no es el mejor momento. Precisamente, si algo deberíamos hacer ahora es tratar de rebajar el grado de tensión con nuestros tradicionales enemigos. Además, cada vez cuesta más trabajo prender a hombres adultos, que antes de dejarse capturar prefieren morir con honor en la batalla, y las mujeres y niños no constituyen la mano de obra más capacitada para llevar a cabo semejante tarea.

Mongwau ya comenzaba a hartarse de tantos impedimentos.

—No te he pedido consejo, sino obediencia.

El jefe de guerra se mordió la lengua e inclinó la cabeza en señal de sumisión.

Una sonrisa de satisfacción asomó a los labios de Onawa, que presenciaba la escena en silencio. Con el paso del tiempo, Mongwau había adquirido una confianza en sí mismo de la que antes carecía.

—Pues yo coincido con el parecer de Uzumati —intervino Ouray—. Y me permito añadir que, por lo que a nosotros respecta, hace tiempo que los sacerdotes astrónomos renunciamos a contar con un nuevo observatorio.

A Onawa se le borró de un plumazo la sonrisa de la cara.

—Se hará como yo diga y no hay más que hablar.

La autoritaria voz de Mongwau resonó en la cámara subterránea causando un eco atronador, pero Ouray no se sintió intimidado. Aquella mañana el sumo sacerdote se había levantado dispuesto a no dejarse avasallar.

—Sabes tan bien como yo que encontrarás una gran resistencia en la asamblea.

—La asamblea es cosa mía —adujo Mongwau—. Ya he sacado antes adelante otras propuestas igual de impopulares.

—Pues te hago saber desde ahora que en este asunto en particular contarás con mi oposición.

Mongwau, poco acostumbrado a que le llevasen la contraria, prefirió no prolongar más la disputa.

—Los preparativos para la obra darán comienzo hoy mismo. Ya me ocuparé después de la asamblea —dictaminó—. Ahora marchaos y cumplid con lo que se os ha dicho.

El maestro constructor y el jefe de guerra abandonaron la *kiva* contrariados con la decisión de Mongwau, demasiado habituado a desoír sus consejos. Onawa susurró algo al oído de su hijo y entre ambos se produjo un rápido intercambio de pareceres.

—Ouray, espera —terció el monarca a continuación.

El sumo sacerdote aún no había alcanzado la escalera, lastrado por su lento caminar. Pausadamente se giró y regresó sobre sus pasos.

—¿Qué ocurre?

—Ouray, me consta que desde hace algunas lunas vienes considerando la posibilidad de que alguien te suceda. Me cuentan que te sientes demasiado mayor para seguir ejerciendo las funciones de sumo sacerdote. ¿Es cierto? —Ouray asintió. De nada valía negar la verdad—. Pues si valoras mi opinión, deseo hacerte saber que yo también creo que ha llegado la hora de que te retires. Después de todo, hace mucho tiempo que los *kachinas* no te escuchan y tal vez vuelvan a hacerlo bajo el designio de una nueva voz.

Ouray dejó escapar un suspiro. Sabía que Mongwau pretendía quitárselo de encima desde que últimamente hubiese hecho gala de un carácter excesivamente contestatario que no estaba dispuesto a tolerar. Los argumentos de Mongwau, sin embargo, eran irrefutables. Y puede que le amparase la razón.

—En efecto, creo que mis días como sumo sacerdote han tocado a su fin.

Mongwau y Onawa intercambiaron una mirada de reojo.

—¿Y en quién habías pensado como tu posible sucesor? —inquirió Mongwau.

—Nayavu es un sacerdote astrónomo muy sabio, dotado además de una gran capacidad de liderazgo. Aunque también me gusta mucho Ayawama, un sacerdote cantor especialmente sensible, y que se conoce al detalle todos los rituales que conforman nuestro calendario.

Mongwau guardó silencio por si Ouray nombraba algún candidato más. No lo hizo.

—¿Y Bayou? —sugirió el monarca—. Tengo entendido que mi hermano es un excelente sacerdote sanador, además de poseer otras muchas cualidades.

—Es cierto. De hecho, bien sabes que yo mismo llevo ocupándome de su preparación desde que fuese tan solo un niño. Sin embargo, todavía es demasiado joven y no cuenta con la suficiente experiencia.

Mongwau torció la boca y negó repetidamente con la cabeza, como ni no lo acabase de entender.

—Pues a mí me parece que Bayou sería la mejor elección —señaló.

A Ouray no se le escapaba que si Bayou le sucedía en el cargo, Mongwau se aseguraría el apoyo incontestable de la casta sacerdotal pero ¿de verdad valía la pena oponerse a la voluntad del monarca, sabiendo que antes o después se acabaría saliendo con la suya? Ouray prefirió evitar un nuevo conflicto interno que en nada podía ayudar, salvo para crear nuevos problemas o aumentar los que ya había. Además, tenía que reconocer que pese a su juventud, la brillante formación de Bayou estaba fuera de toda duda.

—Hablaré con él —concedió—. Y si está de acuerdo, el anuncio del nombramiento del nuevo sumo sacerdote se llevará a cabo en los próximos días.

CAPÍTULO 2

Era mediodía y Yuma se encontraba en su cámara personal, rumiando acerca de la petición de ayuda que le había efectuado Enapay en nombre de los aldeanos.

Los dos últimos días los había pasado refugiado en una cueva que conocía bien, plagada de petroglifos, algunos dibujados por él y otros, por sus antepasados. Yuma se había aislado porque necesitaba llevar a cabo una profunda reflexión. La muerte de Maralah, y la de padre después, habían transformado la esencia de su propio ser, hasta el punto de no reconocer a la persona en que se había convertido. ¿Qué había sido del Yuma que había crecido compartiendo vicisitudes con artesanos y campesinos, a quienes nunca había dejado de ayudar cuando llegaba el momento? ¿Dónde había ido a parar su espíritu inquieto a la par que generoso? El examen de conciencia que había realizado en la soledad de la cueva le había dejado exhausto, y aunque para cuando Yuma salió al exterior todavía no había superado el dolor que le había anulado durante tantos años, al menos ya sentía que sus heridas comenzaban a cicatrizar.

Estando sumido en sus pensamientos, Soyala apareció en la puerta y solicitó permiso para entrar, que él le concedió. La esclava hohokam, con la cabeza siempre gacha, accedió a la cámara y dejó unas mantas limpias junto a una vasija. Yuma la observó en silencio y enseguida llegó a la conclusión de que si de verdad aspiraba a recuperar su anterior vida, aquella tenía que ser la primera piedra que debía volver a recolocar.

La esclava recogió una pila de mantas sucias y enfiló sus pasos fuera de la habitación.

—Por favor, Soyala, no te vayas. Aguarda un momento.

Soyala se detuvo en el umbral de la puerta, sin llegarse a girar.

—Perdóname —acertó a decir Yuma—. Siento en el alma no haber hecho nada por impedir la muerte de Aiyana aquel día. Te juro que no era consciente de lo que pasaba a mi alrededor, y todavía hoy mis recuerdos de lo sucedido en la plaza continúan siendo borrosos, como si alguien me hubiese contado lo ocurrido pero yo no hubiese estado realmente allí. Ya sé que no es excusa, pero...

La esclava, de espaldas a Yuma, sintió un nudo en la garganta y no pudo evitar verter una o dos lágrimas. Soyala no solo había perdido a Aiyana aquel día, sino también al propio Yuma, a quien tanto quería, pero al que se sentía incapaz de perdonar.

—Lo siento, Soyala —reiteró Yuma.

La esclava, sin embargo, abandonó la estancia sin ni siquiera darse la vuelta.

Yuma no se dejó descorazonar por aquel intento fallido y se centró a continuación en su siguiente desafío: convencer a Mongwau para que diese un giro radical a su

política. El reto era complicado y no le apetecía nada tener que enfrentarse a su hermano, pero si de verdad quería volver a hacer algo por su pueblo, sabía que no le quedaba otra opción. Yuma se armó de coraje y se dirigió hacia una de las cámaras de Mongwau, custodiada por dos centinelas que enseguida le franquearon el paso.

Yuma distinguió a Mongwau al fondo de la amplia estancia, mientras ofrecía de comer a un llamativo ejemplar de guacamayo. El ave, confinada en el interior de una jaula de sauce que se alzaba desde el suelo hasta el techo, se dedicaba a corretear de un extremo a otro de una percha de madera. Mongwau enarcó las cejas al ver llegar a su hermano, de quien no esperaba recibir aquella visita.

—¿Habías visto antes mi hermoso guacamayo? —inquirió orgulloso—. Lo obtuve de un mercader tolteca que lo trajo consigo desde las lejanas tierras del Sur.

Yuma se aproximó a la jaula y observó la exótica ave, cuya gama de colores recordaba la composición del arcoíris. Toda la parte superior de su plumaje era azul claro; el retal de la cara, de color blanco; la frente, verde y el pecho, de un vistoso tono amarillo. El guacamayo emitió un graznido y conformó una palabra que Yuma fue capaz de entender.

—Algunos sacerdotes opinan que esta ave es sagrada y que su alma tiene más de humana que de animal —apuntó Mongwau exhibiendo una pretenciosa sonrisa. El guacamayo aleteó como si le hubiese oído y volvió a gorjear—. Y bien, Yuma. ¿Se puede saber qué te trae por aquí? ¿Es por lo de Bayou?

¿Bayou? La cara de estupor de Yuma dejaba bien claro que no tenía la menor idea de a lo que Mongwau se podía referir.

—¿Dónde te has metido los últimos días? Debes de ser el único habitante de Ciudad Chaco que no se ha enterado del inminente nombramiento de Bayou como nuevo sumo sacerdote.

Yuma, que no se esperaba aquello, se alegró sinceramente por su hermano, cuya vocación religiosa le había llevado a comprometerse con la carrera sacerdotal desde pequeño.

—No, no es por lo de Bayou por lo que he venido, sino por un asunto muy distinto.

—¿De qué se trata?

—De las pésimas cosechas que se esperan para este año. ¿Es que acaso no has sido informado acerca de la cuestión?

—Desde luego que sí. Aunque, ¿no es esa la tónica habitual? ¿Cuánto hace que no tenemos un buen año? Puede que algunos aldeanos no alcancen a ver la primavera, pero estoy seguro de que la mayoría de ellos se las arreglará para sobrevivir a un nuevo invierno.

La indignación creció en el interior de Yuma. Mongwau hablaba desde la tranquilidad de saber que los almacenes de Ciudad Chaco contenían provisiones para un mínimo de dos años. La desigualdad en la región se había acentuado aún más bajo el gobierno de su hermano. La sociedad se dividía en una élite bien alimentada e

instalada en el lujo, y un campesinado consagrado al duro trabajo y condenado a pasar a hambre.

—La situación actual es mucho peor —arguyó Yuma—. A pesar de que los campesinos lo han intentado todo, los cultivos ya no arraigan en esta tierra. La agricultura ya no puede de ningún modo sostener a la población.

Mongwau depositó un puñado de pipas de girasol en un cuenco que había en el suelo y el guacamayo comenzó a pelarlas hábilmente con el pico. Las cáscaras se esparcieron rápidamente por el interior del recinto.

—¿Y por qué acudes a mí? ¿Qué quieres que haga?

—Dale un respiro a tu pueblo y perdónales el tributo, solo por este año. Si de lo poco que obtienen les obligas a desprenderse de un tercio, no les quedará suficiente sustento para poder pasar el invierno.

—No puedo mostrar debilidad.

—No demostrarías debilidad, sino grandeza.

Mongwau respondió con una risotada a la atrevida aseveración de Yuma.

—Además, tampoco puedo sentar un precedente de semejante naturaleza; a largo plazo, se volvería en mi contra.

—Te equivocas, Mongwau. Un buen líder debería gobernar con el ingenio de un noble, pero con el corazón de un campesino.

Mongwau le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Y qué sabes tú de gobernar? ¿Acaso no has estado desaparecido durante todos estos años que llevo al frente de la nación anasazi?

Yuma pasó por alto el reproche de su hermano y optó por reconducir la conversación al punto que le interesaba.

—Condonarles el tributo no es tu única opción. También podrías compartir con los aldeanos el grano que almacenas en las despensas de la ciudad.

—¿Qué? ¿Estás loco? Esas reservas son para nobleza y funcionarios, y también para alimentar a los esclavos. Y por descontado, para mantener a nuestro nutrido ejército de guerreros, que a diario se juega la vida para proteger a los aldeanos de ataques externos.

—Mongwau, haz una excepción solo por este invierno. Te lo ruego.

—No insistas —atajó—. En vez de eso, deberías tener más fe en nuestro hermano. Estoy convencido de que Bayou conseguirá que las lluvias que ahora nos niegan los *kachinas* pronto vuelvan a regar nuestras tierras. Lo único que la nación anasazi necesita es un nuevo guía espiritual que nos reconcilie con los dioses y nos devuelva al camino del que una vez nos apartamos.

Dicho esto, Mongwau le dio la espalda a Yuma y le dedicó a partir de entonces toda su atención al dichoso guacamayo. Ya no había más nada que decir. Yuma abandonó la estancia sumido en la decepción, mientras en las paredes de la habitación resonaba la estridente voz del consentido pajarraco.

Aquella misma tarde, Yuma salió en busca de Enapay para informarle del resultado de su encuentro. Se sentía abatido por el fracaso cosechado, e impotente ante su incapacidad de ser de utilidad a la comunidad de campesinos. Si aún gobernase su padre, de seguro este habría tenido un punto de vista diferente sobre el asunto. Nootau siempre había sido más sensible a las necesidades de su pueblo.

Al llegar a Fuego Azul, se advertía a simple vista que el tamaño de la aldea había disminuido con respecto al que tenía antes del incendio provocado por los nómadas de las planicies, durante el ataque en el que el propio Yuma había participado en defensa de la población. Al pasar junto al lugar donde le inmovilizaron los fremont, se estremeció al recordar el momento en que fue sentenciado a muerte. Con frecuencia se preguntaba qué podía haber llevado al sanguinario Nahiossi a perdonarle la vida sin ningún motivo aparente.

Las primeras viviendas estaban vacías y a Yuma le extrañó no ver a nadie por allí. Entonces, un sonsonete que procedía de la plaza llamó su atención, y le puso sobre la pista de lo que estaba ocurriendo. Se estaba celebrando un funeral al que había asistido toda la población, en memoria de un anciano que había muerto por culpa de la escasez de comida.

Un sacerdote ataviado con una vistosa capa ceremonial conducía el acto, que tenía por objeto guiar el alma del fallecido. El religioso iba de casa en casa y llamaba a sus habitantes para que se uniesen a la procesión, encabezada por él mismo, mientras entonaba una canción y danzaba con un paso lento y deliberadamente ceremonioso. El peso del cuerpo lo hacía recaer sobre un pie, mientras avanzaba con el otro dejando el talón en alto y tocando con la punta suavemente el suelo. Los vecinos le seguían e imitaban sus pasos, aunque también los había que danzaban de acuerdo al sentir de su propio corazón.

Yuma no había vuelto a ver a Aleshanee desde hacía varios años, como consecuencia de su prolongado aislamiento. No tardó en localizarla, incrustada en la larga fila de aldeanos que seguía el ritmo del sacerdote danzarín. Todavía se recogía el pelo en dos trenzas, como cuando era niña. La joven había ganado en belleza con el transcurso de los años, y pese a los muchos problemas que sufrían en su poblado, aún se resistía a prescindir de su eterna sonrisa.

La ceremonia tocó a su fin y, cuando los primeros aldeanos se percataron de su presencia, todos fueron a inundarle con un alud de afectuosos saludos. Yuma recibió el cariño de los campesinos y fue correspondiendo un saludo tras otro hasta que llegó el turno de Aleshanee.

—¡Yuma! —exclamó. Ambos se fundieron en un sentido abrazo, tras el cual Aleshanee le tomó de las manos y le miró de arriba abajo, como cerciorándose de que no se hallaba ante una aparición—. ¿Cómo estás? No te imaginas lo feliz que me

hace tenerte de nuevo aquí. Cuentan que siempre andas solo, y que no haces otra cosa que viajar de un sitio a otro dedicado a pintar en las cuevas y los acantilados del cañón.

—Yo... no sé qué decir... —balbuceó—. Me sentía perdido...

Aleshanee le consoló con la mirada.

—Pudiste haber recurrido a mí.

—Lo sé. Y ahora no sabes cuánto me arrepiento de no haberlo hecho.

—Te he echado de menos, Yuma. Y el pueblo también.

Un niño de unos cuatro años apareció en escena y se agarró a la pierna de la alfarera. El crío iba desnudo de pies a cabeza y parecía cansado después de haber estado danzando a imitación de sus mayores.

—Es mi hijo —dijo Aleshanee cogiendo al pequeño en brazos—. Se llama Anoki.

Yuma sintió una gran felicidad por su amiga, al tiempo que lamentaba haberse mantenido alejado de su vida durante los cinco últimos veranos.

—¿Te casaste con Sewati?

—Así es. Tuvimos una gran boda —rememoró Aleshanee luciendo su mejor sonrisa—. Ojalá hubieras asistido. Mi esposo se encuentra ahora en el campo haciendo lo que puede.

Pese a los muchos inconvenientes, los campesinos no dejaban de desbrozar y labrar la tierra con la vana esperanza de que lloviese.

Yuma le dedicó una carantoña al crío, que por desgracia estaba prácticamente en los huesos. Saltaba a la vista que sufría de desnutrición.

—No son pocas las ocasiones en que Sewati se queda sin comer o disminuye su ración para que Anoki tenga algo que llevarse a la boca —explicó Aleshanee tras adivinar el pensamiento de Yuma.

—¿Tan mala es la situación?

Aleshanee inició el paso con su pequeño en brazos, camino de su vivienda. Durante el trayecto le describió el actual escenario, y los peores temores de Yuma se fueron confirmando uno tras otro. El hambre y la escasez se habían instalado desde hacía tiempo entre las aldeas de la región. ¿Cómo podía Mongwau ignorar aquel problema y sus terribles consecuencias?

Cuando alcanzaron su destino, Yuma distinguió una hermosa colección de vasijas alineadas junto a la puerta. La técnica de Aleshanee había mejorado con los años y su talento natural había alcanzado unas extraordinarias cotas de perfección. El refinado pulido y las impecables proporciones de la cerámica que fabricaba su amiga no encontraban parangón. Yuma estaba convencido de que Aleshanee era la mejor alfarera de la nación, por encima incluso de maestros ampliamente reconocidos.

—En el próximo Mercado de Otoño no intercambiaré mis vasijas por ropa o utensilios, sino únicamente por comida. Tanta como pueda obtener. Los mercaderes toltecas suelen estar bien provistos de frijoles y maíz.

Aleshanee dejó al niño en el suelo y Yuma comenzó a jugar con él, fingiendo que

le perseguía sin poder darle alcance. Anoki huyó al interior de la vivienda y Yuma fue tras él, imitando el aullido de un lobo. En una pared se abría una pequeña ventana y de una viga del techo colgaban algunas verduras secas. En un rincón había una losa y una piedra para moler maíz, y en el opuesto, varias mantas enrolladas y otras tantas alfombrillas para dormir. Por último, junto a una pared llena de hollín, se acumulaba más cerámica que Aleshanee planeaba vender en el mercado.

Una vasija llamó de inmediato la atención de Yuma. La cerámica pintada en negro sobre blanco constituía el patrón típico no solo de la alfarería anasazi, sino también de la hohokam. Sobre un fino engobe de un blanco calcáreo se aplicaba una pintura negra hecha a partir del carbón, y a mano se dibujaban una serie de motivos geométricos que a veces incluían referencias abstractas. Sin embargo, aquella vasija no se parecía a ninguna otra que Yuma hubiese visto. Al recipiente se le había aplicado un engobe amarillo que le dotaba de una tonalidad dorada que brillaba como el oro. Pero además, en lugar de poseer la tradicional decoración geométrica, de líneas en zigzag o en forma de dientes de sierra, Aleshanee había pintado figuras antropomorfas llenas de fuerza, como sacerdotes danzarines, y también animales en movimiento como antílopes o libélulas.

Yuma cogió la vasija y la examinó más de cerca. Aquel diseño no solo era hermoso, sino que rompía con el patrón clásico y ofrecía un producto inédito hasta la fecha.

—No pretendo venderla. La hice pensando en mi hijo —aclaró Aleshanee desde el umbral de la puerta—. Aquel día solo me apetecía hacer algo que me naciera del corazón. ¿Te gusta?

Yuma asintió en silencio, mientras una idea comenzaba a germinar en su cabeza.

—Si te salió del corazón —replicó—, entonces puedes estar segura de que el esfuerzo realizado ha merecido la pena.

CAPÍTULO 3

Una alargada sombra en forma de lengua de serpiente se extendía por el cañón y cubría Ciudad Palacio Acantilado, protegiéndola del sofocante calor que con tanta intensidad apretaba a aquella hora de la tarde.

Tihkoosue abandonó un instante su cámara personal para comprobar que no hubiese nadie en las inmediaciones de la puerta o la ventana. Todo estaba tranquilo.

El antiguo monarca de Mesa Verde había aprendido a convivir con el rastro de dolor que la muerte de Maralah le había ocasionado y que le acompañaría hasta el final de sus días. Pero la vida debía continuar. Tihkoosue se había refugiado en la actividad política y participaba en las asambleas tribales con gran dedicación, hasta el punto de haberse convertido en una de las voces más críticas con la gestión de Mongwau. Tihkoosue seguía gozando de prestigio y de riquezas, y por todo ello todavía se le consideraba como uno de los nobles más influyentes de la nación anasazi.

Tihkoosue accedió de nuevo al interior de su cámara, donde le aguardaba un selecto y heterogéneo grupo de asamblearios, reunidos en secreto con un objetivo común: conspirar contra Mongwau.

Durante su primer año de reinado, Mongwau se había limitado a dar continuidad a la forma de gobernar de su padre, lo cual bastó para contentar a nobleza y pueblo. Pero a partir de la muerte de Nootau todo cambió, y las decisiones del monarca se volvieron cada vez más caprichosas. Mongwau ignoraba sistemáticamente las recomendaciones que salían de la asamblea y anteponía en algunos casos sus intereses particulares al propio bien común. Ciertas medidas podían, incluso, llegar a comprometer el buen devenir de la nación anasazi. Aquella situación propició que algunas voces en la sombra comenzaran a mostrar su descontento, haciéndose eco del sentir general. Y ahora, un grupo de asamblearios, operando desde la clandestinidad, se había conjurado para pasar a la acción y no permitir que aquella situación se prolongase por más tiempo.

Los conspiradores se hallaban sentados sobre alfombrillas de sauce y enea, fumando tabaco sagrado en una pipa de arcilla adornada con plumones de búho. Además de Tihkoosue, la otra gran personalidad que lideraba aquella corriente de oposición contra Mongwau no podía ser otro que Hesutu. El noble tuerto llevaba esperando aquella oportunidad toda su vida.

—La decisión de mandar construir una quinta planta en Ciudad Chaco en las presentes circunstancias es la gota que colma el vaso. —Hesutu no ocultaba su enojo, como tampoco lo hacía el resto de los presentes.

Y es que Mongwau llevaba demasiado tiempo dando muestras no solo de su incompetencia, sino también de su desidia. Por ejemplo, era habitual entre aldeas

vecinas efectuar una distribución equitativa de las cosechas, aunque los campos más beneficiados por las escasas lluvias hubiesen sido cultivados solo por una de ellas; eso provocaba que a veces, especialmente durante un periodo de carestía, surgiesen disputas relacionadas con el reparto que el monarca estaba obligado a resolver. Sin embargo, a Mongwau aquellos asuntos le importaban bien poco y, lejos de preocuparse por buscar la solución más justa, se limitaba a sentenciar aquello que le resultaba más fácil. Sus decisiones en el ámbito de la guerra tampoco contentaban a nadie. En un contexto en el que se necesitaban a todos los efectivos posibles para combatir a los nómadas de las planicies, Mongwau era incapaz de hacer nada por rebajar la tensión con la nación hohokam y evitar tener abiertos dos frentes distintos. Y mientras los sacerdotes eran incapaces de atraer las lluvias y el pueblo se sumía en el hambre y la escasez, el monarca seguía empeñado en vivir de espaldas a la realidad.

Tihkoosue tomó la palabra e hizo callar a los presentes con un solemne gesto de la mano. El número de conspiradores no superaba la media docena; el grupo debía ser reducido para evitar su detección.

—No podemos esperar más, o de lo contrario, para cuando actuemos ya será demasiado tarde. En la próxima asamblea, si logramos el apoyo de la mayoría, deberíamos forzar la renuncia de Mongwau.

—¿Con qué apoyos contamos? —inquirió Hesutu.

Los cabecillas del movimiento opositor, con la máxima discreción, habían estado realizando averiguaciones en su entorno más cercano.

—En la región de Mesa Verde casi todas las familias nobles respaldarían nuestra iniciativa en la asamblea —informó Tihkoosue—. Tan solo la familia de la esposa de Mongwau, por motivos obvios, se opondría a la moción.

El noble tuerto no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción, antes de ofrecer los datos que arrojaba su propia encuesta.

—En el Cañón del Chaco también recibiríamos un significativo respaldo de la nobleza. Aunque muchos temen a Mongwau, son muy pocos los que en realidad le respetan.

Hesutu exhaló una bocanada de humo y, como mandaba la tradición, señaló el suelo con la boquilla y después a los cuatro puntos cardinales antes de pasarle la pipa al compañero de su izquierda.

—¿Y qué hay de la casta sacerdotal? —preguntó Tihkoosue.

—Ouray se habría puesto de nuestro lado, no me cabe duda, pero el nombramiento de Bayou como nuevo sumo sacerdote es inminente. El hermano de Mongwau podría constituir uno de nuestros principales problemas.

Tihkoosue se dirigió a continuación a la matrona del clan Oso.

—¿Qué posición crees tú que adoptarán el resto de los clanes de las aldeas?

—Desde luego, ninguno moverá un solo dedo a favor de Mongwau.

La matrona del clan Oso le dio una chupada a la pipa y se la entregó a su

compañero de la izquierda. La pipa daba la vuelta a todo el círculo hasta que llegaba al hombre sentado cerca de la puerta, quien la devolvía al anterior. Las repetidas vueltas de la pipa alternando de sentido representaban el camino del sol.

—En todo caso, nuestro mayor problema continuaría siendo la clase guerrera —apuntó Tihkoosue.

Los guerreros, en verdad, no sentían la menor consideración por un monarca que jamás se había empleado en el campo de batalla. Al contrario que otros soberanos que le habían precedido, Mongwau nunca había sido uno de ellos. Por el contrario, Uzumati era objeto de un fervor incondicional. El jefe de guerra, tras doce años en el cargo e incontables batallas en su haber, gozaba de la admiración y el respeto de todo su ejército. Por tanto, si se ganaban el favor de Uzumati, contarían con el apoyo de la clase guerrera. El problema radicaba en que Uzumati había mostrado hasta la fecha una inquebrantable lealtad hacia Mongwau.

—Así pues, el respaldo que recibiríamos en la asamblea sería mayoritario pero no definitivo —terció Hesutu—. Sin el apoyo de guerreros y sacerdotes no lograríamos derrocar a Mongwau.

El humo del tabaco comenzaba a concentrarse en el techo de la estancia, como nubes en un cielo gris.

—De cualquier manera —señaló Tihkoosue—, todavía nos queda pendiente una importante tarea: elegir al mejor candidato que asuma el cargo en sustitución de Mongwau.

—Yo me ofrezco —se apresuró a sugerir Hesutu, ansioso por recuperar el gobierno para su dinastía.

Un murmullo de descontento reveló muy a las claras que el grupo no respaldaba su candidatura.

—Seamos realistas, Hesutu. No gozas de la confianza de las familias nobles de Mesa Verde, del mismo modo que muchos dignatarios del Cañón del Chaco tampoco depositarían toda su confianza en mí. Desgraciadamente, Mongwau no ha logrado la verdadera unión entre las dos regiones por la que Nootau y yo apostamos.

—Me estoy haciendo viejo y tampoco gobernaría durante muchos años —insistió Hesutu—. Además, tampoco existe el candidato perfecto —protestó—. ¿Acaso puede haber alguien que cuente con el favor de las distintas partes que conforman la asamblea? Eso es imposible.

—Puede que lo haya —replicó Tihkoosue—. Y si no de todas las partes, cuando menos, de la inmensa mayoría.

La atrevida afirmación de Tihkoosue creó enseguida una gran expectación.

—Me estoy refiriendo a Yuma —desveló, ganándose de entrada la escéptica mirada de todos—. Pensadlo bien. Para empezar, Yuma es el legítimo sucesor de Mongwau. Por tanto, ¿quién mejor para sustituirle en el cargo que la persona que por derecho está llamada a hacerlo? Y corrígeme si me equivoco, Hesutu, pero estoy convencido de que la mayoría de los nobles del Cañón del Chaco apoyarían su

candidatura, aunque solo fuese por el enorme respeto que sentían hacia Nootau. Yo ejercería toda mi influencia para que Yuma gozase en Mesa Verde de un apoyo similar. Todos saben del amor que le profesaba a mi hija y el daño que le provocó su trágica pérdida. ¿Y qué decir del pueblo? A dondequiera que iba, la gente sentía por Yuma verdadera devoción, y en este momento tan delicado, necesitamos darles a campesinos y aldeanos un líder en quien creer. No me cabe duda de que los clanes de las aldeas estarán de nuestro lado.

—El pueblo siempre ha sentido a Yuma como uno de los suyos —corroboró la matrona del clan Oso—. Ningún otro noble había despertado nunca tanta aceptación.

Pese a todo, Hesutu seguía albergando sus dudas.

—Suenan bien, Tihkoosue, pero te olvidas de lo más importante: a Yuma nunca le ha interesado la política. Por no mencionar que lleva años apartado de todo. ¿De verdad crees que aceptaría formar parte de esto? ¡Por los benditos espíritus! ¡Le estaríamos pidiendo que traicionase a su propio hermano!

—Lo sabremos muy pronto —sentenció Tihkoosue—. Dejad que hable con él. Nos guste o no, Yuma es la mejor baza que tenemos.

Aleshanee había acudido a Ciudad Chaco tras ser requerida por Yuma, que el día anterior le había hecho llegar su petición a través de un mensajero. La joven alfarera se había llevado al pequeño Anoki consigo y un guerrero anasazi la había escoltado durante todo el trayecto desde la aldea Fuego Azul. Aleshanee estaba intrigada. ¿Qué quería Yuma de ella y por qué la había hecho desplazarse hasta allí?

El propio Yuma la esperaba a las puertas de la ciudad. Aleshanee se había ataviado para acudir a la capital con un vestido de algodón sin mangas, que se sujetaba sobre su hombro derecho.

—Por favor, acompáñame a mi cámara personal —dijo tras intercambiar un afectuoso saludo.

Yuma tomó a Anoki de brazos de su madre mientras trepaban por las escaleras que conducían a la cuarta planta. El niño estaba impresionado ante la visión de una construcción de semejante magnitud, y utilizaba ambas manos para señalar en todas direcciones. Al llegar a la azotea se cruzaron con Soyala, y Yuma no dudó en presentársela a Aleshanee.

—A ella le debo mis conocimientos en el campo de la cestería —explicó Yuma.

Aleshanee le brindó a la esclava hohokam su mejor sonrisa, mientras esta permanecía con la cabeza gacha como la habían enseñado. Soyala advertía que Yuma se esforzaba por recuperar la estrecha relación de antaño, y notaba asimismo cómo el muro defensivo que había levantado en torno a su corazón herido se comenzaba a resquebrajar. Después de todo, ella estaba sufriendo en el fondo tanto como él.

—Soyala, ¿podrías quedarte con Anoki un rato en la terraza, mientras Aleshanee

y yo conversamos en mi cámara personal?

La esclava depositó el cesto en el suelo y animó al pequeño a acercarse a ella moviendo ambas manos. Al principio Anoki se aferró a la pierna de su madre, pero enseguida Soyala comenzó a jugar con el crío y muy pronto se hizo con el control de la situación.

Aleshanee siguió a Yuma al interior de sus aposentos.

—¿Qué ocurre, Yuma? ¿Por qué estoy aquí?

Aleshanee declinó sentarse y apoyó su espalda contra la pared norte de la estancia.

—Es por tu vasija dorada.

—¿La que hice para Anoki?

Yuma asintió.

—Quiero muchas más como esa con vistas al próximo Mercado de Otoño. Creo que los mercaderes extranjeros, especialmente los toltecas, querrán hacerse con toda la producción. Estoy convencido de que nunca antes habrán visto nada igual, y nosotros aprovecharemos para pedir tres veces más de lo que se pague por las cerámicas de diseño clásico.

—¿Y aceptarán?

—Así lo espero —replicó Yuma—. Lo malo es que para que mi plan funcione, habría que fabricar miles de vasijas como la tuya.

—¡No puedo hacer tantas! —exclamó Aleshanee—. ¡Es imposible!

Yuma dejó escapar una sonora carcajada.

—Lo sé. Por eso lo primero que harás será desplazarte a Ciudad Costilla. —Aleshanee abrió la boca en un gesto de asombro, pues allí radicaba el gremio de alfareros de la región—. Enseñarás a los maestros cómo haces tus vasijas doradas: la mezcla exacta para obtener el engobe amarillo, el grosor adecuado del barniz, las zonas adecuadas para grabar los dibujos y el nuevo tipo de motivos que adornarán su superficie.

—¿Sabes lo que dices, Yuma? ¡No me escucharán! Yo solo soy una aldeana.

—Lo harán porque yo te acompañaré y les pediré que lo hagan. Y cuando vean cómo trabajas, ninguno será tan necio como para no ser capaz de reconocer tu valía. Aleshanee, tú eres la mejor alfarera de la nación. —La joven no daba crédito, se sentía terriblemente abrumada, pero Yuma tenía aún más que decir—: Los maestros enseñarán a su vez al resto del gremio. Sin embargo, nosotros no nos detendremos ahí. Seguiremos recorriendo el resto de las poblaciones, y allí donde haya un alfarero, le enseñaremos la técnica, primero en la región del Cañón del Chaco y después, en Mesa Verde.

Aleshanee sintió que le faltaba el aire.

—Quiero a todos los alfareros de la nación trabajando la cerámica conforme al nuevo estilo creado por ti. —Yuma se expresaba con determinación—. Todo lo que se produzca deberá hacerse siguiendo el nuevo modelo: vasijas, cuencos, jarras,

platos... Después, en el mercado, los intercambiaremos por maíz y toda clase de alimentos, y lo que obtengamos, se repartirá entre ciudades y aldeas, según las necesidades de cada cual. Si el plan da resultado, lograremos que nadie pase hambre este invierno.

—Es muy arriesgado, Yuma. ¿Y si no sale bien?

—No te preocupes, yo asumiré toda la responsabilidad. Tú límitate a hacer lo que te pido.

En ese momento, Anoki entró en la habitación entre risas, seguido de Soyala que jugaba a perseguirle. Un destello de ilusión brillaba en los ojos de la esclava hohokam.

—¡Mamá! —rio el crío—. La mujer dice que si me atrapa, me comerá como a un ratón.

Soyala simulaba que su mano fuese una boca y hacía como si le mordiese en el trasero. Aleshanee tomó a Anoki en brazos y le agradeció a la esclava que hubiese cuidado de su pequeño.

—¿Qué harás con Anoki? —inquirió Yuma.

Aleshanee cayó entonces en la cuenta del problema que le supondría cargar con su hijo durante la larga gira que Yuma pretendía iniciar.

—Sewati no podría hacerse cargo porque se pasa todo el día en el campo —murmuró casi para sí—. Tendría que dejarle con mi familia... Aunque...

—Deja a Anoki en Ciudad Chaco. Soyala se ocupará de él en nuestra ausencia. Aquí la comida es abundante y no le faltará de nada. Te garantizo que estará en buenas manos —resolvió Yuma, que ya había previsto la solución.

Aleshanee sopesó la generosa oferta y no tardó en darse cuenta de que aquello sería lo mejor para su hijo. Y, desde luego, pese al vértigo que sentía, ella deseaba formar parte del proyecto que su amigo había ideado para tratar de salvar a la población.

—¿Y a ti?, ¿te parece bien, Soyala?

La esclava no solo se sintió profundamente honrada, sino que además notó cómo la envolvía una singular emoción, después de tanto tiempo sin sentir otra cosa que dolor y apatía.

—Cuidaré de Anoki como si fuese mi propio hijo.

El primer resplandor del alba asomaba tímidamente por el horizonte, mientras que la noche aún se derramaba sobre los acantilados de arenisca que atravesaban el cañón. En la lejanía, las poblaciones vecinas a Ciudad Chaco se distinguían gracias a los tenues fuegos que salpicaban la negrura.

Ouray y Bayou murmuraban una última oración a las puertas de la ciudad. El todavía sumo sacerdote y su sucesor estaban a punto de iniciar el largo viaje que les

conduciría hasta Cíbola. Nadie estaba allí para despedirlos; solo el centinela situado sobre el tejado de la puerta les observaba, guardando un silencio reverencial. Como era tradición, no habían avisado de su salida. Cuando al día siguiente les echaran de menos, entonces se sabría que su partida habría tenido lugar.

Pese a no llevar otra cosa encima que su ligera camisa blanca, Bayou no sentía el frío que a aquellas horas de la madrugada imperaba en el cañón. La excitación ante la perspectiva de visitar la antigua ciudad anasazi llena de riquezas y conocer el secreto de su ubicación era mucho mayor que cualquier sensación que pudiese experimentar a través de sus sentidos. ¿Cuántas veces había podido soñar con ese momento desde que era niño?

Ambos sacerdotes cargaban con un fardo a la espalda, preparados para la travesía. Aunque sabían que los víveres y el agua se les agotarían, confiaban en poder reponer las provisiones en el camino. Tampoco gozarían de ningún tipo de protección frente a animales salvajes o potenciales enemigos. Pero no tenían miedo. Los espíritus *kachinas* les acompañarían durante el trayecto y velarían por que alcanzasen su destino, como hasta ahora siempre había ocurrido a lo largo de la historia de su pueblo.

El viaje les llevaría, como mínimo, cinco días de ida y otros tantos de vuelta, más el tiempo que decidiesen pasar en Cíbola reconciliándose con el pasado de su civilización.

—¿Estás preparado? —inquirió Ouray.

Bayou asintió con solemnidad. El joven había cambiado físicamente a lo largo del tiempo. De niño y adolescente había sido muy grueso, pero la ocupación de sacerdote exigía grandes sacrificios y su figura había sufrido una cierta estilización. En particular, la preparación de numerosos rituales requería de largas jornadas de reflexión y prolongados ayunos de varios días, que Bayou cumplía a rajatabla.

Ouray se sentía especialmente orgulloso de Bayou, que se había convertido en un excelente sacerdote sanador y en uno de los más renombrados guías espirituales de Ciudad Chaco. Y precisamente por ese motivo, cuando le comunicó su decisión de designarle como su sucesor en el cargo, prefirió no contarle que él no había sido su primera opción y que detrás de su nombramiento se escondía la ambiciosa mano de Mongwau. Si lo hubiese hecho, estaba seguro de que Bayou habría rechazado la proposición.

Bayou poseía conocimientos, carisma y entusiasmo; la experiencia, lo único de lo que carecía, ya la iría adquiriendo con el paso del tiempo. Puede que Bayou fuese demasiado joven, pero tan solo unos años menos de los que el propio Ouray había tenido cuando se produjo su elección, y en el fondo, se merecía ser sumo sacerdote.

—Cíbola nos espera —anunció Ouray. A continuación arrojó al aire un puñado de harina de maíz en señal de ofrenda, antes de dar su primer paso rumbo a lo desconocido.

CAPÍTULO 4

A Yuma y Aleshanee les tomó cerca de un mes efectuar el recorrido que habían previsto llevar a cabo por todo el territorio anasazi. En Ciudad Costilla, algunos maestros alfareros se resistieron a adoptar el nuevo diseño propuesto, aun reconociendo la belleza del modelo fabricado por la joven aldeana. Y en aquel factor residía precisamente el problema. No aceptaban que nadie de fuera del gremio les dijese cómo tenían que trabajar. En ese punto fue cuando Yuma hizo valer su posición, así como su condición de tocado por el Espíritu, para convencerles de que hiciesen lo que se les pedía. Solo entonces se avinieron a colaborar. Además, les exhortó a agilizar la producción tanto como les fuera posible, ya que su cerámica solo sería exclusiva en la siguiente gran cita comercial. Para las sucesivas, el nuevo estilo sería rápidamente imitado por las naciones vecinas.

Repitieron el proceso a lo largo de otras ciudades y aldeas. Aleshanee disfrutaba realizando la tarea que más amaba, y también saltaba a la vista que le gustaba enseñar a los demás, utilizando el mismo sistema que su madre había empleado con ella. El propio Yuma había aprendido la técnica y también participaba de la instrucción. Primero recorrieron la región del Cañón del Chaco y después, la de Mesa Verde. La comunidad alfarera, pese a su dispersión, trabajaba por vez primera unida en la consecución de un fin común.

Cuando regresaron a Ciudad Chaco, el hijo de Aleshanee recibió a su madre con grandes muestras de regocijo. El raquíico Anoki presentaba ahora un aspecto mucho más saludable que el que tenía cuando le había dejado allí. El crío había jugado con los hijos de los esclavos y Soyala le había cuidado lo mejor que había podido. La esclava hohokam le había cogido tanto cariño, que Aleshanee prometió visitar Ciudad Chaco con cierta frecuencia para no perder el contacto.

Poco después de que Aleshanee se marchara, Soyala acudió a la cámara personal de Yuma para encontrarse con él. Había llegado la hora de cerrar vieja heridas. La esclava, con la mirada vidriosa, le abrazó con toda la intensidad de que fue capaz, derribando de una vez por todas el muro de rencor que había levantado entre ellos. Reconfortado por su abrazo, Yuma sintió que un fragmento de su corazón se recomponía y se reintegraba de nuevo a sitio.

—Lamento mucho haber prolongado mi enfado contigo durante tanto tiempo — sollozó la esclava.

—No te preocupes. Tenías todo el derecho.

Soyala retrocedió un paso y controló las lágrimas que acudían a sus ojos. Después esperó a que se le asentara la voz. Aquello no era lo único que le tenía que decir.

—Quiero que sepas que Aiyana no tuvo nada que ver con la muerte de Maralah, pese a lo que dijese aquel día.

—Siempre he tenido mis dudas respecto de la acusación. Todo sucedió demasiado deprisa.

—Las hierbas que encontraron no le pertenecían —insistió—. Alguien las dejó allí para incriminarla.

—¿Quién?

—No lo sé. Sin embargo, sí que puedo decirte una cosa. Si aquel día fue mi hija quien te sirvió la comida y no yo, como correspondía, se debió a una orden directa de Mongwau.

Yuma arqueó las cejas. ¿Mongwau? ¿Qué interés podría haber tenido en hacerle daño a Maralah si de cualquier manera tenía garantizado el poder? Instintivamente, Yuma descartó que Mongwau pudiese estar implicado. Su hermano podía ser soberbio y también egoísta pero... ¿causarle un mal tan grande a su propia familia? Yuma no le creía capaz de llegar tan lejos. Incluso el supuesto plan para inculpar a Aiyana parecía demasiado enrevesado como haber salido de la cabeza de Mongwau.

Finalmente, Yuma relegó aquella débil sospecha al fondo de su mente y optó por no ahondar más en el asunto. Centrado en volver a ser el de antes, prefirió celebrar haber recuperado el afecto de Soyala, que tanto había echado en falta durante los últimos años.

Ouray y Bayou regresaron casi un mes después de su partida, tras haber recorrido un laberinto de cañones angostos e incontables kilómetros a través de un desierto ralo y un aluvión de cerros rocosos. Estaban exhaustos y deshidratados; sus camisas blancas rituales, preñadas de suciedad; y las suelas de sus mocasines, desgastadas y deshechas. Pese a todo, una expresión de plenitud y dicha alumbraba sus rostros.

La noticia de su retorno corrió de boca en boca y en escasos minutos una multitud de ciudadanos se congregó en la puerta de entrada para recibir a los recién llegados. Ciudad Chaco se había sentido huérfana mientras había carecido de un sumo sacerdote que guiara sus pasos. Ahora, sin embargo, respiraba aliviada tras comprobar que el ritual de relevo se había completado con éxito, señal de que los *kachinas* no les habían abandonado del todo, como algunos se habían atrevido a murmurar.

Los sacerdotes se internaron en la ciudad y enseguida les ofrecieron agua y juníperos frescos con los que saciar su sed y calmar el apetito. Conforme avanzaban por la plaza, una muchedumbre cada vez mayor se fue formando en torno a ellos para comprobar con sus propios ojos el regreso de aquellos hombres santos. Los vítores se multiplicaron y muchos más ciudadanos se agolparon en las azoteas para ser testigos del aquel retorno triunfal.

Bayou parecía transformado. Se mostraba confiado, sereno y seguro de sí mismo, y parecía haber asumido el rol de nuevo sumo sacerdote plenamente convencido.

Alguien le hizo entrega de un báculo oratorio y Bayou lo alzó en el aire invocando el poder del Gran Espíritu. La multitud le arrojó con oraciones y cánticos que el viento se encargó de elevar a los dominios reservados a los dioses.

Ouray, por su parte, prefirió mantenerse en un segundo plano. Caminaba un paso por detrás de Bayou, con el semblante relajado y el corazón rebosante de paz. La gran responsabilidad que había soportado durante tantos años ahora recaía sobre los hombros de su sucesor.

Mongwau contemplaba la escena desde la terraza de la cuarta planta, satisfecho de que su hermano hubiese regresado sano y salvo. De cara a los tiempos venideros, el hecho de que Bayou ostentase el cargo de sumo sacerdote resultaría crucial para sus intereses. A su lado, Onawa era incapaz de reprimir las lágrimas, emocionada por el heroico retorno de su hijo mediano, cuyo sueño por el que tanto había luchado se había convertido por fin en realidad. Bayou la hacía sentirse tremendamente orgullosa.

Mongwau bajó a la plaza para otorgar a su hermano el caluroso recibimiento que se merecía. Los ciudadanos se apartaron al paso del monarca, que atravesó la marea humana escoltado por una pareja de guerreros. Cuando llegó hasta Bayou, ambos hermanos se unieron en un prolongado abrazo.

—El pueblo anasazi está en las mejores manos posibles —elogió Mongwau—. Y ahora sube a la cuarta planta. Nuestra madre te espera en su cámara personal. Has logrado hacerla muy feliz.

El regreso de Bayou sorprendió a Yuma en Ciudad Costilla, resolviendo con los maestros alfareros algunas cuestiones relacionadas con el plan que se traía entre manos. Pero en cuanto la gran noticia llegó a sus oídos, Yuma acudió inmediatamente a Ciudad Chaco para felicitar a su hermano y brindarle su apoyo.

Nada más cruzar la puerta de la ciudad, Yuma preguntó por Bayou y un sacerdote levantó la mano y señaló hacia la *kiva* principal. Ansioso por reencontrarse con su hermano, Yuma bajó de dos en dos los peldaños de la escalera hasta plantarse de un salto en el recinto subterráneo situado en mitad de la plaza occidental. Yuma aguardó unos instantes a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra, mientras sus sentidos se empapaban de la poderosa energía que impregnaba aquel lugar. Un grupo de sacerdotes se encontraba en la zona del altar, hacia donde Yuma se dirigió guiado por la luz que despedía la hoguera prendida en el centro.

Los sacerdotes manipulaban unas vasijas de barro, llenándolas de tierra y sembrando frijoles en ellas poniendo en el proceso todo el cuidado del mundo. En las jornadas subsiguientes fumarían ritualmente junto a las semillas, las espolvorearían con harina sagrada y las regarían sin descanso. Las plantas brotarían a partir de octavo día y los cánticos y danzas contribuirían a mejorar su crecimiento. Con dicho

ritual pretendían invocar cosechas abundantes para el próximo año.

Bayou no estaba en la *kiva* como le habían dicho, pero el sacerdote encargado de alimentar el fuego le pidió que esperase allí. Él tenía que salir y le aseguró que buscaría a su hermano para avisarlo. Yuma se dedicó entonces a deambular por la cámara circular, recreándose en la belleza de las máscaras de *kachinas* que colgaban sobre los nichos. La máscara del *kachina* coyote, de magistral acabado, expresaba una inusual ferocidad.

Hasta que no completó el recorrido y alcanzó de nuevo la zona del altar, Yuma no advirtió la ausencia de los sacerdotes que hacía tan solo un momento estaban llevando a cabo el ritual de la siembra. Los religiosos se habían desplazado con tal sigilo, que ni siquiera se había dado cuenta de que habían abandonado la *kiva*. Ligeramente desconcertado, Yuma miró en todas direcciones. Aparte de él, no había nadie más en el recinto.

Procuró conservar la calma y olvidar el fatídico episodio que había marcado su infancia, hasta el punto de haber evitado desde entonces volver a ponerse en una situación parecida. También se recordó a sí mismo que ya no era un niño y que no podía actuar como tal. Sin embargo, las circunstancias parecían conspirar en su contra. Las llamas de la hoguera parpadearon varias veces seguidas y, ante la atónita mirada de Yuma, las máscaras sagradas cambiaron de expresión. Una capa de sudor frío cubrió su espalda y el corazón se le aceleró. Un viento helado azotó entonces la cámara y las plumas de oración dispuestas en los nichos sagrados salieron volando en todas direcciones. La pira crepitó y lanzó un fogonazo de chispas que acarició la techumbre de madera. Los *kachinas* comenzaron a cobrar vida y un tumulto de voces estalló en el interior de su cabeza.

Estaba volviendo a ocurrir...

De niño, a Yuma le habían dejado atrapado en la *kiva*; en cambio, ahora podía marcharse cuando quisiera. Sin dudarle un instante, se dirigió atropelladamente hacia la escalera en busca de la salida, pero el pánico hizo que trastabillara a los pocos pasos y se estrellara contra el suelo. Las voces no solo no se acallaron, sino que arreciaron con más fuerza. Yuma se incorporó sobre un codo, y enseguida se dio cuenta de que no podía ponerse en pie. Una fuerza invisible le empujaba contra el suelo. El agujero del *sipapu*, situado escasos metros a su derecha, tiraba de él como si fuese el ojo de un torbellino. Yuma temió que su alma se separase de su cuerpo y, absorbida por el *sipapu*, se perdiese en el Inframundo.

En ese momento, Yuma atisbó de reojo dos figuras que descendían por la escalera que daba acceso a la *kiva*. La oportuna llegada de aquellos visitantes podía constituir su salvación...

En cuanto Bayou entró en la cámara subterránea, seguido de Mongwau, sintió una poderosa energía surcar el recinto. Ambos tomaron tierra y dieron un paso al frente mientras sus ojos se habituaban a la oscuridad. Segundos después, Bayou distinguía a

Yuma en la zona central, tumbado boca abajo y tapándose los oídos. El suelo estaba cubierto de plumas de oración como si conformasen una constelación de estrellas.

Bayou corrió al encuentro de su hermano menor y se arrodilló junto a él. A continuación le dio la vuelta y, tras comprobar lo pálido que estaba, le indicó a Mongwau que se situase en la parte posterior y acomodase la cabeza de Yuma en su regazo.

—¿Yuma? —inquirió—. ¿Estás bien?

El terror se leía en cada músculo de su cara. Yuma movía la cabeza y cerraba fuertemente los ojos, como si su alma se debatiese entre dos mundos.

—Sacadme de aquí, por favor —dijo al fin.

—Cálmate, Yuma. Estoy aquí contigo y no dejaré que nada malo te pase —señaló Bayou—. ¿Qué te ocurre?

Mongwau guardaba silencio y sostenía la cabeza de Yuma como Bayou le había pedido.

—¡Por favor, haz callar las voces que resuenan en mi cabeza! —Yuma alzó la voz porque apenas podía oírse a sí mismo.

Bayou asumió enseguida el control de la situación. Nadie mejor que el sumo sacerdote para gestionar un asunto de aquella naturaleza.

—Yuma, debes tranquilizarte. Eres el tocado por el Espíritu. Antes o después tenías que pasar por esto. —Yuma negó con la cabeza y comenzó a sollozar—. Confía en mí, lo que te ocurre es normal. Pero tienes que ser capaz de controlarlo.

Bayou tomó la mano izquierda de Yuma y se la apretó con firmeza. La otra mano la posó sobre su pecho y le exhortó a templar su respiración.

—No te resistas, Yuma, al contrario. Deja que las voces fluyan a través de ti. —La poderosa energía que desprendía Bayou se contagió rápidamente a Yuma—. Posees un preciado don y es tu deber saber emplearlo. Podría ser importante para el devenir de nuestro pueblo.

Yuma no deseaba tener que pasar por todo aquello, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Procuró atenuar sus nervios y acompasó el ritmo de su respiración al de su hermano. Después se centró en las voces, pero eran demasiadas y todas reclamaban el mismo grado de atención.

—No logro entender nada de lo que dicen —farfulló desesperado.

—Deja la mente en blanco —le instó Bayou.

Yuma obedeció. Aunque al principio todo siguió igual, con el paso del tiempo algunas voces se fueron apagando. Los progresos reforzaron la confianza de Yuma y, poco a poco, el clamor que tanto le atormentaba se transformó en serenidad. Finalmente, una sola voz quedó aislada del resto. La recibía directamente en su cabeza como si atravesara un largo túnel intemporal.

—¡Me está pidiendo ayuda! —gimió Yuma asustado—. Por favor, Bayou. ¡No sé qué hacer!

—Cálmate y dime lo que manifiesta.

—Dice que llevaba mucho tiempo intentando establecer contacto, pero que todos sus intentos anteriores fracasaron. Había probado tanto de día, bajo un inmenso cielo de color azul, como de noche, envuelto en un sudario de estrellas. También lo había intentado a lo largo de todas las épocas del año: en primavera, cuando los árboles florecían; en verano, cuando el sol se enfurecía; en otoño durante el tiempo de las cosechas; y en invierno, cuando la nieve cubría los campos y el frío le congelaba las ideas.

De repente, Bayou observó un repentino cambio en el rostro de Yuma. Los ojos se le pusieron en blanco y los músculos se le tensaron como cuerdas de yuca. Su hermano había entrado en trance y tras comprobar que no respondía a sus reclamos, se dio cuenta de que había perdido por completo el contacto con la realidad.

—¡Cíbola! —exclamó Yuma, y volvió a repetirlo con insistencia—: ¡Cíbola! ¡Cíbola!

Bayou y Mongwau intercambiaron miradas de desconcierto.

—Cíbola es nuestra ciudad más legendaria —añadió a continuación—. La ciudad cuna de mi tribu de origen: el pueblo anasazi.

Los hermanos de Yuma le escuchaban con atención, aunque resultaba evidente que sus palabras no iban destinadas a ellos.

—Sí que lo es. Mucho más —prosiguió diciendo Yuma en estado de trance—. En Cíbola, las vajillas y cubiertos son de malaquita. Las calles están pavimentadas en plata y las casas empedradas con esmeraldas y turquesas. Y los templos... los templos son todos de oro macizo.

Mongwau no dijo nada, pero clavó sus ojos en Bayou, pues él conocía la respuesta. ¿Podía todo aquello ser cierto? Este dio muestras de nerviosismo y se limitó a esquivar la inquisitiva mirada de Mongwau.

—Al norte. Muy al norte de estas tierras. Y si fuese preciso, yo estaría dispuesto a guiaros hasta allí.

Dicho esto, Yuma volvió en sí como si hubiese regresado de un profundo sueño. Movié la cabeza a uno y otro lado y se incorporó ligeramente hasta sentarse en el suelo. La *kiva* lucía silenciosa y las máscaras de *kachinas* reposaban en la pared. Sus dos hermanos estaban con él, mirándole expectantes.

—¿Estás bien? —inquirió Bayou.

Yuma asintió, todavía algo confuso.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—¿No lo recuerdas? Durante tu trance, has transmitido cierta información extremadamente delicada...

Yuma frunció el ceño y trató de hacer memoria. Había establecido contacto con una de las voces que había irrumpido en su cabeza, pero ni siquiera recordaba el contenido de la conversación.

—¿Sabes al menos quién era? —preguntó Bayou—. Pudo haberse tratado de un ilustre antepasado de nuestro pueblo.

Yuma negó.

—No fue un antepasado —afirmó con rotundidad.

—¿Un espíritu *kachina*, quizás?

—Tampoco.

—¿Te comunicaste entonces con alguien que aún mora en el mundo de los vivos?

¿Un brujo o un hechicero? ¿Pertenece a nuestro pueblo o a una nación vecina?

Todo lo que Yuma sabía, procedía únicamente de su intuición.

—No, no estaba vivo —replicó convencido—, aunque, de alguna manera que no alcanzo a comprender, tampoco muerto...

Después de la insólita escena vivida en la *kiva*, Bayou se reunió con Ouray para analizar el suceso. La sabiduría y experiencia del antiguo sumo sacerdote se antojaba crucial para interpretar lo ocurrido. Ouray escuchó con atención el relato de los hechos, sin poder evitar que una sonrisa de satisfacción acudiese a sus labios. Al fin, después de tantos años, el tocado por el Espíritu hacía gala del poder sobrenatural con el que había sido bendecido desde su nacimiento. Sin embargo, Ouray no le encontraba sentido alguno a la comunicación establecida por Yuma, como tampoco podía aventurarse a adivinar la identidad de su interlocutor. Ambos sacerdotes coincidían, no obstante, en lo inquietante que resultaba la referencia a Cíbola, pues ellos eran los únicos que realmente conocían la trascendental importancia que la ciudad sagrada tenía para el pueblo anasazi.

Ouray quería que Yuma estimulase su don para provocar así nuevos encuentros con los espíritus de los Antepasados, pero este había sido tajante a ese respecto: evitaría a toda costa volver a pasar por un trance parecido. Bayou zanjó el asunto en favor de su hermano. El nuevo sumo sacerdote no era partidario de someter a Yuma a un proceso de semejante naturaleza en contra de su voluntad.

Por otra parte, y a raíz de aquel lance, Bayou asistió atónito a una encerrona que su propia madre y su hermano mayor le habían preparado. Ambos le abordaron en su cámara personal y le efectuaron ciertas preguntas a sabiendas de que estaban prohibidas.

—Aunque seáis mi familia no puedo hablaros de Cíbola —señaló Bayou—. Si lo hiciera, ni siquiera sería digno de ser llamado sumo sacerdote.

—Entonces ¿por qué se lo has contado a Yuma? —protestó Onawa.

—Madre, eso no es cierto. Yuma estaba en trance y desconocemos qué le llevó a pronunciar aquellas palabras.

—¿Y qué hay de cierto en lo que dijo? —interpeló Mongwau.

Bayou ignoró la pregunta del monarca y, enormemente indignado, dio por concluida la conversación. Mongwau le observó marchar, contrariado por la negativa que había recibido, y convencido de que Bayou había adquirido una gran confianza

en sí mismo tras su privilegiada estancia en Cíbola.

Una vez que el incidente protagonizado por Yuma quedó atrás, Bayou asumió la responsabilidad de su cargo decidido a dejar huella. Su compromiso como nuevo sumo sacerdote era total y estaba dispuesto a ejercer dicha función con la máxima diligencia. No sentía ni miedo ni presión, y con su actuación no solo pretendía influir en el comportamiento del pueblo anasazi, sino también en el de los propios dioses *kachinas*.

Su primera medida consistió en celebrar una multitudinaria reunión con todos los sacerdotes, para transmitirles su entusiasmo e inculcarles su filosofía. Bayou pretendía renovar la religiosidad que siempre había guiado los pasos de la nación, pero que durante los últimos años había perdido cierta entereza. La moral de los sacerdotes se había visto afectada debido a su manifiesta incapacidad para atraer las lluvias, lo que había debilitado su compromiso con la población.

A partir de aquel momento, Bayou supervisaría una por una la celebración de las diferentes ceremonias del calendario. Todos sus participantes tendrían que mantenerse profundamente concentrados y ningún pensamiento perverso podría atravesar sus mentes. Tampoco podrían omitir un solo paso de la danza o una palabra del cántico pertinente. El menor error, por insignificante que este fuese, bastaría para provocar la anulación de la ceremonia, que habría de repetirse. Bayou estaba decidido a recuperar la confianza de los espíritus *kachinas*, de cuya tradicional naturaleza benefactora ya no quedaba ni rastro.

Asimismo, Bayou decidió que acudiría con asiduidad al cerro de la Estrella Dentada, en busca de las visiones a través de las cuales los *kachinas* iluminaban cada cierto tiempo el sendero de su pueblo.

Pero Bayou no solo tenía planes para la clase sacerdotal, sino también para la nobleza, a la que pretendía imbuir de la espiritualidad que debía impregnar a toda la sociedad anasazi. Ese ímpetu renovador impulsado por Bayou, sin embargo, no terminaba de gustarle a Mongwau, quien comenzaba a pensar que quizás no resultase tan sencillo manejar a su hermano como en un principio había creído.

CAPÍTULO 5

Yuma dedicó gran parte de su tiempo a visitar las aldeas de la región, comprobando que la cerámica producida por los alfareros menos expertos cumpliera con la calidad mínima exigida.

Las pesadillas le acecharon por un tiempo y también los recuerdos de su traumática experiencia. Ouray le había instado repetidamente a invocar a los espíritus en el marco de una ceremonia sagrada dirigida por él. Argumentaba que si aprendía a controlar el don que le había sido otorgado, entonces dejaría de tener miedo. Pero Yuma rechazó la propuesta. Bajo ninguna circunstancia quería volver a saber nada más sobre el asunto. Tampoco dedicó demasiado tiempo a pensar en lo ocurrido. Pero cuando lo hizo, llegó a la conclusión de haber contactado con alguien que necesitaba desesperadamente su ayuda. Alguien que, como él mismo había sentido, y aunque no le encontrara ningún sentido, en el momento de la comunicación no estaba ni vivo ni muerto.

Tres semanas le bastaron para dejar atrás el incidente de la *kiva*.

Aleshanee acudía una vez a la semana a Ciudad Chaco para informar a Yuma de sus progresos. La aldeana traía a su hijo siempre consigo, y Soyala se pasaba todo el tiempo que duraba la visita jugando con el pequeño y regalándole su cariño. La esclava hohokam había tejido una figurilla con junco trenzado que representaba a un fiero oso gris. Anoki aceptó el regalo con los ojos como platos y una enorme sonrisa. Después de cada encuentro, Yuma proveía a Aleshanee de un fardo cargado de alimentos, para que Anoki se mantuviera sano y lo más alejado posible del fantasma de la desnutrición.

Una mañana, Yuma recibió la inesperada visita de un mensajero procedente de Ciudad Costilla: los maestros alfareros le pedían que se desplazara urgentemente hasta allí, pues tenían que hacerle partícipe de un importante problema.

Yuma acudió aquella misma tarde y, mientras aguardaba a los cabecillas del gremio, se dedicó a revisar las vasijas y el resto de los recipientes fabricados hasta la fecha. Yuma quedó impresionado. El nivel de calidad era extraordinariamente alto. Complacido, se aproximó al taller situado al borde de la plaza para felicitar a los artesanos. Fue entonces cuando advirtió que algo no marchaba según lo previsto: el recinto se hallaba vacío.

Yuma sintió una mano en su hombro y se giró para encontrarse cara a cara con el maestro alfarero principal. Su adusto semblante no venía sino a confirmar que algo muy grave debía de estar pasando.

—Yuma, hasta ayer mismo fuimos capaces de sobrellevar el intenso ritmo de trabajo que nos habías pedido.

—¿Pero...?

—... Ya no hay suficiente madera con que alimentar nuestros hornos. Nos hemos visto obligados a detener la producción.

Yuma sintió que se le retorcían las entrañas.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible? Me consta que la nación recibe de forma regular un suministro de madera de pino y abeto que se trae de las Montañas del Oeste.

—Y así es. El caso es que el monarca ha dispuesto que la mayor parte de la madera se destine a las obras de construcción que van a llevarse a cabo en Ciudad Chaco. La porción restante apenas da para cubrir las necesidades más básicas de la población.

Yuma estaba al corriente del antojo de su hermano, empeñado en levantar una quinta planta cuya utilidad se encontraba en entredicho.

—Me hago cargo del problema —anunció Yuma—. Haré todo lo que esté en mi mano para poder resolverlo.

Tras su regreso a Ciudad Chaco, Yuma tuvo que esperar a que Mongwau atendiese a nobles y funcionarios, y solo cuando hubo despachado todos los asuntos pendientes fue autorizado a acceder a uno de sus tantos aposentos.

Mongwau degustaba un té de savia de pino junto a Onawa, que le había acompañado durante toda la tarde.

—Madre... —murmuró Yuma.

Onawa se limitó a devolverle una gélida mirada. La distancia que les separaba a ambos era cada vez mayor.

De las paredes colgaba una espléndida colección de escudos que revestía los cuatro puntos cardinales de la habitación, la mayoría de los cuales presentaban desperfectos porque habían sido usados en el campo de batalla. Los guerreros que habían sido sus dueños combatían ahora en los Mundos Celestes, tras haber dado muestra de su valentía en el mundo terrenal.

—¿Qué quieres, Yuma? —inquirió Mongwau saboreando la dulce infusión.

Yuma se detuvo ante un escudo en particular e ignoró el comentario de su hermano. Era el que había pertenecido a Machakw. Lo habría reconocido en cualquier parte porque él mismo lo había pintado. Yuma lo observó en silencio durante largo rato, dejándose llevar por los recuerdos del bravo centinela.

—¿No es ese el escudo del guerrero que murió defendiendo una aldea del ataque de los fremont?

Yuma asintió.

—Machakw dio su vida por mí y por muchos aldeanos.

—Bueno, también deberías agradecersele a Nahiossi. Ese maldito salvaje pudo haberte dado muerte y al final no lo hizo. ¿Por qué crees que se arrepintió?

Yuma se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Después fijó la vista en su hermano y se decidió a sacar el tema que le había llevado hasta allí. En pocas

palabras le narró su apuesta por un nuevo estilo de cerámica con el que pretendía revolucionar el mercado y obtener a corto plazo extraordinarios beneficios.

—Sé muy bien lo que tramas —repuso Mongwau—. Un buen gobernante debe estar al corriente de todo cuanto sucede en su territorio. De hecho, hace ya días que me trajeron una muestra de la nueva clase de alfarería que intentas promover. ¿Qué te pareció, madre?

Onawa removi6 el té y unas gotas del descolorido líquido salpicaron los bordes de la taza.

—Era una vasija dorada realmente hermosa —admitió.

Yuma se sintió esperanzado. Su madre podía tener muchos defectos, pero cuando le ponían delante un objeto valioso, lo sabía reconocer.

Mongwau señaló a Yuma con el dedo.

—No obstante, me disgustó que influyeras de forma directa en el gremio de alfareros de Ciudad Costilla. ¿Qué crees que ocurrirá si tu plan se malogra y los mercaderes extranjeros no se impresionan tanto como esperas? ¿A quién crees que acudirán después los maestros ceramistas para expresar sus quejas?

—A mí, por supuesto.

—¿De verdad eres tan ingenuo? ¿Y qué harás? —le sermoneó—. Vendrán a mí porque yo soy el monarca. Sabes tan bien como yo que si no fuese porque eres mi hermano, los maestros alfareros ni siquiera hubiesen considerado tu propuesta.

Yuma no se atrevió a negarlo.

—No seas tan duro con Yuma —intervino Onawa—. También puede que influyese su condición de tocado por el Espíritu...

Por un instante, Yuma creyó que su madre le defendía, hasta que captó en su tono de voz la ironía de sus palabras.

—No he podido evitar contarle a nuestra madre el modo en que lidias con las fuerzas sobrenaturales, como si fueses un conejo acechado por un halcón... —se burló Mongwau—. Pero no te preocupes, tienes mi palabra de que tu secreto no saldrá de la familia.

Mongwau no era precisamente el más indicado para hablar de valentía. Yuma podía haberle echado en cara su ausencia de los campos de batalla, motivo por el cual hasta sus propios guerreros le consideraban un cobarde. No obstante, pensó que guardar silencio era la mejor opción si quería conservar alguna oportunidad de que su hermano intercediese en su favor.

—De cualquier manera, y pese a sus numerosas reticencias —terció Onawa—, Mongwau no ha interferido en tus planes. Deberías estarle agradecido. ¿Qué más quieres de él?

Su propia madre le trataba como a un simple funcionario que viniese a tratar con el monarca algún asunto de su competencia.

Yuma no se anduvo con rodeos y les explicó el problema de la escasez de madera.

—Solo te pido que disminuyas la cantidad de madera que destinas a la

construcción, de manera que haya leña suficiente para alimentar los hornos de Ciudad Costilla. De lo contrario, los alfareros no podrán cocer la arcilla ni tendrán la cerámica a tiempo.

—¿Y ralentizar la obra por esa razón? —espetó Mongwau—. He dispuesto que la quinta planta esté terminada antes de que llegue el invierno. ¿No te das cuenta de que si hiciera lo que me pides, estaría yendo contra mis propios deseos?

Buscar auxilio en su madre equivalía a encontrar agua en el desierto, por lo que Yuma ni siquiera se molestó. Y su hermano tampoco le escucharía; estaba seguro de que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión.

—Lo siento, pero tendrás que acudir al mercado con la cerámica que hayáis fabricado hasta el momento —sentenció Mongwau.

Yuma apretó los labios y se dio la vuelta en silencio.

Al día siguiente, Yuma no salió en toda la mañana de su cámara personal. Había puesto tanta fe en su plan para ayudar a la población, que el inesperado revés sufrido le había dejado tan vacío como una calabaza a la que hubiesen extraído el relleno. La cantidad de cerámica que llevaban fabricada no alcanzaba para cubrir la demanda de víveres que Yuma se había propuesto satisfacer. Y eso suponiendo que los mercaderes extranjeros estuviesen interesados en la mercancía.

Cuando Soyala le subió la comida, Yuma le pidió que se sentara a su lado y le hiciese compañía durante el tiempo que pudiese. Yuma no tenía apetito y, para desahogarse, le explicó los motivos por los cuales se había malogrado su ambicioso proyecto. Soyala le escuchó con atención y al final le exhortó a no darse por vencido. La esclava solía decir que siempre había una solución para cada problema, aunque a veces la propia frustración no nos dejara verlo. Yuma, al menos, se sintió reconfortado de poder contar nuevamente con la comprensión de Soyala, que tanto había extrañado durante los últimos tiempos.

Yuma se estrujó el seso durante el resto de la tarde, tratando de buscar algún remedio para salir del atolladero. Primero pensó en organizar por su cuenta una cuadrilla de voluntarios que transportase los troncos desde las Montañas del Oeste. Pero además de que haría falta una abundante mano de obra, aquella tarea era tan sumamente penosa que solo los esclavos se hacían cargo de ella. Otra alternativa que había barajado consistía en obtener la madera de los bosques más cercanos, si bien aquella opción estaba descartada por completo: la tala de aquellos escasos oasis de vegetación que aún quedaban en la región llevaba prohibida desde hacía más de una década, y su deforestación hubiese supuesto una catástrofe aún mayor. La última posibilidad pasaba por comerciar con las naciones vecinas. Los mogollón podían ser buenos candidatos, y tal vez incluso los hohokam. ¿Pero qué podría ofrecerles a cambio de la madera que necesitaban, salvo la propia cerámica dorada con la que

pretendían marcar la diferencia en el Mercado de Otoño? Aquella tampoco era la solución.

Cuando menos lo esperaba, una sombra se abatió en la sala y le sustrajo de sus pensamientos. Yuma alzó la vista y su corazón dejó de latir por un segundo, convencido de que el fantasma de su padre se hallaba en el umbral de la puerta. Solo tras parpadear se dio cuenta de que el visitante no era Nootau, sino Tihkoosue, con quien siempre había guardado un gran parecido. Aunque el antiguo monarca de Mesa Verde conservaba su porte distinguido, el pelo blanco asomaba en sus sienes y las arrugas cercaban buena parte de su rostro.

Ambos se miraron y sus recuerdos confluyeron en Maralah. La última vez que Yuma vio a Tihkoosue fue en el funeral de su padre, después de que este hubiese perdido la lucha contra su enfermedad. Definitivamente, había pasado mucho tiempo desde entonces.

El noble elevó la mano con la palma abierta y a continuación rodeó a Yuma con sus brazos, brindándole un cálido saludo. Tihkoosue se acomodó en una esterilla y apoyó su espalda contra la pared. El muro sobre el que se había reclinado aún conservaba las dos representaciones de Kokopelli que Yuma y Maralah habían dibujado el día de su enlace. El dios de la fertilidad, en sus dos versiones masculina y femenina, danzaba mientras hacía sonar la flauta y bendecía al desierto con el cambio de estaciones.

—¿Cómo estás, Yuma? Conozco bien el sufrimiento que te causó la trágica muerte de mi hija. A todos nos supuso un golpe muy difícil de asimilar.

Yuma le correspondió con palabras del mismo corte, y aguardó a que Tihkoosue le explicase el motivo de su presencia allí. El antiguo monarca carraspeó y empleó a continuación un tono de voz mucho más confidencial.

—Yuma, el asunto del que te vengo a hablar no debe salir de esta sala. ¿Cuento con tu palabra?

Yuma, intrigado desde que le hubiese visto aparecer por la puerta, asintió con la cabeza. Tihkoosue no apartaba la mirada de sus ojos ni por un solo instante, como si quisiera cerciorarse de la franqueza de su interlocutor.

—Un grupo de nobles nos hemos propuesto derrocar a Mongwau en la próxima asamblea —desveló—. Pensamos que el poder sobre el pueblo anasazi debe cambiar de manos.

Tihkoosue no observó en el rostro de Yuma la menor señal de consternación. Si acaso, un inminente deseo por querer saber más.

—¿Quiénes sois los que habéis decidido dar el paso?

—Puedo mencionarte a Hesutu, pero a nadie más —replicó Tihkoosue—. Por precaución, preferiría mantener sus identidades en secreto.

Su actitud era más que razonable, puesto que aquellos ciudadanos se estaban jugando la vida.

—Hesutu nunca se llevó bien con mi padre.

—Es cierto. No obstante, la rivalidad entre ambos respondía a un conflicto de dinastías cuyo origen se remonta dos generaciones atrás. La realidad actual no se parece en nada y el apoyo de Hesutu es clave para obtener la victoria.

Yuma sabía que el noble tuerto poseía grandes riquezas y, como consecuencia, podía ejercer una importante influencia sobre otros dignatarios.

—Te aseguro que contamos con un amplio respaldo de diferentes sectores de la ciudadanía —dijo Tihkoosue con gran convicción.

Aquella afirmación podía sonar exagerada, pero a Yuma no le extrañaba en absoluto. A lo largo de los últimos años, Mongwau se había ganado a pulso la antipatía de gran parte de la población.

—Pero... ¿y qué hay de Bayou? ¿Y Uzumati?

A Yuma no se le escapaba que la postura que adoptase tanto la clase sacerdotal como la guerrera resultaría crucial para el éxito o el fracaso de la operación.

—No podemos saber lo que piensan. Acercarnos a ellos resultaría demasiado arriesgado. Será en la misma asamblea cuando cada uno de ellos se pronuncie siguiendo los dictados de su propio corazón.

—Existe, por tanto, una seria posibilidad de que vuestro plan no salga bien... ¿me equivoco?

Tihkoosue admitió que el riesgo era alto, pero insistió en que si no intervenían, las consecuencias para la nación anasazi serían todavía mucho peor. Más pronto que tarde, la imprudente gestión de Mongwau les abocaría a la perdición. Tihkoosue insistió en la idea hasta que Yuma le interrumpió. No hacía falta que siguiera hablando. Él ya estaba plenamente convencido.

—Podéis contar conmigo. Asistiré a la asamblea y manifestaré públicamente mi apoyo a vuestra iniciativa.

Pese a la rotundidad de su afirmación, la tensión que Tihkoosue reflejaba en su rostro no desapareció.

—Te lo agradezco, Yuma, pero no es eso lo que te queríamos pedir.

Yuma frunció el ceño confuso.

—¿De qué se trata entonces? ¿Queréis que hable con Bayou para predisponerle a vuestro favor?

Tihkoosue negó con la cabeza.

—En la asamblea, no solo bastará con plantear la destitución de Mongwau, sino que también deberemos proponer a un sucesor. Alguien que, además de reunir ciertos requisitos de linaje, goce también del respeto de su pueblo.

Cuando al fin fue consciente de lo que Tihkoosue se proponía, a Yuma le costó mucho creerlo.

—¿Queréis convertirme en el nuevo monarca?

Tihkoosue se limitó a sostenerle la mirada. Sobraban las palabras.

—Pero...

El primer impulso de Yuma fue oponerse frontalmente a la idea. Él nunca había

tenido ambición por gobernar ni deseaba asumir una responsabilidad de semejante calado. Sin embargo, una reflexión más profunda sobre el asunto le llevó a considerar aquella posibilidad que tanto vértigo le producía. Desde la posición de máximo mandatario, nunca lo tendría tan fácil para adoptar todas aquellas medidas que contribuyesen a mejorar las condiciones de vida de la población. Si fuese el monarca, podría, por ejemplo, solucionar de forma inmediata el problema de la escasez de madera para su proyecto. Si bien, para aquel caso en particular ya no llegaría a tiempo, puesto que el Mercado de Otoño tendría lugar antes de que se celebrase la asamblea.

¿Por qué no?, se preguntó Yuma. Quizás la única forma en que de verdad podía ayudar a su pueblo fuese ocupando un puesto de poder.

—Acepto, Tihkoosue. Pero a cambio, necesito que me hagas un favor.

Yuma estaba dispuesto a apurar sus opciones para poder sacar adelante su gran apuesta por el nuevo estilo de cerámica anasazi.

—Lo que sea.

Yuma le resumió en pocas palabras su plan y las dificultades con que se había topado a última hora.

—Hay que conseguir madera urgentemente para reactivar la producción —concluyó.

Tihkoosue recibió con gran alivio la respuesta positiva de Yuma, aunque no tenía nada claro si estaba en su mano hacer algo para complacer su petición. Durante varios minutos sopesó varias alternativas, sin que ninguna de ellas le convenciera. Pero entonces se le ocurrió una idea que bien podía constituir la única solución. Había una persona cercana a Hesutu que les había mostrado su apoyo incondicional, y que ejercía un rol fundamental en la administración de la madera que llegaba de las Montañas del Oeste: Mente Despierta, el maestro constructor de Ciudad Chaco.

—No te prometo nada, pero creo que hay algo que podríamos intentar...

CAPÍTULO 6

El día siguiente al equinoccio marcaba el inicio del Mercado de Otoño.

Los mercaderes más destacados habían estado llegando durante las jornadas previas, lo que indicaba su inmediata proximidad. Yuma había enviado mensajeros por toda la nación, para que hasta el último de los ceramistas hiciese llegar su mercancía a Ciudad Chaco, aunque la mayor aportación ya la había realizado el gremio de alfareros ubicado en Ciudad Costilla. Finalmente, Tihkoosue había logrado satisfacer la pretensión de Yuma, logrando que se reanudara con cierta celeridad la producción paralizada durante varios días por culpa de la falta de madera. Mente Despierta, bastante hastiado del carácter caprichoso de Mongwau, aceptó desviar a Ciudad Costilla parte del suministro de troncos que recibía para la obra. La artimaña del maestro constructor no tendría consecuencias cuando se descubriera, siempre y cuando Mongwau saliese derrotado en la asamblea, tal y como Tihkoosue y Hesutu le habían asegurado que sucedería.

Aleshanee también se encontraba ya en Ciudad Chaco, ocupándose de revisar las diferentes partidas de cerámica que iban llegando, con el fin de descartar aquellos trabajos que no estuviesen a la altura. El pequeño Anoki había venido con su madre, pero se pasaba la mayor parte del tiempo al cuidado de Soyala, encantada de poder hacerse cargo del crío.

El día del equinoccio, Bayou se había encargado de dirigir una gran ceremonia, a la que tradicionalmente también asistían los mercaderes extranjeros, que disfrutaban de un espectáculo al que eran ajenos en sus tierras de origen. La danza que acompañó el acto se llevó a cabo con tal grado de solemnidad y esmero, que muy pocos recordaban en el pasado una actuación parecida. El sol también danzó como estaba previsto, saliendo por el este y poniéndose por el oeste, anunciando el cambio de estación en el único día del año de duración equivalente a la de la noche. Definitivamente, el nuevo sumo sacerdote estaba haciendo méritos para ganarse el favor de los *kachinas* y devolver la fe perdida a su pueblo.

Al día siguiente, el mercado se consideró formalmente abierto. Los comerciantes se establecieron en sus puestos y, mientras colocaban la mercancía, comenzaron al mismo tiempo a ojear la del resto en busca del trueque perfecto que complaciese a todas las partes. Aunque Yuma trataba de mostrarse confiado, por dentro estaba muerto de miedo. Había depositado todos los huevos en un mismo cesto y si su apuesta fracasaba, no dispondría de una segunda oportunidad.

La nueva cerámica anasazi no estaba a la vista, como parte de la estrategia diseñada por Yuma para llevar a cabo la negociación. Se habían llenado hasta tres almacenes que daban a la plaza, pero el acceso a los mismos estaba restringido; una

estrategia mediante la cual Yuma esperaba crear la máxima expectación.

Los mercaderes toltecas no tardaron en advertir la ausencia de la cerámica anasazi en el mercado, y la alfarería hohokam ni siquiera servía para cubrir una ínfima parte de la cuantiosa demanda existente. Tlacaelel fue el primero de los mercaderes toltecas en realizar ciertas indagaciones, cuyas preguntas le llevaron directamente hasta Yuma. Pese a no estar versado en el arte del mercadeo, Yuma se había empeñado en llevar a cabo él mismo la negociación, para lo cual había refrescado su dominio de la lengua *náhuatl*, que aprendió cuando era niño. De cualquier manera, Yuma estaría acompañado por un experimentado mercader anasazi al que podría recurrir cuando lo estimase oportuno.

Yuma tomó contacto con el mercader tolteca e inició una breve conversación con él, mientras le conducía a los almacenes donde se guardaba la mercancía. Tlacaelel le contó que venía haciendo aquella misma ruta desde hacía ya varias décadas. Su gremio comercial operaba en diversos centros mesoamericanos y estaba más que acostumbrado a llevar a cabo expediciones de largo recorrido. Aquel trayecto en particular partía del mismo corazón de México y culminaba en Ciudad Chaco. Tlacaelel también le habló acerca de su único hijo, que todos los años solía acompañarle para que aprendiese el oficio, aunque en aquella ocasión no había podido hacerlo porque había ingresado en la *telpochcalli*, la escuela donde los adolescentes toltecas adquirían los conocimientos y valores necesarios para vivir en sociedad. Mientras hablaban, Yuma no podía quitarle el ojo de encima a la nariguera de jade que adornaba el rostro del mercader.

—¿Por qué este año la cerámica anasazi no está en el mercado a la vista de todos?

—Porque el estilo tradicional de nuestra cerámica ha cambiado —replicó Yuma—. Lo mejor será que lo vea con sus propios ojos.

Aleshanee y los principales maestros alfareros de Ciudad Costilla observaban la escena desde uno de los tejados de la primera planta. Asimismo, habían acudido ceramistas procedentes de las aldeas, que practicaban el oficio por su cuenta y que también habían aportado a la causa lo mucho o lo poco que habían podido. Apenas podían contener los nervios. Todos sabían que el dictamen del mercader tolteca determinaría el éxito o el fracaso del ambicioso plan de Yuma.

Yuma y Tlacaelel se detuvieron frente a la puerta del primer almacén.

—Adelante —invitó Yuma.

Tlacaelel accedió a la cámara, atestada de grandes cantidades de cerámica perfectamente distribuida a lo largo del perímetro de las paredes. Algunos montones eran tan altos que incluso llegaban hasta el techo. En primer término habían dispuesto una serie de cuencos y vasijas fabricados por la propia Aleshanee. El mercader tolteca tomó un cuenco entre las manos y deslizó las yemas de sus dedos por la superficie dorada, de impecable pulido. Los animales salvajes pintados en la superficie parecían cobrar vida bajo la lámina de luz que se extendía desde la puerta. Tlacaelel examinó un recipiente tras otro y comprobó que todos compartían un

mismo patrón. Yuma analizaba con detenimiento la reacción del mercader y los cambios de expresión que reflejaba su rostro, para poder obtener alguna ventaja de cara a una posible negociación. Tlacaelel, sin embargo, no hizo nada por ocultar el tremendo impacto que la mercancía le había producido.

—No conozco ningún otro pueblo que fabrique una cerámica igual —murmuró.

En ese momento, Yuma habría salido a la plaza para gritar con todas sus fuerzas. Sin embargo, debía mantenerse sereno, toda vez que aún tenía que cerrar el mejor trato posible con el mercader.

—Deduzco que está interesado... —repuso Yuma.

—No pienso fingir lo contrario. ¿Qué quieres a cambio? ¿Plumas de guacamayo? ¿Campanillas de cobre? Pídeme lo que quieras.

—Viveres —reveló Yuma—. Es lo único que me interesa. Maíz, judías, calabazas... Cualquier tipo de alimento que me pueda ofrecer será bienvenido.

Tlacaelel pensó a toda velocidad. Su gremio comercial poseía a lo largo de la ruta diferentes centros de recepción y distribución de productos y materias primas. El más cercano se encontraba algo más al sur, poco antes de penetrar en territorio anasazi. Allí podría abastecerse de todo cuanto quisiera.

—De acuerdo. Además, te ofrezco el doble de lo que ahora mismo estoy pagando por la cerámica hohokam. —Tlacaelel sabía muy bien que, a pesar de su generosa oferta, la nueva cerámica anasazi le proporcionaría a lo largo de toda su ruta comercial, y muy especialmente en tierras toltecas, un amplio margen de beneficios.

—El triple —señaló Yuma.

Tlacaelel torció el gesto, sorprendido por el duro talante negociador del joven anasazi.

—¿Estás seguro? Mi propuesta no solo es justa, sino también bastante favorable a tus intereses.

—Lo siento, pero no me conformaré con menos.

El mercader tolteca no perdió la calma y consideró sus alternativas. La experiencia que le proporcionaba su larga carrera le había puesto ante otras muchas situaciones de índole similar.

—Únicamente aceptaré el triple si me garantizas la exclusividad. Es decir, no podrás vender cerámica anasazi a ningún otro comerciante tolteca.

Yuma había llevado la negociación sin contar con la participación del mercader anasazi, que hasta el momento se había limitado a observar. No obstante, en ese punto consideró que sería bueno escuchar su consejo. Ambos se apartaron a un lado y en pocos minutos definieron su posición.

—Aceptaré tus condiciones —precisó Yuma—, siempre y cuando adquieras una cantidad significativa de la totalidad de nuestras existencias.

—¿De qué cantidad hablamos? —inquirió Tlacaelel.

—Tengo tres cámaras en total repletas de cerámica como esta.

—Podría hacerme con dos.

A Yuma le pareció más que suficiente. El contenido de la cámara restante lo podrían colocar entre los pueblos vecinos —los mogollón y los hohokam—, que disponían de cantidades sobrantes de maíz, y también entre los comerciantes de las tribus de las llanuras, de los cuales podría obtener algunos lotes de carne de bison.

—Trato hecho —sentenció Yuma.

Tlacaelel se quedó con el mercader anasazi concretando los detalles del acuerdo, mientras Yuma buscaba a los maestros alfareros para comunicarles la fabulosa noticia. Las cifras de la transacción les dejaron boquiabiertos, pues habían superado con creces sus mejores expectativas. Solo en el primer acuerdo habían vendido dos terceras partes de la producción, a un precio inmejorable, y aún restaban varios días por delante para deshacerse del resto. Aleshanee rompió a llorar al conocer la noticia. Ella, una sencilla aldeana del clan Hormiga, había sido la principal artífice de una hazaña que libraría de la hambruna a todo su pueblo. Aleshanee recibió a continuación la sincera felicitación de los maestros alfareros, incluso la de aquellos que al principio se mostraron reticentes a adoptar su innovador estilo.

Yuma corrió a buscar a los pequeños ceramistas de las aldeas para hacerles partícipes de aquel rotundo éxito. El mérito también les pertenecía a ellos por haberse sumado al proyecto y haber contribuido con su grano de arena a aumentar la producción. Los artesanos estallaron en vítores y se abrazaron unos a otros, incapaces de contener su alegría por el logro conseguido.

CAPÍTULO 7

Para cuando finalizó el Mercado de Otoño, toda la cerámica anasazi se había vendido con gran éxito. Los víveres obtenidos se almacenaron en varios graneros de Ciudad Chaco, desde donde se distribuirían entre las aldeas más castigadas por las malas cosechas cuando llegase el momento. Al menos durante aquel año nadie pasaría hambre en invierno.

Aleshanee fue admitida en el gremio de alfareros de Ciudad Costilla, e incluso se le acondicionó una cámara que estaba vacía para que se trasladase a vivir allí. Aunque le apenó tener que abandonar Fuego Azul, no había comparación posible entre residir en una aldea perimetral, especialmente vulnerable a los ataques externos, a poder hacerlo en una ciudad bien defendida y situada en la zona central del cañón. Para Sewati nada cambiaría. El joven esposo de Aleshanee seguiría acudiendo cada día a los campos de cultivo para tratar de arrancarle algún fruto a la maltrecha Madre Tierra.

Hasta que los mercaderes no se marcharon y Ciudad Chaco recuperó su aspecto habitual, Yuma no fue realmente consciente de que muy pronto tendría lugar la asamblea que Tihkoosue y sus aliados llevaban tanto tiempo esperando. Él mismo se había ido mentalizando, y cada día estaba más decidido a ocupar el lugar de su hermano al frente de la nación anasazi. Aunque nunca hubiese codiciado el poder, tampoco podía quedarse de brazos cruzados mientras comprobaba una y otra vez la indolencia con la que Mongwau trataba a su pueblo. ¿Y si convertirse en monarca hubiese sido desde un principio el destino que el Gran Espíritu había dispuesto para él?

Tan solo veinticuatro horas antes del inicio de la asamblea, se había filtrado la noticia de que un grupo de opositores pretendía promover algún tipo de acción contra Mongwau. La confidencia se había propagado sin control, y estaba en boca de todos sin que nadie supiese con certeza cuánto había de cierto en ello. Onawa efectuó algunas averiguaciones y se reunió en privado con su hijo para discutir el problema. Desde que el rumor llegase a sus oídos, Mongwau sentía a partes iguales una inquietante mezcla de nerviosismo e indignación.

—Se dice que un hatajo de nobles pretende deponerte del cargo y nombrar a Yuma en tu lugar —reveló Onawa.

—¿Mi propio hermano está detrás de todo esto?!

—Cálmate, por favor.

—¿Cómo voy a calmarme sabiendo que hay traidores dentro de mi propio pueblo? ¿Y si consiguen su objetivo?

—Eso no ocurrirá —repuso Onawa haciendo gala de su acostumbrada frialdad.

—No me fío, madre. Si han llegado tan lejos, significa que han debido de recabar ciertos apoyos.

—Es imposible que cuenten con los suficientes.

—Pero ¿y si...?

Onawa tomó la cara de Mongwau entre sus manos y le lanzó una severa mirada para infundirle seguridad.

—Confía en mí. Ese grupo de traidores ha cometido un error colosal eligiendo a Yuma como candidato a sucederte.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Lo único que tienes que saber es que su intento por derrocarte no cuenta con la menor posibilidad de prosperar.

Por la tarde, todos los asistentes fueron accediendo ordenadamente a la *kiva* principal. La expectación era máxima y nadie había querido faltar a la gran cita: los nobles, tanto de la región del Cañón del Chaco como de Mesa Verde, acudieron en pleno con sus familias; las matronas no venían solas, sino acompañadas por un amplio grupo de miembros pertenecientes a sus clanes de origen; Uzumati se había rodeado de sus guerreros más laureados; y a Bayou le asistía una delegación de sacerdotes de alto rango.

Todos los estratos sociales estaban representados y la *kiva* se hallaba a rebosar. No se había visto una concurrencia similar desde el día en que tuvo lugar la boda entre Yuma y Maralah.

El último en entrar fue Mongwau, que se paseó por el recinto subterráneo, mirando a un lado y a otro con expresión desafiante. El monarca lucía su mejor capa, confeccionada con piel de búfalo y plumas de águila, una camisa granate decorada con campanillas de cobre y mocasines con cascabeles de nácar. Del cuello pendía un resplandeciente colgante de turquesa en forma de lobo, y de la nuca le brotaba un aparatoso tocado de plumas de guacamayo. Lo más llamativo, sin embargo, era la daga de hueso que llevaba anudada al cinto, y que exhibió ostentosamente durante su recorrido como si pretendiese intimidar a la audiencia.

Mongwau se sentó junto a Onawa, que aguardaba con expresión severa a la altura del altar.

Una vez que todos hubieron ocupado sus puestos, Bayou se puso en pie para recitar una oración. La tradición dictaba que el sumo sacerdote iniciara la asamblea con una plegaria de gratitud. Bayou alzó la voz y pidió a los reunidos que diesen gracias por todo cuanto el Gran Espíritu les había proporcionado: tanto por lo que nacía de la propia Madre Tierra —plantas y animales cuadrúpedos—, como también por lo que habitaba en la bóveda celeste —las aves, el sol, la luna y las estrellas—. Cuando finalizó, sus ayudantes repartieron entre los asamblearios las plumas de poder. Estas no eran sino plumas de águila de gran tamaño, que debían agitarse durante el transcurso de la asamblea para apoyar las propuestas que se hubiesen

planteado.

Cuando los asamblearios tuvieron cada uno su pluma de poder, las miradas de toda la audiencia se tornaron hacia Mongwau. Como norma general, el monarca solía intervenir en primer lugar, salvo que algún miembro de la asamblea manifestase su deseo de plantear un asunto de especial trascendencia. Mongwau guardó silencio y sostuvo la mirada de los presentes, retando a cualquiera de ellos a tomar la palabra si es que tenía el suficiente valor.

Yuma se encontraba sentado a escasa distancia de su hermano y decenas de pares de ojos comenzaron a posarse en él. Todos se preguntaban qué había de cierto en los rumores que apuntaban a la existencia de una conspiración, destinada a destronar a Mongwau. En aquel instante, hasta las máscaras de *kachinas* le parecieron a Yuma menos amenazadoras que los rostros de los asistentes a la reunión, que le observaban fijamente. Yuma sabía que le había llegado la hora de actuar, pero la boca se le había secado de repente y las manos le temblaban como si fuesen presa de un intenso frío. Entonces se recordó a sí mismo por qué estaba haciendo aquello y el bien que pretendía, y por fin halló la inspiración.

El joven tragó saliva y respiró hondo varias veces seguidas, al tiempo que se ponía en pie y pedía permiso para hablar.

La audiencia ahogó una exclamación. El reciente rumor que se había propagado por toda la región había resultado ser más que una simple habladuría. Mongwau le fulminó con la mirada, aunque sus ojos dejaron entrever un brillo de temor; pese a su arrogancia, el todopoderoso monarca sentía miedo de su hermano pequeño.

Yuma se armó de valor e inició su discurso.

—Deseo hablaros acerca del incierto futuro de la nación —anunció—. Las decisiones de Mongwau, ya sea por acción u omisión, nos están conduciendo poco a poco hacia la ruina. —Mongwau se levantó como un resorte para protestar, pero Onawa le sujetó de la mano y le obligó a tomar asiento de nuevo—. Nuestro monarca se empeña en ignorar que la ausencia de las lluvias implica que está cambiando el clima de nuestra región, y que la agricultura ya no es capaz de adaptarse a las actuales condiciones. Su ceguera es tan grande que le impide tomar medidas urgentes para afrontar este problema, desconocido hasta la fecha por nuestro pueblo. Las aldeas ya saben lo que es pasar hambre y, para cuando se agoten las reservas de las ciudades, todos nos hallaremos en la misma situación. Y me temo que si no hacemos nada por evitarlo, en pocos veranos mis palabras se habrán convertido en una insostenible realidad.

Una ola de murmullos se extendió por la *kiva*. ¿No estaría Yuma siendo demasiado catastrofista?

—Nuestro monarca también ha demostrado su incapacidad a la hora de gestionar las relaciones con nuestros enemigos —prosiguió—. No puede excusarse en la incompetencia de terceros, pues todos sabemos que Uzumati ha demostrado ser uno de los mejores jefes de guerra de la historia reciente de nuestro pueblo. —La

concurrentia se giró hacia Uzumati que, poco amigo de los halagos, se removió incómodo en su sitio—. Para empezar, Mongwau ha sido incapaz de frenar los ataques de los nómadas de las planicies. Nahiossi sigue acosando y aterrorizando a la población, llevando a cabo una incursión tras otra. Pero es que además, Mongwau tampoco ha sabido rebajar el grado de tensión con los hohokam, sino más bien todo lo contrario. La escalada de violencia no ha parado de crecer día tras día entre ambos pueblos.

»Por otra parte, y pese a las circunstancias adversas, Mongwau no ha dudado un ápice en invertir gran parte de nuestros valiosos recursos en construir una nueva planta en Ciudad Chaco, cuando no existe la menor causa que justifique un gasto de semejante magnitud. Una muestra más, en definitiva, de su arbitraria e imprudente gestión de gobierno.

Yuma interrumpió su discurso para aclararse la garganta. Desde el lugar que ocupaba, Tihkoosue parecía querer insuflarle ánimos con la mirada. Yuma esperaba que el grupo de opositores hubiese recabado los apoyos necesarios porque, de lo contrario, se vería prácticamente solo en su atrevido intento por derrocar a Mongwau.

—El pueblo anasazi atraviesa un momento crítico —añadió para finalizar—. Sin embargo, aún no es tarde para revertir la situación. Por todo ello, propongo la destitución de Mongwau y me ofrezco yo mismo como candidato para asumir el gobierno de la nación.

»Y dicho esto, someto mi propuesta a la votación de la asamblea.

El silencio que siguió a la intervención de Yuma pareció cortar el aire, como si los trescientos asistentes se hubiesen puesto de acuerdo para contener al mismo tiempo la respiración. Tan solo se oía el ulular del viento que barría la plaza en el exterior y el crepitar del fuego de las antorchas y la pira del centro.

Yuma paseó la mirada entre los asamblearios buscando algún tipo de reacción. Al principio nadie movió un dedo, como si cada uno de ellos esperase que fuese otro el que diese la cara primero. Yuma comenzó a sentir entonces un intenso vacío en su interior. En privado, muchos habían asegurado que respaldarían su candidatura, pero otra cosa muy distinta era tener que hacerlo delante de Mongwau. ¿Y si a la hora de la verdad nadie demostraba tener el suficiente valor?

Tras unos segundos que se hicieron eternos, Hesutu fue el primero en desbloquear la situación. El noble tuerto se puso en pie y agitó su pluma de poder para dejar claro que apoyaba la proposición de Yuma.

De entrada, a Mongwau no le inquietó demasiado el gesto de su viejo rival político. Hesutu acostumbraba a votar siempre en su contra, cualquiera que fuese la naturaleza de la propuesta. De cualquier manera, Mongwau le dedicó una mirada asesina, para que sirviera de advertencia al resto de los presentes. Sin embargo, justo a continuación, dos nobles más se alzaron y se sumaron a la votación, y poco a poco, otros dignatarios comenzaron a hacer uso de su pluma de poder tan pronto se fueron sacudiendo de encima el temor a posibles represalias. Las silenciosas amenazas de

Mongwau no le sirvieron de nada, y en escasos segundos la nobleza del Cañón del Chaco, casi al completo, apoyaba abiertamente a Yuma.

La tez del actual monarca había palidecido. ¿Cómo podía tener a tantos dignatarios en su contra? Aun así, aquello demostró no ser más que el principio. Tihkoosue fue el siguiente en agitar su pluma de poder, y en un instante la nobleza de la región de Mesa Verde, prácticamente en bloque, se alzó para sumarse a la osada iniciativa.

Tihkoosue cruzó una mirada triunfal con Yuma, dándole a entender que todo se estaba desarrollando conforme al plan preestablecido.

El golpe de efecto se produjo cuando la matrona del clan Oso hizo también uso de su pluma de poder. Los aldeanos tenían sobrados motivos para estar disgustados con el gobierno de Mongwau. Y ellos, más que ningún otro estamento de la sociedad anasazi, serían los más beneficiados si Yuma era elegido como el nuevo soberano. El resto de los clanes no se hizo esperar: la matrona del clan Búfalo, la del clan Coyote y la del clan Hormiga también votaron a su favor, secundadas por los vítores de los aldeanos que las habían acompañado.

Yuma no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Tres cuartas partes de la *kiva* se hallaban en pie, blandiendo en alto sus plumas de poder y agitándolas enfervorizados. El pueblo estaba de su lado. A Yuma se le erizó la piel y tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las emociones que sacudían todo su cuerpo.

Mongwau parecía haber encogido. Su mirada desafiante se había evaporado y ahora se sentía humillado al contemplar todas aquellas plumas de águila alzadas en su contra. Onawa, pese a todo, conservaba su calma habitual, tomando nota mental de todos aquellos que no habían guardado la debida lealtad a su hijo.

—Tranquilízate —le susurró—. Todo esto no les valdrá de nada si no cuentan con el apoyo de la casta sacerdotal y la clase guerrera.

Precisamente, los sacerdotes debatían internamente en su recodo de la *kiva*. Bayou escuchaba con atención la valiosa opinión de Ouray, y también la de otros compañeros igual de sabios, como lo eran Ayawama y Nayavu. Finalmente, el sumo sacerdote se adelantó unos pasos, sosteniendo en una de sus manos la pluma de poder. Todos se giraron hacia Bayou, cuyo voto fijaría la postura del estamento sacerdotal en su conjunto. Si Bayou dejaba caer la pluma al suelo, significaría que rechazaba la propuesta de Yuma y, naturalmente, eso era lo que tanto Mongwau como Onawa esperaban que hiciera. Aquel era un apoyo que daban por seguro.

Pero se equivocaron. Bayou agitó su pluma de poder y se unió a los cientos de plumas que ya ondeaban por todo el recinto. A Onawa se le demudó el rostro y dejó escapar una maldición. La reacción de Mongwau fue mucho más desmedida. El todavía monarca perdió los nervios y recorrió a toda velocidad la distancia que le separaba de Bayou.

—¿Cómo te atreves a traicionarme?! —le espetó, agarrándole con furia de su camisa ritual.

Bayou no se dejó intimidar.

—Solo he tomado la decisión que considero más conveniente para nuestro pueblo. Yuma se merece una oportunidad. Tú ya la tuviste y has demostrado no estar a la altura.

Mongwau se desquició aún más y comenzó a zarandear a su hermano cada vez con más fuerza. Sus ojos estaban inyectados en sangre y de su boca salían despedidos esputos de saliva al hablar.

—Antes no me habrías hecho esto. ¿Qué te ha pasado, Bayou? Desde que regresaste de Cíbola ya no eres el mismo. ¿Por qué? ¡¿Qué es lo que viste allí?!

Onawa acudió de inmediato y apartó a Mongwau de su hermano antes de que el enfrentamiento fuese a mayores. Bayou respiró aliviado y regresó al lugar que ocupaba en el extremo de la *kiva*. Mientras tanto, Onawa se encargó de calmar a Mongwau, que seguía fuera de sí.

—Madre, me aseguraste que esto no pasaría... —masculló, horrorizado ante la perspectiva de que le arrebatasen el poder.

Onawa acompañó a su hijo de vuelta al lugar de honor que ocupaba dentro de la *kiva*, aparentando una calma que ya no sentía.

La concurrencia se volvió entonces hacia Uzumati, el único asambleario que no se había pronunciado todavía. El jefe de guerra se debatía entre permanecer fiel al monarca que siempre le había mantenido en el cargo, o escuchar el consejo de los suyos, que le exhortaban a dejarle caer.

Sin embargo, Onawa ni siquiera dejaría que se pronunciara pues, incluso aunque votase en contra de Yuma, la reputación de Mongwau como monarca ya se había visto tan seriamente perjudicada, que había llegado la hora de tomar medidas drásticas. Situándose en el centro de la *kiva*, Onawa rogó la atención de todos los presentes. Aquel procedimiento rompía el estricto protocolo, pero con la aquiescencia de Bayou, los asamblearios se fueron sentando poco a poco en las bancadas de piedra.

—¡Yuma no puede de ninguna manera suceder a Mongwau! —La voz de Onawa sonó firme y reverberó en las paredes de la cámara circular.

Una cascada de protestas siguió a su afirmación, y Onawa aguardó a que amainase para retomar la palabra, a pesar de que parte de su seguridad inicial había desaparecido.

—Quiero confesaros un secreto que llevo ocultando desde hace más de veinte años...

Onawa pareció venirse abajo y tuvo que hacer una pausa para poderse rehacer. Los labios le temblaban y su firme tono de voz comenzó a flaquear. Con todo, sus enigmáticas palabras habían servido para captar el interés de la asamblea. Ni Mongwau, que parecía más desconcertado que nunca, ni mucho menos Yuma, tenían la menor idea de lo que su madre se proponía a revelar.

—Yo acostumbraba a salir cada noche al cercano bosque de Kokopelli para orar

al Gran Espíritu. —Aquel pequeño bosque había desaparecido largo tiempo atrás, como consecuencia de la tala y de la prolongada sequía—. Casi siempre iba sola porque no existía ningún peligro. Pero una de aquellas noches, mientras rezaba, un extraño emergió de las sombras y me atacó por sorpresa. Al principio no supe quién era porque mi asaltante se cubría el rostro con una máscara sagrada de *kachina*...

Ouray, pese a su edad, casi salta de su asiento impactado por la noticia. El antiguo sumo sacerdote todavía recordaba aquel incidente del que los más jóvenes ni siquiera habían oído hablar.

—Conozco el extraño al que te refieres —terció tras ponerse en pie—. Fue un joven esclavo el que robó esa máscara y huyó con ella. ¡Nahiossi!

—Así es —confirmó Onawa con la mirada colgada en el vacío.

Un turbador silencio se apoderó de la asamblea. Ouray se acercó a la mujer a la que había asistido en el parto de sus tres hijos y clavó sus ojos saltones en ella.

—Pero si se ocultaba tras la máscara, ¿cómo supiste quién era? ¿Y por qué no le denunciaste? —Ouray no entendía qué podía haber llevado a Onawa a no contar a nadie el encuentro con su agresor—. Cuando al día siguiente notaron la ausencia de Nahiossi, varias partidas de guerreros salieron tras él. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Onawa se derrumbó del todo y se sumió en un amargo llanto. Bayou se acercó a ella y trató de consolarla. Yuma observaba a su madre sin dar crédito a lo que veía: por primera vez en su vida la veía derramar lágrimas auténticas. Instantes después, Onawa reunió el coraje suficiente para contar el final de la historia.

—Nahiossi se quitó la máscara en el último momento para asegurarse de que le viese la cara. Él conocía mi identidad y estaba convencido de que la esposa del monarca preferiría callar antes que reconocer haber sido violada por un vulgar esclavo... —Onawa se cubrió el rostro con las manos—. Y no se equivocaba...

—¿Violada? —exclamó Ouray.

La confesión sacudió a todos los presentes, y muy particularmente a cada uno de sus hijos. Sabiendo lo orgullosa que era, Mongwau comprendía mejor que nadie la humillación por la que su madre debía de estar pasando, pero aún desconocía a dónde conducía todo aquello y por qué se suponía que le iba a beneficiar.

—Cuando tuvo lugar aquel episodio... mis dos primeros hijos ya habían venido al mundo...

Yuma tuvo un terrible presentimiento y, con la respiración entrecortada, dirigió sus pasos hacia el centro de la *kiva*.

—¿Qué estás diciendo, madre?!

—Lo que ya todos se imaginan —replicó, señalándole acusadoramente con el dedo—, que tu padre no fue Nootau, sino un miserable esclavo fremont que hoy en día se dedica a arrasar nuestras aldeas y a amenazar la seguridad de nuestro pueblo.

El corazón de Yuma dejó de latirle durante varios segundos. Su respiración se agitó y después se hizo más profunda. A continuación se apoyó en una de las

columnas de madera que sostenían la techumbre y cayó al suelo de rodillas. Podría haber tratado de rebatir aquella terrible afirmación, pero sabía muy bien que su madre no mentía. Durante años, Yuma había sentido que Onawa le privaba del cariño que sí les procuraba a sus hermanos, sin que nunca entendiese la razón. Ahora, por fin, todo cobraba sentido.

Bayou acudió al encuentro de su hermano, consciente del terrible trance por el que debía de estar pasando en aquellos momentos. Yuma se dejó abrazar y agradeció aquel compasivo gesto, aunque su espíritu herido se encontraba en realidad muy lejos de allí. De repente, otro capítulo de su pasado que nunca había podido descifrar, adquiriría ahora pleno significado. Nahiossi no le había ejecutado durante el ataque a la aldea de Fuego Azul porque se había reconocido a sí mismo en el rostro de Yuma. Al líder fremont no le había alcanzado el valor para matarle, tras darse cuenta de que el joven anasazi a quien había sentenciado a muerte era su propio hijo.

La concurrencia asistía con inquietud el desarrollo de los hechos.

—¿Entendéis ahora por qué Yuma no puede gobernar? —Onawa había transformado sus lágrimas en ira y vociferaba con todas sus fuerzas para que todos escucharan lo que tenía que decir—. ¿No os dais cuenta? Yuma carece de linaje. No es un legítimo sucesor de Mongwau. ¿Cuántos de vosotros agitaríais ahora la pluma de poder sabiendo lo que sabéis?

Aquella inesperada revelación había provocado en la audiencia un profundo desasosiego. Los rostros de los asamblearios reflejaban una inmensa conmoción. El argumento de Onawa era incontestable, y los opositores de Mongwau aún no habían reaccionado ante el inesperado giro de los acontecimientos.

El monarca aprovechó entonces el desconcierto para resurgir de sus cenizas. Necesitaba dar un golpe de efecto para cortar de raíz aquel conato de rebelión. Inició un lento recorrido alrededor de la *kiva*, desafiando con la mirada a aquel hatajo de cobardes que escasos minutos antes había osado darle la espalda. En apenas un instante, la actitud de todos ellos se había tornado sumisa y los aires de revolución se habían desvanecido por completo. Mongwau se detuvo frente a Hesutu, que permanecía sentado en la hilera de bancos de menor altura. El noble tuerto mantuvo la cabeza bien alta, pese a ser perfectamente consciente de su fracaso.

Mongwau le miró largamente sin disimular un ápice su desprecio, pues él había sido el primer asambleario en encender la mecha de la sublevación.

—Estoy harto de que traidores como tú contaminen la nación —le espetó Mongwau.

Y sin previo aviso, extrajo su daga del cinto y se la hundió a Hesutu en su único ojo sano. Después la giró y, a modo de cuchara, le arrancó el globo ocular, que salió despedido de su cuenca y se estrelló contra el suelo envuelto en una película de nervios y membranas. Hesutu aulló con todas sus fuerzas y rápidamente se tapó con la mano el hueco que había dejado la herida. Un reguero de sangre se le escurría entre los dedos.

—Que sirva de advertencia —sentenció Mongwau.
Y de aquella manera concluyó la reunión.

CUARTA PARTE

TUWAKACHI (EL MUNDO COMPLETO)



«Yo no tengo miedo a morir. Lo que he inculcado a mis hijos y a mis nietos vivirá eternamente. Ese soy yo, eso es lo que dejo. El saber. Tú no mueres nunca. Eres parte del sol, parte del universo. No hay muerte, solo transformación».

Sabiduría popular de los nativos americanos.

** Su significado, hoy desconocido, se perdió con el tiempo.*

Cortés seguía decidido a internarse en México con el reducido destacamento de quinientos hombres que le acompañaba, pese a la oposición de una parte de su tropa, que temía al poderoso y nutrido ejército azteca y prefería regresar. Yo, por mi parte, ya llevaba un tiempo enrolado en la expedición en calidad de porteador, y mi único interés residía en acercarme todo lo posible a Tenochtitlan para intentar reunirme con Moctezuma.

Apenas habíamos iniciado la marcha cuando una embajada del emperador azteca salió a nuestro encuentro. Varios dignatarios acompañados por un séquito de servidores se presentaron ante Cortés en nombre del gran monarca que habitaba en el interior de las montañas. Los enviados de Moctezuma traían objetos de oro, paños finos y plumería, entre otros muchos presentes, y Cortés correspondió a la generosidad del emperador haciéndole a su vez entrega de un variado repertorio de regalos, como una silla de brazos y un conjunto de llamativas prendas de vestir. Cortés les comunicó su deseo de entrevistarse con Moctezuma para, según él, tratar cuestiones de gran interés, algunas relativas al vasallaje que habría de prestarle al gran señor que gobernaba el mundo al otro lado del mar y otras, concernientes a la salvación de las almas.

Mientras los emisarios partían de regreso a Tenochtitlan para transmitir el mensaje de Cortés, dejaron allí a gran parte de sus siervos, que levantaron confortables chozas y prepararon succulentas comidas que a los españoles les supieron a gloria, después de llevar tanto tiempo soportando una dieta extremadamente frugal.

Los emisarios regresaron diez días después con regalos aún más ostentosos —especialmente dos magníficas rodela labradas, una revestida en oro y la otra en plata, que pasaron a ser conocidas como la rueda del sol y de la luna—, pero un mensaje contradictorio que desconcertó profundamente a Cortés: Moctezuma no solo no le recibiría, sino que además le conminaba a marcharse.

La actitud del emperador azteca arrojaba muchas dudas acerca de su posición. Por un lado, no deseaba recibir la visita de los españoles, pero al mismo tiempo les agasajaba con espléndidos presentes. Y por otro, pese a no querer tenerles en su territorio, tampoco enviaba a su todopoderoso ejército para aplastarlos, cosa que habría logrado con extrema facilidad.

Yo también me hacía mis propias preguntas, y una noche después de cenar entablé conversación con uno de los siervos de la embajada azteca, quien sacó su lengua a pasear tras beber más pulque de la cuenta.

El sirviente me contó que Moctezuma recibía cumplida información sobre las andanzas de los forasteros desde que estos hubiesen arribado a sus costas. Al emperador le constaba, por tanto, que la piel de los visitantes era blanca como la cal, y que sus cabellos —tanto el de sus largas barbas como el de la cabeza—, eran o bien

de color negro, o bien dorado como el sol. Asimismo, también estaba al corriente de que los forasteros se cubrían de un brillante metal con el que fabricaban sus corazas, cascos y escudos; de que tenían armas poderosas que escupían piedras, y de cuyo interior brotaban chispas y un pestilente humo al que le acompañaba el sonido del trueno; y de que montaban grandes venados sin cuernos, tan altos como casas, a lomos de los cuales alcanzaban una gran velocidad. La victoria sobre los chontales de origen maya, muy superiores en número, también había llegado hasta sus oídos y le había dejado perplejo.

Moctezuma temía que la profecía de Quetzalcóatl se estuviese cumpliendo, que los visitantes fuesen enviados o descendientes del dios blanco y barbudo que había gobernado México en tiempos antiguos y que antes de partir al Este había prometido volver. Al parecer, durante los años anteriores habían aparecido funestas señales que anunciaban el fin del imperio azteca, coincidiendo con el regreso de Quetzalcóatl, y hacía bastante tiempo que Moctezuma andaba tremendamente preocupado por los augurios de signo adverso. Las señales más importantes hacían referencia a una llama surgida en el cielo, que durante todo un año se dejó ver de noche y de día. Al incendio del templo de Huitzilopochtli, que acabó reducido a cenizas. Y a la inundación de parte de la ciudad.

Moctezuma consultaba constantemente a sus sacerdotes y hechiceros, pero los consejos que recibía de estos resultaban tan imprecisos, que el emperador aún se debatía entre la sumisión absoluta o el exterminio de los extranjeros.

La mentalidad española era radicalmente opuesta, y la negativa recibida no arredró lo más mínimo a Cortés. De hecho, cuanto más oro recibían para que se fueran, mayor era el interés de los españoles por llegar hasta la fuente de tantas riquezas.

Los emisarios se despidieron de Cortés y partieron de nuevo llevándose consigo a su amplio séquito de sirvientes. El capitán español ignoró la petición de Moctezuma, y al día siguiente reemprendió la marcha hacia las tierras del interior.

Varias jornadas después, un grupo de indígenas nos salieron al encuentro en mitad del camino. Eran totonacas. Yo los identifiqué con facilidad debido a la piedra que se incrustaban en el labio inferior y que les dotaba de un aspecto tan horrible. Los totonacas invitaron a los españoles a acudir a su ciudad, y Cortés, con las debidas precauciones, se dejó guiar hasta la capital de su nación: Cempoala.

Los españoles quedaron impresionados por sus edificios de piedra y su numerosa población, que superaba ampliamente las veinte mil almas. Hasta la fecha, se trataba sin duda de la ciudad más soberbia que habían tenido la oportunidad de conocer. Poco después apareció el cacique de la ciudad, cuyos siervos le transportaban en una especie de litera. Y mientras los españoles hacían un alto para descansar, Cortés y el cacique se retiraron a conversar asistidos por los intérpretes.

Los indígenas se agolpaban en las calles para ver a los singulares extranjeros, así

como a los caballos, que acaparaban gran parte de su atención. El corazón me dio entonces un vuelco cuando vi a uno de los totonacas dirigirse hacia mí, como si me hubiese reconocido. ¡Era Tupac! Conmovidos por el providencial reencuentro, nos fundimos en un prolongado abrazo cargado de emoción. ¡Qué raro se nos hacía estar el uno junto al otro en un sitio que no fuese la maldita cantera! Pasado el momento de los saludos, lo primero que hicimos fue ponernos al día. Tupac me creía muerto, pero yo le conté que los españoles aparecieron justo a tiempo para evitar mi sacrificio. Algo parecido sucedió en la cantera. La llegada de los forasteros ahuyentó a la mayoría de los guardias aztecas, y casi todos los cautivos lograron escapar.

—¿Y por qué no has regresado a tu tierra? —me preguntó.

—Porque aún no he renunciado al sueño por el que un día decidí venir aquí —repose—. Todavía deseo poder hacer realidad la construcción del acueducto.

Cortés, mientras tanto, averiguó por boca del cacique totonaca que su pueblo era uno de los muchos que se hallaban bajo el yugo del imperio azteca, y que Moctezuma les exigía cuantiosos tributos que les estaban asfixiando poco a poco. Además, y lo que resultaba todavía más doloroso, cada cierto tiempo tenían que hacer entrega de un significativo número de jóvenes para ser sacrificados en Tenochtitlan. El desesperado cacique llegó incluso a rogarle a Cortés que mediase ante Moctezuma para convencerle de que rebajase los impuestos que debía satisfacer.

Descubrir que Moctezuma era una especie de tirano que explotaba a todos los pueblos que sometía bajo su mando supuso toda una revelación para Cortés. ¿Y si utilizaba en su beneficio las desavenencias que existían entre las diferentes naciones indígenas? Cortés le aseguró entonces al cacique totonaca que si se aliaba con él, nunca más tendría que pagarle tributo alguno a Moctezuma, si bien exigía a cambio el cumplimiento de ciertas condiciones. La primera, renunciar a sus ídolos y convertirse al cristianismo. La segunda, abandonar la bárbara práctica de los sacrificios. Y la tercera, rechazar la sodomía, pues era habitual encontrar en las calles a jóvenes travestidos ofreciendo sus servicios.

De todos los requisitos, el de abandonar a sus dioses era el que más recelo producía. No obstante, la victoria de los españoles sobre los mayas, pese a la evidente inferioridad numérica de los primeros, había puesto de manifiesto que los dioses de los extranjeros debían de poseer un extraordinario poder. La decisión no fue fácil, pero al final el cacique totonaca aceptó las condiciones de Cortés con tal de liberarse del abusivo dominio azteca. Y para sellar la alianza, ofreció a ocho doncellas de sangre noble, que Cortés repartió entre sus capitanes para que se amancebaran con ellas, después de que las hubiesen bautizado.

Algunos días más tarde, Cortés ordenó reemprender el viaje. Los españoles se habían aprovisionado en Cempoala, y los porteadores íbamos más cargados que nunca. Pese a todo, yo no tenía motivos para quejarme. Tras mi paso por la cantera, cualquier otro trabajo me parecía fácil en comparación. La gran novedad residía en que el ejército español ya no estaba solo. Un contingente de aproximadamente un

millar de guerreros totonacas se había unido a la expedición.

Y Tupac era uno de ellos.

Cuanto más nos alejábamos de la costa, más escarpado era el camino que conducía al interior del valle de México. Atravesamos serranías y volcanes extintos, y a lo largo de la ruta nos fuimos cruzando con poblados de otras tribus, que, hartos de la opresión azteca, escucharon con atención la alternativa que los españoles les tenían que ofrecer. Muy pronto comprendí la estrategia de Cortés: sumar a su causa todos aquellos pueblos que apenas podían hacer frente al elevado tributo que les exigía Moctezuma. El capitán español repetía una y otra vez los tres puntos que había expuesto ante los totonacas, y poco a poco se fue ganando adeptos. Aquella sagaz maniobra, unida a la indecisión del propio emperador azteca, que aún se debatía acerca de la naturaleza e intenciones de los forasteros, permitió que los españoles se fuesen haciendo cada vez más fuertes.

En un momento clave del trayecto, alcanzamos un cruce de caminos que planteaba dos alternativas para llegar a Tenochtitlan. El camino más corto obligaba a atravesar territorio tlaxcalteca, con el riesgo que implicaba tomar aquella vía. La nación tlaxcalteca era enemiga acérrima de los aztecas, y Moctezuma no les había podido conquistar. Eran muy numerosos y gozaban de una excelente fama de guerreros. Las escaramuzas entre ambas naciones eran constantes, y Moctezuma había establecido un bloqueo para que los comerciantes no proveyesen a sus rivales de sal y algodón, recursos naturales que no podían obtener en sus propias tierras. Yo mejor que nadie conocía aquel último extremo, por culpa del cual había sido esclavizado y enviado a la cantera de piedra.

Si tomaban el otro camino, tendrían que dar un rodeo para llegar a la ciudad de Cholula, donde en principio esperaban una buena acogida. Y de ahí en adelante, la ruta estaba despejada hasta la capital azteca. Aunque más largo, ese itinerario parecía mucho más seguro.

Cortés, sin embargo, se decantó por la primera opción. A pesar del carácter imprevisible de los tlaxcaltecas, merecía la pena intentar parlamentar con sus gobernantes y convencerles de que se les unieran, aprovechando el visceral odio que sentían hacia sus ancestrales enemigos aztecas. El capitán español sabía que de hacerse con la nación tlaxcalteca como aliada, supondría un importante golpe de efecto a su favor.

Por desgracia, el primer encuentro con exploradores tlaxcaltecas no pudo empezar con peor pie. Tras subir una loma de escasa pendiente, los españoles avistaron una patrulla conformada por una veintena de guerreros, y Cortés ordenó a sus jinetes que les diesen alcance para anunciar su llegada y presentarles sus respetos. Los tlaxcaltecas, en un primer momento, se dieron media vuelta y echaron a correr, tratando de poner tierra de por medio con los extranjeros, pero de repente se giraron y, pese a que nunca antes habían visto un caballo, no dudaron en enfrentarse a aquellas poderosas criaturas asestando contundentes mandobles con sus macanas,

hechas de madera con navajas de obsidiana incrustadas a los lados. Los españoles no esperaban aquella reacción y, en los primeros compases, los guerreros tlaxcaltecas fueron capaces de aniquilar a dos caballos. Tras aquel inesperado ataque, los jinetes se conjuraron y acabaron con la vida del grupo de tlaxcaltecas; no les habían dejado otra opción.

Miles de tlaxcaltecas se asomaron entonces tras un desfiladero, pero renunciaron a realizar ningún movimiento porque ya estaba comenzando a oscurecer, y ellos no acostumbraban a combatir de noche.

Los españoles decidieron acampar junto a un riachuelo y establecieron posiciones defensivas por lo que pudiera ocurrir. Cortés estaba preocupado. A los guerreros de aquella temible nación les había bastado un breve escarceo para desmontar el mito del caballo como criatura invencible que tan buenos resultados le había proporcionado hasta la fecha. Al parecer, los tlaxcaltecas desconfiaban de los españoles porque les habían tomado por aliados de Moctezuma. El hecho de que pretendiesen visitar al emperador azteca, acompañados además por súbditos suyos como eran los totonacas, les había llevado a inferir dicha conclusión.

Teniendo en cuenta este punto, Cortés envió una delegación de totonacas para aclarar su postura, pero las noticias que recibió de vuelta no fueron buenas. Los tlaxcaltecas rechazaban sus explicaciones y estaban dispuestos a plantar batalla al precio que fuera. Frustrado, maldije mi mala suerte. Un nuevo obstáculo se interponía en mi camino, cuando volvía a encontrarme tan cerca de Tenochtitlan.

A la mañana siguiente, los españoles comprobaron que el valle se encontraba repleto de guerreros enemigos. Había decenas de miles de ellos, muchos más que los mayas a los que se tuvieron que enfrentar, siendo además los tlaxcaltecas guerreros muchísimo más fieros. En contrapartida, al menos, los españoles contaban ahora con el inestimable apoyo del contingente totonaca.

Los tlaxcaltecas, cubiertos con pinturas de guerra de los pies a la cabeza, hacían sonar sus tambores de guerra mientras agitaban los estandartes de cada uno de los territorios que conformaban su confederación. Primero atacaron desde la distancia, arrojando lanzas, piedras y una lluvia de flechas, y después se fueron acercando buscando el combate cuerpo a cuerpo. Los españoles mantenían unida su formación y combatían con su acostumbrada disciplina, alternando las descargas de cañones y arcabuces con las andanadas de los ballesteros. Los flancos estaban protegidos por los aliados totonacas, cuyo aporte en la batalla probó ser vital.

Por suerte para los españoles, los tlaxcaltecas cometían demasiados errores y no sacaban provecho de su aplastante superioridad numérica. Para empezar, no atacaban de forma coordinada, y los líderes de cada una de las confederaciones daban las órdenes que les parecía sin tener en cuenta lo que hacían las demás. Asimismo, se apiñaban tanto los unos a los otros, que se entorpecían entre sí, e incluso esto provocaba que un solo disparo de arcabuz fuese capaz de impactar a la vez contra varios hombres.

Los españoles se conformaban con mantener la posición, aguantando una embestida tras otra. Cuando se les presentaba la oportunidad, lanzaban una partida de jinetes para repartir estocadas y confundir un poco más a los tlaxcaltecas. El objetivo era sobrevivir, al tiempo que debilitaban gradualmente las pobladas filas enemigas.

La lucha se prolongó durante todo el día, hasta la puesta de sol.

Milagrosamente solo murió un español, si bien muchos otros presentaban serias heridas. Entre los totonacas había habido más bajas, aunque para mi alivio pude certificar que Tupac había salido indemne. Cortés envió otra delegación para negociar la paz, argumentando que los aztecas eran también sus enemigos, pero el intento derivó en un nuevo fracaso.

La guerra contra los tlaxcaltecas tan solo acababa de empezar.

Al día siguiente, cuando los españoles se aprestaron a reanudar la batalla, comprobaron espantados que los tlaxcaltecas habían logrado reunir al doble de combatientes que la jornada anterior. Allí había por lo menos cincuenta mil guerreros dispuestos para la acción y, como respuesta a aquel movimiento del enemigo, Cortés ordenó reclutar más hombres entre los portadores y auxiliares de tropa. Alguien me señaló y, a pesar de mis reiteradas protestas, antes de darme cuenta, me pusieron una macana en la mano y me vi enrolado en las filas del contingente totonaca como un combatiente más.

Desde el otro lado del campo de batalla, los tlaxcaltecas gritaban y realizaban gestos amenazadores que lograban provocar en mí el efecto deseado. Yo no era un guerrero ni nunca lo había pretendido ser, y no podía negar que el miedo se extendía por mi piel como tentáculos afilados. Solo tras ver a Tupac pude calmar ligeramente los nervios.

—Pase lo que pase, no te separes de mi lado —me dijo.

Tupac me proporcionó un escudo hecho de cuero y cañas entretejidas, al que me aferré con todas mis fuerzas. El primer ataque se produjo con las habituales armas arrojadas, y el escudo me salvó de resultar atravesado por más de una flecha. Otros no tuvieron la misma suerte. La batalla se fue enconando y los tlaxcaltecas nos abordaron por el flanco que mi grupo defendía. Mi corazón comenzó a palpar con más fuerza. A partir de ahí, no habría forma de evitar el combate cuerpo a cuerpo.

Una horda de guerreros enemigos se abalanzó contra la primera línea defensiva en la cual se había incrustado Tupac —yo estaba en un segundo anillo de contención que bajo ningún concepto nuestros adversarios debían atravesar—. Cuando los totonacas comenzaron a tener dificultades para aguantar la acometida, un jinete español barrió el frente de los tlaxcaltecas, repartiendo tajos y estocadas por doquier. Yo todavía no había entrado en combate, ni deseaba tener que hacerlo, pero sabía que aquella situación no duraría por mucho más tiempo, y tan pronto se abrió una brecha en la primera línea de defensa, me tocó intervenir.

Un tlaxcalteca corrió hacia mí con la furia reflejada en sus ojos, y yo le recibí con el arma alzada en el aire y el escudo pegado al cuerpo. No era mucho lo que yo podía

hacer; sabía sobradamente que tenía la lucha perdida de antemano. El guerrero blandió su macana y me asestó un primer golpe que intenté detener con el escudo. No sirvió de nada porque la macana atravesó la frágil coraza y me impactó en plena mano. Intenté contraatacar pero el tlaxcalteca fue mucho más rápido, clavándome las cuchillas de la macana en el costado con un certero mazazo que selló mi destino. De forma instintiva, me llevé las manos a la herida y busqué ayuda amiga con la mirada. Ningún aliado me la podía prestar. Ni siquiera Tupac, que se enfrentaba a dos adversarios a la vez, y su situación se me antojaba tan dramática como la mía. A continuación recibí un violento golpe en la cabeza y ya no hubo más.

Abrí los ojos en un estado de semiinconsciencia del que poco a poco fui recobrando cierta lucidez. Un indescriptible dolor me recorría el cuerpo a latigazos. Me encontraba de vuelta en el campamento, tumbado en el suelo con el costado ensangrentado, una brecha en el cráneo y un dedo de la mano con la que había intentado frenar el golpe de macana inutilizado por completo.

A mi alrededor no se oía otra cosa que gritos y gemidos. A uno y otro lado había una larga hilera de heridos, resultado directo de la cruenta batalla. No vi a Tupac, y temí que hubiese muerto. Los españoles tan solo contaban entre sus filas con un cirujano y un boticario que ayudaba en lo que podía, y ambos se dedicaban básicamente a aplicar un paño sobre las heridas empapado de aceite caliente y sal. Los totonacas, por su parte, contaban con un curandero que hacía uso práctico de ciertas hierbas medicinales para reducir las hinchazones y cerrar las heridas.

Sin embargo, nadie se ocupaba de mí.

No podía negar que en parte se debía a que los médicos no daban abasto, y en parte también a que a mí ya me daban por muerto debido a la gravedad de mis heridas. Pero en el fondo yo sospechaba que había otra razón: ni era español, ni tampoco totonaca o de ninguna otra tribu local. Yo no pertenecía, en definitiva, a ninguno de aquellos dos mundos. No les importaba ni a unos ni a otros, y mi verdadero hogar se hallaba muy lejos de allí.

Con la vista nublada, distinguí a Pedro de Alvarado pasar revista a los heridos. El capitán español de cabellos rubios ni siquiera me dedicó un segundo, e ignoró mi presencia como si yo no existiera. Que muriese a causa de mis lesiones podía ser cuestión de minutos, de algunas horas todo lo más.

Entonces, una extraña sensación se apoderó de mí.

Primero sentí un frío helador incompatible con la temperatura que predominaba en el ambiente. Y después advertí que el cúmulo de hojas secas que había en el suelo comenzaba a revolotear a mi alrededor, pese a que no corría ni una pizca de viento. Pero el inexplicable fenómeno no acabó ahí. Cientos de voces estallaron de repente en mi cabeza. Al principio me asusté, hasta que por fin caí en la cuenta de lo que estaba pasando: había entrado en una especie de trance previo a establecer contacto con los espíritus de los Antepasados.

Resultaba una gran paradoja que, después de incontables intentos fallidos, fuese a ocurrir justo en ese momento, sin haberlo buscado y cuando me hallaba al borde de la muerte. Al menos, para mí supuso un gran alivio confirmar que sí había nacido tocado por el Espíritu, como mi familia siempre había sostenido y yo mismo lo había creído desde que tuve uso de razón. Me concentré en permanecer consciente y en cuanto me calmé, las voces se fueron aquietando hasta quedar solo una... En aquel instante tuve la certeza absoluta de que alguien me escuchaba al otro lado de aquel puente tendido más allá del espacio y el tiempo. ¡Gracias a los benditos *kachinas* que por fin había logrado establecer contacto! Entonces me dije que, si aquello había sucedido, tenía forzosamente que responder a una razón: mi viaje no podía terminar allí.

Sin tiempo que perder, decidí comunicarme, en espera de obtener una respuesta.

—Lo llevaba intentando durante toda la vida —murmuré extasiado, dejando que mi voz transitara por el infinito y llegase hasta el espíritu de los Antepasados, que cada vez sentía más cerca de mí—. Tanto de día, bajo un inmenso cielo azul, como de noche, envuelto en un sudario de estrellas. Lo había intentado en primavera, cuando los árboles florecían; en verano, cuando el sol se enfurecía; en otoño cuando cosechábamos; y hasta en invierno, cuando la nieve se extendía por los campos y el frío congelaba mis ideas. Pero siempre había sido en vano. —Sentí que mi respiración se agitaba—. Por favor, todavía no puedo morir. No sin antes haber cumplido con lo que se espera de mí y haber salvado el destino de mi pueblo. ¡Necesito desesperadamente ayuda!

Primero el espíritu de los Antepasados —fuera quien fuese— guardó silencio, y después comenzó a repetir una misma palabra varias veces seguidas, con más fuerza cada vez. Al principio me desconcertó, porque no adivinaba lo que pretendía, pero en un acto de fe, y siguiendo mi propio instinto, decidí reproducir en voz alta la palabra que había oído.

—¡Cíbola! —grité una y otra vez—. ¡Cíbola! ¡Cíbola!

Pese al estado casi hipnótico en el que me encontraba, yo no había perdido contacto con el mundo físico que me rodeaba, y advertí que había llamado la atención de Pedro de Alvarado, situado junto a un español malherido que se hallaba junto a mí. El espíritu de los Antepasados continuó hablando, y yo volví a reproducir una por una las palabras que me dictaba en la cabeza.

—Cíbola es nuestra ciudad más legendaria —articulé—. La ciudad cuna de mi tribu de origen: el pueblo anasazi.

Yo hablaba *náhuatl* y el capitán español no me podía entender. Pero mi desesperada intervención en el lecho de muerte debió de provocarle cierta intriga, porque a una señal suya acudió Malintzin, la habitual intérprete de Cortés.

Captado su interés, volví a repetir el mismo mensaje, que esta vez encontró su traducción correspondiente.

—¿Y es acaso más importante que la capital azteca de la que tanto hemos oído

hablar? —inquirió el español.

Inmediatamente le ofrecí la respuesta, aunque yo no hablaba por mí, sino por boca del espíritu de los Antepasados.

—Sí que lo es. Mucho más —repliqué—. Además, en Cíbola las vajillas y cubiertos son de malaquita. Las calles están pavimentadas en plata y las casas empedradas con esmeraldas y turquesas. Y los templos... los templos son todos de oro macizo.

Pedro de Alvarado aproximó tanto su cara a la mía, que no me pasó desapercibido el brillo de codicia que cruzó por su mirada.

—¿Y dónde se encuentra esa ciudad de la que hablas?

—Al norte. Muy al norte de estas tierras. Y si fuese preciso, yo estaría dispuesto a guiaros hasta allí.

El capitán español sabía que aquella historia podía no ser más que una patraña, o que incluso debido a mis circunstancias yo no hacía otra cosa más que delirar. Sin embargo, el nuevo continente estaba aún por explorar, y en la imaginación de los españoles todo era posible. ¿Y qué otra razón había llevado a los conquistadores a embarcarse en aquella arriesgada aventura si no era la de obtener gloria y fortuna en la tierra recién descubierta?

Pedro de Alvarado localizó al único médico español de la expedición y le dio una orden directa.

—Ocúpate de este indio —decretó—. Contén la hemorragia del costado, extráele las astillas que pueda tener en la cabeza y, si lo consideras necesario, ampútale ese dedo y cauterízale el muñón. Sea como sea, tiene que sobrevivir.

Lo último que recuerdo es a Malintzin inclinándose sobre mí para traducirme las palabras del capitán español. Después los sentidos me abandonaron y lentamente me sumergí en un abismo de negrura.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me sorprendió comprobar que aún seguía con vida. Mi desorientación era total, y el dolor de cicatrices y magulladuras, así como la ausencia de uno de mis dedos, me hizo recordar los últimos acontecimientos que viví antes de perder la consciencia. Miré a mi alrededor y constaté que yacía en un confortable lecho, en el interior de una vivienda que no reconocí. Tan solo pude deducir, por el bullicioso sonido que provenía de fuera, que me hallaba en una gran ciudad.

Me incorporé ligeramente y todos los músculos de mi cuerpo protestaron a la vez. Una mujer entró entonces en la cabaña. No pude evitar sentir un sobresalto nada más verla: era tlaxcalteca.

—¿Dónde estoy? —murmuré.

—En Tlaxcala —replicó sucintamente.

Agité la cabeza a uno y otro lado. ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que hubiese acabado en la capital de la nación contra la que con tanto denuedo habíamos luchado? ¿Acaso me habían hecho prisionero?

La mujer se limitó a darme un poco de agua y abandonó enseguida la estancia, sin responder a mis preguntas. No obstante, tampoco me dejó solo por mucho tiempo. A continuación apareció una persona a la que, después de los últimos acontecimientos, no había esperado volver a ver.

—¡Tupac! —exclamé.

Mi amigo totonaca me dedicó una amplia sonrisa tras comprobar que verdaderamente había despertado del coma.

—Xabel, eres la persona más fuerte que jamás he conocido.

A simple vista, Tupac parecía encontrarse bastante bien.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—La encarnizada lucha entre españoles y tlaxcaltecas se prolongó durante varias semanas, pero los españoles resistieron con estoicidad, y al final los principales líderes tlaxcaltecas se avinieron a firmar la paz para evitar incrementar aún más su elevado número de bajas. Ahora españoles y tlaxcaltecas son buenos aliados.

Casi no me lo podía creer. Después de todo, Cortés se había salido con la suya, y había conseguido sumar la nación tlaxcalteca a su gran alianza contra el imperio de Moctezuma.

—Yo también resulté herido —prosiguió explicando Tupac—. Cuando me recuperé, decidí permanecer aquí a la espera de que te restablecieses.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Como dos meses.

Me impresionó que hubiese pasado tanto tiempo, comparado con lo que a mí me había parecido un simple parpadeo.

—¿Y dónde están ahora Cortés y sus aliados?

—Rumbo a Tenochtitlan, a punto de encontrarse cara a cara con Moctezuma.

Aquello me hizo recordar el motivo de mi presencia en aquellas tierras, y de repente me entró la urgencia. Tenía que alcanzar a Cortés e incorporarme lo antes posible a la expedición.

Las protestas de Tupac no sirvieron de nada. Al día siguiente nos pusimos en marcha, pese a que yo todavía no me había recuperado del todo.

Mientras recorríamos senderos y caminos, tuve tiempo de sobra para recordar aquel extraordinario episodio en el que había establecido contacto con los espíritus de los Antepasados. No sabía cómo lo había logrado, ni tampoco si sería capaz de volver a repetirlo, pero recordaba con todo detalle el contenido del encuentro.

Cíbola.

No era la primera vez que oía nombrar aquella ciudad vinculada al pasado más remoto de la civilización anasazi. Mi abuela me había susurrado maravillas acerca de su existencia y de su incomparable excelsitud. ¡Cuánto me habría gustado tenerla

ahora cerca para poder saber más!

Pero lo cierto era que ya podía afirmar con rotundidad que estaba tocado por el Espíritu, y como consecuencia, la responsabilidad que sentía sobre mis hombros era todavía mayor de la que había sentido hasta la fecha. No obstante, había algo que no me podía quitar de la cabeza. De no haber sido por la providencial intervención del espíritu de los Antepasados, ahora no me encontraría con vida, porque los españoles sin duda alguna me habrían dejado morir. Lo que no entendía era por qué aquella misma voz no había hecho la menor mención a la misión que yo me había propuesto llevar a cabo en virtud de mi condición de elegido. Unas pocas palabras habrían bastado para hacerme saber que no me había equivocado, o al contrario, que no estaba cumpliendo con lo que se esperaba de mí. ¿Acaso se me estaba escapando algo?

Ya pisábamos el rastro de los españoles, cosa que resultaba bastante sencilla pues los nativos de cada poblado que atravesábamos nos señalaban el camino a seguir. Yo pretendía darles alcance antes de que llegasen a Tenochtitlan, lo cual, aunque difícil, todavía no era imposible. La expedición nos llevaba en realidad poca ventaja. Había que tener en cuenta que, tras la contienda contra los tlaxcaltecas, los españoles se habían tomado un largo periodo de tiempo para recobrase de las secuelas de la contienda. Y, en general, la expedición solía pasar varios días en cada gran ciudad que visitaban para ganarse el apoyo de los caciques.

El ascenso a través de la sierra, cruzando por un escarpado paso entre montañas y volcanes, me resultó especialmente duro porque aún me dolían todos los huesos, por no hablar del intenso frío que arreciaba por las noches, que dificultaba aún más la travesía. Pero cuando por fin llegamos a un alto desde el cual se dominaba todo el valle de México, me olvidé en un instante de todas las penurias del camino.

El panorama se asemejaba a una visión de ensueño. Los inmensos lagos, semejantes a espejos ondulados, reflejaban en sus aguas las nubes del cielo y el brillo del sol, y la espléndida Tenochtitlan aparecía en medio de una isla, comunicada con tierra por varias calzadas y miles de canoas que navegaban de orilla a orilla. Las pirámides y templos se elevaban con orgullo en medio de la ciudad, ampliada en sus márgenes por los cultivos que parecían flotar sobre el lago. Y para completar el cuadro, el ansiado elemento que me había conducido hasta allí: un imponente acueducto que brotaba de un cerro lejano y transportaba el agua que garantizaba la vida de sus habitantes.

Tras unos minutos de sobrecogedor silencio en los que Tupac tampoco pronunció palabra, enseguida nos dimos cuenta de que algo importante estaba a punto de ocurrir. La calzada sur que daba acceso a la ciudad estaba siendo despejada por una cuadrilla de mensajeros.

Los españoles, que habían demostrado una y otra vez no detenerse ante nada, habían llegado a Tenochtitlan.

La procesión la encabezaba Cortés con su pelotón de jinetes, seguido por el

ejército de a pie, integrado por unos cuatrocientos miembros entre arcabuceros, ballesteros y espadachines. Les seguía el contingente de guerreros aliados, formado por cerca de seis mil tlaxcaltecas, más un importante refuerzo de totonacas, cholultecas y otomíes. Y cerrando la marcha, una legión de auxiliares y porteadores.

En el otro extremo de la calzada, Moctezuma era traído en andas por sus sirvientes, obligados a mantener la cabeza baja para no mirarle a la cara. Al emperador le acompañaba un séquito compuesto por cerca de doscientos dignatarios, lujosamente ataviados con prendas de algodón bordadas en pedrería. Moctezuma lucía una vistosa toca emplumada y calzaba sandalias con suelas de oro.

Era el encuentro entre dos universos diametralmente opuestos. Y, como había constatado en más de una ocasión, yo no pertenecía a ninguno de ellos. Una vez más, volví a preguntarme si estaba haciendo lo correcto.

Entonces recordé mi encuentro con el espíritu de los Antepasados, y de nuevo repasé el extraño mensaje que me había transmitido. Solo que esta vez, tras abordar la cuestión desde una diferente perspectiva, a la luz de los últimos acontecimientos, algo se removió dentro de mí y finalmente sentí que todas las piezas encajaban en su sitio. No cabía duda alguna de que el espíritu de los Antepasados había actuado por algún motivo, a pesar de que no había hecho mención alguna a la construcción del acueducto. En su lugar, se había referido a Cíbola, y con ello no solo me había salvado, sino que también había deslizado la verdadera clave de todo aquel asunto. Entonces lo vi claro. Comprendí que mi misión nada tenía que ver con el acueducto, ni con hacer que el pueblo anasazi volviese a resurgir. Había descubierto que mi auténtico cometido era otro muy distinto al que siempre había creído. Una misión que además no podía realizar allí, sino que me correspondía llevar a cabo en mi tierra de origen.

Ya no tenía más nada que hacer allí, por lo que me despedí de Tupac en aquel mismo momento, coincidiendo con la entrada de los españoles en la grandiosa Tenochtitlan. El totonaca me miró sorprendido, incapaz de asimilar una decisión tan contradictoria como repentina. ¿Cómo era posible que después de todo lo que había luchado por llegar hasta Moctezuma, me marchase justo cuando menos distancia me separaba de él?

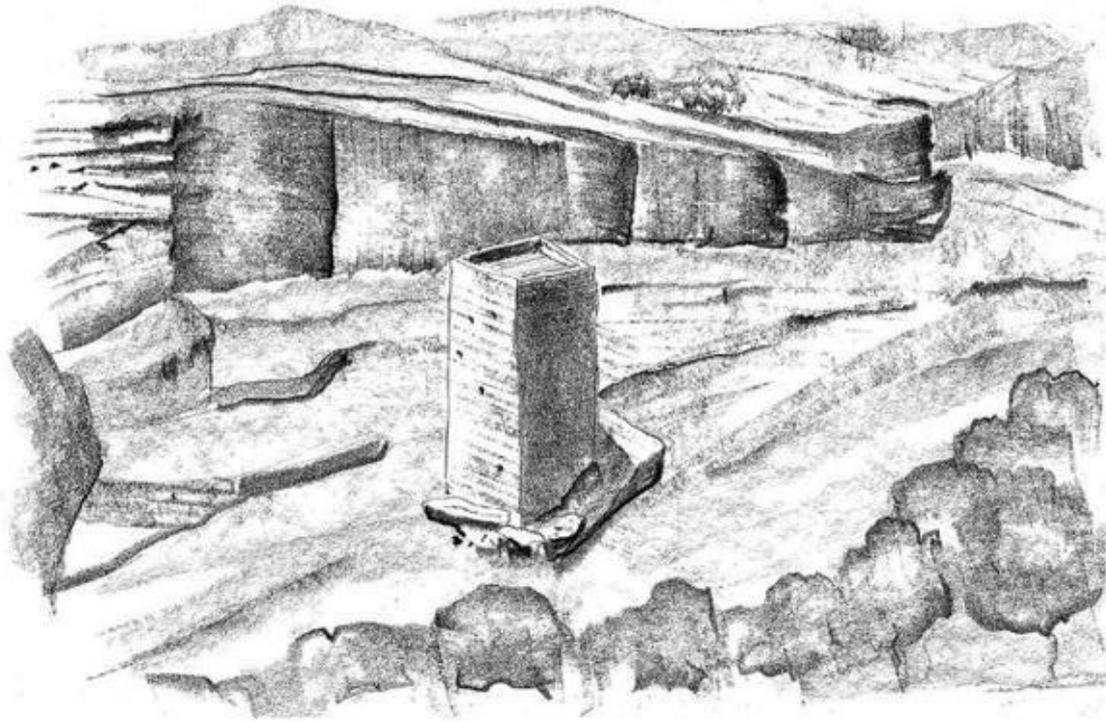
—Estaba equivocado sobre ciertas cosas —señalé.

Tupac me observaba sin dar crédito.

—Pero entonces, ¿todo por lo que has pasado no ha servido de nada?

—En absoluto, Tupac. Si no hubiese llegado hasta aquí, jamás habría descubierto mi verdadero destino.

Acto seguido, le agradecí al totonaca todo lo que había hecho por mí y le deseé la mejor de las suertes. Personalmente, yo no echaría de menos aquellas tierras. Después me giré y aspiré una profunda bocanada de aire. Me esperaba un larguísimo viaje de vuelta...



Torre de vigilancia anasazi

CAPÍTULO 1

Siglo XII

Poco más de cinco años después, los anasazi atravesaban por uno de los peores escenarios de toda su historia. La sequía les seguía castigando con la infertilidad de sus campos y la agricultura apenas daba para alimentar a un escaso porcentaje de la población. El hambre se había extendido por el cañón y la muerte rondaba las aldeas, llevándose consigo primero a los ancianos y después a los niños de más corta edad. Asimismo, Ciudad Chaco había dejado de ser el lugar en torno al cual giraba la actividad comercial de las naciones vecinas, y la celebración de los grandes mercados se había trasladado más al sur, a territorio mogollón. Ni siquiera la capital de la nación anasazi era ya autosuficiente en cuanto a la obtención de víveres se refería, y ahora dependían de las importaciones para satisfacer aquella demanda. Tampoco el apartado de las exportaciones ofrecía una estampa mucho mejor. La cerámica dorada ya no brindaba la misma rentabilidad que antaño pues, tan pronto como los artesanos hohokam copiaron su estilo, dejó de ser exclusiva del pueblo anasazi.

La tarde se desplomó sin previo aviso y una ráfaga de viento que soplabla en el cañón arrastró hasta Ciudad Chaco un mar infinito de partículas de polvo en suspensión.

Bayou cruzó la plaza y se detuvo ante los cinco pisos que se alzaban ante él. La grandiosidad de la construcción no podía ocultar el hecho de que muchas de las cámaras, particularmente las de la quinta planta, se hallaban vacías. La población había disminuido y ahora la ciudad tenía espacio de sobra. Bayou seguía siendo el sumo sacerdote en tiempos difíciles para la religión. Ya ni siquiera la fe proporcionaba la esperanza que el pueblo precisaba para sobreponerse a las fatales circunstancias a las que habían de hacer frente un día tras otro. Además, Bayou tampoco podía contar ya con el sabio consejo de Ouray: su predecesor en el cargo había fallecido a una avanzada edad, aunque en ocasiones recibía su visita durante el transcurso de sus sueños.

Precisamente, Bayou se sentía aquellos días tremendamente inquieto, después de que los espíritus *kachinas* le hubiesen ofrecido una reveladora visión en el cerro de la Estrella Dentada. Bayou había reflexionado largamente sobre su significado y solo había podido llegar a una conclusión, por terrible que esta fuese. Con todo, buscaba la confirmación de que su interpretación no estaba errada.

Bayou observó a Yuma descender por la escalera.

A Yuma le había supuesto un duro golpe averiguar que Nahiossi era su verdadero padre, aunque con el tiempo había terminado por aceptarlo. En su corazón, Nootau siempre sería su padre por encima de los vínculos de sangre y las cuestiones relativas

al linaje que finalmente le habían impedido hacerse con el poder. A veces se preguntaba si él hubiese podido revertir el actual destino de la nación, tan oscuro como el fondo de un pozo, si le hubiesen nombrado monarca en aquella fatídica asamblea. O quizás, después de todo, la suerte de los anasazi ya estaba echada y su gestión se hubiese limitado a prolongar su lenta agonía. Por fortuna, y pese a las adversidades, Yuma no se había visto afectado y continuaba relacionándose con el pueblo llano, dedicándose a multitud de tareas como cuando era más joven. En la temporada de la siembra, se pasaba jornadas enteras con los campesinos, buscando alternativas para sacarle el mayor provecho posible a la tierra y extraerle todo su jugo a la maltrecha agricultura. En otras épocas del año se unía a los artesanos y aportaba su grano de arena fabricando tinajas y vasijas de barro, así como artículos de cestería. Tampoco había dejado de lado su vertiente artística, y algunas veces se recreaba pintando una *kiva* o realizando sus característicos dibujos en las paredes de los acantilados.

—Gracias por acceder a mi petición —le dijo Bayou cuando hubo llegado a su altura—. Sé que esto no resulta nada fácil para ti.

Yuma asintió con docilidad. Bayou se había mostrado desesperado y le había rogado que no olvidase su condición de tocado por el Espíritu. Su hermano pretendía que Yuma se comunicase con los espíritus de los Antepasados, por si a través de aquellos podía obtener confirmación del mensaje que él había recibido directamente de los *kachinas*. De entrada, Yuma se había negado, pero Bayou le convenció de la importancia de la visión que había tenido y de cómo esta podía afectar a todo el pueblo anasazi. Solo entonces Yuma se avino a colaborar. Él conocía sobradamente la gravedad de la situación y, si tenía que realizar un sacrificio, estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Y si los espíritus de los Antepasados corroboran la visión de los *kachinas*? —inquirió Yuma.

—Entonces ya no habría ninguna duda y tendríamos que dejarnos guiar por su consejo.

Se pusieron en marcha y atravesaron la plaza, carente ya de la actividad que desprendía en el pasado. Una mujer llevaba una cuna a la espalda, atada a la frente con una correa de yuca. Los nacimientos se habían reducido a menos de la mitad. Dos perros famélicos jugaban entre ellos, ajenos a que la mayoría de los de su especie había muerto por inanición. También se extrañaban las bandadas de pavos, que durante tanto tiempo habían criado por sus plumas, pero que, llevados por la necesidad, habían acabado por incorporar a su dieta. La angustia y el pesimismo flotaban ahora en el ambiente como en otro tiempo lo hicieran el orgullo y la prosperidad.

Los hermanos descendieron a la *kiva*, donde un par de sacerdotes limpiaban los objetos ceremoniales distribuidos en las pequeñas criptas abiertas en la pared. Parecía que ni siquiera aquel lugar conservaba ya la magia de años atrás. Bayou les pidió que

salieran para que ambos pudiesen quedarse solos.

—¿Preparado?

—Supongo que sí —repuso Yuma—. Pero... ¿Qué se supone que debo hacer? Bayou le miró sorprendido.

—¿No lo sabes?

Yuma se encogió de hombros.

—Las veces anteriores sucedió de repente, sin que hiciese nada de particular. — Yuma caviló unos instantes—. No te muevas de aquí mientras yo recorro el lugar — instó.

Bayou obedeció y permaneció junto a la escalera de mano, observando a su hermano desplazarse lentamente por la *kiva*. Yuma inhaló una profunda bocanada de aire y acometió los primeros pasos. Caminaba con cautela y miraba a ambos lados, como si esperase que las máscaras de *kachinas* fuesen a cobrar vida de un momento a otro. Pero conforme avanzaba, más convencido estaba de que nada iba a suceder. Yuma dio la vuelta completa y regresó al punto de partida sin haber percibido ningún tipo de sensación extraña.

—Creo que no debería tener compañía —señaló Yuma.

Bayou asintió.

—¿Estarás bien?

—Solo te pido que si me oyes gritar, acudas inmediatamente en mi ayuda.

Bayou apretó el hombro de Yuma y después se dirigió hacia la salida. Yuma le vio desaparecer por la abertura del techo y, tan pronto se quedó solo, sintió una corriente de energía que segundos antes no había estado allí. Yuma reinició el recorrido y trató de prepararse para lo que estaba por venir, si es que había alguna forma de poder hacerlo.

Yuma, cada vez más inquieto, tironeaba sin darse cuenta de los flecos de su camisa. La temperatura de la *kiva* pareció descender varios grados y voces lejanas comenzaron a deslizarse en el interior de su cabeza. Las máscaras adoptaban expresiones ceñudas cuando las miraba de reojo, según las iba dejando atrás. Sin embargo, lejos de intensificarse, aquel cúmulo de señales se fue desvaneciendo poco a poco, hasta desaparecer finalmente por completo.

Yuma deambuló por la *kiva* en pos de aquello que llevaba toda la vida tratando de evitar, pero todo fue en vano. No ocurrió nada extraordinario.

Bayou se sintió decepcionado, pero comprendió que Yuma lo había intentado y que no se podía hacer más. Su único criterio habría de bastar. Había llegado el momento de comunicarle su visión a Mongwau.

Hacía frío y la noche intensificaba el olor acre de la tierra seca del desierto. Nubes pasajeras dejaban entrever una luna en cuarto creciente y un puñado de

resplandecientes estrellas. Mongwau se cerró la capa en torno al cuello y, cansado de esperar en la azotea, se refugió de nuevo en su cámara personal. En el interior, Onawa colocaba una vasija sobre el cuenco de ascuas para calentar algo de té. La sola visión de su madre suscitó en Mongwau cierto sosiego. Pasara lo que pasase, ella sabía siempre lo que hacer en cada momento.

Mongwau, naturalmente, continuaba gobernando sobre la nación anasazi. Sin embargo, la felicidad de antaño se había transformado en amargor, desde que la pobreza se hubiese instalado en el Cañón del Chaco, y ahora asistiese impotente al progresivo declive de su pueblo. Sus riquezas personales habían ido disminuyendo poco a poco, porque no había encontrado otra forma de pagar a sus guerreros y poder sostener de esa manera al poderoso ejército que había creado.

Pero, a pesar de la adversidad, el monarca no temía por su cargo, porque ya nadie se molestaba siquiera en hacerle oposición. Hesutu, que durante tanto tiempo se erigió como su más ilustre rival, había resuelto abandonar la política tras perder por completo la vista cuando Mongwau le amputó su único ojo. El noble renunció a asistir a ninguna otra asamblea, y durante el transcurso de un solo año envejeció como si hubiesen sido diez. Casi siempre se le veía paseando por la plaza apoyado en su bastón, especialmente los días en que una ceremonia religiosa tenía lugar.

No obstante, Mongwau había acabado pagando un alto precio como consecuencia de aquella histórica asamblea en la que a punto estuvo de salir derrotado, pues la región de Mesa Verde pasó de nuevo a estar bajo el control de Tihkoosue. Aunque en la teoría se siguiese considerando a Mongwau como el monarca de toda la nación, en la práctica, las dos regiones operaban como dos unidades administrativas independientes, igual que en el pasado.

Mongwau aguardaba la llegada de Bayou, que al parecer pensaba hacerle partícipe de una visión sumamente importante.

—Madre, ¿qué esperas oír de mi hermano?

—No lo sé —repuso—, pero tienes que escucharle. Debes tener presente que las visiones de los sumos sacerdotes han influido durante siglos en el devenir de nuestro pueblo.

Onawa, pese a que ya contaba con una edad considerable, no se había apartado de la primera línea de la política y todavía continuaba asesorando activamente a Mongwau. La mujer se había sobrepuesto a la humillación que para ella había supuesto reconocer públicamente haber sido violada por un esclavo y haber engendrado un hijo de aquella infame unión. Asimismo, la distante relación que siempre había mantenido con Yuma no había hecho sino enfriarse todavía más con el paso del tiempo.

Se oyeron pasos en la terraza, y Uzumati apareció en el umbral de la puerta luciendo en el semblante cansado su sempiterna cicatriz. En reuniones como aquella, Mongwau quería siempre a su jefe de guerra cerca para escuchar su consejo.

Uzumati se acomodó en el suelo y aceptó agradecido una taza de té. La infusión

de pétalos de girasol desprendía un dulce aroma que enseguida inundó sus fosas nasales. A sus treinta y nueve años, Uzumati ya era demasiado mayor para ser el jefe de guerra. No obstante, en el campo de batalla no había dado muestras de flaqueza y, desde luego, Mongwau no estaba dispuesto a sustituirlo debido a la inquebrantable lealtad que siempre le había mostrado.

—Traigo noticias de última hora —anunció Uzumati, que acompañó sus palabras con un gesto de preocupación—. Me las ha transmitido un vigía de la frontera que se ha desplazado hasta aquí con el único propósito de hacérmelo saber en persona.

Madre e hijo intercambiaron miradas, temiéndose un nuevo problema al que tener que hacer frente.

—Habla —ordenó el monarca.

Mongwau y Onawa no podían salir de su asombro. El relato de Uzumati les había provocado una profunda conmoción.

—¿Estás seguro de que los habitantes de la aldea Raíz Marchita han podido llevar a cabo semejante atrocidad? —inquirió Mongwau.

—El hambre es capaz de empujar a las personas hasta límites insospechados.

Una vez conocidos los detalles, Onawa asumió el control sobre el asunto y dictó los pasos a seguir.

—Debes evitar que lo ocurrido se propague por la región —señaló—. ¿Estamos a tiempo o ya es demasiado tarde?

La luz de las antorchas teñía su rostro de naranja y se reflejaba en sus ojos oscuros.

—Todavía es posible —replicó Uzumati—. Fuera de la propia aldea no lo sabe nadie y mi centinela ha sabido mantener el secreto.

—Está bien. Haz todo lo posible para que siga siendo así. Lo que está en juego aquí es la honorabilidad del propio pueblo anasazi. Y ejecuta a los responsables de la acción para que sirva de advertencia. —A la hora de tomar decisiones, a Onawa nunca le había temblado el pulso—. En la aldea Raíz Marchita no se oirá una sola palabra más sobre el asunto, y en poco tiempo será como si no hubiese ocurrido.

Uzumati asintió y no puso objeción alguna. Las instrucciones eran muy claras.

—Y esta información no saldrá de aquí —apuntilló Mongwau—. Nosotros tres seremos los únicos en saberlo.

—¿Ni siquiera informaremos al sumo sacerdote? —preguntó Uzumati.

—A nadie —remató Onawa.

Un instante después, Bayou aparecía precisamente en escena para sumarse a la reunión que él mismo había convocado. Durante años, Mongwau le había guardado un gran rencor a su hermano por haber secundado a Yuma en la asamblea en lugar de haberle apoyado a él; sin embargo, Onawa odiaba ver a sus dos hijos enfrentados, y tras mucho insistir, había acabado logrando que ambos se reconciliaran.

Bayou recibió una taza de té de manos de Onawa y se sentó en torno al cuenco de

ascuas, deteniéndose a observar con minuciosidad a cada uno de los presentes. Le resultó muy evidente que, nada más cruzar el umbral de la puerta, se había hecho un repentino silencio en la habitación. Pese a todo, Bayou prefirió dejarlo correr. El asunto que se disponía a tratar merecía ahora todo su interés.

—No nos hagas esperar más —le urgió Mongwau—. Háblanos de esa visión tan importante por la que estamos hoy aquí.

El sumo sacerdote tomó un sorbo de la dulce infusión y se preparó para iniciar su relato.

—Hace dos días acudí al cerro de la Estrella Dentada para observar el nacimiento del sol. Los primeros destellos del alba arrinconaban la oscuridad tendida sobre las planicies y el cañón. Mi alma se hizo una con el silencio y dejé de sentir frío. La visión me asaltó de repente. Noté que ascendía y que el peso de mi cuerpo se desvanecía lentamente en el éter. Volaba. Mis brazos se habían transformado en alas y mi boca, en un pico curvo. Me había encarnado en un águila. Ascendí a las alturas y surqué un cielo salpicado de nubes plateadas. Era plena luz del día y mi visión del Cañón del Chaco no podía ser mejor: las colinas, los cerros, las dunas y las planicies cubiertas de artemisa, conformaban un lienzo de oro extendido en el suelo.

»Pero entonces advertí que no todo encajaba en su sitio. Descendí en picado y contemplé el panorama a más corta distancia. Enseguida detecté lo que había llamado mi atención. No había nadie en los campos, las aldeas, ni tampoco en los caminos. Las ciudades estaban desiertas. —Bayou efectuó una breve pausa. Todos le escuchaban con suma atención—. Un tremendo rugido resonó entonces a mi espalda. Viré en el aire y sentí un soplo de viento deslizarse a través de mi plumaje. El estruendo lo había provocado una extraordinaria tromba de agua que había irrumpido descontrolada por uno de los extremos del cañón. La lengua de agua avanzó con fuerza e inundó todo a su paso, convirtiendo el cañón en un inmenso y caudaloso río. Y ante mis ojos, el agua se tiñó de rojo y adquirió un viscoso espesor. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que el cañón se había transformado en una densa avenida de sangre. Creí morir y sentí a continuación el peso de mis extremidades retornar a mi cuerpo. Abrí los ojos. Me encontraba de nuevo en el cerro de la Estrella Dentada, sentado al borde del abismo, y el alba clareaba sobre la línea del horizonte.

Bayou finalizó su narración y guardó un prolongado silencio, para que la visión calara en cada uno de los presentes.

—¿Y se puede saber qué significa todo eso? —estalló por fin Mongwau, incapaz de mostrarse paciente.

Pero Onawa ya lo había intuido.

—Que nos tenemos que ir —terció convencida.

—Madre, deja que sea Bayou quien lo explique.

—Su interpretación es correcta —corroboró Bayou—. Deberíamos abandonar el cañón.

—¿Emigrar? ¿Pero sabes lo que dices? —Mongwau gesticulaba fuera de sí—.

¡Hace más de seiscientos años que los anasazi nos establecimos aquí! Esta tierra es sagrada y tú mejor que nadie deberías ser consciente de ello.

—Lo que dices es cierto. Como también lo es que nuestra marcha no despojará a estas tierras de su carácter sagrado. —Bayou se expresaba con gran seguridad—. Deberíamos escuchar la voz de los *kachinas* y desocupar Ciudad Chaco y el resto de las ciudades del cañón, así como las aldeas de la periferia. Todos los habitantes deberíamos partir hacia el norte, en busca de nuevas tierras donde reconstruir nuestra civilización.

—¿Empezar de nuevo? —rugió Mongwau.

—Es una decisión difícil, pero necesaria. Hemos de tener valor.

Mongwau negaba continuamente con la cabeza. ¿Abandonar ahora su espléndido edificio de cinco plantas que constituía la envidia de todas las naciones vecinas? ¿Convertir el cañón en un entorno deshabitado, salpicado de ciudades y aldeas fantasmas?

—Mongwau, es inútil negar que todo a nuestro alrededor se está viniendo abajo —afirmó Onawa—. Quizás deberíamos tener en cuenta la sugerencia de Bayou y someterla a la consideración de la asamblea.

Mongwau apuntó a Uzumati con el mentón.

—¿Y tú qué piensas?

—Que no sería prudente ignorar el consejo de los *kachinas*.

El único que discrepaba de la opinión mayoritaria era Mongwau.

—Tiene que haber otra solución —masculló.

Uzumati se removió inquieto. Había una idea que llevaba tiempo rondándole la cabeza pero que hasta el momento no se había decidido a compartir.

—Habla —le exhortó Mongwau.

—Creo que podríamos encontrar una solución en los hohokam —desveló—. Al menos a corto plazo.

—Explícate.

Uzumati eligió muy bien sus palabras.

—Nos consta que ellos no tienen problemas para cubrir las necesidades alimenticias de su pueblo. —Así era. Los campesinos hohokam habían copiado el sistema de irrigación ideado por los anasazi una década atrás y habían construido una kilométrica red de canales de riego que se alimentaba de dos ríos. Ellos, sin embargo, no habían experimentado el problema de la erosión en los canales que tanto había perjudicado a la agricultura anasazi, debido a la naturaleza menos árida de sus terrenos.

—¿Sus cosechas son abundantes? —preguntó Bayou.

—Mucho. Especialmente las de maíz y calabaza —repuso Uzumati—. Pero, precisamente por eso, no dejan de sufrir continuos ataques por parte de los nómadas de las planicies. —De hecho, hacía tiempo que las aldeas anasazi habían dejado de ser objetivo de Nahiossi y los suyos, porque sus despensas se encontraban vacías y ya

no había nada que saquear.

—¿A dónde quieres ir a parar? —se impacientó Mongwau.

—Bueno —repuso Uzumati reordenando sus ideas—, a nosotros nos escasean las provisiones, ¿de acuerdo? Pero si hay algo que se mantiene intacto es la valía de nuestro ejército —apuntó con satisfacción—. Propongo una alianza con los hohokam. Nosotros les ayudamos a defenderse de las incursiones de los fremont, y ellos a cambio nos entregan parte de su comida.

Mongwau torció el gesto. La idea de aliarse con sus enemigos ancestrales le producía un enorme rechazo. No obstante, la alternativa de emigrar le parecía aún mucho peor.

—Merece la pena explorar esta opción —sentenció Mongwau—. Prepara un mensajero. Quiero emplazar al soberano hohokam para un encuentro en Ciudad Chaco.

Bayou se sintió contrariado, pero prefirió callar por el momento. Sabía que convencer a Mongwau le iba a llevar tiempo.

CAPÍTULO 2

Yuma se había acomodado en la azotea de la cuarta planta, a escasa distancia de su cámara personal, desde donde tocaba una dulce melodía que escapaba de su vieja flauta y se propagaba como una corriente de agua por todos los rincones de Ciudad Chaco. La brisa de la mañana le humedecía la piel y le limpiaba los pulmones. Yuma nunca había dejado de tocar, por lo que había llegado a alcanzar con el tiempo un gran dominio sobre el instrumento. Cuando Yuma tocaba la flauta, en sus ojos castaños titilaba una cálida luz que le retrotraía a una época pasada. Maralah pervivía de tal modo en su recuerdo, que ninguna otra mujer había podido nunca sustituirla en su corazón.

Soyala apareció en la escalera portando una manta. El sol le daba de espaldas y eclipsaba su silueta. Había perdido peso y gran parte de su corpulencia desde que a los esclavos les hubiesen reducido drásticamente su ración de comida. Profundas líneas surcaban su rostro mustio y demacrado. Soyala ya había vivido más tiempo como esclava anasazi de lo que lo había hecho como aldeana hohokam, pero nada de eso le importaba comparado con el dolor que le había supuesto la pérdida de Aiyana, cuya terrible muerte continuaba muy presente en su memoria.

—Hoy los pájaros tienen competencia —bromeó Soyala.

Yuma sonrió y la siguió al interior de su cámara. Introdujo la flauta en una funda de tela y la guardó en una pequeña vasija dorada.

—¿Qué planes tienes para hoy? —inquirió Soyala—. Si vas a estar fuera, podría prepararte algunos pastelillos de maíz.

—Te lo agradecería. —En realidad, Yuma solía repartir aquellos sabrosos bocados entre los campesinos o artesanos con quienes compartía la faena del día. Ellos lo necesitaban mucho más que él.

Yuma rebuscó en una enorme tinaja y le mostró a Soyala una canasta de junco que él mismo había confeccionado a la manera hohokam.

—¿Qué te parece?

—Diría que ya me superas en destreza.

Yuma dejó escapar una carcajada.

—¡Ya quisiera! De todas maneras, estoy enseñando a un grupo de artesanos a realizar este tipo de cestería tan popular entre los de tu pueblo.

De pronto, una retahíla de gritos quebró la paz que hasta ese momento había reinado en la mañana. Yuma salió corriendo a la terraza a ver qué sucedía. Un campesino alcanzaba el umbral de la puerta de entrada a la ciudad y reclamaba a voces la atención del centinela que estaba de guardia. Aunque Yuma no recordaba el nombre del campesino, había trabajado más de una vez con él.

Yuma inició el descenso a toda prisa, y en cuanto pisó la plaza encaminó sus

pasos hacia el recién llegado, en torno al cual ya se había congregado un pelotón de curiosos. Cuando Yuma le alcanzó, el agricultor sintió cierto alivio al distinguir una cara conocida. Justo en ese instante regresaba el centinela de la puerta, seguido de Uzumati, al que había ido a buscar.

El jefe de guerra calmó al joven aldeano y le pidió que comenzara a hablar.

—Se han llevado a varios campesinos —anunció de forma atropellada—. Creemos que a tres. Un cuarto logró escapar y avisar de lo ocurrido. Fueron guerreros fremont —añadió.

—¿Dónde ha sido eso?

—En los alrededores del Otero del Condenado, poco después del amanecer.

A Uzumati no le gustaba nada lo que estaba escuchando. Hacía mucho tiempo que los nómadas de las planicies no causaban problemas.

—¿Les han matado?

—No, no. Por lo que sabemos, cuando se los llevaron con ellos aún estaban con vida.

—Y aparte de ese incidente, ¿han asaltado alguna aldea?

—No, que sepamos.

Uzumati asintió. De haberse producido una incursión, alguna torre vigía les habría alertado mediante el envío de señales de humo.

—Está bien. Nosotros nos haremos cargo de lo ocurrido.

El jefe de guerra se alejó a grandes zancadas para informar inmediatamente al monarca. Yuma corrió tras él.

—Dame un minuto, Uzumati —rogó—. Esos hombres me preocupan. Yo les conocía.

Uzumati se detuvo, pero le advirtió que no tenía tiempo que perder.

—¿Por qué crees que los fremont han hecho tal cosa? —inquirió Yuma—. ¿Acaso los han tomado como esclavos?

—No lo creo. Ya no hacen cautivos porque no tienen con qué alimentarlos.

—Entonces, ¿qué pretenden con el secuestro? ¿Pedir un rescate?

—Es una posibilidad, pero ese comportamiento tampoco se corresponde con el habitual proceder de los nómadas de las planicies. —Uzumati se mostraba desconcertado—. En todos mis años como jefe de guerra, nunca me había enfrentado a una situación así.

Aquella misma tarde arribó a Ciudad Chaco la delegación hohokam, cuya invitación habían hecho cursar días atrás a través de un mensajero. La delegación, extremadamente reducida, estaba integrada por un alto dignatario autorizado para llevar a cabo la negociación y dos guerreros hohokam que no se separaban de su lado, más un esclavo anasazi que habían traído consigo para ser devuelto a los suyos como

gesto de buena fe.

Mongwau se sentía decepcionado y también algo furioso. Él había imaginado la llegada de una enorme embajada liderada por Sikyahonaw, el soberano hohokam, asistido por un séquito de altos dignatarios y una cohorte de leales guerreros. Nada más lejos de la realidad, lo cual demostraba que la nación vecina no se había tomado su convocatoria verdaderamente en serio.

—El esclavo es ya bastante viejo. —Uzumati informaba a Mongwau en su cámara personal—. Por eso le eligieron a él y no a otro, porque ya no les sirve para nada.

—Odio que me tomen por necio —repuso el monarca—. Escoge al esclavo hohokam que te plazca de cuantos sirven en mi familia. Nosotros tendremos con ellos la misma atención. Eso sí, procura elegir a un esclavo que tenga una edad similar al que ellos nos han devuelto.

Mientras tanto, la modesta delegación hohokam era obsequiada con una danza de bienvenida, ejecutada por los guerreros anasazi con su habitual exaltación. Los tambores y gritos de guerra resonaron por toda la ciudad y se elevaron hacia los altos acantilados. Nada se había dejado al azar y la danza tenía por objeto impresionar a la delegación extranjera. En todo caso, el dignatario hohokam no había podido evitar estremecerse ante la grandiosidad de la capital anasazi y su edificio de cinco plantas de altura. Aunque hubiese oído hablar de la magnitud de aquella estructura, nada resultaba comparable al privilegio de poder contemplarla de cerca.

Tras el acto celebrado en la plaza, la delegación fue conducida a una cámara real donde Mongwau esperaba ataviado con sus mejores galas y la lengua afilada por lo que pudiera ocurrir. Con él se encontraban Uzumati y Onawa, dispuesta a no perderse un detalle del encuentro.

La presencia de la madre del monarca, no obstante, le causó al dignatario una gran incomodidad. En la sociedad hohokam no era habitual que las mujeres ocupasen posiciones de poder. El dignatario cuchicheó algo al oído de Uzumati, que rápidamente le aclaró la situación, que pareció aceptar a pesar suyo. Onawa se sintió humillada por la actitud de aquel vanidoso extranjero que ni siquiera se había dignado a mirarla a los ojos ni una sola vez.

El dignatario hohokam se sentó con gesto solemne. Frente a él habían dispuesto una tinaja de agua y una bandeja de tortillas de maíz. La pareja de guerreros que le flanqueaba —a los cuales habían desarmado a la entrada— se quedó de pie, mientras contemplaban los coloridos murales que engalanaban las paredes y el techo.

Mongwau no perdió el tiempo y aprovechó su primera intervención para dejar patente su malestar.

—Le agradecemos que haya atendido a nuestra invitación. No obstante, habría preferido ser honrado con la visita del propio Sikyahonaw.

—Nuestro soberano le envía sus saludos y lamenta no haber podido asistir él mismo al encuentro. Otros asuntos se lo han impedido. —Resultaba evidente que

Sikyahonaw no quería exponerse hasta conocer por boca de su enviado qué movía a los anasazi a parlamentar tras innumerables años sin querer hacerlo—. De cualquier manera —añadió—, estoy autorizado a alcanzar ciertos acuerdos sobre la base de una serie de directrices que no puedo infringir.

Antes de que Mongwau entrase en materia, Uzumati pidió permiso para hablar. La presencia del dignatario hohokam podía serle útil para indagar sobre un tema que le tenía bastante intrigado.

—Desearía preguntarle acerca de un extraño suceso que ha tenido lugar esta misma mañana —explicó el jefe de guerra—. Un grupo de campesinos han sido secuestrados por los fremont, sin que hasta el momento sepamos la causa. Los nómadas de las planicies no acostumbran a actuar de esa manera. ¿Tiene conocimiento de que un episodio parecido haya podido acaecer en territorio hohokam?

El alto dignatario frunció el ceño y, al cabo de unos segundos, negó con la cabeza. Tan confundido como el propio Uzumati, dio la impresión de que su respuesta era sincera.

Después de aquel inciso, Mongwau tomó de nuevo las riendas de la conversación y desveló sin más rodeos las razones que motivaban aquel encuentro.

—Sabemos que tenéis serias dificultades para contener a los fremont. Vuestras aldeas son constantemente atacadas para saquear sus almacenes. Las víctimas inocentes son numerosas y el temor atenaza a toda la población.

La expresión del dignatario se volvió rígida en menos de un segundo.

—Tenemos la situación bajo control —replicó al fin, tras sorber un poco de agua para aclararse la garganta—. Nuestros guerreros saben ocuparse de la defensa de nuestro pueblo. —Su inicial actitud complaciente se había tornado altiva e incluso algo desdeñosa; era evidente que el dignatario no quería mostrar la menor debilidad.

—¿Por qué negar lo que a todos nos consta? —señaló Onawa, dotando a su voz de un alto grado de autoridad.

El dignatario no encajó bien aquel comentario, primero porque le había contrariado, y segundo, porque había salido precisamente de labios de una mujer. Una vez más, actuó como si no la hubiese escuchado y prefirió pasear su mirada entre Uzumati y Mongwau. Onawa comenzaba a estar más que harta de la insolente actitud del dignatario hohokam.

Uzumati decidió intervenir para desbloquear la situación.

—La ausencia de colinas y grandes cañones en vuestro territorio dificulta las tareas defensivas y deja vuestras aldeas en una clara situación de vulnerabilidad —explicó—. Además, Nahiossi lleva tiempo empleando estrategias bélicas cada vez más retorcidas. Algunas veces divide su ejército y ataca a la vez en dos puntos distintos, y otras utiliza señuelos como táctica de distracción.

El dignatario hohokam comprendió que no tenía mayor sentido seguir negando lo evidente. Con todo, prefirió suavizar ligeramente la realidad de los hechos.

—Es verdad que en determinadas ocasiones nos vemos sorprendidos y sufrimos algunos daños.

—Es lógico —concedió Mongwau—. Por eso pensamos que nuestro ejército os podría resultar de gran ayuda...

—¿Qué proponéis exactamente?

—Una alianza entre el pueblo anasazi y el pueblo hohokam —repuso Mongwau—. Participaremos en la defensa de vuestras aldeas frente a las incursiones de los nómadas de las planicies.

—¿Y qué pedís a cambio?

—Viveres. Actualmente sufrimos ciertas dificultades para abastecer a nuestra población. Aunque, por supuesto, se trata de una situación meramente temporal.

El dignatario hohokam intuyó rápidamente que los problemas de sus vecinos eran bastante más delicados de lo que pretendían aparentar. Los rumores que sugerían la mala situación por la que atravesaban numerosas aldeas anasazi, acosadas por una terrible hambruna, se acercaban más a la realidad de lo que hubiera imaginado.

Mongwau miraba fijamente a su interlocutor en espera de una respuesta, pero el alto dignatario se estaba tomando su tiempo para pensar. Un pacto de semejante magnitud escapaba a sus atribuciones. Tendría que regresar y limitarse a informar a su soberano de la propuesta efectuada por el monarca Mongwau pero... ¿y si aprovechaba las dificultades por las que atravesaba la nación anasazi para obtener una alianza que dejase a su pueblo en una clara posición de superioridad? Si volvía habiendo firmado un pacto notablemente favorable, el soberano Sikyahonaw sabría recompensárselo como era debido.

—Estoy abierto a negociar. No obstante, existe una condición irrenunciable que debéis aceptar de antemano.

Mongwau apretó los labios. Aquello no le había sonado nada bien.

—Hablad.

—Cuando vuestros guerreros se encuentren en territorio hohokam, estarán única y exclusivamente bajo el mando de nuestro jefe de guerra.

—¡Jamás! —exclamó Onawa con los puños cerrados y la cara enrojecida. Su ira estaba más que justificada. Aquella concesión equivaldría a admitir que el monarca anasazi se subyugaba ante el soberano hohokam.

La enaltecida reacción de la mujer provocó que uno de los guerreros hohokam dejase entrever una sonrisa, como si la escena le pareciese graciosa. Onawa se dio cuenta y le fulminó con la mirada, prometiéndose a sí misma que le haría arrepentirse de su impertinente conducta.

—No estáis en posición de imponer condiciones —rebató Mongwau—, sino más bien de considerar los beneficios que os reportaría una alianza justa. ¿Os dais cuenta de que si infligimos varias derrotas seguidas a los fremont, conseguiríamos que se retiraran por un prolongado periodo de tiempo mientras se intentan rehacer?

El alto dignatario apostó por tensar aún más la cuerda. En el fondo, no tenía nada

que perder.

—Es una condición no negociable —reiteró.

—Entonces no hay nada que hablar. —Mongwau se puso en pie y dio por concluida la reunión—. Al menos, la próxima vez espero poder dialogar cara a cara con *Sikyahonaw* y no con un simple enviado.

Sumidos en un incómodo silencio, la delegación hohokam abandonó la cámara real precedida por Uzumati. Onawa y Mongwau permanecieron en la habitación durante algunos minutos más. Ella, tremendamente enfurecida, no estaba dispuesta a dejar las cosas de aquella manera y convenció a su hijo para llevar a cabo una última e improvisada acción. Debían enviar a *Sikyahonaw* un mensaje que no pudiera olvidar.

Por su parte, el dignatario hohokam lamentaba no haber sabido llevar la negociación de forma más sutil. De cualquier manera, la puerta quedaba abierta para futuros contactos, una vez que informase a *Sikyahonaw* de la situación de los anasazi y sus deseos de pactar.

Al llegar a la plaza, un funcionario que había seguido las instrucciones del monarca aguardaba con el esclavo que le sería devuelto a la delegación hohokam, correspondiendo de esa manera con el mismo gesto que ellos habían tenido.

Y la escogida para el trueque no había sido sino Soyala.

Uzumati aprobó la entrega tras comprobar que, en efecto, aquella esclava ya tenía una cierta edad.

Uno de los guerreros hohokam tiró suavemente de ella y le dedicó unas palabras de aliento.

—Pronto estarás de nuevo en la tierra a la que perteneces.

Soyala todavía no daba crédito. Todo había pasado demasiado deprisa. Un funcionario de la familia real la había hecho llamar, y al minuto siguiente le había comunicado que era libre de marcharse con una delegación hohokam que estaba de visita en Ciudad Chaco. Soyala echó en un fardo las escasas posesiones que tenía, mientras pensaba en lo extraño que sería volver a recuperar la libertad, después de haber perdido toda esperanza. Pero luego la confusión se tornó en felicidad, ante la oportunidad que se le presentaba de poder pasar entre los suyos los últimos años que le quedaban de vida. El reencuentro con algunos miembros de su familia sería un sueño hecho realidad. Lo único que Soyala lamentaba era no poder despedirse de Yuma, que en aquellos instantes se hallaba fuera de la capital.

Soyala apenas había dado unos pocos pasos hacia la salida cuando la potente voz de Mongwau tronó desde una de las azoteas de la primera planta.

—¡Alto!

La delegación hohokam se paró en seco y se giró en dirección a Mongwau, que ya se aproximaba hacia ellos a grandes zancadas. Onawa le seguía algo más retrasada, sin poder ocultar una expresión de triunfo en la mirada.

—Para empezar, esta esclava no va a ninguna parte —declaró el monarca

señalando a Soyala—. Se queda aquí, que es donde debe estar.

El mismo funcionario que la había hecho llamar la asió firmemente del brazo y la separó del lado de los guerreros hohokam.

—Vuelve a tus obligaciones —le ordenó.

Al principio, Soyala no acertó a dar un solo paso debido a la conmoción. Lágrimas de frustración acudieron a sus ojos y rodaron por sus mejillas. No reaccionó hasta que el funcionario le propinó un empujón que casi la derriba al suelo.

Mongwau retomó la palabra de nuevo. El dignatario extranjero le miraba inquieto ante su repentino cambio de actitud.

—Deseo, en cambio, hacerle llegar a Sikyahonaw un presente de mi parte, cuyo significado estoy seguro de que será capaz de interpretar.

El ambiguo tono empleado por Mongwau no gustó al dignatario hohokam, quien, si por él hubiese sido, se habría marchado en aquel mismo momento sin volver la vista atrás. Sin embargo, el protocolo le impedía hacer tal cosa sin que el monarca anasazi le hubiese despachado como era debido.

Mongwau les condujo a continuación hasta una pequeña *kiva* ubicada en el extremo norte de la plaza oriental. Al mismo tiempo, Onawa había hecho llamar a un sacerdote, al que le había dado una serie de precisas instrucciones que tendría que obedecer al pie de la letra.

Instantes después, Mongwau se detenía ante la circunferencia de madera que formaba la techumbre de la *kiva*. El sacerdote requerido por Onawa también estaba allí, y temblaba incontroladamente de los pies a la cabeza.

Uzumati lo presenciaba todo preocupado, porque ni siquiera él sabía lo que Mongwau se proponía hacer. De cualquier manera, ordenó a algunos de sus hombres establecer un perímetro de seguridad en torno a ellos, para mantener a los curiosos alejados de la escena.

—En esta *kiva* conservamos un objeto de gran valor —indicó Mongwau—. Ordena a uno de tus hombres que acompañe al sacerdote al interior y lo reciba de sus propias manos.

El dignatario le hizo una señal al guerrero que tenía más cerca, que sin dudarle posó sus pies sobre el primer travesaño de la escalera y descendió paso a paso hasta el fondo de la *kiva*. El sacerdote fingió ir detrás de él, pero en su lugar se limitó a retirar inmediatamente la escalera de mano, tan pronto como el guerrero hubo tocado el suelo.

—¿Qué ocurre aquí?! —El dignatario ya se había dado cuenta de que algo no marchaba bien.

El guerrero hohokam había quedado atrapado en el recinto subterráneo y comenzó a vociferar para que le sacasen de allí. En el rostro de Onawa se formó una radiante mueca de satisfacción. Se trataba precisamente del guerrero que antes se había burlado de ella.

El dignatario, incapaz de comprender qué perseguía Mongwau con semejante

maniobra, exigió que sacasen inmediatamente a su hombre de la *kiva*. Si lo que pretendía era infundirle temor, desde luego que no lo iba a conseguir. Pero Mongwau se mantuvo impasible y sus demandas no encontraron respuesta.

Atraídos por el escándalo, los habitantes de Ciudad Chaco comenzaron a concentrarse sobre los tejados y azoteas.

Bayou apareció poco después, alertado por varios sacerdotes de lo que estaba ocurriendo en torno al recinto sagrado. El sumo sacerdote contempló el escenario y se encolerizó tan pronto como fue consciente de la gravedad de los hechos.

—¿Pero acaso no sabéis que en esta *kiva* descansan las serpientes que usaremos en la próxima ceremonia?!

Mongwau y Onawa cruzaron sus miradas. Por supuesto que lo sabían. Precisamente por eso estaban allí.

Los gritos procedentes del fondo de la *kiva* pidiendo ayuda para salir se transformaron de repente en espantosos alaridos. Y escasos segundos después, en un silencio agónico y letal. El dignatario hohokam se arrodilló para mirar a través de la abertura. Su guerrero yacía en el suelo, moribundo, con un nudo de serpientes enredadas en torno a él. El dignatario palideció y sintió en las entrañas un profundo miedo.

—Ahora ya os podéis ir —espetó Mongwau.

Lo que quedaba de la delegación hohokam enfiló el camino de salida sin atreverse siquiera a volver la vista atrás. Solo cuando abandonaron la ciudad, el dignatario se dedicó a farfullar improperios en voz baja, jurando que no permitiría que semejante ultraje quedase sin respuesta.

Uzumati negó con la cabeza, evidenciando su total desacuerdo con lo que acababa de ocurrir.

—Acabas de matar al integrante de una delegación extranjera a la que habíamos invitado a parlamentar —le reprochó.

—Era solo un guerrero.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —inquirió mirando fijamente a Mongwau—. ¿Qué pensará el soberano Sikyahonaw cuando lo sepa?

—Espero que mi mensaje le llegue alto y claro —replicó—. No dejaré que nadie me humille a mí o a la nación anasazi. Y ya verás como la próxima vez, la negociación entre ambos pueblos será de igual a igual.

Al atardecer, cuando Yuma regresó a Ciudad Chaco, no se hablaba de otra cosa que de lo ocurrido con la delegación hohokam. El asunto parecía grave. Yuma prefirió ahorrarse las informaciones de segunda mano y se vio directamente con Uzumati para contar con un fiel relato de los hechos.

El jefe de guerra no disimuló su enfado por el acto que Mongwau y Onawa

habían perpetrado, sin que al parecer hubiesen pensado en las posibles consecuencias. En aquellas circunstancias, el pueblo necesitaba aliados, no un enemigo enconado que les complicase aún más la situación. A Uzumati le preocupaba la imprevisible reacción de la nación hohokam ante un atropello de semejante naturaleza.

Después, en su cámara personal, Yuma fue testigo de cómo Soyala se derrumbaba ante su presencia. La esclava prorrumpió en un desconsolado llanto, mientras le narraba el degradante e innecesario trance por el que la habían hecho pasar. A Yuma no le sorprendió ni la insensibilidad de su madre ni la de su hermano, para quienes la vida de un esclavo, menos aún sus sentimientos, tenía el menor valor.

—Te habría echado de menos —le dijo Yuma, que en numerosas ocasiones había intentado en vano que a Soyala le concediesen la libertad.

De repente, escucharon el sonido de pasos en el exterior de la azotea, y acto seguido apareció en el umbral de la puerta la misteriosa silueta de un niño que había ascendido por las escaleras tan rápido como un rayo. Anoki, que ya contaba con nueve años de edad, reflejaba en el rostro una evidente expresión de zozobra.

—¡Yuma! —exclamó—. ¡Por favor! ¡Se trata de mi padre!

Soyala recuperó al instante la compostura y se ocupó de calmar al crío. La esclava le había visto crecer durante los últimos años y no habían sido pocas las ocasiones en que le habían dejado a su cuidado. La siguiente en aparecer fue la propia Aleshanee. La alfarera, también muy afectada, respiró en profundidad y precisó de unos segundos para recuperar el aliento. Madre e hijo habían recorrido el camino desde Ciudad Costilla, donde residían desde que Aleshanee fuese admitida en el gremio de alfareros.

Aleshanee sacó fuerzas de flaqueza y con la voz entrecortada le explicó a Yuma el problema que la había llevado hasta allí. Acababa de saber que Sewati había sido uno de los campesinos apresados por los fremont. La noticia la había recibido de otro campesino con el que su esposo acudía a trabajar a diario.

—¿Qué pasará ahora? ¿Intentarán rescatarles? —preguntó Aleshanee esforzándose por contener el llanto.

Yuma apartó la mirada. Antes, cuando había conversado con Uzumati acerca de la delegación hohokam, también había aprovechado para preguntarle por los campesinos secuestrados. El jefe de guerra había sido muy claro: no saldrían a buscarles. Localizar a los nómadas de las planicies en su territorio resultaba una tarea poco menos que imposible, y lo único que conseguirían sería poner en riesgo la vida de sus guerreros. Se limitarían a esperar noticias, por si la intención de los fremont fuese pedir algo a cambio.

Yuma no sabía cómo contárselo a Aleshanee, pero ni siquiera tuvo que hacerlo. Ella ya lo había leído en sus ojos.

Aleshanee no pudo evitar llorar, y Anoki se abrazó a su cintura con todas sus fuerzas. El niño, que no ignoraba lo que las lágrimas de su madre querían decir, se contagió enseguida de su dolor. Todo indicaba que jamás volvería a ver a su padre.

—Yo iré a buscarle —se escuchó decir el propio Yuma.

Desde luego, para cualquier otro anasazi aquella misión habría sido tachada de suicida, pero Yuma contaba a su favor con una baza que nadie más tenía. El líder de los nómadas de las planicies, Nahiossi, era su padre, y Yuma estaba convencido de que no le mataría, como tampoco lo había hecho el día en que había tenido la oportunidad.

Un brillo de esperanza centelleó en los ojos de Aleshanee.

—Te acompañaré —anunció.

—De ninguna manera —rehusó Yuma—. Sería demasiado peligroso para ti.

—Nada impedirá que vaya contigo —insistió—. Yo también quiero poner todo de mi parte para salvar a Sewati.

Yuma evitó decirle que a aquellas alturas bien que podía estar muerto; el único modo de saberlo era emprendiendo el viaje.

—Corres el riesgo de que Anoki pierda también a su madre —le advirtió Yuma por última vez.

Pero Aleshanee no se dejó convencer. De alguna manera, quería devolverle a su esposo los enormes actos de sacrificio que este había llevado a cabo tanto por ella como por Anoki, sin los cuales muy probablemente ninguno de los dos hubiese podido sobrevivir.

—Está bien —admitió Yuma—. Soyala se hará cargo de Anoki durante nuestra ausencia.

A la mañana siguiente, con todo dispuesto para partir, Yuma y Aleshanee se situaron bajo la puerta de acceso a la ciudad. A su espalda sobresalían pesados fardos atiborrados de mantas y víveres. Una brisa fresca corría del sudeste y el olor del otoño seco se filtraba desde la tierra. Los primeros rayos de sol se desparramaban por el horizonte y encendían la cúpula del cielo.

En cuanto supo de aquella temeraria iniciativa, Bayou había tratado de disuadir a su hermano apelando al sentido común y a otra media docena de argumentos igualmente razonables; sin embargo, la decisión de Yuma era firme y nada le haría cambiar de opinión. Si no regresaban, Bayou se había comprometido a llevar a Anoki con la familia que Aleshanee tenía en la aldea Fuego Azul.

Por su parte, Uzumati también había intentado persuadir a Yuma de que se llevara algún arma, que bien podía ser el arco, o al menos un puñal afilado con el que poder defenderse. Yuma había rechazado su ofrecimiento, convencido de que yendo completamente desarmado tendría más posibilidades de lograr el objetivo que perseguía. El jefe de guerra admiraba el coraje de Yuma, pero se despidió con la certeza de que nunca más volvería a verle.

Ni Onawa, ni mucho menos Mongwau, alcanzaban a comprender por qué Yuma arriesgaba de aquella manera su vida por intentar salvar a un insignificante campesino, aunque tampoco les importó. Era su decisión y no pensaban convencerle

de lo contrario. Desde su punto de vista, Yuma había firmado su propia sentencia de muerte, y ellos tenían problemas mucho más acuciantes que atender.

A punto de iniciar la marcha, una voz sonó detrás de Yuma y Aleshanee.

—Por favor, aguardad un momento.

Era Hesutu, que se arrastraba por la plaza apoyado en un bastón, y acompañado por una esclava que guiaba sus pasos. En el lugar donde debían de haber estado sus ojos, no había más que dos cuencas vacías y cicatrices en los párpados.

—Quiero ir con vosotros —declaró en tono solemne—. Y aunque soy consciente de mi edad y de mis limitaciones, prometo no retrasaros durante el camino.

Al principio, Yuma pensó que Hesutu no hablaba en serio.

—¿Sabes a dónde vamos y lo que pretendemos hacer?

El noble asintió.

—¿Y por qué quieres acompañarnos?

—Me gustaría poder servir de ayuda.

Yuma no imaginaba qué podía Hesutu aportar a la misión, pero agradecía su generoso ofrecimiento. De hecho, ningún otro voluntario se había sumado a la expedición. Además, Yuma tampoco olvidaba lo caro que Hesutu había pagado el apoyo que le había prestado en la asamblea de infausto recuerdo.

—Si estás preparado, partimos ahora mismo —concluyó.

CAPÍTULO 3

Caminaban en dirección noroeste. No disponían de una referencia más específica acerca del lugar donde podían guarecerse los nómadas de las planicies. Apenas si hablaban durante el viaje, para evitar que la garganta se les secase constantemente y las reservas de agua menguasen demasiado deprisa; solo cuando hacían un alto en el camino dedicaban algo de tiempo para conversar.

Avanzaban a buen ritmo. Yuma se sentía sereno, aunque procuraba mantener la mente en blanco para evitar que los nervios le fuesen ganando terreno poco a poco. Aleshanee se mostraba incluso más confiada que él, pese a los peligros a los que se enfrentaban y las escasas probabilidades de que Sewati siguiese aún con vida. Hesutu completaba aquel singular trío, cuyo futuro, si es que lo tenían, se antojaba más que incierto. Hasta el momento, el noble había cumplido su promesa de no ralentizar la marcha del grupo. Aleshanee le sujetaba del brazo y le guiaba por el camino, que para Hesutu no era otra cosa que un interminable túnel de oscuridad.

—¿Cómo piensas encontrarles? —le había preguntado a Yuma.

—Espero que sean ellos los que me encuentren a mí.

El propio Yuma, a su vez, se preguntaba qué había llevado a Hesutu a querer acompañarles, pues las respuestas del viejo sobre el tema siempre eran lacónicas y esquivas.

Llevaban día y medio de viaje. Hacía mucho tiempo que habían dejado atrás los campos de cultivo y las aldeas de la periferia. Habían atravesado ondulantes dunas de arena semejantes a olas de mar, cuyas crestas, en lugar de por espuma, estaban coronadas por ceniza volcánica y minúsculos fragmentos de roca caliza. Habían recorrido sinuosos cañones esculpidos por la erosión y cercados por altas paredes preñadas de estrías que les cobijaban del sol. Sortearon cúpulas macizas e inmensos bloques de piedra rojiza, así como todo tipo de formaciones geológicas sostenidas en precario equilibrio. Y en el horizonte, siempre a la vista, se levantaba ante ellos una cadena de picos erguidos sobre una planicie semidesértica infinita, que se fundía en un único trazo con la línea del cielo.

Al término de la segunda jornada acamparon a refugio de un risco, amparados por una arboleda de robustos enebros que neutralizaba el viento helado que soplaba por la noche. Un manantial fresco que brotaba de la arenisca atraía la presencia de animales e insectos. Ya instalados, comenzaron a dar cuenta de las primeras raciones de *pemmican*, un compuesto de carne pulverizada y bayas mezcladas con tuétano fundido, cuya pasta resultante aportaba una ingente cantidad de calorías. Se empleaba habitualmente en los viajes porque se conservaba en buen estado por tiempo indefinido.

—¿Hasta cuándo continuaremos caminando en la misma dirección? —inquirió

Hesutu—. Hace día y medio que no vemos a nadie.

—No lo tengo decidido —repuso Yuma—. Aguardemos un poco más antes de considerar un cambio de rumbo.

Mientras Aleshanee avivaba la hoguera y rellenaba de agua los pellejos en el manantial, Yuma le preparó a Hesutu su esterilla para dormir. Fue en ese momento cuando atisbó un objeto oculto en el fondo del fardo: un puñal de hueso del tipo que los guerreros anasazi utilizaban en sus contiendas. A Yuma le sorprendió la presencia del puñal, puesto que había dado por hecho que ninguno iba armado. Tampoco Hesutu había mencionado su existencia, pese a que podía haberlo hecho durante el transcurso de más de una conversación. ¿Qué pensaba Hesutu? ¿De verdad creía que podían salir victoriosos si eran atacados por los fremont? Tal cosa era imposible y resultaba evidente para cualquiera. Entonces fue cuando Yuma vio claro lo que Hesutu estaba haciendo realmente allí: el viejo noble había acudido para morir, pero quería despedirse con honor, a la manera de un guerrero anasazi, luchando contra el enemigo.

Yuma consideró abordar el tema, pero de momento prefirió esperar. Quizás más adelante se le presentase una ocasión más propicia.

A la mañana siguiente recogieron sus fardos y se pusieron en marcha de nuevo. Envueltos en una brisa tan suave que apenas si agitaba la artemisa gris, recorrieron una extensa llanura rodeada de mesetas y cerros rojizos. La posición del sol les indicaba siempre el camino a seguir y nada desviaba a Yuma del rumbo previsto.

A mediodía se internaron en una estrecha garganta donde la corriente de viento que la atravesaba semejaba un gemido. De pronto, Aleshanee se detuvo y señaló hacia un punto situado en lo alto de la pared sur del cañón. Yuma alzó la cabeza y miró en aquella dirección. La silueta de un hombre se perfilaba en la cima del acantilado, recortada en la claridad que ofrecía el cielo azul. En la mano sostenía un arco y de su hombro colgaba un carcaj.

—¿Qué ocurre? —inquirió Hesutu.

—Un guerrero nos acecha —replicó Aleshanee—. Debe de tratarse de un vigía. Saben que estamos aquí.

—Eso es justo lo que queríamos —repuso Yuma—. Además, es bastante probable que nos venga observando desde hace tiempo, de modo que si hubiese querido acabar con nosotros, ya lo habría hecho. Y aquí seguimos. ¿No es cierto?

Un rayo de sol que penetró de forma oblicua en el cañón les obligó a apartar la mirada. Al instante siguiente, el guerrero había desaparecido.

El grupo reanudó el paso con cautela, mirando hacia todos lados y atentos al menor sonido. El miedo se les había infiltrado bajo la piel. Unos metros más adelante distinguieron una flecha clavada en la pared baja del cañón. Yuma la extrajo de un fuerte tirón y la examinó con cautela. Cada pueblo hacía sus flechas con unas determinadas características en cuanto a los materiales, disposición de las plumas, etcétera, por lo que era fácil determinar su procedencia. Y sin la menor duda, aquella

flecha era fremont.

—Es una advertencia de que estamos entrando en territorio enemigo —dijo Hesutu.

Yuma partió la flecha por la mitad y la dejó caer al suelo.

—Bien, eso significa que vamos en la buena dirección.

Avanzaron por el interior de la estrecha garganta, sabedores de que, para bien o para mal, la travesía que habían iniciado pronto tocaría a su fin. Los nómadas de las planicies no les dejarían progresar con la libertad con la que hasta ahora lo habían hecho. Y estaban en lo cierto.

En cuanto emergieron del cañón, al otro lado les aguardaba una pareja de guerreros provistos de arcos y mazas de guerra. De sus camisas pendían pieles de comadreja, que constituía un adorno típico de los fremont. Aleshanee se llevó la mano al pecho como si se quedase sin respiración, mientras Yuma tragaba saliva y le explicaba a Hesutu lo que estaba ocurriendo. El noble, instintivamente, introdujo la mano en el fardo y asió el mango de su puñal.

Los fremont les examinaron de arriba abajo y emitieron un bufido. No eran más que un joven escuálido desarmado, una mujer y un ciego de avanzada edad. El diagnóstico era muy claro: los forasteros no representaban amenaza de ningún tipo.

—¿Sois anasazi? —preguntaron.

Yuma asintió.

—Mi nombre es Yuma. Soy el hijo de Nootau y hermano del actual monarca de la nación. Conducidme hasta vuestro jefe. Cuando Nahiossi sepa quién soy, os aseguro que querrá hablar conmigo.

Los guerreros no contestaron; en su lugar, dirigieron sus miradas hacia uno de los caminos que rodeaba el cañón. Yuma se dio cuenta de que alguien más se estaba acercando. Se trataba del hombre que los había observado desde lo alto, y que ahora descendía por un sendero lateral para encontrarse con ellos.

Por su aspecto, quedaba claro que aquel guerrero era más veterano y todo indicaba que la pareja que bloqueaba la salida del cañón debía responder ante él. Conforme se fue aproximando, Yuma y el fremont se miraron, y casi de inmediato se creyeron reconocer. Ninguno de los dos se había olvidado del otro a pesar del tiempo transcurrido. Yuma incluso recordaba su nombre: Flecha Negra. El mismo que había matado a Machakw y que después le había inmovilizado durante el ataque a la aldea Fuego Azul.

Uno de los guerreros informó a Flecha Negra de la petición que les había trasladado Yuma. El otro no le quitaba los ojos de encima a Aleshanee, mientras se mordía el labio inferior y esbozaba una sonrisa lobuna. Haciendo gala de su instinto protector, Yuma acercó la joven hacia sí y la rodeó con el brazo. Hesutu se mantenía imperturbable, sin soltar el arma que mantenía oculta en el fardo. Si les atacaban, aquella podía ser la ocasión que estaba buscando para morir con heroicidad. Al noble ya no le quedaba nada más que hacer es esta vida.

Finalmente, Flecha Negra sacó un trozo de tela que llevaba consigo y lo desgarró por la mitad, hasta obtener dos estrechas tiras.

—Vendadles los ojos —ordenó.

Yuma suspiró aliviado. Pensaban conducirles hasta el lugar donde los nómadas de las planicies tenían su refugio.

En Ciudad Chaco, Soyala trataba de consolar a Anoki, tremendamente angustiado según pasaban los días sin recibir noticia alguna de sus padres. El niño sabía que su padre había sido apresado por temibles enemigos, y que su madre había partido en su busca poniéndose ella misma también en peligro. ¿Y si nunca más volvía a ver a ninguno de los dos? Como consecuencia de la ansiedad, Anoki lloraba constantemente, apenas comía y se negaba a relacionarse con otros niños. Soyala lo había probado todo para distraer la mente del crío, pero la mayoría de sus intentos habían terminado en fracaso.

Aquella mañana, Soyala advirtió que un numeroso grupo de artesanos se había congregado en un extremo de la plaza, afanados en la fabricación de arcos y flechas. Mongwau había ordenado un aumento de la producción, con el fin de estar preparados ante una hipotética respuesta violenta de los hohokam, como desagravio por la afrenta del otro día. Soyala tomó a Anoki de la mano y le llevó junto al grupo de artesanos, con la esperanza de que aquella actividad llamase su atención. Generalmente, a los niños les apasionaban las armas de guerra.

Para alivio de Soyala, Anoki mostró enseguida una gran curiosidad. La esclava le hizo compañía durante unos minutos antes de marcharse. No podía desatender sus obligaciones por más tiempo. Soyala le revolvió el pelo de la cabeza y le emplazó para después.

Anoki había visto a su madre fabricar objetos de cerámica, pero nunca había presenciado cómo se confeccionaba un arco y el curioso proceso capturó rápidamente su interés. Anoki se aproximó todo lo posible a los artesanos, hasta que uno de ellos le miró de reojo dos o tres veces seguidas. El hombre no paraba de quejarse a propósito de la madera, aunque Anoki era incapaz de apreciar que tuviese nada de malo. Finalmente, el crío superó la vergüenza y le preguntó acerca de la cuestión.

—¿Qué le ocurre a la madera?

El artesano se volvió para mirarle de frente y enarcó ligeramente las cejas. A decir verdad, se sentía halagado por su interés.

—Hijo, la mejor época para cortar la madera destinada a la fabricación de arcos y flechas es a finales de invierno, cuando los troncos tienen poca savia y hay menos peligro de que los arcos se rajen o encojan.

Anoki asintió y prosiguió observando la escena. Cada artesano se ocupaba de una tarea en particular. Uno frotaba los arcos con grasa de oso y después los dejaba curar

sobre el humo de una hoguera. Otro los labraba con un cuchillo de obsidiana, y otro más los pulía con infinita paciencia usando para ello una piedra afilada. Para las cuerdas usaban tendones, que se ataban a finas muescas realizadas en cada extremo del arco.

La mayoría de los arcos eran rectos, pero Anoki advirtió que algunos los curvaban por los extremos. Estos últimos los engrasaban y los calentaban al fuego, después los torcían con el pie y los mantenían doblados hasta enfriarlos, para lograr así dotarlos de una combadura permanente.

—¿Por qué solo algunos arcos son curvos? —Anoki se sentía más confiado para preguntarle al artesano.

—Esos se reservan para los guerreros de mayor rango —explicó—. Veo que te interesa mucho el tema —añadió—. ¿Pero realmente qué quieres ser tú? ¿Guerrero o artesano?

—Yo seré alfarero, como mi madre —replicó orgulloso—. Aunque también desearía convertirme en un valeroso guerrero capaz de derrotar a nuestros más feroces enemigos.

El comentario de Anoki provocó la carcajada del artesano, que muy pronto se extendió al resto de los compañeros.

Al final, Anoki compartió la tarde con ellos, no solo observando cómo trabajaban, sino también participando activamente de la faena. Anoki aprendió algunos trucos y los artesanos le agradecieron el esfuerzo, augurándole un gran futuro en el gremio para cuando creciera. Tan solo cuando Anoki les contó que su padre había sido uno de los campesinos secuestrados por los fremont cambió el semblante de los artesanos, que, muy afligidos, se limitaron a murmurar que el destino de Sewati descansaba ahora en manos de los *kachinas*.

El atardecer teñía el cielo de malva cuando Anoki cruzaba la plaza para volver con Soyala. La sensación de angustia había regresado con fuerza y, al pasar junto a la *kiva* principal, Anoki detuvo su avance al recordar las palabras de los artesanos. En el recinto sagrado descansaban los espíritus *kachinas* que podían ayudar a su padre a regresar sano y salvo. ¿Y si bajaba un instante para dedicarles una oración? Si lo hacía con la suficiente convicción, seguramente se avendrían a escucharle.

Anoki sabía que a los niños no se les permitía el acceso a la *kiva* principal, pero se convenció a sí mismo de que su caso bien merecía una excepción. A aquellas horas de la tarde el trasiego en la plaza era limitado. Anoki se arrodilló sobre la abertura y se asomó al interior. Aunque no parecía haber nadie, también era cierto que buena parte de la *kiva* quedaba fuera de su ángulo de visión. Tendría que correr el riesgo.

Anoki miró a su alrededor y, aprovechando un momento general de distracción, accedió a la *kiva* e inició el descenso por la escalera de mano. Para cuando tocó el suelo, sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra del lugar. El corazón le dio un vuelco en cuanto advirtió que no estaba solo. Por fortuna, el único sacerdote presente se encontraba de espaldas a él en el extremo opuesto de la *kiva* y no le había

oído llegar.

Anoki se ocultó tras el pilar más próximo y decidió permanecer en la zona adyacente a la escalera. Desde allí podía ver las máscaras del *kachina* tejón y del *kachina* oso. Seguramente ambos espíritus eran igual de poderosos, pero Anoki decidió rezarle al segundo, pues este debía de poseer la fuerza necesaria para rescatar a su padre de sus horribles enemigos.

Anoki cerró los ojos y elevó una silenciosa oración hacia el *kachina* oso, con la esperanza de que atendiese su ruego. Su concentración era máxima. Sin embargo, no había transcurrido ni un minuto cuando una respiración a su espalda le devolvió a la realidad. Al girarse, Anoki no pudo evitar dejar escapar un grito de terror. El *kachina* lobo se cernía sobre él y le agarraba del brazo para impedir que se moviera del sitio. Con los ojos desorbitados, Anoki forcejeó con el espíritu sagrado en un vano intento por huir de la *kiva*.

Entonces Bayou se quitó la máscara de *kachina* y dejó su verdadero rostro al descubierto. Mientras comprobaba el estado de las máscaras, el sumo sacerdote había reparado en la presencia de un niño oculto tras una de las columnas.

—¡Cálmate, chico!

Anoki siguió bregando unos segundos más hasta que por fin se dio cuenta de que era un hombre y no un espíritu quien le tenía sujeto del brazo.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso no sabes que está prohibido?

Bayou entonces le reconoció: era el niño por el que se había comprometido a velar en caso de que Yuma no volviese de su arriesgada aventura.

—Lo siento —murmuró Anoki—. Yo solo quería pedirle a los *kachinas* que salvaran a mi padre —aclaró mientras un puñado de lágrimas asomaba a sus ojos.

—Está bien, no te preocupes —concedió Bayou, sin poder olvidar que a una edad similar él había realizado la misma travesura—. Haremos como si no hubiera ocurrido.

Aunque Anoki sintió cierto alivio al saber que no sería castigado, la angustia que le mortificaba por dentro aún se reflejaba en sus pupilas como el eco de un destello en la superficie del desierto. Bayou percibió el sufrimiento que atormentaba al crío y la súplica silenciosa mediante la que reclamaba algún tipo de consuelo. El sumo sacerdote le ofreció entonces una explicación al porqué de la existencia del dolor como parte inseparable de la vida.

—¿Sabes por qué sufrimos, Anoki? Porque de otra manera no podríamos comprender la felicidad. ¿Entenderías la risa sin el llanto? ¿Tendría sentido la luz si no existiese la oscuridad? ¿La vida sin la muerte? —Bayou se había inclinado sobre el niño, que le prestaba toda su atención—. Y los anasazi somos fuertes y no tememos el sufrimiento porque la propia naturaleza nos enseña que todo nace de él. Las madres paren con dolor. Los animales entregan su vida para proveernos de su carne y su piel. Los árboles se desangran para ofrecernos su madera. La tierra se abre en surcos para sembrar la simiente en ella. Las nubes se parten para surtirnos de

lluvia. Y hasta las piedras sufren cuando se astillan al darle forma a un instrumento de guerra.

Anoki no estaba seguro de haber comprendido las palabras del sacerdote, pero solo la ternura con que las había pronunciado bastó para hacerle sentir un poco mejor. Bayou le entregó a continuación una pluma de oración que había cogido del nicho más cercano.

—Esta es una pluma de águila —señaló—. Si rezas con ella pegada a tu corazón, tus oraciones llegarán mucho antes a oídos del Gran Espíritu.

—Gracias —murmuró Anoki esbozando una sonrisa.

—Pero a cambio, en los próximos días deberás traerme cuatro plumas más, correspondientes a otras tantas aves de especies diferentes. Yo las colgaré entonces de la techumbre de la *kiva* para que luzcan con las demás, y los *kachinas* se sentirán tan honrados que velarán día y noche por la seguridad de tus padres.

Anoki abandonó el recinto subterráneo sosteniendo la pluma contra su pecho, ilusionado además con el reto que le había propuesto el sacerdote. Precisamente, la finalidad de aquel encargo no era otra que mantener la mente del chico ocupada, así como devolverle la esperanza en unas circunstancias tan difíciles para él.

Bayou le siguió con la mirada hasta que desapareció por la abertura de la entrada, y a continuación prosiguió revisando el estado de las máscaras de *kachina* con vistas a las ceremonias que estaban por venir.

Escasos minutos más tarde, Mongwau entraba en la *kiva* y se dirigía hacia donde se encontraba su hermano. Bayou torció el gesto y continuó con lo que estaba haciendo en absoluto silencio. Todavía seguía profundamente enojado por la forma en que Mongwau había utilizado sus serpientes para acabar con la vida de aquel pobre desgraciado que había formado parte de la delegación hohokam. Los sacerdotes se habían visto obligados a repetir la ceremonia de bendición de las serpientes, para que la danza posterior se pudiese llevar a cabo como era debido.

Mongwau notó enseguida el malestar de su hermano.

—Me sorprende que aún sigas molesto por lo del otro día —espetó—. Ya te expliqué que la negociación con los hohokam requería de ciertas medidas extremas, y cuanto más efectistas fueran, tanto mejor.

Bayou revisó la siguiente máscara e ignoró la presencia de su hermano.

—¿Te vas a quedar ahí sin decir nada? —le recriminó Mongwau.

Bayou giró la cabeza y le dedicó una mirada tan fría como las noches que se abatían sobre el cañón, hasta que por fin se decidió a hablar:

—¿Sabes algo del Yuma?

Mongwau negó con la cabeza.

—Nuestro hermano ha ido siempre por libre, pero esta vez ha llevado las cosas demasiado lejos —comentó—. Él se lo ha buscado. Si Yuma espera entablar diálogo con los fremont, entonces es mucho más ingenuo de lo que yo creía. Los nómadas de

las planicies son salvajes y despiadados. Todo el mundo lo sabe.

—¿Intentaste al menos disuadirle?

—¿Para qué? Sabes tan bien como yo que no me habría escuchado. Contigo tampoco lo hizo, ¿no es cierto?

Acto seguido, Bayou tomó entre sus manos la máscara del *kachina* coyote para someterla a exploración. Los pensamientos de ambos hermanos confluyeron en la historia que durante más de dos décadas su madre había mantenido en secreto: Nahioosi había violado a su madre portando una máscara idéntica a aquella.

—No olvides que Yuma es el tocado por el Espíritu —declaró Bayou.

—Ya estoy harto de escuchar eso. ¿Y se puede saber de qué le ha valido, o en qué ha salido beneficiado nuestro pueblo?

—Si hubieses escuchado las peticiones y sugerencias que Yuma te trasladó durante años, quizás la actual situación de la nación anasazi fuese muy distinta.

Mongwau prefirió obviar aquel comentario para evitar enfrentarse a su hermano, de quien pretendía obtener algo más que un favor. Bayou devolvió la máscara a su sitio y tomó nota mental de que precisaba de un pequeño arreglo. Después fijó la mirada en Mongwau y adoptó un gesto serio.

—¿Aún no has tomado una decisión sobre lo que te comuniqué hace unos días? —inquirió—. No puedes seguir ignorando por más tiempo la visión que me trasladaron los *kachinas*. Hay que actuar, y pronto.

—De eso precisamente quería hablarte —replicó Mongwau—. Emigrar debería ser nuestra última opción. Me niego a abandonar la tierra de nuestros ancestros.

—¿Pero es que aún no te has dado cuenta de que no hay otra salida?

Mongwau cerró los puños y apretó los dientes con fuerza.

—Sí que la hay, pero para eso haría falta tu colaboración.

—¿De qué hablas?

—Cíbola —anunció—. Y ahórrate el sermón. Sé de sobra que no debería sacar ese tema a colación, pero la excepcionalidad de la situación me obliga a tener que hacerlo. —Mongwau señaló a su hermano con el dedo—. ¿Es que no es obvio? ¿De qué sirve poseer una ciudad llena de oro y piedras preciosas si no podemos acceder a ellas? Si nos desvelaras su ubicación, podríamos apoderarnos de parte de su infinita riqueza y emplearla para obtener así los alimentos necesarios para aliviar el hambre de nuestro pueblo.

Bayou temblaba de rabia al atisbar la mezcla de codicia y desesperación que brillaba en los ojos de su hermano mayor.

—Solo unos pocos conoceríamos el secreto. —Mongwau persistía en sus argumentos—. Gestionaríamos con prudencia las riquezas de Cíbola para que cundiesen y nos durasen mucho tiempo. Tenemos al alcance de nuestra mano una oportunidad única de salvar a toda la nación.

Bayou negaba con la cabeza.

—Deberías sentirte avergonzado por llegar a pensar siquiera un disparate de tal

magnitud —rebatío.

—¿Pero por qué tienes que ser tan testarudo?!

Mongwau agarró a Bayou de su camisa ritual y, movido por la frustración, le zarandeó con violencia.

—¡Basta! —exclamó Bayou sacudiéndose a su hermano de encima—. Sal ahora mismo de la *kiva*. En semejante estado no eres digno de permanecer aquí.

El monarca comprendió que no obtendría nada de su hermano, que ni siquiera había llegado a mostrar el menor atisbo de duda. Mongwau le lanzó una mirada furibunda mientras se dirigía hacia la salida, y echó de menos los tiempos en que Bayou hacía siempre lo que él quería, cuando eran tan solo unos niños.

CAPÍTULO 4

Después de que fuesen interceptados por los guerreros fremont, Yuma, Aleshanee y Hesutu aún tuvieron que caminar durante el resto del día, pues el campamento de los nómadas de las planicies se encontraba todavía a mucha distancia de allí.

Se desplazaban con los ojos vendados y cada uno de ellos era llevado casi a rastras por un guerrero enemigo. Aleshanee se tropezó en dos ocasiones y cayó al suelo de bruces, debido a que su guía no prestaba la suficiente atención. Hasta que no lo experimentó por sí mismo, Yuma no fue realmente consciente de la penosa vida a la que había sido condenado Hesutu, envuelto en aquella negrura permanente de la que nunca podría salir. Precisamente, el noble no se había quejado en ningún momento a lo largo de todo el trayecto, pese a sus constantes jadeos como consecuencia del fuerte ritmo impuesto.

Yuma ignoraba por dónde discurrían sus pasos. Algunas veces intuía que franqueaban serpenteantes cañones y otras, que rodeaban cerros elevados, si bien la mayor parte del tiempo transitaban por desoladas praderas sembradas de cactus y arbustos. De vez en cuando, un guerrero fremont se quedaba rezagado y comprobaba que nadie les seguía.

Tampoco les dejaban hablar entre ellos, y cuando Yuma había tratado de hacerlo, se había topado con la autoritaria voz de Flecha Negra mandándole callar. Los guerreros fremont registraron sus fardos y dieron buena cuenta de las provisiones que llevaban. Ellos no recibieron nada, excepto agua para que pudiesen soportar el largo camino. Naturalmente, se apropiaron también del puñal que Hesutu se había esmerado en ocultar en el fondo de su fardo.

Yuma no podía imaginarse cómo se desarrollaría su encuentro con Nahiossi. Entre ambos existía un poderoso vínculo de sangre, pero la realidad era que no se conocían. Yuma no podía negar que deseaba saber más acerca de Nahiossi. ¿Cómo sería su verdadero padre? ¿Cuál sería su reacción al verle? ¿Tendría alguna capacidad para influir sobre él?

Los guerreros detuvieron su avance cuando Hesutu ya estaba llegando al límite de sus fuerzas. Incluso Yuma sentía que sus reservas de energía se estaban agotando. Por fin les quitaron las vendas y, aunque el ocaso ya había tendido sobre el desierto su sudario carmesí, la claridad restante penetró en los ojos de Yuma como afiladas agujas de hueso, causándole un inmenso dolor. La adaptación le llevó unos segundos, tras los cuales lo primero que hizo fue cruzar su mirada con Aleshanee. La joven parecía entera, salvo por los desgarrones de su vestido debido a las caídas.

—Ya casi hemos llegado —anunció Flecha Negra.

Frente a ellos se alzaba una escarpada colina. Los guerreros les empujaron e iniciaron el ascenso por un sendero apenas perfilado entre la maleza. Yuma y

Aleshanee se colocaron a uno y otro lado de Hesutu y pasaron los brazos sobre sus hombros. Sin ayuda, un ciego no hubiese podido realizar la subida sin tropezar incontables veces con el manto de rocas y matorrales que salpicaban el altozano.

Al llegar a la cumbre, divisaron un estrecho valle perfilado bajo la luz crepuscular, rodeado de cerros y colinas, y en cuyo seno los nómadas de las planicies había establecido su campamento. Decenas de tiendas cónicas, confeccionadas con piel de búfalo y cosidas con tendones, sembraban la superficie de la llanura. Cientos de guerreros se desplazaban por el lugar, cada cual entregado a su propia tarea: algunos buscaban leña, otros cargaban con mantas y fardos, y todavía los había que aprovechaban la última claridad del día para afilar sus armas de guerra. La mayoría, no obstante, comenzaba a sentarse en torno al ramillete de hogueras distribuidas por el valle, que latían como las primeras estrellas que brotaban en el cielo.

Yuma observó vigías apostados en cada uno de los cerros, y también se percató de que en el interior del valle no había ni mujeres ni niños. Aquel lugar, por tanto, no debía de constituir el verdadero hogar de los fremont, sino solo un campamento avanzado desde donde organizar las incursiones en territorio enemigo.

Iniciaron el descenso y en pocos minutos se internaron en el campamento. El tumulto provocado por las voces de los guerreros se elevaba hacia las alturas y se diluía en el aire como vapor de agua hirviendo. Los forasteros que desfilaban precedidos por Flecha Negra se convirtieron enseguida en el centro de atención. Aleshanee miraba en todas direcciones, tratando de localizar a su esposo o a cualquiera de los campesinos secuestrados. Sin poder evitarlo, la alfarera atraía todas las miradas, y Yuma temió que su presencia allí pudiese convertirse en un serio problema.

Hesutu, por su parte, estaba tan exhausto que apenas podía sostenerse en pie.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Yuma.

—Sobreviviré —repuso el noble—. Dime, nos hemos metido en la boca del lobo, ¿no es cierto?

—Así es. Al final hemos logrado llegar al lugar que nos habíamos propuesto.

Flecha Negra les mandó detenerse. A unos treinta metros, junto a la tienda de mayores dimensiones del campamento, un grupo de hombres departía alrededor de un gran fuego. Flecha Negra se dirigió hacia ellos e intercambió unas palabras con el que parecía ser el jefe. Yuma se estremeció. ¿Qué sentiría cuando estuviese cara a cara con Nahiossi?

Flecha Negra regresó enseguida y efectuó una serie de indicaciones con absoluta precisión. Hesutu y Aleshanee debían acomodarse en el suelo y esperar. Ambos quedarían bajo la vigilancia de una pareja de guerreros.

—Sígueme —le dijo a Yuma—. Nahiossi hablará ahora contigo.

—Quiero que ella me acompañe —pidió Yuma.

—No. Solo tú. Son las condiciones.

Yuma no insistió más. No estaba en posición de hacerlo. Flecha Negra le condujo

hasta Nahiossi y después se retiró, seguido del resto de los guerreros. El líder fremont, sentado al abrigo de la hoguera, había pedido que le dejaran completamente solo. Yuma le contempló a través de las chispas y el humo que desprendían las llamas. Su atuendo apenas difería del de cualquier otro guerrero. Vestía una delgada camisa de ante bajo la cual se adivinaban todos los músculos de su cuerpo, y una larga capa adornada con pieles de comadreja caía en torno a él. La vez anterior, Nahiossi había llevado el rostro cubierto con pinturas de guerra, pero en esta ocasión podía verle tal cual era. Su cara, curtida por el sol, aparecía surcada de marcas y cicatrices.

—Siéntate —ofreció Nahiossi.

Yuma obedeció y enseguida se dio cuenta de que no sentía el menor atisbo de miedo. Nahiossi podía ser un fiero guerrero, pero desde luego no era ese sanguinario personaje que la leyenda había hecho de él.

—Me han dicho que has venido hasta aquí acompañado por tan solo una mujer y un viejo ciego. —La profunda voz de Nahiossi parecía originarse en el interior de una caverna—. Todavía no he decidido si te ha guiado la locura, o la valentía del que sabe que no tiene nada que perder.

Nahiossi le dedicó una penetrante mirada y a continuación puso unos filetes de carne que había junto a él en la lumbre.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —terció Yuma.

—Lo supe un instante antes de descargar toda mi furia sobre ti, al reconocer mi propio rostro en el tuyo cuando era quince años más joven. Que fueses hijo de Onawa y que las fechas encajaran me llevó a la conclusión más evidente.

—Pudiste haberme matado y no lo hiciste.

—En aquel momento no me vi capaz.

Nahiossi comprobó que la carne se había tostado y le tendió un pedazo a Yuma. El aroma del asado flotaba en el ambiente. Yuma no podía pensar en comer, pero los jugos gástricos de su estómago le indicaban lo contrario. Después de todo un día sin probar bocado, no hubiese sido sensato rechazar aquella oferta. Yuma asió el pedazo de carne y sopesó cómo afrontar el resto del encuentro. Antes de revelar el asunto que le había llevado hasta allí, Yuma quería saber más acerca de su padre.

—¿Por qué tu odio visceral hacia los anasazi? —inquirió Yuma—. Tus incursiones son innecesariamente sangrientas.

—Puede que no sea más que la respuesta al mismo trato que yo recibí. —Yuma guardó un retador silencio y soportó la afilada mirada de Nahiossi, incitándole a continuar, aunque en realidad el líder fremont estaba deseando contar su historia—. Nací en el seno de una tribu nómada eminentemente cazadora. Nos desplazábamos constantemente tras las manadas de búfalos y otros animales, y nunca pasábamos mucho tiempo en un mismo lugar. Todo se desmoronó el día en que sufrimos un brutal ataque por parte del ejército anasazi, tras haber acampado en las inmediaciones de su territorio. Hicieron muchos esclavos, sobre todo mujeres y niños. Todos los

hombres cayeron en la batalla. A mí me llevaron a las minas de turquesa. Yo tendría siete u ocho años y podía acceder a estrechos túneles donde no cabía un hombre adulto. Me explotaron durante varios años hasta que una enfermedad que sofocaba mis pulmones me alejó de las minas. Fue entonces cuando me trasladaron a Ciudad Chaco para realizar tareas más ligeras, al menos si se las comparaba con la extracción de las turquesas.

»Mi salud se fue reponiendo de forma gradual y adquirí cierta fuerza cuando llegué a la adolescencia. Para entonces ya llevaba tanto tiempo soñando con escapar, que no podía pensar en otra cosa. Me aprendí bien las costumbres de la ciudad, los turnos de los centinelas y los lugares donde ocultarme. Planifiqué mi fuga durante meses. Pero no me bastaba con escapar. Los anasazi me arrebataron la infancia y también a mi familia, y yo decidí entonces que les desposeería de sus dioses, que no significaban nada para mí. Así fue como, con diecisiete años, me fugué de Ciudad Chaco, llevándome conmigo la máscara sagrada del *kachina* coyote.

Nahiossi no se había alterado un ápice, como si los recuerdos de su pasado ya no pudiesen provocarle emoción alguna. Yuma, por su parte, casi se había olvidado de comer, entregado como estaba a su relato.

—¿Por qué agrediste a mi madre?

—Eso no lo había previsto —admitió—. Mi tropiezo con Onawa fue absolutamente fortuito. Pero cuando vi allí a la esposa del monarca, me vino a la mente el desprecio con que a los esclavos se nos trataba, especialmente por parte de las élites. La violé porque sabía cuánto la humillaría saber quién había sido el responsable. —Nahiossi clavó su mirada en Yuma y esbozó una irónica sonrisa—. Agradece que lo hiciera; de lo contrario, tú no estarías hoy aquí...

—Lamento por lo que pasaste, pero aunque seas mi verdadero padre, yo soy muy diferente a ti —replicó—. No creo en la violencia, ni desde luego en la venganza, que parece ser el único propósito que rige tu vida.

Yuma temió haber sido demasiado directo, pero Nahiossi ni siquiera se inmutó.

—¿Venganza? Puede que al principio la buscara, pero después se transformó en una mera cuestión de supervivencia. Los anasazi acabasteis con los bosques de la región, y con ellos desaparecieron también los animales de los que nos alimentábamos. Si ya no podíamos cazar, ¿cómo íbamos a sostener a nuestras familias?

—Hemos cometido errores imperdonables —lamentó Yuma—. Y los estamos pagando con creces.

Yuma dio cuenta de su pedazo de carne, sin llegar a reconocer el sabor de lo que había comido. No creyó que fuese búfalo, ciervo ni conejo, pero en cualquier caso, había logrado saciarle el apetito.

—¿Por qué has venido? ¿Te han enviado para llevar a cabo algún tipo de negociación?

—Nadie me envía, he venido por mi cuenta. Estoy aquí por los campesinos que

habéis secuestrado. La mujer que me acompaña es la esposa de uno de ellos.

Nahiossi le dedicó una larga mirada a través de la hoguera, como si escrutara en su interior.

—¿Sabes? Me siento orgulloso de ti. —Yuma no pudo evitar estremecerse tras escuchar aquella afirmación—. No eres un valeroso guerrero, pero también libras batallas. Y en vez de segar vidas, tú luchas por salvarlas. Y la única arma de la que te vales es la palabra. Eres de los pocos hombres que aún se guía por el corazón, mientras que yo hace una eternidad que tuve que dejar de hacerlo.

De repente, el perfil de Hesutu apareció detrás de Nahiossi, dirigiéndose lentamente hacia él. El noble parecía un fantasma que se arrastrara con los pies, y nadie aparte de Yuma parecía haber reparado en su presencia. Yuma estiró el cuello y comprobó que los centinelas que debían vigilarle habían comenzado a importunar a Aleshanee, despreocupándose del viejo ciego que no constituía ningún tipo de amenaza. Hesutu había llegado hasta ellos guiado por el sonido de sus voces, y tal vez también por el olor de la carne asada. ¿Pero qué estaba haciendo allí? ¿Acaso pretendía alertar a Yuma del peligro que corría Aleshanee a manos de los centinelas? ¿O tan solo quería un pedazo de carne que calmara su hambre?

Yuma advirtió que mientras Hesutu apoyaba una mano en su bastón, la otra la llevaba extrañamente colocada detrás de la espalda. Entonces lo vio todo muy claro. Aquella era la oportunidad que el noble tanto había esperado desde que iniciaran el viaje. Hesutu pensaba acabar con la vida del temido líder de los nómadas de las planicies, sabedor de que su hazaña se recordaría durante generaciones por todo el pueblo anasazi. Después Hesutu sería inmediatamente ejecutado, obteniendo de ese modo su final más deseado: la muerte honorable del guerrero.

Cuando a Hesutu le separaba tan solo metro y medio de Nahiossi, Yuma todavía no había reaccionado. Pero ¿y si después de todo estaba equivocado? Hesutu alzó el brazo y una piedra del tamaño de un puño quedó claramente a la vista.

Yuma gritó. No creyó que tuviese otra opción. Si Hesutu asesinaba a Nahiossi, no solo perderían la oportunidad de salvar a los campesinos, sino que con total seguridad les acabarían aniquilando a ellos tres. Hesutu descargó el golpe con todas sus fuerzas, con la esperanza de acertarle en plena cabeza y darle muerte en el acto. Nahiossi, sin embargo, reaccionó a la advertencia de Yuma y se echó a un lado justo a tiempo para esquivarlo. Hesutu cayó entonces hacia delante impulsado por la inercia, y se estrelló en el suelo a escasos centímetros de las brasas de la hoguera.

Nahiossi se había puesto en pie, al tiempo que varios guerreros se acercaban hasta él alertados por el revuelo. Hesutu pugnaba por levantarse, pero por sí solo era incapaz de hacerlo. El noble parecía una tortuga vuelta del revés. Flecha Negra fue el primero en llegar y, tras asegurarse de que su jefe estaba en perfecto estado, esgrimió un largo puñal de hueso ante el rostro de Yuma.

—Acabará contigo y con el viejo, y a la mujer la usaremos para satisfacer las necesidades de nuestros guerreros —espetó furioso. Pensaba que Yuma le había

engañado para llevarle hasta su jefe y que su verdadera intención era atacar contra él.

—Cálmate, Flecha Negra —repuso Nahiossi—. Él no sabía nada de lo que pretendía hacer el viejo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Deja que yo mismo me ocupe de esto.

Nahiossi extrajo entonces una daga del cinto y se la colocó a Hesutu bajo la barbilla. El noble trató de mantener la dignidad y evitó suplicar por su vida, pese a que morir degollado no era el final que había querido para él.

—No le mates —murmuró Yuma—. Te lo ruego.

Nahiossi pareció vacilar, aunque sostenía la daga con firmeza. El brillo de su mirada reflejaba la dureza de su corazón.

—Por favor, padre...

Nahiossi congeló el movimiento del brazo a escasos centímetros de la garganta del viejo. Los segundos que transcurrieron a continuación se hicieron eternos. Finalmente, Nahiossi retiró la daga y la devolvió a su sitio. En su lugar, asió un tizón candente de la hoguera y lo aplicó sobre la mejilla de Hesutu, achicharrándole la piel. El noble no pudo reprimir soltar un alarido que se escuchó en todo el campamento.

Tras una indicación de su jefe, Flecha Negra agarró a Hesutu por las axilas para llevárselo de allí.

—Por favor —imploró Yuma—, permite que la mujer se ocupe de la quemadura de Hesutu, y ordena a tus hombres que les dejen en paz durante la noche.

Nahiossi accedió al ruego de Yuma e intercambió un gesto con Flecha Negra para que se hiciese de aquella manera. Poco después, padre e hijo volvían a quedarse solos, con la única compañía del fuego que se interponía entre los dos.

—Lo siento —musitó Yuma, todavía afectado por lo ocurrido—. Te juro que no tenía ni idea de lo que Hesutu pretendía.

—Lo sé —repuso Nahiossi—. Lo he visto en tus ojos.

Después del incidente, Yuma sintió que el lazo de unión que había trabado con Nahiossi había perdido fuerza. Por ello, decidió que era el momento de acometer directamente el asunto que le había llevado hasta allí.

—¿Dónde están los campesinos anasazi? Libérales y abandonaremos lo antes posible vuestras tierras.

Nahiossi guardó silencio y se limitó a alimentar el fuego con un puñado de ramas podridas. Las llamas cobraron vida y danzaron bajo la quietud de la estrellas.

—Los campesinos... —insistió Yuma.

El líder fremont persistió en su silencio, hasta que finalmente apartó la mirada de Yuma. Aquel gesto fue más elocuente que cualquier explicación que le hubiese podido ofrecer.

—¿Les matasteis?

—Están muertos, si es eso lo que quieres saber.

Yuma sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago, pero sabía que

debía mantenerse fuerte.

—Aleshanee ha hecho un largo viaje para llegar hasta aquí. Dime al menos dónde se encuentran los cuerpos y deja que se despida de su esposo como merece.

—Eso no será posible.

—¿Por qué? ¿Qué habéis hecho con los cadáveres?

Nahiossi evitaba contestar. No se había mostrado tan tenso en toda la noche como lo hacía en ese momento. Yuma, sin embargo, continuó martilleándole con la mirada y un calculado silencio, empeñado en no cejar hasta obtener las respuestas que pedía.

La terquedad de Yuma acabó por dar sus frutos. Nahiossi fijó entonces su mirada en la última pieza de carne que quedaba y en el puñado de huesos que había junto a él. Luego asintió lentamente.

De entrada, Yuma no alcanzó a comprender, o se negó a querer hacerlo, pero no tardó en darse cuenta de que Nahiossi hablaba totalmente en serio. Yuma sintió arcadas y una incontrolable fatiga le trepó por la garganta.

—Cuando la comiste sin conocer su procedencia, bien que sació tu apetito, ¿verdad? —espetó Nahiossi.

Yuma necesitó varios minutos para recuperarse de la conmoción.

—¿Cómo habéis podido hacer algo así?! —exclamó—. ¡Es... es monstruoso!

—¡Vosotros lo hicisteis primero! —Era la primera vez que Nahiossi perdía los estribos en toda la noche.

Yuma le miró desconcertado.

—¿De qué hablas?

Nahiossi escrutó su mirada. Realmente, Yuma no sabía nada de aquello.

—Los habitantes de la aldea Raíz Marchita devoraron los cuerpos de dos de mis hombres, que fueron sorprendidos por guerreros anasazi mientras exploraban cerca de allí.

Yuma se resistía a creer lo que oía, aunque no podía jurar que no fuera cierto. La aldea Raíz Marchita era la más alejada del cañón y la hambruna se había cebado con aquella población particularmente aislada. Lo que le extrañaba era que un asunto de semejante naturaleza no hubiese trascendido al resto de la región.

—De cualquier manera —replicó Yuma—, ¿qué pretendes con todo esto?

—Mi pueblo clama venganza y yo se la ofrezco.

—¿Así es como entiendes la justicia?

—Si así fuese, tu amigo el ciego ya estaría muerto.

—Le habrías matado si yo no llego a pedirte que no lo hicieras.

El diálogo entre los dos hombres se vio sustituido por el rugiente crepitar de las llamas. Una lluvia de chispas se alzó desde la hoguera y prendió el humo de luciérnagas incandescentes. Yuma se dio cuenta de que no merecía la pena discutir por más tiempo. Ya nada se podía hacer por Sewati y los demás campesinos, y cada minuto de más que pasasen en el campamento tan solo serviría para poner en peligro sus vidas.

—Déjanos pasar la noche aquí, bajo tu protección; mañana al amanecer emprenderemos el viaje de vuelta.

Nahiossi reflexionó unos instantes.

—Que así sea —concedió. Y llamó a uno de sus hombres para que sus órdenes se cumplieran.

CAPÍTULO 5

Yuma, Aleshanee y Hesutu se prepararon para pasar la noche en el campamento fremont, en una tienda que les habían cedido. Yuma le desveló a la alfarera que Sewati y el resto de los campesinos habían muerto, pero prefirió ocultarle el hecho de que habían sido víctimas de un bárbaro acto de canibalismo. Saber aquello tan solo habría contribuido a aumentar inútilmente su dolor. En vez de eso, mintió diciéndole que sus cuerpos habían sido incinerados en una enorme hoguera.

Hesutu no dijo una sola palabra y se limitó a soportar como pudo el martirio que le provocaba la quemadura que Nahiossi le había infligido en la mejilla derecha. La piel se le había carbonizado y numerosas ampollas rojizas le brotaban de la herida abierta en carne viva.

Ninguno de los tres pegó ojo en toda la noche, a pesar de que nadie del campamento les molestó ni sufrieron el menor contratiempo.

A la mañana siguiente, Yuma temió que Nahiossi hubiese cambiado de opinión, pero el líder fremont mantuvo su palabra y les permitió emprender el viaje de regreso. No obstante, durante un breve espacio de tiempo les impidieron salir de la tienda donde habían pernoctado, sin que les dieran ningún tipo de explicación. Yuma logró hurtar una mirada a través de una rendija por la que apenas se veía nada, y pudo llegar a la conclusión de que los fremont recibían la inesperada visita de un personaje cuya identidad no debía trascender. Quién era o por qué se tomaron tantas molestias para que Yuma no le viera, fueron preguntas que no encontraron respuesta, y lo cierto fue que no les dejaron partir hasta después de que aquel extraño episodio hubiese tenido lugar.

Durante el primer tramo del trayecto fueron escoltados por Flecha Negra y una pareja de guerreros, y de nuevo les obligaron a llevar los ojos vendados para no descubrir su posición. Les llevaron hasta el mismo punto donde fueron interceptados, al final de la estrecha garganta que marcaba el límite que los nómadas de las planicies consideraban parte de sus tierras. Siguiendo órdenes de Nahiossi, les devolvieron sus fardos con comida suficiente para el resto de la travesía, eso sí, siempre que la racionaran a conciencia.

La vuelta mostró a un Hesutu hundido y sin ganas de seguir viviendo, y a una Aleshanee vencida por la desolación. Yuma se pasó la mitad del camino infundiéndoles ánimos para seguir adelante y llegar a su destino. El viaje fue tan duro, que casi emplearon el doble de tiempo del que necesitaron para la ida.

Cuando cruzaron la puerta de acceso a Ciudad Chaco, a muchos les costó creer lo que veían, pues había pasado una semana desde su partida y nadie confiaba ya en el regreso de la singular expedición.

Bayou acudió de inmediato a recibir a su hermano, al que dio un cálido abrazo.

De acuerdo a una reciente visión que había tenido en el cerro de la Estrella Dentada, Yuma retornaría sano y salvo, sin embargo, Bayou había tenido serias dudas acerca del cumplimiento de aquel vaticinio.

Anoki se encontraba en una de las azoteas de la primera planta, observando moler maíz a Soyala y escuchando sus historias sobre el pueblo hohokam, cuando distinguió a su madre adentrarse en la plaza. El niño se puso en pie y, tremendamente excitado, se dirigió hacia ella a toda la velocidad que sus cortas piernas le podían permitir. Aleshanee se arrodilló y le rodeó con sus brazos, sin poder evitar que un torrente descontrolado de lágrimas bañara sus mejillas. Sin necesidad de palabras, Anoki comprendió lo que la ausencia de su padre significaba, confirmándose con ello su peor temor.

—Lo siento, hijo —sollozó Aleshanee.

—Mamá, yo he tenido la culpa —murmuró Anoki—. No he conseguido a tiempo las cuatro plumas que el sacerdote me encomendó. —A continuación se levantó la camisa y mostró una cuerda de yuca a la que había atado tres plumas de variada apariencia y color—. Tenían que ser de aves diferentes, y hasta ahora había conseguido una pluma de pavo, otra de búho y otra de cuervo, pero todavía me faltaba una para haber obtenido así el poder de los *kachinas* a nuestro favor.

Bayou, que había presenciado la escena en silencio, se inclinó hacia Anoki con los ojos entrecerrados, como si le fuese a transmitir un valiosísimo secreto.

—No te atormentes, hijo. Ese no ha sido el motivo por el que no se ha podido evitar el fatal desenlace. Pero ¿sabes qué? Todavía necesito las cuatro plumas que te encargué. El espíritu de tu padre deambula ahora por el Inframundo y necesita de nuestra ayuda para llegar a los Mundos Celestes.

—Sewati era un buen hombre —añadió Yuma—. Y si lo consigue, tratará desde ahí arriba de enviarnos la lluvia que él mismo tanto extrañó durante sus años de campesino.

Anoki se sintió algo mejor y se refugió en el regazo de Aleshanee, satisfecho al menos de poder contribuir a salvar el espíritu de su padre.

Entre tanto, una de las esclavas de Hesutu le había tomado del brazo y lo había conducido hacia su cámara personal, donde un sacerdote sanador se ocuparía de inmediato de su espantosa quemadura. Una horrible sensación de fracaso acompañaba al noble a cada paso que daba, convencido de que había dejado pasar su última oportunidad de morir con honor.

A continuación, Uzumati se acercó a los recién llegados, impresionado por el coraje que había demostrado tener Yuma. El jefe de guerra lo llevó aparte y le efectuó algunas preguntas esenciales para conocer lo que había dado de sí su arriesgada misión.

—¿Llegaste a tratar directamente con Nahiossi?

—Cara a cara —confirmó.

—¿Y qué hay de los campesinos secuestrados?

—Muertos.

—¿Te explicaron por qué lo hicieron?

Yuma le rogó que fuese discreto antes de revelarle los motivos.

—Deberías investigar si en la aldea Raíz Marchita se ha llevado a cabo un acto de antropofagia, como alegan los fremont.

—Gracias. —Uzumati tragó saliva, ocultando que en realidad él ya estaba al corriente de los hechos—. Esta tarde, cuando hayas descansado, mantendremos una reunión en presencia de Mongwau. Tu hermano quiere saber con detalle todo lo que ha pasado, qué has averiguado y cómo habéis logrado sobrevivir.

Yuma no puso objeción y emplazó a Uzumati para el posterior encuentro. Después regresó junto a Aleshanee y le ofreció uno de sus aposentos para que descansara el tiempo que considerase oportuno. Ya regresaría a Ciudad Costilla cuando se sintiese mejor.

Desde la azotea de la quinta planta, Mongwau y Onawa observaban con incredulidad el inesperado retorno de Yuma. Hasta entonces nadie que se hubiese adentrado por su cuenta en territorio de los nómadas de las planicies había regresado con vida para poder contarlo.

Se hallaban reunidos en la cámara revestida de viejos escudos de guerra, cuyas paredes podían contar parte de la historia de la nación. Solo Yuma, Mongwau y Uzumati estaban presentes. La tensión entre los dos hermanos era palpable y el jefe de guerra temía que los continuos reproches entre ambos eclipsara lo realmente importante.

—Me sorprende que un salvaje como Nahiossi os dejara escapar con vida —espetó el monarca.

—Por lo que vi —señaló Yuma—, Nahiossi no es más salvaje que muchos anasazi que yo he conocido.

—¿Ahora defiendes a uno de nuestros peores enemigos?

—Me limito a exponer los hechos tal como los viví. Nahiossi demostró tener una actitud dialogante y jamás faltó a su palabra dada.

Mongwau exhibió una mordaz sonrisa.

—Ya lo creo —ironizó—. Y supongo que el recuerdo que Hesutu se ha traído grabado en la mejilla habrá sido entonces una muestra de su buena voluntad.

—Y eso lo dice el hombre que le arrancó el único ojo que le quedaba —replicó Yuma, provocando que la sonrisa de Mongwau se le congelase en los labios—. Para tu información, Hesutu le dio motivos de sobra para haberle matado y aun así, Nahiossi no lo hizo, solo porque yo se lo pedí.

Uzumati asistía en silencio al duelo dialéctico entre ambos hermanos. A lo largo de los años, el jefe de guerra había intentado en numerosas ocasiones convencer a

Mongwau de que parlamentase con los fremont, pero este siempre se había negado bajo el pretexto de que Nahiossi solo atendía a la llamada de la sangre y de las armas de guerra. Ahora, tras la reunión que había mantenido Yuma, se ponía de manifiesto lo mucho que Mongwau había errado en su juicio.

—¿Cómo he podido ser tan ingenuo? —dijo Mongwau en tono sarcástico—. Casi olvido que Nahiossi es tu padre, lo que explica la defensa a ultranza que haces de él.

—¡Mi padre fue Nootau! ¡Y no te atrevas a decir otra cosa! —No era habitual que Yuma perdiese los nervios, pero esta vez Mongwau había sabido qué fibra tocar.

Uzumati extendió los brazos para poner paz y decidió tomar la palabra con el fin de encauzar la reunión hacia asuntos verdaderamente productivos.

—Yuma, por favor, descríbeme el sitio donde te llevaron.

Yuma agradeció la mediación de Uzumati y le dedicó toda su atención, mientras recuperaba la calma poco a poco.

—Era un campamento enorme, pero no había mujeres ni tampoco niños, solo guerreros. Desde mi punto de vista, se trata de un puesto avanzado desde donde preparan sus incursiones hacia territorio enemigo.

—¿Y a qué distancia se encuentran de aquí?

—Aproximadamente a unos tres días.

—¿Y sabrías llegar hasta allí?

—Podría guiaros, pero solo hasta el punto donde fuimos interceptados. El resto del trayecto nos obligaron a llevar los ojos vendados. Fueron muy cautelosos en ese aspecto y lo repitieron tanto a la ida como a la vuelta.

Uzumati asintió, sin sentirse en absoluto sorprendido por las precauciones adoptadas por sus enemigos.

—Y dime, ¿cuántos guerreros estimas que habría en el campamento?

Yuma sacudió la cabeza. Ahora se sentía un poco estúpido por no haberse fijado en aquel tipo de pormenores.

—Lo siento; más allá de que eran muchos, no sabría decirte. Yo estaba demasiado centrado en mi encuentro con Nahiossi.

—¿Y la mujer? ¿Habría podido ella ser más observadora que tú?

—¿Aleshanee? —Yuma se encogió de hombros—. No lo sé. Es posible.

Mandaron a buscarla. Aquella información poseía un gran valor y merecía la pena intentarlo. A su llegada, Yuma la esperaba en el umbral de la puerta. La tranquilizó y le explicó por qué la llamaban, para evitar que se sintiese intimidada ante la presencia del monarca y el jefe de guerra.

Uzumati aguardó a que Aleshanee se acomodase antes de efectuarle la primera pregunta.

—Tratamos de averiguar el número de guerreros que había en el campamento. ¿Tienes una idea?

—Lo cierto es que los conté —repuso en tono suave—. Hesutu me pidió que lo hiciera.

Uzumati cruzó una mirada con Mongwau. Resultaba evidente que el noble tenía mente de estrategia y había tenido presente aquel tipo de detalles durante su visita.

—¿Y cuántos eran?

Aleshanee se mostró dubitativa.

—Más de doscientos, o quizás de trescientos. Ya no lo recuerdo. No era un tema que me preocupara. Hesutu debería saberlo mejor que yo.

Sin perder tiempo, el monarca convocó al noble ante su presencia.

—Y no es una petición, es una orden —precisó a sus centinelas—. Si no quiere venir, traedle a la fuerza.

Hesutu apareció al poco tiempo exhibiendo una mueca de hastío. El noble deseaba colaborar, pero hubiese preferido contarle lo que sabía únicamente al jefe de guerra, sin la presencia del monarca, por el cual sentía un indecible desprecio. Uzumati no era insensible a la cuestión y él mismo se encargó de dirigir el interrogatorio.

—Hesutu, antes de nada, quiero reconocer el valor que tuviste para preocuparte por obtener información que pudiera sernos de utilidad en circunstancias tan adversas. —La felicitación de Uzumati era totalmente sincera—. ¿Sabrías decirme cuántos guerreros había en el campamento?

El noble reprimió un gesto de dolor. La quemadura de la mejilla le ardía cada vez que intentaba hablar.

—Trescientos cinco. Al menos ese tanto contó Aleshanee.

—La cifra es aproximada —aclaró la alfarera—. Era de noche, muchos guerreros iban y venían, y otros se hallaban en el interior de las tiendas.

—Sirve como referencia —agradeció Uzumati.

Mongwau efectuó un rápido cálculo mental y se dirigió hacia su jefe de guerra.

—¿Te das cuenta de que si reuniésemos a todo nuestro ejército, la proporción sería de tres a uno a nuestro favor?

—Así es —admitió Uzumati—. Pero ¿en qué estás pensando? ¿Acaso te planteas atacarles... en su propio territorio?

—Puede que nunca se nos presente una ocasión igual.

A Uzumati no le gustaba la idea, pero siguió explorando aquella posibilidad.

—¿Cómo es el entorno donde se ubica el campamento? —le preguntó a Yuma.

—Es un valle angosto, rodeado de cerros y colinas. El sitio supone un escondrijo muy apropiado para evitar que sus fuegos se vean desde lejos. En contrapartida...

—... Si se cayera sobre ellos por sorpresa, no tendrían posibilidad de escapar, como una camada de conejos atrapados en el fondo de una madriguera... —completó Mongwau.

Yuma asintió. Esa era exactamente la idea que trataba de expresar. Mongwau comenzó a entusiasmarse y retomó el diálogo con su jefe de guerra.

—¿Cuánto tiempo tardarías en reunir a todos los guerreros distribuidos por las diferentes ciudades del cañón y prepararles para un ataque?

—Si hiciera falta, en una sola tarde —contestó Uzumati—. Aun así, no nos deberíamos precipitar.

—¿No has pensado que en cualquier momento podrían trasladarse a otro sitio?

Uzumati admitió el razonamiento de Mongwau. Por motivos obvios, los fremont nunca permanecían durante demasiado tiempo en un mismo lugar. El jefe de guerra caviló y le lanzó a Yuma una inquisitiva mirada.

—Tú que estuviste allí. ¿Qué piensas al respecto?

Yuma no lo dudó.

—Mi impresión es que se trataba de un asentamiento de carácter provisional.

—¿Ves? Por eso mismo deberíamos atacar cuanto antes, o de lo contrario desaprovecharíamos esta inmejorable oportunidad —concluyó Mongwau.

Se hizo el silencio. Quedaba muy claro que el monarca no hablaba de una simple incursión, sino de una guerra abierta. Y parecía difícil que alguien pudiese hacerle cambiar de opinión.

—Mientras el ejército esté fuera, la región quedará desprotegida —objetó Uzumati.

—Lo sé, pero por muy poco tiempo, todo lo más cuatro o cinco días. Ese es el tiempo de que dispondrías para llevar a cabo la misión. —Mongwau calculó que si Yuma había empleado tres días en llegar al campamento fremont desplazándose con una mujer y un anciano, el ejército anasazi tardaría menos de la mitad—. Tan solo por si acaso, dejarás un puñado de guerreros en Ciudad Chaco para garantizar mi protección.

Yuma y Aleshanee asistían incrédulos a la gestación de una decisión de importancia capital que el monarca no podía resolver de manera más impulsiva. Uzumati expresó entonces en voz alta el mismo pensamiento que todos tenía en mente.

—¿Por qué atacarles ahora? En el pasado hubiese tenido sentido, pero en los últimos tiempos los fremont apenas nos importunan.

—Porque se nos ha presentado una oportunidad única de acabar con ellos de una vez por todas —masculló—. Haremos que lamenten el daño que nos causaron en el pasado, al tiempo que evitaremos que en el futuro se vuelva a repetir. ¿Acaso no es suficiente motivo?

—Pero no es lógico —insistió Uzumati—. Si tenemos en cuenta que actualmente la nación hohokam constituye el principal blanco de sus incursiones, ellos serían en realidad los más beneficiados. Indirectamente, estaríamos ayudando a nuestro peor enemigo.

Mongwau se tensó, poco acostumbrado a ver cuestionada su autoridad.

—Cuando aplastemos a los nómadas de las planicies, los hohokam sabrán entonces de lo que somos capaces. Nos ganaremos el respeto que nos merecemos y la relación entre ambas naciones nunca volverá a ser igual.

Yuma había asistido en silencio al intercambio de pareceres entre Mongwau y

Uzumati, y aunque había intentado morderse la lengua, al final no pudo evitar decir en voz alta lo que de verdad le pasaba por la cabeza. Desde su punto de vista, Mongwau no parecía guiarse precisamente por los dictados de la razón.

—Tengo la impresión de que quieres organizar todo esto solo para vengarte de Nahiossi, por el daño que le causó a nuestra madre la noche en que escapó de Ciudad Chaco...

Mongwau le fulminó con la mirada.

—Nadie ha pedido tu opinión.

—Es cierto. De cualquier manera, te olvidas de un pequeño detalle: seguimos sin conocer el último tramo del camino que lleva al campamento, por tanto, continuamos sin saber dónde se oculta el asentamiento fremont.

—Ya había pensado en eso —replicó Mongwau—. Sugiero que cuando el ejército llegue hasta el punto del camino donde fuisteis interceptados, enviemos exploradores en todas direcciones. Antes o después daremos con el paradero de los nómadas de las planicies.

Uzumati se apresuró de inmediato a rebatir el plan de Mongwau.

—No es buena idea. Para empezar, perderíamos mucho tiempo esperando los informes de los exploradores, y en segundo lugar, correríamos el riesgo de que estos fuesen descubiertos. Si eso ocurriera, perderíamos el factor sorpresa y les daríamos a los fremont la oportunidad de escapar.

Mongwau maldijo entre dientes, reconociendo que aquel obstáculo ponía en jaque todo su plan.

Uzumati sintió un gran alivio. El momento para plantear una guerra abierta no podía ser peor. El pueblo se mostraba cada vez más inquieto como consecuencia de la escasez de comida, y todo apuntaba a que se avecinaban revueltas. Además, las relaciones con la nación hohokam se habían vuelto a tensar, debido al imperdonable trato que la delegación que había acudido a Ciudad Chaco había recibido. ¿Es que no tenían ya suficientes problemas como para tener que añadir uno más, y de semejante envergadura?

Mongwau estaba a punto de rendirse a la evidencia y dar la reunión por concluida, cuando Hesutu intervino para decir algo más.

—Yo sí conozco el camino que conduce al campamento fremont.

Mongwau le miró como si el viejo hubiese perdido la cabeza.

—¿Es una broma? ¡Si tú ni siquiera puedes ver!

—Precisamente el ser ciego me ha obligado a desarrollar mi sentido de la orientación, y aunque ya no pueda ver con los ojos, ahora observo el mundo utilizando el resto de mis sentidos. —Hesutu hablaba con convicción—. Las distancias, los sonidos y olores, el tacto de la tierra bajo mis pies, el lugar desde el que recibo la caricia del sol, o la dirección desde la que soplan la brisa y el viento... Los detalles son infinitos y cada uno de ellos me proporciona un fragmento de información. Orientarme en la más absoluta oscuridad se ha convertido en costumbre

para mí.

Mongwau no podía creerse que Hesutu tuviera la clave que desbloquease su propuesta.

—¿Estás completamente seguro de que podrías conducir al ejército durante el último tramo?

—Sin ayuda de nadie, yo podría abandonar la habitación, descender por las escaleras hasta la plaza y cruzarla hasta llegar a mi cámara personal.

Uzumati trató de poner en duda las capacidades del noble.

—No es lo mismo. Te conoces esta ciudad como la palma de tu mano. En cambio, el camino hasta el campamento fremont solo lo has recorrido una vez.

—Dos veces —le corrigió Hesutu—. Una a la ida y otra a la vuelta. Y además no estás teniendo en cuenta un factor fundamental: en ambas ocasiones, me esforcé por memorizar el camino.

Mongwau no necesitaba escuchar más.

—Ya le has oído —le dijo a Uzumati—. Quiero al ejército preparado para mañana al amanecer.

Al jefe de guerra le hubiese gustado oponerse, pero conocía demasiado bien a Mongwau para saber que de nada le serviría. En sus manos estaba ahora poner todo de su parte para lograr el éxito de la misión.

Al cabo de un rato, Mongwau acudió a la cámara de su madre, que se había ausentado de la reunión aquejada por unas fiebres. Onawa yacía sobre una alfombrilla, cubierta por una soberbia manta de algodón tachonada de diamantes cosidos a los bordes. A su lado, un sacerdote sanador le suministraba una infusión de hierbas con propiedades curativas; el hombre abandonó la habitación a una señal de Mongwau.

El monarca se arrodilló junto a su madre y, tomándola de la mano, le narró con todo detalle lo acontecido en la reunión y la importante decisión que había tomado. El rostro de Onawa reflejó las distintas emociones que la asaltaron conforme escuchaba el relato, hasta culminar en una inmensa dicha cuando este llegó a su final.

—Nahioosi pagará por lo que te hizo —concluyó Mongwau.

—Eres un buen hijo —murmuró la mujer.

CAPÍTULO 6

Tal y como había dispuesto el monarca, todo se llevó a cabo con extraordinaria rapidez. Al día siguiente, cerca de un millar de guerreros marchaba por el desierto, todos ellos pertrechados con arcos y flechas, escudos y mazas de guerra. Avanzaban a paso ligero e incluso trotaban durante algunos tramos, con el fin de alcanzar su destino lo más rápidamente posible. La estampa impresionaba porque no era habitual movilizar semejante cantidad de efectivos en un entorno tan hostil. Cuando la columna de guerreros atravesaba un cañón estrecho, el suelo retumbaba y las paredes vibraban, provocando que se arremolinase una nube de polvo en torno al enjambre de tobillos.

Uzumati encabezaba la marcha, en compañía de Yuma, que indicaba el camino. A Hesutu le llevaban en parihuela, porque de otra manera no habría sido capaz de mantener el fuerte ritmo impuesto.

Antes de partir, Mongwau había arengado a su ejército desde la terraza de la primera planta, apelando al valor y al coraje que a lo largo de la historia habían demostrado tener los guerreros del pueblo anasazi. Aquella victoria, aseguró, marcaría un punto de inflexión y el inicio de la recuperación del antiguo esplendor perdido. Después ejecutaron las danzas rituales previas al combate, y ya no hubo nada más que decir. El único lenguaje que a partir de ese momento emplearían sería el de la guerra.

Uzumati caminaba con gesto serio. Pese a que la victoria era segura, inevitablemente muchos de sus hombres habrían de caer, y él no terminaba de ver si el sacrificio merecería la pena o no. Desde luego, se apropiarían de los víveres y de las armas que los nómadas tuvieran, pero el botín se le antojaba pobre de solemnidad. Y por lo que se refería al rédito político que según Mongwau el triunfo les reportaría, especialmente de cara a una futura negociación con los hohokam, Uzumati tampoco las tenía todas consigo.

Yuma también estaba en contra de aquella batalla. Se limitaría a llevarles hasta el punto convenido, momento a partir del cual Hesutu le relevaría y él se daría media vuelta y regresaría por donde había venido, sin volver la vista atrás. De ninguna manera se quedaría para ser testigo del resultado de la contienda.

Hesutu, por su parte, se sentía de nuevo importante y especialmente orgulloso de constituir una pieza clave de aquel ambicioso plan. Ahora estaba seguro de poder dejar una importante huella antes de morir.

Al caer la tarde, Uzumati deliberó con Yuma acerca del lugar más apropiado donde pasar la noche. Acababan de pasar un mar de dunas y estaban a punto de atravesar un estrecho valle, cercado a ambos lados por cerros de arenisca de muy baja

altura.

—Al otro extremo se abre una zona boscosa perfecta para acampar —sugirió Yuma.

—Está bien. —Y con un gesto de la mano, Uzumati ordenó reanudar la marcha.

El ejército se adentró en la garganta como una colonia de hormigas bien adiestrada, pero tras una larga jornada sin apenas descanso, el cansancio ya comenzaba a hacer mella entre los hombres.

El atardecer había coloreado el cielo de ámbar y la luz que se filtraba entre las vetas de piedra semejaba una cascada de miel. Y aunque todo parecía ir bien, a Uzumati pronto le asaltó una sensación de extrañeza: el paraje se adivinaba inusualmente tranquilo. Excepto el gemido del viento que ululaba entre las rocas, no se percibía ni un solo sonido. Los pájaros, así como los animales que se ocultaban entre la maleza, parecían haber huido de aquel lugar. Uzumati aguzó sus sentidos y disminuyó el ritmo de la marcha. De pronto se detuvo, tras detectar huellas recientes sobre la tierra y que ascendían por el cerro que se hallaba a su izquierda. Todo su cuerpo se tensó. El jefe de guerra miró en aquella dirección y escrutó la orografía del altozano.

En aquel instante, una arrolladora lluvia de flechas se abatió sobre sus cabezas, tan tupida, que cubrió buena parte del cielo. El silbido de los proyectiles rasgó el aire y llenó de miedo el corazón de los anasazi. La primera ráfaga fue devastadora. Nadie se esperaba un ataque y mucho menos de semejante magnitud. Las puntas de hueso se hundieron en la carne, provocando numerosos muertos y un sinfín de heridos. Los gritos de dolor se mezclaron con los de pánico y sorpresa.

Uzumati fue de los pocos que esgrimió su escudo a tiempo, atrayendo a Yuma hacia sí para ponerle bajo su protección. Un segundo después, los que habían quedado ilesos reaccionaron por fin y se pegaron a las rocas situadas al pie del cerro desde el cual habían sido atacados. Asomándose por encima de su escudo, Uzumati miró hacia lo alto de las lomas y observó a sus atacantes: sus rostros lucían pinturas de guerra trazadas en diagonal y de sus camisas pendían pieles de comadreja. Sin duda alguna eran nómadas de las planicies. Y había una gran cantidad de ellos; probablemente unos trescientos. Pero ¿qué estaban haciendo allí, tan lejos de su campamento?

Uzumati maquinaba a toda prisa un plan de acción. Pese a su posición en desventaja, seguían siendo muy superiores en número. Su mejor estrategia pasaba por lograr que los expertos en el uso de puñales y mazas ascendieran por el cerro para forzar la lucha cuerpo a cuerpo, mientras los arqueros les ofrecían cobertura desde el fondo del valle.

Entonces ocurrió lo impensable: otra colosal tormenta de flechas volvió a caer sobre ellos, pero esta vez proveniente del cerro situado a su derecha. Los anasazi se encontraban ahora totalmente indefensos. Los proyectiles llovían de ambos lados y ya no tenían donde esconderse. La tierra se empapaba de sangre y la brisa extendía hacia

los cuatro puntos cardinales el inconfundible olor de la muerte.

Se enfrentaban a una emboscada perfecta.

El caos era total y ya nadie esperó a recibir órdenes precisas. Los guerreros anasazi comenzaron a repeler la ofensiva como podían, algunos al ataque y otros a la defensiva. Todo se reducía a luchar o morir.

Uzumati contempló a los enemigos del flanco derecho y sufrió una tremenda conmoción: todos vestían camisas rojas y sus rostros exhibían una franja blanca pintada en horizontal que surcaba nariz y mejillas. ¡Eran guerreros hohokam! Y como poco, medio millar. Uzumati siguió observando y distinguió en la cima del cerro al que parecía ser el cabecilla principal. Un llamativo tocado de plumas le identificaba como tal. Muy probablemente se tratase de Sikyahonaw, el soberano hohokam. Y a su lado, un personaje al que no habría podido olvidar: el alto dignatario que había encabezado la delegación que había visitado Ciudad Chaco.

A Uzumati no le costó nada adivinar lo que había pasado. Apretó los dientes y maldijo a Mongwau con todas sus fuerzas: su soberbia y obstinación, y la brutalidad con que había tratado a la delegación hohokam, habían empujado a sus vecinos a pactar con los fremont, en una alianza inédita hasta la fecha.

Y entre unos y otros les estaban masacrando.

El propio Yuma, que continuaba bajo la protección del jefe de guerra, desarmado y paralizado por el terror, cayó en la cuenta de que el alto dignatario hohokam debía de haber sido la enigmática persona que había visitado el campamento fremont, cuando él se encontraba a punto de abandonarlo. Ahora entendía, por fin, por qué les habían obligado a permanecer dentro de la tienda mientras le trataban de ocultar.

La alianza, por tanto, hacía varios días que se había venido fraguando.

Uzumati sujetó a Yuma por los hombros y elevó la voz para hacerse oír por encima del fragor de la lucha.

—¡Huye de aquí ahora que todavía puedes! ¡No pares de correr! Alerta a las aldeas de que ya no gozan de protección y de que pronto quedarán a merced tanto de los hohokam como de nómadas de las planicies. —El jefe de guerra clavó su mirada en él—. Nadie saldrá vivo de aquí, Yuma. Tienes que hacer llegar la noticia a Ciudad Chaco y al resto de las ciudades del cañón. Diles que el ejército anasazi ha sido aniquilado por completo.

Al principio, Yuma no se inmutó, por lo que Uzumati tuvo que zarandearle para que reaccionara. Después le entregó su escudo y le propinó un empujón.

—¡Corre! —gritó.

Yuma entendió que no era momento para discutir y obedeció sin pensar. Amparado en el escudo de Uzumati, echó a correr por el angosto valle sorteando las flechas, que no dejaban de caer de uno y otro lado. Una de ellas se clavó en el escudo con tanta fuerza, que casi le derriba al suelo. Yuma se rehízo y, tras recorrer un primer tramo, se detuvo junto a una roca y giró un instante la cabeza. Uzumati había reunido a un grupo de guerreros y todos ellos ascendían por el cerro ocupado por los fremont,

en pos de un combate más directo que neutralizase su posición desguarnecida. Tras una primera acometida, Yuma alcanzó a ver a Uzumati desplomarse sobre la ladera, acribillado por un torbellino de flechas que le perforaron el pecho.

Sin tiempo para lamentarse, Yuma reanudó su alocada huida, tropezando a cada paso con los cadáveres de los anasazi que ya habían sido abatidos, mientras el resto trataba de repeler el ataque como podía. Armaban sus arcos y disparaban contra el enemigo, aunque rara era la vez que lograban hacer blanco en su objetivo, que se hallaba bien parapetado tras las formaciones rocosas. Los que agotaban las flechas de su carcaj, esgrimían su maza de guerra y escudo y se lanzaban cerro arriba para combatir cuerpo a cuerpo. Aunque sobrados de arrojo, los guerreros anasazi carecían de la menor coordinación, y cada uno de ellos parecía librar la batalla por su cuenta.

Poco antes de alcanzar el extremo de la garganta, Yuma distinguió el cuerpo de Hesutu a pocos metros de la parihuela sobre la que había recorrido el camino. El noble yacía boca arriba y tenía una flecha fremont clavada en el pecho. Un hilo de sangre brotaba de su boca y la expresión de su rostro sugería un océano de quietud.

Yuma emergió intacto del cañón, justo cuando los guerreros fremont y hohokam descendían cada uno por su flanco, dispuestos a culminar la emboscada y terminar de aniquilar al ejército anasazi, reducido ya a una cuarta parte de su tamaño original. Sin dejar de correr, Yuma miró una última vez por encima del hombro para ver al cañón cerrando sus fauces sobre los suyos, engullidos por un enjambre de enfervorecidos guerreros enemigos muy superiores en número y fuerzas.

Uzumati no había errado en su vaticinio: nadie escaparía con vida de allí.

Yuma se fundió con las sombras del ocaso que emergían del horizonte y se extendían por el desierto, y arrojó el escudo al suelo, pues ya no le era de ninguna utilidad. Cuanto menos peso cargara, tanto mejor. Debía avanzar todo lo deprisa que pudiera: el destino de su pueblo dependía de que no desfalleciese en el intento.

CAPÍTULO 7

Yuma corrió durante toda la noche perseguido por las imágenes de la matanza, que no dejaban de reproducirse en su mente como si soñara despierto. Su peor recuerdo era la desoladora mirada de Uzumati al saber que todo su ejército sería aniquilado a manos de los fremont y los hohokam. De Yuma dependía ahora alertar a su pueblo de la absoluta indefensión en la que de repente se habían quedado.

Yuma venció al frío, a la noche, y muy especialmente al cansancio, que no solo hacía mella en sus piernas sino también en su espíritu. Ni siquiera se atrevió a realizar un alto en el camino para recuperar fuerzas, porque sabía que de hacerlo, no tendría el suficiente ánimo como para reanudar la marcha después. Su respiración se había transformado en una sucesión de frágiles jadeos, y su débil aliento se condensaba en pequeñas nubes blancas que se diluían en el aire. Tenía la garganta seca y hubiese dado lo que fuera por un sorbo de agua que le humedeciera la boca.

El amanecer sorprendió a Yuma trotando a duras penas, muy próximo a desfallecer. La salida del sol, sin embargo, lejos de perjudicarlo, le inyectó una nueva dosis de coraje para seguir avanzando.

A media mañana, el ritmo de Yuma había decaído, limitándose a avanzar a grandes zancadas con el cuerpo encorvado hacia delante. No pasaría mucho más tiempo antes de caer redondo en mitad del camino. Fue entonces cuando le inundó un indescriptible alivio, tras atisbar en el horizonte a un grupo de campesinos. La alegría fue aún mayor cuando reconoció entre ellos el familiar rostro de Enapay.

—¡Yuma! —gritó este cuando le vio llegar a su lado.

El aldeano le sostuvo entre sus brazos, incapaz de explicarse cómo aquel hombre exhausto y demacrado podía siquiera mantenerse en pie.

Yuma empleó sus últimas fuerzas en narrarle lo que había ocurrido, y en advertirle acerca del gran peligro que todos corrían. A Enapay aquella historia le pareció inconcebible, pero en los ojos de Yuma se leía sin el menor atisbo de duda que decía la verdad.

Un instante después, Yuma se dejó caer en un abismo de oscuridad al que se entregó sin oponer resistencia.

Aquella misma mañana, los habitantes de Ciudad Chaco continuaban inmersos en su rutina habitual, ajenos todavía al fatídico destino sufrido por el ejército anasazi.

Aleshanee había decidido permanecer en la capital y postergar su regreso a Ciudad Costilla hasta que Yuma no estuviese de vuelta. Allí disponía de aposentos cedidos por el propio Yuma, y Soyala tenía instrucciones de que tanto a ella como a

Anoki no les faltase de nada. Aleshanee decidió entonces retomar su actividad junto al modesto grupo de alfareros de Ciudad Chaco. Nada como el trabajo para mantener la mente ocupada y evitar que la muerte de su esposo la sumiese en un profundo estado de depresión.

Anoki ya había comenzado a aprender el oficio y también se entretuvo moldeando la arcilla durante toda la mañana.

—Tienes que hablarle a la arcilla —le decía constantemente Aleshanee, rememorando las mismas palabras que su madre había empleado con ella.

Finalmente, Anoki se tomó un descanso y comenzó a pasear por la plaza, todavía obsesionado con encontrar la pluma que le faltaba para completar el conjunto que el sumo sacerdote le había pedido. Solo de ese modo, y como muestra de agradecimiento, los *kachinas* ayudarían al espíritu de su padre a salir del laberinto que conformaba el Inframundo.

Anoki, sin embargo, se sentía bastante desesperado por lo difícil que le estaba resultando la empresa. Ya no sabía a quién recurrir, cuando de pronto se tropezó con el artesano experto en la fabricación de arcos al que había conocido unos días atrás. Anoki no se lo pensó y le expuso atropelladamente la naturaleza de su problema.

—Ya he conseguido una pluma de pavo, una de cuervo y otra de búho, pero me sigue faltando una más —concluyó muy afectado.

El artesano le escuchó con atención, al tiempo que sopesaba las alternativas que podía ofrecerle al chico.

—Seguro que podría servirte una pluma de guacamayo —propuso. Los ojos del muchacho brillaron, por lo que se apresuró en aclarar—: aunque lamento decirte que las de ese tipo solo están al alcance de la nobleza... ¿Te valdría una pluma de halcón?

El semblante de Anoki volvió a iluminarse.

—¡Por supuesto que sí!

—Está bien —repuso—. Ven conmigo.

Anoki obedeció sin saber muy bien qué pretendía el artesano, que le llevó hasta la cuarta planta.

—¿Ves aquel cerro de allí? —señaló cuando llegaron a la azotea, desde la que se disfrutaba una excelente vista. El chico asintió con la cabeza—. Pues los halcones acostumbran a anidar en la cima.

El cerro se encontraba a poco más de novecientos metros de distancia, por el camino del sur.

Anoki le agradeció la información y el artesano se despidió amablemente de él. A simple vista, el cerro no parecía quedar muy lejos, ni tampoco resultaba demasiado intimidante debido a su escasa altura, de modo que Anoki resolvió partir en aquel mismo instante en busca de la pluma de halcón.

Cuando Anoki cruzó los muros de Ciudad Chaco, el centinela que hacía guardia sobre el tejado de la puerta le dio el alto.

—¿Adónde vas?

Anoki no se sintió intimidado y le explicó su problema con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Y vas solo? —Al centinela no se le escapaba que no era una buena idea dejar aquella tarea en manos de un niño tan pequeño.

—El sumo sacerdote me ha pedido que lo hiciera. —Anoki sabía que aquello no era cierto, pero lo consideró como una verdad a medias.

El centinela le escrutó de arriba abajo y asintió con la cabeza.

—Está bien —repuso—. Pero más vale que te lleves algo de agua para el camino. El sol pronto alcanzará su cenit y si no lo haces, te vas a arrepentir.

El niño aceptó la sugerencia del guerrero y regresó a sus aposentos, donde no solo se aprovisionó de agua, sino también de un puñado de pastelillos de maíz que Soyala guardaba en una estrecha vasija. A los pocos minutos ya estaba abandonando de nuevo la ciudad, bajo la atenta mirada del centinela, que le observó con expresión divertida.

Anoki se desplazaba deprisa, pegado a la pared del cañón que poco a poco iba trazando una curva en el camino. La siguiente vez que volvió la cabeza, Ciudad Chaco ya había quedado fuera de su ángulo de visión. Anoki siguió avanzando y, conforme el cerro que el artesano le había señalado fue ganando en presencia, más cuenta se fue dando de que no lo tendría tan fácil para llegar a la cima.

Fue entonces cuando Anoki divisó a un hombre en mitad del camino que se dirigía directamente hacia él. El niño sabía que Ciudad Chaco se encontraba demasiado cerca como para que pudiera tratarse de un guerrero enemigo. No obstante, no pudo evitar sentir algo de miedo, y por un breve instante lamentó haber emprendido en solitario aquella aventura.

En cuanto las distancias entre uno y otro se acortaron, el crío advirtió que el hombre no pertenecía al pueblo anasazi ni a ningún otro pueblo vecino. Tanto la vestimenta como el aspecto físico diferían notablemente de todo cuanto había conocido hasta ahora.

Finalmente, el misterioso hombre llegó a su altura, y el miedo de Anoki se evaporó al comprobar lo deplorable de su estado. El extraño le habló en un susurro, en un idioma que no alcanzó a comprender. De cualquier manera, el hombre había despertado su compasión, así que Anoki le ofreció su agua y compartió con él su provisión de pastelillos, tras lo cual se dispuso a reanudar su camino. Sin embargo, aquel misterioso extraño, que hasta el momento se había mostrado inofensivo, de repente le sujetó fuertemente por el brazo, impidiéndole marchar...

Cuando Yuma abrió de nuevo los ojos, no reconoció el lugar donde se encontraba. La reciente tragedia retornó a su memoria y, tras mirar en derredor, advirtió que había sido acogido bajo el techo de una humilde casa.

Instantes después, el rostro de Enapay aparecía en el umbral de la puerta. Yuma trató de incorporarse, pero su extenuado cuerpo se negó a responder.

—Debo acudir inmediatamente a Ciudad Chaco —farfulló.

—Antes tienes que comer algo o volverás a desfallecer.

—¿Has comunicado al resto de los aldeanos lo que te pedí?

Enapay asintió.

—La noticia ya se está propagando por toda la región.

La esposa de Enapay accedió a la única estancia que componía la vivienda sosteniendo en su mano un cuenco de sopa. Yuma atacó con avidez aquel caldo espeso que solo le supo a cebolla, pero que constituyó sustento más que suficiente para complacer a su estómago vacío.

Al terminar, Yuma logró ponerse en pie con la ayuda del campesino, y a continuación salió al exterior. Era por la tarde y el sol ya había cubierto buena parte de su recorrido. Yuma se había pasado casi todo el día sumido en un profundo sueño.

—Me marchó ahora mismo —anunció alarmado—. Ya he perdido demasiado tiempo.

Yuma desoyó los consejos de Enapay y en pocos minutos dejó atrás la aldea Fuego Azul. Algunos grupos aislados de aldeanos procedentes de diferentes puntos confluyeron en el camino que conducía a Ciudad Chaco. El aviso dado por Enapay había empezado a calar entre la población, que acudía buscando protección tras los muros de la capital.

Nada más llegar, Yuma detectó la agitación que sacudía la ciudad. Nadie se dedicaba a su rutina habitual; en vez de eso, no paraban de formarse multitud de corrillos en plazas y azoteas.

—¡Yuma! —Aleshanee corrió hasta él y le dio un fuerte abrazo. Yuma se dio cuenta enseguida de que algo no andaba bien. El rostro de la alfarera estaba pálido y al borde del llanto—. Me alegro mucho de que hayas regresado.

—¿Qué ocurre?

—Es Anoki. Desde el mediodía no sé nada de él. Lo he buscado por toda la ciudad, pero no hay ni rastro de él.

—¿Le has preguntado a Soyala?

—Ella tampoco sabe nada.

Yuma reflexionó unos instantes.

—¿Y si ha salido de la ciudad?

—No lo creo. Anoki no hubiera hecho algo así sin decírmelo.

—De todas formas, habla con el centinela de la puerta —sugirió Yuma.

En cuanto Aleshanee se retiró, Mongwau apareció en escena visiblemente alterado. El monarca había divisado a Yuma desde la terraza de la quinta planta y había iniciado el descenso para encontrarse con él.

El semblante de Mongwau dejaba traslucir una honda preocupación.

—¡¿Qué ha ocurrido?! —exclamó—. Dicen que has advertido a la población de

que ya no cuenta con ninguna protección porque el ejército anasazi ha sido aniquilado por completo.

—Así es. Nos tendieron una emboscada. Nadie se lo esperaba porque aún nos encontrábamos bastante lejos del territorio fremont.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido! Nuestro ejército era muy superior en número y fuerzas.

—Los nómadas de las planicies no estaban solos, se habían aliado con los hohokam. —Mongwau encajó aquella revelación como si le hubiesen propinado un golpe en la boca del estómago, y por un instante se planteó si él mismo, sin pretenderlo, había empujado a sus eternos enemigos a aliarse con los fremont. Yuma continuó—: Yo he sobrevivido porque Uzumati me ordenó escapar cuando daba comienzo la batalla. Me dijo que debía alertar a la población de lo ocurrido, y eso es lo que he hecho.

Mongwau, abatido, dejó caer los hombros, incapaz de asumir que nada de aquello pudiese estar pasando de verdad.

Yuma pensó en hacerle reaccionar, cuando escuchó la voz de Aleshanee reclamándole a su espalda. Yuma se giró y acudió a su llamada.

—¡Tenías razón! —dijo la alfarera—. Anoki tomó el camino del sur; le dijo que quería conseguir una pluma de halcón en un cerro cercano.

—En el Cerro Orgullosos anidan halcones en esta época del año. Iremos ahora mismo. Y no te preocupes —trató de calmarla—. Seguramente se habrá torcido un pie o algo parecido, y por eso no ha regresado todavía.

Soyala se unió a ellos en la plaza. La esclava, tan preocupada como la propia Aleshanee, también deseaba participar activamente en la búsqueda del crío.

Al salir de la ciudad, Yuma observó en la distancia a más aldeanos dirigirse hacia allí. La diferencia es que ya no conformaban grupos aislados, sino que constituían un verdadero gentío. Y aquello solo era el principio. ¿Qué haría Mongwau frente a aquel nuevo problema que se le venía encima? ¿Estaría dispuesto a dar refugio a semejante cantidad de población?

Aleshanee, seguida de Soyala y el propio Yuma, tomó apresuradamente el camino del sur; si caminaban a buen paso, no tardarían mucho en llegar al Cerro Orgullosos. Pero ni siquiera hizo falta que completasen la mitad del recorrido. Pronto distinguieron la silueta de una pareja compuesta por un adulto y un niño, encaminándose directamente hacia ellos. El niño era Anoki y parecía encontrarse bien. Aleshanee respiró aliviada y, ya sobrepuesta del susto, estrechó a su hijo entre sus brazos.

—¡He conseguido la pluma de halcón! —exclamó Anoki mostrando su trofeo—. Me ha costado mucho trabajo. Tanto, que sin la ayuda de este hombre, nunca habría sido capaz de explorar el cerro por mi cuenta. —Yuma, Aleshanee y Soyala clavaron su mirada en aquel extraño que contemplaba la escena en silencio—. No comprende una sola palabra de lo que digo, pero hemos logrado entendernos por señas.

El extraño era un muchacho joven, y en virtud de su aspecto e indumentaria, Yuma no albergó duda alguna acerca de su origen tolteca.

—¿Eres un mercader? —inquirió empleando la lengua *náhuatl*, que no había olvidado pese a que apenas la había empleado durante los últimos tiempos.

El extraño exhibió una sonrisa de satisfacción al comprobar que alguien hablaba su idioma.

—Lo era —replicó—. Pero ya no me queda nada. Ni oficio, ni tan siquiera un hogar. Nuestro pueblo ha sido sometido por otro que ha nacido exclusivamente para la guerra: los aztecas. —Una sombra de terror se reflejó en sus pupilas—. Los toltecas éramos pacíficos, cultos y grandes artesanos. Nada pudimos hacer frente a la ferocidad del pueblo azteca. Yo decidí huir al norte y alejarme tanto como me fuera posible de su influencia. Llevo varios meses de travesía sobreviviendo a duras penas y, cuando ya estaba a punto de desfallecer, me topé con este niño que compartió conmigo su agua y su comida. Después, y en agradecimiento, le ayudé a encontrar el nido de halcón que andaba buscando.

Yuma se tomó un momento para satisfacer la curiosidad de Soyala y Aleshanee, y tradujo punto por punto las palabras del tolteca.

—¿Y por qué has decidido venir a territorio anasazi? —preguntó Yuma.

—De niño visité este lugar durante varios años acompañando a mi padre en sus viajes como mercader. Tlacaelel siempre me hablaba de que aquí cerraba excelentes tratos.

—¿Tu padre es Tlacaelel? —Yuma recordaba perfectamente al mercader con quien había negociado el beneficioso acuerdo de la cerámica dorada.

—Sí. Ya murió. Aunque al menos se libró de tener que ser testigo del fin de nuestra cultura a manos del pueblo azteca.

Yuma se tomó un minuto para traducir el último tramo de la conversación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a continuación.

—Tonahuac.

—Tonahuac, sé que has hecho un largo viaje para llegar hasta aquí. Por desgracia, el pueblo anasazi ya no goza de la prosperidad de antaño; de hecho, está atravesando por uno de los peores momentos de su historia. —La mirada del tolteca se apagó de repente—. Mi consejo es que vuelvas por donde has venido y trates de iniciar una nueva vida en territorio mogollón. Si te quedas aquí, me temo que lo único que te espera es el hambre y la muerte.

Anoki le pidió a Yuma que le tradujese, mientras Tonahuac, con la mirada ausente y terriblemente abatido, acariciaba de forma inconsciente un colgante que le caía sobre el pecho y que hasta ese momento no había dejado a la vista.

Inmediatamente, Yuma sintió un gran interés por aquella pieza de joyería.

—¿Puedo verlo más de cerca?

Tonahuac se lo tendió y Yuma lo examinó con la diligencia de un experto orfebre. El colgante, de innegable manufactura anasazi, representaba un lobo tallado en

turquesa y coincidía sin ningún género de duda con el emblema de su familia.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Lo tengo desde que era niño. Me lo dieron durante la celebración de un mercado en Ciudad Chaco.

—¿Quién te lo dio?

—Mi padre me dijo después que me lo había dado un hombre de mucho poder. Al parecer, estaba a punto de ser proclamado como nuevo soberano. Desde entonces, nunca he querido desprenderme de él.

Desde luego, aquel hombre al que se había referido Tonahuac no podía ser otro que Mongwau, pero conociendo como conocía a su hermano, a Yuma le resultó muy extraño que se desprendiese de una joya de tanto valor sin obtener nada a cambio.

—No entiendo. ¿Formaba parte del precio convenido por algún bien que le hubiese adquirido a tu padre, o algo así?

—No, me lo gané yo solo, y de la manera más fácil. Tan solo tuve que dejar una bolsita de cuero en una de las cámaras contiguas a la plaza.

El corazón de Yuma comenzó a latir con furia dentro de su pecho.

—¿Y sabes lo que había en la bolsa? —inquirió.

—Solo unas hierbas.

Yuma sintió que le faltaba el aire. Alguna vez Soyala le había manifestado sus sospechas acerca de Mongwau, pero él nunca le había dado credibilidad a semejante conjetura. Ahora, sin embargo, descubría que la esclava había estado siempre en lo cierto. Su propio hermano había envenenado a Maralah y después había urdido un plan para incriminar a la joven Aiyana, que también había acabado perdiendo la vida.

Conmocionado, Yuma retrocedió unos pasos con la mirada puesta en el infinito.

Aleshanee le sujetó de los hombros y le obligó a mirarla a la cara.

—¿Qué te ocurre?

Yuma respiró hondo y procuró recuperar la calma. Acto seguido posó sus ojos en los de Soyala y le tradujo la última parte de la conversación que había mantenido con el tolteca.

La esclava se llevó una mano a la boca y dejó escapar un gemido que brotó de lo más hondo de su ser.

CAPÍTULO 8

De regreso a Ciudad Chaco, el dolor inicial que Soyala había sentido al conocer la verdad sobre los hechos del pasado se había transformado en un remolino de ira. El propio Yuma no se sentía de manera muy distinta, y estaba dispuesto a hacer frente a su hermano con la firme intención de hacerle pagar por sus crímenes.

Anoki caminaba de la mano de Aleshanee, un paso por detrás de la esclava hohokam. Tonahuac, sin embargo, advertido acerca de la difícil situación por la que atravesaba el pueblo anasazi, había decidido seguir el consejo de Yuma y dar media vuelta.

Nada más tener Ciudad Chaco a la vista, comprobaron que al menos un centenar de aldeanos se agolpaba frente la puerta. Y eran muchos más los que atestaban los caminos dirigiéndose hacia allí. Un centinela se subió entonces al muro de la entrada y les increpó para que se marcharan y regresaran a sus aldeas. El monarca, reveló, había decidido no franquearles el acceso a la ciudad.

Yuma se abrió paso entre el gentío y llamó la atención del centinela, que enseguida le reconoció y desapareció al otro lado del muro. Un minuto después, abrió un resquicio de la puerta, por el que sacó una lanza para hacer retroceder a los aldeanos. Yuma entró junto a Soyala, Anoki y Aleshanee.

—Ellos vienen conmigo —adujo.

Una vez dentro, la situación no era muy distinta. Los habitantes de Ciudad Chaco se arremolinaban en torno a terrazas y azoteas, sumidos en el desconcierto y la confusión. En mitad de la plaza, Mongwau discutía con el puñado de guerreros que había permanecido en la ciudad, cuyo escaso número resultaba a todas luces insuficiente para contener a la muchedumbre que se agolpaba en el exterior, y que cada vez alzaba su voz con más fuerza.

Yuma apretó los dientes y encaminó sus pasos hacia Mongwau, con el recuerdo de Maralah más presente que nunca en su memoria. Pero antes, sin embargo, fue abordado por su otro hermano, a quien todavía no había visto desde su regreso.

—Yuma, no sabes cuánto me alegro de que estés bien —declaró Bayou—. Todavía me cuesta creer el fatal destino del que ha sido víctima nuestro ejército.

—Fue una pesadilla.

Bayou negaba con la cabeza.

—En el fondo no me sorprende —murmuró—. Debimos haber emigrado en cuanto los *kachinas* me trasladaron la visión que nos mostraba el camino a seguir. Al menos nos habríamos ahorrado todas esas muertes.

En el exterior, la turba de aldeanos gritaba consignas en contra del monarca e incluso se atrevían a proferir insultos contra él. La situación estaba completamente fuera de control. Fue entonces cuando la puerta de entrada comenzó a retumbar al ser

golpeada por una pesada piedra que sostenían entre varios campesinos.

—Bayou, escúchame. Acabo de descubrir algo terrible que Mongwau perpetró en el pasado. —Y a continuación, Yuma le resumió la historia con todo detalle—. Lo que hizo nuestro hermano está condenado con la muerte —concluyó.

—Cálmate —rogó Bayou—. No hagas nada de lo que después te puedas arrepentir. El lugar apropiado para exponer los hechos es en una asamblea, donde se le juzgará como es debido.

Un fuerte estruendo les interrumpió: la puerta acabó cediendo a los envites de los aldeanos, que irrumpieron en tromba en la ciudad.

Mongwau se encontraba en el centro de la plaza y la exaltada muchedumbre le convirtió al instante en el blanco de todas sus iras. Los aldeanos habían llegado al límite de su paciencia: habían soportado la hambruna durante años en los que el monarca no solo no había hecho nada por ellos, sino que además había continuado exigiéndoles el tributo hasta que materialmente resultó imposible de satisfacer; y ahora, para colmo, se atrevía a negarles refugio cuando más indefensos se hallaban frente las incursiones del enemigo.

El pánico se infiltró en los huesos de Mongwau, quien rápidamente trató de movilizar a los pocos guerreros de que disponía para que formaran un cordón de protección en torno a él. Al principio, los guerreros obedecieron su orden y esgrimieron sus armas para amedrentar a los campesinos y mantenerlos a raya, pero en cuanto se miraron entre sí, sobraron las palabras. Ellos habrían dado su vida por Uzumati si hubiera hecho falta, pero no estaban dispuestos a jugarse el pellejo y enfrentarse al pueblo por un personaje que siempre había demostrado ser un cobarde y no se había ganado el respeto de la clase guerrera en el campo de batalla.

Finalmente, los guerreros bajaron sus armas y se hicieron a un lado ante la atónita mirada de Mongwau, que gritaba desesperado para que le obedecieran.

Con el terreno despejado, los primeros aldeanos se abalanzaron sobre Mongwau ansiosos por descargar su furia contra él. Una primera tanda de puñetazos fue suficiente para derribarle contra el suelo. Mongwau se encogió en posición fetal y comenzó a encajar golpes y patadas por todo el cuerpo, mientras los habitantes de Ciudad Chaco asistían estupefactos al linchamiento de su monarca.

Desde la azotea de la quinta planta, y en completa soledad, Onawa presenciaba aquel momento de inexplicable locura en la que había desembocado la terrible cadena de acontecimientos. Impotente, vio cómo aquella horda de iracundos campesinos ajusticiaba impunemente a su hijo, sin que los centinelas moviesen un solo dedo por evitarlo. Aquello no podía estar pasando. Onawa rogó para que aquello no fuese más que una pesadilla de la que poder despertar.

Bayou fue el primero en tratar de restablecer la cordura, suplicando a los aldeanos que pusieran fin a la agresión, pero nadie escuchó sus ruegos. El sumo sacerdote ya había perdido ante la población todo su crédito, pues se había mostrado incapaz de complacer a los *kachinas* y atraer las lluvias que tanto bien hubieran hecho.

Entonces, cuando ya nadie lo esperaba, Yuma entró en escena e interponiéndose entre Mongwau y los campesinos, exigió que dejaran al monarca en paz. A diferencia de sus hermanos, Yuma gozaba del respeto de los aldeanos y ni siquiera le hizo falta insistir. La gente se hizo a un lado y conformó un enorme corro en torno a Yuma y su maltrecho soberano, y esperó.

Desde el suelo, Mongwau levantó la cabeza al sentir que los golpes habían cesado. Tenía los brazos y piernas cubiertos de moratones, le habían partido un labio y un hilo de sangre le manaba de la nariz. Mongwau recuperó la esperanza al reconocer a su hermano menor, el único que en aquellas circunstancias podía sacarle con vida de allí.

—Muchas gracias, Yuma —murmuró—. Nunca he dejado de creer en ti, porque a pesar de las circunstancias, has hecho siempre lo correcto.

Yuma le miró con desprecio. No sentía ninguna lástima por él.

—Ahórrate tus mentiras —replicó—. Sé de lo que eres capaz, pero nunca imaginé que llegarías tan lejos. Jamás pensé que podrías envenenar a Maralah y después arreglarlo todo para inculpar a Aiyana de su muerte.

Mongwau enmudeció. Rápidamente trató de defenderse, pero ese segundo de silencio y su titubeante mirada le dejaron en evidencia.

—¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?

—Hablo de que fuiste tú quien le dio la ajea al hijo de un mercader tolteca para que hiciese el trabajo sucio.

Mongwau se dio cuenta de que Yuma sabía demasiado, y de que la simple negación de los hechos no le bastaría para salvarse. Tendría que cambiar de estrategia.

—Te equivocas. Yo no quería que Maralah sufriese ningún daño. Solo quería que abortara...

—La mataste.

—Te juro por los sagrados Espíritus que no fue mi intención. —Comenzó a gimotear—. Es más, la idea ni siquiera fue mía. ¡Fue nuestra madre quien lo planeó todo! Si Maralah perdía el hijo que esperaba, ya no habría nada que justificase vuestro matrimonio, y entonces yo me habría casado con ella como se había dispuesto desde un principio.

Yuma alzó la cabeza y contempló a Onawa, que observaba la escena desde su atalaya, absolutamente derrotada por el modo en que se estaban desarrollando los hechos. A Yuma no le extrañaba que su madre hubiese concebido aquel perverso plan, era demasiado retorcido incluso para la mente de Mongwau. Fuera como fuese, aquello no exculpaba a su hermano mayor del horrendo crimen que había cometido.

—¡Lo de Maralah fue un accidente! —insistía Mongwau—. Y Aiyana era solo una esclava. Su vida no tenía ningún valor.

—Su vida valía tanto como la tuya. O puede que más.

Mongwau se arrojó a los pies de Yuma en actitud suplicante.

—Por favor, hermano. Mi vida está en tus manos. No dejes que me maten.

—Ni yo ni los aldeanos te haremos daño... —La expresión de Mongwau se iluminó de repente—. Sin embargo, dejaré que una tercera persona se encargue de hacer justicia...

Yuma buscó a Soyala con la mirada y le indicó que se acercara con un gesto de cabeza. La esclava atendió a su llamada, exhibiendo un rictus de aversión en la cara y portando una piedra en la mano derecha. No cruzaron ni una sola palabra. Yuma se apartó y le concedió una prudencial distancia.

—¿Pero qué haces?! —bramó Mongwau—. ¡No puedes hacer esto! ¡¿Acaso vas a dejarme morir a manos de una esclava?!

Soyala se plantó frente al monarca, que permanecía arrodillado en el suelo con el terror apostado en su mirada y un reguero de lágrimas corriéndole por las mejillas.

—No, por favor —imploró Mongwau—. Te lo ruego...

El recuerdo del daño que aquel hombre le había causado a su hija le dio a Soyala el coraje suficiente para culminar lo que Yuma había empezado.

—Vuelve a mirarme a los ojos y te juro que será lo último que hagas —espetó.

Mongwau sintió que le temblaba cada músculo del cuerpo y comenzó a murmurar incoherencias, incapaz de apartar la mirada de la esclava que amenazaba con quitarle la vida.

Soyala armó el brazo y, tras describir en el aire una amplia trayectoria, le descargó un primer golpe en mitad de la cabeza. Mongwau interpuso las manos y logró amortiguar ligeramente el impacto a costa de varias falanges rotas. La esclava volvió a esgrimir la piedra y le asestó un segundo golpe mucho más letal. Un chasquido indicó que el cráneo del monarca se resquebrajaba, y una fuente de sangre comenzó a manar profusamente de su cuero cabelludo. El cuerpo de Mongwau cayó hacia atrás como un peso muerto, pero Soyala no se detuvo y continuó machacándole la cabeza, hasta que la piedra se abrió paso hasta el cerebro.

El silencio que se había hecho en la plaza era sepulcral.

Onawa había contemplado la escena con horror y, temiendo ser la siguiente, encaminó lentamente sus pasos hacia el filo de la azotea que daba a la parte de atrás. Yuma solo tuvo tiempo de atisbar a su madre arrojándose desde la quinta planta, sin que emitiese el menor sonido durante el descenso.

Yuma ocupó el centro de la plaza y estudió los miles de rostros cuyas atentas miradas se posaban sobre él. Nobles, guerreros, sacerdotes, funcionarios, artesanos, campesinos, esclavos... Sobraban las palabras. Todos ellos le reconocían como el legítimo sucesor. Yuma se había convertido en el último dirigente del pueblo anasazi, justo cuando ya no quedaba una nación que gobernar.

Bayou le observaba con el rostro alicaído, aguardando como el resto a que Yuma se dirigiese a la multitud. Sobre la ciudad ya caía la última luz dorada del crepúsculo.

—Es tiempo de emigrar —explicó Yuma elevando la voz—. Debemos abandonar el cañón que ha sido nuestro hogar durante incontables generaciones. Recoged

vuestras pertenencias y partid sin demora. Desplazaos en clanes si podéis y ocultaos de nuestros enemigos. Id al norte y al este. Buscad nuevas tierras que habitar. Aquí ya todo está perdido.

»A partir de ahora nadie guiará vuestros pasos, vosotros seréis los únicos dueños de vuestro destino. Pero allá donde vayáis, nunca olvidéis quiénes sois ni de dónde procedéis.

Yuma advirtió que los esclavos se arracimaban junto a las cámaras donde se les encerraba por las noches. Temblaban porque no sabían qué sería de ellos.

—Desde este momento, todos los esclavos son libres de regresar a sus territorios de origen —anunció Yuma—. Sin excepción.

La multitud no se movió durante un largo minuto, esperando que Yuma añadiera algo más, hasta que se dieron cuenta de que ya estaba todo dicho. Nadie cuestionó su discurso y todos se prepararon para partir. Las familias recogieron sus posesiones y se aprovisionaron también con los escasos víveres que quedaban en las despensas de la ciudad. Los más avezados se repartieron las riquezas que Mongwau y Onawa habían acumulado durante años, si bien se habían visto reducidas en los últimos tiempos y no eran más que una pequeña parte de lo que un día llegaron a atesorar.

Bayou, con la ayuda de algunos sacerdotes, se ocupó de enterrar los cuerpos de su madre y de su hermano, sin tener demasiada fe en que sus espíritus encontrasen jamás la paz. Después repartió las máscaras de *kachinas* entre los sacerdotes más devotos, para que las cuidasen y honrasen allá donde les guiasen sus pasos.

Algunas familias partieron aquella misma tarde, mientras que la mayoría prefirió pasar una última noche más en la ciudad. La noticia tardó muy poco en extenderse, y el resto de las ciudades del cañón enseguida imitó el acelerado éxodo que estaba teniendo lugar en la capital. Los habitantes de las aldeas, por descontado, también hicieron lo propio.

Al día siguiente, Yuma fue testigo silencioso de cómo los habitantes fueron abandonando Ciudad Chaco de forma escalonada, hasta que ya no quedó nadie a quien despedir. La hermosa ciudad se había quedado vacía, como el cuerpo de una persona cuyo espíritu ya le ha abandonado.

Junto a Yuma había permanecido su hermano Bayou, y también lo habían hecho Aleshanee y el pequeño Anoki. Mientras a Yuma le pareciese bien, la alfarera había decidido permanecer a su lado. Tampoco Soyala se había querido ir.

—Soyala, te lo repito por última otra vez —insistió Yuma—. Ya no tienes por qué servirme. Eres completamente libre de regresar a tierra hohokam para reencontrarte con tu familia.

—Ya no quiero volver —replicó Soyala—. Ahora mi familia sois vosotros.

Yuma le dedicó una sonrisa y aquel gesto bastó para hacerle saber que era más que bienvenida.

El grupo atravesó el umbral de la puerta, para dejar definitivamente atrás una

ciudad que jamás volvería a ser habitada.

—¿Qué dirección queréis tomar? —preguntó Yuma.

—Antes de decidir hacia dónde dirigirnos para comenzar una nueva vida —repuso Bayou—, quiero llevarte a un lugar. —Yuma le miró con extrañeza, sin comprender qué tipo de viaje podía tener su hermano en mente—. Estoy hablando de Cíbola.

Yuma sintió un escalofrío.

—¿Yo, visitando la ciudad sagrada? Pero... ¡si ni siquiera soy sacerdote!

—No, pero eres el tocado por el Espíritu.

Y sin mediar una palabra más, emprendieron el camino...

EPÍLOGO

Siglo XVI. Año 1521

El viaje de regreso me llevó más de año y medio en total. Durante la ida, una parte del trayecto la había hecho con Nezahualpilli, y la otra con la caravana de Huemac, el *pochteca* de ingrato recuerdo. Pero a la vuelta me encontraba completamente solo, y no fueron pocas las ocasiones en que me desviaba considerablemente del camino más corto a seguir.

Me acostumbré a desplazarme de pueblo en pueblo, en algunos de los cuales me quedaba durante una temporada realizando los trabajos que me encomendaban, para luego reemprender la marcha cargado de provisiones y las señas necesarias para proseguir mi camino. El invierno lo pasé con los huastecos, y mi convivencia con ellos fue tan positiva, que me ofrecieron contraer matrimonio con una joven nativa para que echara raíces allí. Al final logré hacerles entender que yo ya tenía esposa y una familia propia con la que esperaba reencontrarme en las tierras del norte. Sin embargo, también hubo momentos difíciles en los que pasé frío y hambre, y otros de gran tensión en los que me topé con tribus muy primitivas poco receptivas a la visita de extranjeros.

Después de atravesar la cordillera y dejar atrás el clima tropical, me adentré de nuevo en aquellos parajes semidesérticos que tan bien conocía y que tanto había echado de menos. Y aunque todavía me faltaba por recorrer un buen trecho, el tramo más largo ya lo había dejado atrás. Mi hogar en tierra de los hopis ya no quedaba tan lejos de allí.

Cuando llegué a Awatovi, mi querida aldea natal, casi no pude creerlo. Habían transcurrido nada menos que seis años desde mi partida, en pos de una misión imposible a la que tuve una increíble fortuna de sobrevivir. Mi madre, que se hallaba fuera de la casa moliendo maíz, fue la primera en verme. Clavó sus ojos en mí y todo su cuerpo se quedó paralizado, como si un espíritu se hubiese materializado ante su presencia. La gran mayoría de la aldea me daba por muerto y ya ni siquiera contemplaban la posibilidad mi regreso.

Mi madre se levantó, se acercó lentamente a mí y me rozó la mejilla con los dedos, como para cerciorarse de que aquello no formaba parte de un sueño del que no quería despertar.

—¿Xabel? —murmuró.

Asentí en silencio.

Recibí su cálido abrazo mientras un reguero de lágrimas descendía por sus mejillas. Su llanto alertó a una hermosa mujer que salió de la vivienda, y que en escasos segundos se abalanzó sobre mí. Era Yayahuqui, mi querida esposa. Y no

estaba sola. Tras ella apareció un niño que me miró con recelo, incapaz de entender por qué la llegada de aquel extraño había provocado en su familia semejante explosión de felicidad.

—Tu abuela murió hace dos veranos —me susurró Yayahuqui—. Pero antes de emprender su último viaje, me aseguró que tú no estabas muerto. Afirmaba que ella aún percibía cada latido de tu corazón. Y yo la creí.

Así había sido. Yayahuqui me había esperado durante todos aquellos años, llegando a rechazar a varios pretendientes de tribus vecinas que habían expresado su deseo de contraer matrimonio con ella. Luego se separó de mí y me presentó al niño, mi hijo. Comprendí que antes de partir hacia tierras mexicanas, yo había dejado a Yayahuqui embarazada sin que en aquel momento ninguno de los dos lo supiese todavía.

El siguiente en acudir fue Nezahualpilli, que me recibió con una sonrisa franca y los brazos abiertos. Y, por último, mi padre, que se encontraba en los campos de cultivo, y al que tuvieron que avisar para que acudiese inmediatamente hasta allí.

Me hicieron un millón de preguntas que fui contestando poco a poco, dosificando las respuestas a mi antojo y conveniencia. Les hablé de los aztecas y utilicé como excusa para explicar mi larga ausencia las batallas en las que me había visto involucrado sin pretenderlo. En todo caso, preferí ocultarles mi interminable estancia en la cantera de piedra y las penalidades que como esclavo me tocó sufrir.

Por supuesto, todos notaron que yo había cambiado y que ya no quedaba ni rastro del risueño joven que había iniciado su viaje lleno de entusiasmo, como si en el intervalo algo muy hondo se hubiese quebrado dentro de mí.

Las cicatrices del alma puede que solo se intuyeran, pero las que cincelaban mi cuerpo estaban claramente a la vista de todos. Mi nariz dejó de ser recta cuando el capataz me la partió con un golpe de macana, y mi espalda conformaba una telaraña de surcos esculpida a base de latigazos. En la batalla contra los tlaxcaltecas perdí un dedo de la mano, me gané una imborrable cicatriz en el costado, y desde entonces terribles dolores de cabeza me asaltaban durante las noches de insomnio.

El asunto del acueducto, el motivo que me había llevado a emprender aquella aventura, apenas fue mencionado porque no había mucho que decir. Dejé que creyeran que desde el principio nunca había tenido posibilidades reales de sacar adelante un proyecto de semejante calado, que era lo que Nezahualpilli ya les había adelantado que iba a ocurrir.

A partir de entonces me dediqué en cuerpo y alma a mi familia. Molí maíz con mi madre para disfrutar de su compañía y trabajé a diario con mi padre en el campo hasta convertirme en un experto agricultor. Conocí a mi hijo del que nada sabía, y procuré enseñarle las principales lecciones de la vida, para que un día se convirtiese en un hombre de provecho. También recuperé el tiempo perdido con Yayahuqui, a la que amé con todas mis fuerzas. Mi prole se vio aumentada en muy poco tiempo.

Viví cada día como si fuese el último, porque yo sabía que mi tiempo era

limitado. Y cuando llegase el momento, debía de estar mentalmente preparado para llevar a cabo la misión que, esta vez sí, como tocado por el Espíritu que era, me había correspondido cumplir.

Una misión que exigía el sacrificio de mi propia vida...

En agosto de 1521, Tenochtitlan cayó en manos de Cortés y sus aliados indios, poniéndose punto y final a la conquista de México. El rey confirmó a Cortés como gobernador y capitán general de la Nueva España, y le otorgó el poder para entregar encomiendas. El sistema de encomiendas servía para recompensar a los conquistadores españoles, a quienes se les entregaba porciones de tierra para su explotación, junto a un nutrido grupo de habitantes indígenas que les debían obediencia.

La espléndida Tenochtitlan había quedado arrasada durante la cruenta y prolongada batalla que había tenido lugar entre españoles y aztecas. Por tanto, Cortés decidió reconstruirla a imagen y semejanza de las ciudades europeas, con catedrales e iglesias en vez de pirámides coronadas por templos. Las estructuras sociales y económicas de tipo occidental se introdujeron gradualmente en el Altiplano, y poco después llegaron los primeros misioneros —franciscanos y dominicos principalmente—, que iniciaron entre los indígenas la labor de evangelización.

El proceso de conquista no se limitó al valle de México. Con el transcurso de los años, se extendió tanto hacia el norte como hacia el sur, de manera que los españoles fueron imponiendo su nueva autoridad sobre el resto de las etnias indígenas de Mesoamérica.

No obstante, los españoles no habían perdido sus ansias de hallar nuevos imperios plagados de oro y riquezas, y en 1540 organizaron la primera expedición para explorar las tierras del sudoeste de Norteamérica, encabezada por Francisco Vázquez de Coronado. Y habían sido las habladurías acerca de una esplendorosa ciudad llamada Cíbola las que les habían llevado a tomar aquella decisión.

Las primeras referencias acerca de la existencia de Cíbola se remontaban al año 1530, cuando un nativo del valle de Oxitipar le aseguró al presidente de la audiencia de México que su padre mercadeaba con los pueblos del interior, y que de niño él había visto grandes poblaciones de casas altas, repletas de oro y piedras preciosas. Aquellas informaciones despertaron la codicia de los conquistadores españoles, quienes ansiaban apoderarse de nuevas fuentes de riquezas como las que habían hallado en los imperios inca y azteca.

Pero fue a partir de 1536 cuando el mito cobró verdadera fuerza, a raíz de la llegada de un grupo de supervivientes españoles que había naufragado en las costas

de Florida tras una fallida expedición, y que durante ocho años anduvieron recorriendo parte del actual sudoeste norteamericano hasta que, de forma casi milagrosa, lograron regresar a la Nueva España siguiendo el golfo de México. Los supervivientes —entre los cuales se hallaba Estebanico, un esclavo negro que formaba parte de la tripulación—, informaron al virrey de la existencia de ciudades ricas y edificaciones elevadas, que si bien ellos no habían tenido la oportunidad de ver con sus propios ojos, sí habían escuchado a los indios hablar de ellas. El virrey actuó con cautela y envió una reducida expedición encabezada por fray Marcos de Niza, acompañado por Estebanico que hacía de guía, junto a un amplio grupo de indios mexicanos.

Tras un largo viaje por antiguas tierras anasazi, el negro Estebanico tuvo conocimiento por parte de los nativos de una magnífica ciudad llamada Cíbola, y se adelantó a los franciscanos para intentar descubrirla por su cuenta. Llegó así a la aldea zuñi de Hawikuh, en la que se anunció como adelantado de poderosos hombres blancos a quienes muchas naciones obedecían. Para entonces, Estebanico no dejaba de exigir continuamente mujeres y joyas, y al final los nativos desconfiaron de su proceder y le acabaron dando muerte, liberando al resto de los indios que marchaban con él. Los frailes que iban en la retaguardia, tan pronto fueron informados de lo ocurrido, decidieron regresar inmediatamente a Nueva España. Pese a todo, fray Marcos de Niza relató a su vuelta haber divisado Cíbola a lo lejos, a la que comparó con Tenochtitlan, y a la que describió como una lujosa ciudad en la que sus gentes usaban vasijas de oro y plata, poseían esmeraldas y vestían con tejidos de algodón.

Como no podía haber sido de otra manera, la narración del franciscano provocó el entusiasmo de los españoles, y el virrey organizó en poco tiempo una numerosa expedición al frente de la cual situó a Francisco Vázquez de Coronado.

La gran caravana estaba conformada por trescientos españoles, cerca de un millar de indios mexicanos, unos quinientos caballos y un inmenso rebaño de ganado. En febrero de 1540 partieron de Compostela —Tepic—, situada a unos seiscientos kilómetros de Ciudad de México —la antigua Tenochtitlan—, y en una primera etapa se desplazó hasta Culiacán, la última frontera conocida al norte de la Nueva España. Desde allí, Francisco Vázquez de Coronado decidió adelantarse al frente de un grupo formado por unos cincuenta jinetes, algunos soldados a pie y una treintena de indios mexicanos, mientras el grueso de la expedición les seguía a cierta distancia a un ritmo más pausado.

La avanzadilla de Coronado se aventuró a explorar tierra ignota, atravesando inhóspitos desiertos y cadenas montañosas, hasta que en mayo de 1540 llegaron al poblado zuñi de Hawikuh, el cual los españoles tomaron erróneamente por Cíbola. Su decepción, por descontado, no pudo ser mayor. Muy lejos de las maravillas descritas por el fantasioso fray Marcos de Niza, Hawikuh era una modesta población de viviendas de adobe, con entradas situadas en el techo cuyo acceso se realizaba mediante escaleras de mano. Los nativos, además, dibujaron líneas en el suelo que los

españoles no debían traspasar, y se prepararon para resistir la invasión de los extranjeros. Coronado intentó evitar el derramamiento de sangre a toda costa, pero sus intentos para que los nativos abandonaran voluntariamente el pueblo acabaron todos en fracaso. Finalmente, y ante la necesidad de ocupar Hawikuh para saciar el hambre que acechaba a sus tropas, Coronado decidió atacar la ciudad. El pueblo se defendió como pudo, pero la superioridad de los españoles era tal, que no les quedó más remedio que rendirse y jurar obediencia al rey de España, así como prometer convertirse al cristianismo.

Coronado y sus hombres repusieron fuerzas en el poblado zuñi gracias a las provisiones de trigo que los nativos almacenaban allí, y pese al revés sufrido, no perdieron las esperanzas de hallar las riquezas que buscaban en otro lugar de aquellas extensas tierras. Para ello, Coronado decidió enviar pequeñas expediciones de rastreo en todas direcciones.

Al frente de los exploradores que se dirigirían hacia el Este, Coronado colocó a Hernández de Alvarado, al que le dio un plazo de ochenta días para llevar a cabo su misión. Alvarado llegó hasta el Pueblo de Acoma, donde los indios que los recibieron en son de paz, y después prosiguieron su camino hasta descubrir las aguas de Río Grande. Más adelante, se adentraron en las interminables praderas del noreste, donde se maravillaron ante la presencia de inmensas manadas de bisontes, que tantos les parecieron que los compararon con los peces en el mar. Por último, Alvarado alcanzó la región de Tiguex, habitada por los indios tihua, cuyo nivel de desarrollo le pareció superior al de los zuñi, por lo que llegó a la conclusión de que aquel podía ser un buen lugar donde el grueso de la expedición podía pasar el invierno.

Por su parte, García López de Cárdenas fue enviado hacia el Oeste. Su mayor descubrimiento no fue otro que toparse con el Gran Cañón del Colorado, un impresionante fenómeno de la naturaleza de trescientos kilómetros de largo, dos mil metros de profundidad y una anchura media de diez kilómetros entre un borde y otro. Durante varios días, los españoles buscaron un camino para descender sin conseguirlo, y los que allí estuvieron compararon el lugar con la Giralda de Sevilla, por aquel entonces la torre más alta de España. Después llegaron a territorio hopi, donde los diferentes pueblos les recibieron al principio con recelo, aunque al final se acabaron sometiendo a la voluntad del capitán español.

Los exploradores se felicitaron porque un nativo del lugar se ofreció a mostrarles los secretos de aquellas tierras. El guía hopi que se unió a la expedición española respondía al nombre de Xabel.

A mí no me sorprendió la llegada de los españoles; de hecho ya les llevaba esperando casi dos décadas.

Si aquellos conquistadores habían cruzado un océano y después habían tenido el

coraje de plantarle cara al todopoderoso imperio azteca, yo sabía bien que no se detendrían ante nada, y que antes o después llegarían a mis tierras en busca de Cíbola o de cualquier otro lugar al que las leyendas le atribuyesen abundante oro y riquezas.

Tampoco me impresionaron sus corazas de metal, ni sus armas escudefuego, ni tan siquiera sus majestuosos caballos. Todos aquellos desestabilizadores elementos procedentes de su tierra de origen ya los conocía de sobra.

Inmediatamente después de su aparición, lo primero que hice fue convencer a los jefes hopis de la conveniencia de someterse a la voluntad de los extranjeros. Yo mejor que nadie sabía de lo que eran capaces los españoles cuando sus deseos se contravenían, y no quería tentar a la suerte. Después me ofrecí como guía y Coronado aceptó de buena gana mi propuesta. No obstante, todo respondía a un plan cuidadosamente trazado, cuyo primer objetivo consistía en alejar a los españoles de allí.

Despedirme de mi familia constituyó el peor trance por el que atravesé en toda mi vida. Sin necesidad de decirles nada, ellos sabían que me marchaba para no volver y, a pesar de ello, lo aceptaron, porque no se les escapaba que yo llevaba preparándome para aquel momento desde el mismo día en que regresé...

En noviembre de 1540, a instancias de Hernández de Alvarado, Coronado decidió que el grueso de la expedición pasara el invierno en la región de Tiguex. Con este fin, solicitó a los nativos que desalojasen uno de sus pueblos, Alcanfor, lo que acabaron haciendo no sin ciertas protestas. Las relaciones fueron cordiales durante un breve periodo de tiempo, pero yo sabía que los españoles eran una constante fuente de conflictos y los primeros incidentes no se hicieron esperar. Primero, un soldado abusó sexualmente de una nativa, pero como este resultó ser el hermano de un alto funcionario de México, Coronado no lo mandó castigar, provocando así la indignación de los indios tihua. Poco después, los españoles despojaron a los indígenas de sus mejores mantas y pieles para hacer frente al invierno que se les echaba encima. La tensión aumentaba con cada nueva afrenta, y los nativos se fueron sintiendo cada vez más incómodos y amenazados.

Finalmente, los indígenas se rebelaron. Mataron a unos cuantos caballos, y a continuación se fortificaron en el pueblo de Arenal, ignorando las peticiones de los españoles para que depusieran su actitud hostil. Vista la situación, Coronado decidió que la única salida que le quedaba era la guerra. De esta manera, en diciembre, con frío y nieve, se produjo el anunciado asalto sobre los indígenas, y una vez más las ballestas y arcabuces mostraron su neta superioridad sobre las flechas y piedras. No obstante, y pese a que Arenal se consiguió tomar, algunos guerreros se atrincheraron en el interior de sus viviendas, de donde resultó muy difícil hacerlos salir. Los españoles lo lograron prendiendo fuego para levantar una humareda, y tomaron más de un centenar de prisioneros que fueron atados a estacas y quemados vivos para escarmiento del resto.

Al contemplar aquel horror, me reafirmé con mayor convicción en la misión que me había propuesto llevar a cabo. Algo parecido podía haber sucedido con los hopis de no haber sido por mi intervención.

Pese a todo, los nativos de Tiguex no se amilanaron y levantaron fuertes empalizadas en el pueblo de Moho, desde donde combatieron a los invasores. Los ataques de los españoles fueron infructuosos y, tras sufrir un importante número de bajas, Coronado cambió de estrategia y se decidió a sitiar el pueblo, esperando que la escasez de alimentos desembocase en su rendición. La táctica de Coronado probó ser eficaz y, tras dos meses de sitio, los indios trataron de huir por la noche, aunque muy pocos lograron su objetivo de cruzar las gélidas aguas de Río Grande.

Yo, por mi parte, me dediqué durante aquel tiempo a embaucar a los españoles, hablándoles acerca de unas ricas tierras a las que bauticé con el nombre de Quivira, en cuyos ríos los peces eran tan gigantescos como caballos y las canoas, con veinte remeros a cada lado, lucían en la proa un águila de oro. Añadí más detalles, como que de los árboles colgaban cascabeles dorados y que todas las vajillas eran de plata. Yo sabía que aquello era, ni más ni menos, lo que Coronado y sus hombres querían oír. ¿Qué otro motivo les había llevado a emprender semejante viaje, si no era la ambición de hallar un imperio de oro más grande que ningún otro descubierto hasta la fecha? Pese a todo, me pusieron a prueba y me mostraron bisutería de hojalata tratando de hacerme creer que era oro y plata, pero no me lograron engañar.

A partir de entonces guie a la expedición hacia la supuesta Quivira, en dirección noroeste, en la que constituía la última esperanza de los españoles de hallar las riquezas que tanto perseguían. Llegamos al cañón Palo Duro y allí la expedición sufrió un gran infortunio, como consecuencia de una impresionante tormenta de viento y granizo que causó severos daños entre las caballerías y destrozó buena parte de los enseres del viaje. Coronado decidió entonces que el grueso de la expedición regresara a Tiguex, mientras él encabezaba una avanzadilla de treinta jinetes en busca de Quivira.

El camino transcurría entre inmensas praderas y parecía no conducir a ninguna parte. Y cuando por casualidad llegábamos a algún sitio, yo les decía que Quivira estaba más lejos y volvía a cambiar de rumbo. Inevitablemente, los españoles comenzaron a desconfiar de mí. La paciencia de Coronado se agotó cuando tropezamos con una modesta población de indios wichita, que vivían en cabañas con techo de paja y eran verdaderamente pobres. Ni rastro, por tanto, de la fabulosa Quivira de la que yo tanto les había hablado. Mis argumentos ya no se sostenían y finalmente Coronado se dio cuenta de lo que desde un principio yo había pretendido hacer: llevarles hasta las interminables llanuras y hacer que los españoles se perdiesen en ellas, con la esperanza de que cuando trataran de regresar escasos de montura y comida, pudiesen ser atacados con posibilidades de éxito por alguno de los pueblos indígenas de la región.

Los españoles me dieron muerte allí mismo, como sabía que tarde o temprano

tenía que suceder. Cerré los ojos y en una fracción de segundo, reviví una vez más mi aventura por tierras aztecas, y aún tuve tiempo de visualizar los rostros de mis hijos y también el de mi esposa, y los de todos mis seres queridos, incluyendo a Tupac, el totonaca que tanto había hecho por mí. Yo había cumplido la misión que como tocado por el Espíritu se esperaba de mí, y cuando me despedí de este mundo exhibí una amplia sonrisa, sabiendo que había hecho todo lo posible por proteger a mi familia, a mi pueblo, y al resto de las tribus que habitaban aquellas tierras.

Desde entonces, observo el mundo encumbrado en el cielo, en un punto intermedio situado entre las nubes y el firmamento, desde donde velo por el futuro de mi pueblo, cada vez más indefenso desde que el hombre blanco iniciase la conquista de nuestras tierras. A veces adopto la forma de un águila y sobrevuelo los corazones de aquellos sacerdotes indígenas que todavía se esfuerzan por mantener viva las creencias de nuestros ancestros, pese a las severas prohibiciones impuestas.

Algunos espíritus todavía podemos ejercer cierta influencia a través de las visiones y también de los sueños...

Hastiado y deprimido tras una caída de su caballo que le dejó secuelas, Coronado dio por concluida la exploración y regresó a Ciudad de México en 1542, con menos de cien hombres de los trescientos con los que había partido.

La expedición constituyó un sonoro fracaso. No hallaron ni rastro de las espléndidas ciudades ni del oro que habían ido a buscar.

Solo con el tiempo se reconoció el gran valor de la expedición de Coronado, pero por motivos que nada tenían que ver con el hallazgo de riquezas. Se trató de la primera incursión del hombre blanco en el sudoeste de los Estados Unidos, cuya crónica aportó datos hasta entonces desconocidos sobre su geografía —el descubrimiento del Gran Cañón del Colorado, las orillas del Río Bravo o las extensas llanuras pobladas de bisontes—, así como de sus habitantes —los indios pueblo, descendientes directos de los anasazi—. Coronado recorrió más de seis mil kilómetros de territorio norteamericano, llegando a explorar un área mayor que Europa occidental.

El sacrificio de Xabel tampoco fue en vano. Tras el fracaso de la expedición, los conquistadores españoles no regresaron a aquellas tierras hasta medio siglo después, tiempo durante el cual los diferentes pueblos indígenas pudieron conservar sus costumbres y modos de vida sin injerencias externas hasta que, a finales del siglo XVI, el rey Felipe II concedió permiso para colonizar aquel vasto territorio, establecer misiones y difundir la fe católica entre los nativos...

Llevaban varios días recorriendo interminables franjas de terreno semidesértico, atravesando un laberinto de estrechos cañones y pequeños desfiladeros y surcando un sinfín de sinuosos senderos olvidados incontables siglos atrás. Y pese a que el sol y la escasez de agua dificultaban la travesía, nadie había expresado la menor queja.

Bayou lideraba la marcha envuelto en una burbuja de silencio, caminando en calma, estando pendiente de las bifurcaciones del camino. A Yuma, por su parte, le excitaba la perspectiva de conocer el secreto de Cíbola, privilegio que a lo largo de la historia había estado al alcance de tan solo unos pocos. Aleshanee se preocupaba sobre todo por el bienestar de Anoki, para que no acusara las penosas condiciones del viaje debido a su corta edad. Y por último, Soyala cerraba el singular grupo, feliz de formar parte de aquella familia que ahora consideraba como la suya propia.

Al caer la tarde, se detuvieron frente a una modesta cadena montañosa. Bayou la señaló con el dedo y sentenció:

—Hemos llegado.

A partir de aquel punto, Aleshanee, Anoki y Soyala no podían continuar, por lo que debían de esperar al pie de la montaña. Solo Yuma estaba autorizado a ascender por una brecha que se abría entre dos colinas, y que habría de conducirles hasta su destino final. Bayou guio a su hermano por aquel último tramo, hasta llegar a una cavidad que se abría en la cara interna de la montaña. Se trataba de una angosta cueva cuyo acceso apenas era visible, debido a las plantas y matorrales que crecían a su alrededor.

Bayou apartó la maleza con la mano y, agachando la cabeza, invitó a Yuma a pasar al interior. Yuma se desplazó a tientas durante unos pocos pasos, alumbrado por la escasa luz del sol que se filtraba por la abertura. A continuación avanzaron unos metros más y, después de acostumbrar sus ojos a la oscuridad, siguieron caminando hasta desembocar en una nueva galería que partía del extremo de la caverna. Yuma accedió entonces a una cámara subterránea, cuyo contenido a punto estuvo de dejarle sin respiración.

Paredes y techo estaban completamente recubiertos por un manto de turquesas que brotaban del corazón de la roca. El mineral de color azul brillaba con gran intensidad y parecía conformar una constelación de estrellas, que deslumbraba a primera vista.

«La antesala de Cíbola —pensó Yuma—. La ciudad sagrada se oculta en el interior de una montaña, para que nadie la pueda encontrar».

La estancia era pequeña y desprendía una gran humedad. Yuma deslizó las yemas de los dedos por las paredes y sintió frío al contacto con las piedras de turquesa. Después recorrió la cámara y buscó la galería que definitivamente le llevase al interior de la ciudad.

Pero no la había. La cueva terminaba allí. No había nada más.

Yuma se giró y le lanzó una inquisitiva mirada a Bayou.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está Cíbola?

—Siéntate —se limitó a decir su hermano, mientras él mismo se acomodaba en el suelo.

Yuma obedeció, ansioso por recibir alguna explicación.

—Ya hemos llegado al sitio donde te debía llevar —afirmó Bayou.

—¿De qué hablas? Aquí no hay ninguna ciudad.

—Cíbola no es una ciudad para cuya construcción se haya empleado piedra o adobe.

—Pero ¿qué hay entonces de todas las riquezas de las que hablan las leyendas? ¿Dónde se almacenan?

—Las riquezas que Cíbola posee no son de índole material.

Yuma seguía encontrando demasiado esquivas aquellas respuestas.

—¿Dónde está Cíbola? —insistió.

—Cíbola está aquí, donde nos encontramos ahora —replicó—. Pero también está en el camino que hemos recorrido, o en la propia Ciudad Chaco el día que decidimos venir. —Bayou se inclinó hacia delante y señaló el pecho de Yuma—. Porque Cíbola viaja contigo, y se encuentra en el fondo de tu corazón. Y no solo en el tuyo, sino en el corazón de cada uno de los habitantes de la nación anasazi. Aunque algunos, como nuestro hermano mayor, no llegara nunca a poner los pies en ella durante toda su vida.

»La creencia en Cíbola como una verdadera ciudad fue tan solo un disfraz con que nuestros antepasados dotaron al mito para que el pueblo prestara atención a las palabras de los sacerdotes, los cuales debían de implantar en cada uno de los hombres la semilla de la sabiduría y el respeto. Las riquezas de Cíbola son mucho más valiosas que la acumulación de oro y piedras preciosas, pues en realidad estas simbolizan el conjunto de creencias y valores que han guiado a nuestro pueblo desde el inicio de los tiempos.

»Cíbola es un niño que recoge un pájaro herido para sanarlo y devolverlo a la naturaleza; una mujer que le habla a la arcilla con las manos mientras fabrica una vasija; o un anciano que narra un cuento para inculcar una enseñanza que se transmitirá de generación en generación.

Bayou tomó aire antes de proseguir con su discurso.

—Cíbola es el reconocimiento de que lo físico y lo espiritual son solo uno; de que todo lo que nos da el Gran Espíritu es sagrado; y de que los cuerpos que poseemos no son nuestros, sino que le pertenecen a la Madre Tierra.

Se hizo un prolongado silencio que Yuma interrumpió con una reflexión:

—Pero en los últimos tiempos olvidamos las raíces de nuestro pasado, ¿no es cierto?

—Especialmente aquellos que ocuparon las más altas cotas de poder y que, sin

embargo, no supieron utilizarlo como era debido —repuso Bayou—. Al final, nuestra civilización se ha condenado a sí misma a desaparecer, como mecanismo de autodefensa para proteger los valores de los que un día nos dotamos y que casi sin darnos cuenta hemos ido desnaturalizando hasta hacerlos casi imposible de reconocer.

»Pero nuestra historia no acaba aquí, Yuma. A partir de ahora, allá donde vayamos, haremos llegar nuestro mensaje al corazón de cada nativo que habite estas tierras, para que Cíbola no sea olvidada jamás...

NOTA DE AUTOR

Escribir esta novela me supuso todo un desafío.

Como señalé en el prefacio, la historia anasazi nos es desconocida debido a la ausencia de fuentes escritas, de manera que tanto la trama como los personajes han salido directamente de mi imaginación. No obstante, el armazón histórico en el que se sustenta esta novela refleja con fidelidad los conocimientos que sobre dicha cultura se tienen hoy en día.

Los arqueólogos no lo han tenido fácil para obtener información acerca de una cultura tan antigua. Sin embargo, tras recurrir a los métodos de investigación más sofisticados, han sido muchos los datos que se han podido reunir.

Para empezar, se ha logrado datar con gran exactitud las fechas en que los anasazi habitaron el sudoeste de los Estados Unidos, gracias a la técnica de la dendrocronología, consistente en el estudio de los anillos de los árboles que se usaron como vigas para los edificios —dicho sistema es incluso bastante más preciso que la tradicional técnica de datación mediante radiocarbono, que posee márgenes de error mucho más amplios—. Pero es que además, la dendrocronología nos permite reconstruir el clima del pasado, pues en función de la anchura y la estructura interna de los anillos de los árboles, se puede determinar la cantidad de lluvia que cayó cada año con extraordinaria exactitud. Gracias a este método, los especialistas averiguaron que en el siglo XII tuvo lugar una gran sequía que se prolongó durante veinticinco años, cuyas terribles consecuencias llevaron en última instancia a los anasazi a abandonar el Cañón del Chaco.

No obstante, los estudios han demostrado también que el cambio climático que afectó a la pluviosidad y las temperaturas se produjo en combinación con el impacto medioambiental ocasionado por la mano del hombre. Los paleobotánicos, mediante el estudio de los depósitos fósiles que los roedores dejaron en sus madrigueras hace cientos y hasta miles de años, han podido reconstruir los cambios en la vegetación del Cañón del Chaco durante la ocupación de los anasazi. Así, se ha podido comprobar que la madera usada en las primeras etapas de construcción de la principal ciudad del cañón —cuyas ruinas se conocen en la actualidad con el nombre de Pueblo Bonito, y a la que yo me he referido en la novela como Ciudad Chaco—, procedía de ejemplares de enebros y pinos piñoneros que hoy en día no crecen en ningún sitio en varios kilómetros a la redonda, pero cuya existencia en las inmediaciones del cañón era abundante cuando los anasazi crearon sus asentamientos allí. Los análisis son también contundentes a la hora de señalar que a partir del siglo XI ya no quedaban restos de enebros y pinos piñoneros en los depósitos de residuos, lo que demuestra el implacable proceso de deforestación que se vivió en la comarca. De hecho, la madera

que se empleó en la última fase de construcción procedía de las montañas Chuska, situadas en la meseta del Colorado, a ochenta kilómetros de distancia, en las cuales proliferaban bosques de abetos y pino ponderosa.

La sequía provocó los graves problemas descritos a lo largo de la novela, que imposibilitaron la agricultura de secano, la que aprovechaba las aguas subterráneas de los lechos de los cañones, así como la de irrigación, debido al problema de erosión que sufrieron canales y arroyos. Análisis realizados sobre mazorcas de maíz halladas en Pueblo Bonito han demostrado que en el siglo XII los anasazi ya se veían obligados a importar el maíz de lugares que se encontraban a más de cien kilómetros de distancia de allí.

Las excavaciones llevadas a cabo en los antiguos asentamientos anasazi han arrojado mucha información acerca de sus actividades y modos de vida. Se han hallado cuantiosas muestras de cerámica, y también artículos de lujo, como cascabeles de cobre o plumas de guacamayo, que adquirirían de los mercaderes procedentes de Mesoamérica. Los anasazi dejaron gran cantidad de dibujos y petroglifos en los acantilados del desierto, grabados en la roca o en las paredes de los cañones. Además, los antropólogos han estudiado varios esqueletos que han proporcionado datos relativos a la salud, la alimentación y la morfología de la población.

Por otra parte, numerosos indicios demuestran que los conflictos bélicos estuvieron muy presentes en la época, como se evidencia en los restos de aldeas aparentemente quemadas de forma intencionada, en los cráneos con marcas de cortes producidas por el arrancamiento del cuero cabelludo, y en los esqueletos encontrados con puntas de flecha alojadas en la cavidad torácica. Esta idea viene reforzada por la existencia en sus asentamientos de muros defensivos y torres vigía. No es difícil suponer que la carestía de alimentos constituyó el principal desencadenante de dichos conflictos.

En la desaparición de la civilización anasazi confluyeron, por tanto, un conjunto de factores dispares, pero que interrelacionados entre sí conformaron un coctel fatal: sequías, hambrunas, superpoblación, problemas políticos y enfrentamientos con sus pueblos fronterizos.

Uno de los asuntos más controvertidos relacionados con los anasazi hace alusión a la cuestión del canibalismo. Aunque nada hace pensar que dicha práctica se realizase de forma generalizada, tampoco puede negarse que en algún momento puntual llegó a acontecer. En particular, en un emplazamiento anasazi aparecieron huesos humanos que fueron partidos para extraerles la medula, de la misma forma en que se hacía con los de los animales. Los huesos también tenían los extremos redondeados, un distintivo inequívoco de que fueron cocinados en vasijas, en las cuales se hallaron residuos de la proteína del músculo humano. Y por si esto no fuera prueba suficiente, las heces humanas que se encontraron en el lugar y que se habían conservado en perfecto estado gracias a la sequedad del clima, demostraron contener

la misma proteína muscular, ausente en las heces humanas normales. Las teorías del porqué de esta práctica en la cultura anasazi han sido muchas, pero ninguna de ellas está clara.

Por lo que se refiere a sus creencias religiosas, tanto los objetos ceremoniales como los dibujos hallados en el interior de las *kivas* nos revelan que los anasazi honraban al dios Kokopelli y a los espíritus *kachinas*. Las creencias de sus descendientes, en particular las de los indios hopis, permiten hacernos una idea muy aproximada de sus rituales y contenido. Según la mitología hopi, los seres humanos habitamos el cuarto mundo, después de la destrucción de los tres anteriores. El primer mundo fue devastado por el fuego, el segundo, por el hielo y el tercero, por el agua. El nombre de cada uno de estos mundos es el que da título a las distintas partes de la novela.

Para concluir, tan solo quisiera añadir que si bien es cierto que los anasazi cometieron errores, su legado inmaterial perdura hasta nuestros días a través de sus descendientes, los cuales aprendieron a vivir en armonía con la naturaleza y en paz con su espíritu interior.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a ti, lector. Tú haces posible que la historia que yo concebí cobre vida ante tus ojos e imaginación. Gracias de todo corazón por estar al otro lado.

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A Mónica, mi habitual correctora de estilo. A Alicia, mi agente. Y a mis lectores “beta”: Domingo, Loren, Pablo “Brother” y Juanlu. Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión.

Y muy especialmente a mi querido tío Vicente, por las excelentes ilustraciones que acompañan la novela.



JOSÉ VICENTE ALFARO (Huelva, 1976), licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla, irrumpió exitosamente en el panorama literario español en el 2013 con la publicación de *La esperanza del Tíbet*, novela que en muy poco tiempo se convirtió en un fenómeno de ventas en Amazon.

En el año 2014 publicó su segunda novela, «El llanto de la Isla de Pascua», que inmediatamente se situó en el Top 100 de Amazon y superó las cifras de ventas de su novela anterior, logrando hasta la fecha vender cerca de 3200 ejemplares en los tres primeros meses desde su publicación.

José Vicente Alfaro pretende a través de sus novelas contar una historia entretenida, ofreciendo al mismo tiempo al lector la oportunidad de trasladarse a un momento clave de otra civilización o cultura, probablemente desconocida para él.